



UN LUGAR
EN EL QUE NUNCA
HE ESTADO

ROSIE ALISON

Lectulandia

Es el año 1939 y las tropas de Hitler se ciernen sobre Londres. Ante el peligro de los bombardeos nazis, Roberta accede a que su única hija, de ocho años, emprenda el viaje con otros niños hacia un lugar seguro. Y en efecto, Ashton Park, la enorme mansión victoriana convertida por sus propietarios —un enigmático matrimonio formado por un culto aristócrata, postrado en una silla de ruedas, y su exquisita e impulsiva esposa— en un internado para niños evacuados, parece un lugar perfecto para refugiarse del asedio.

Allí, a medida que pasa el tiempo, Anna va conociendo al matrimonio y a aquellos que los rodean y, poco a poco, irá descubriendo todos sus secretos, sus esplendores pasados, sus dolores presentes y sus anhelos. También, y cual testigo indiscreto, asistirá al declive de la relación de la pareja, una gran historia de amor que entra en el triste trance del desamor y cuyos protagonistas, atrapados en las cenizas de lo que una vez compartieron, buscan desesperadamente el renacer de nuevas pasiones en su entorno.

La estancia en Ashton Park marcará la vida de Anna porque, aunque solo se trate de una niña, allí comprenderá que el verdadero amor puede ser revelado con solo una mirada.

Lectulandia

Rosie Alison

Un lugar en el que nunca he estado

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2018

Título original: *The very thought of you*

Rosie Alison, 2009

Traducción: Toni Hill

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

5° aniversario edición conmemorativa

Más libros, más libres



PROYECTO
SCRIPTORIUM



epublibre.org

Para mi hija Lucy

*¿Y conseguiste lo que
querías en esta vida?
Lo conseguí.
¿Y qué querías?
Considerarme amado, sentirme
amado sobre la tierra.*

Raymond Carver,
«Ultimo fragmento»

Prólogo

Mayo, 1964

Queridísima mía:

De las muchas personas con las que nos cruzamos a lo largo de nuestra vida, es extraño que tantos de nosotros nos encontremos ligados a una de ellas en particular. Una vez hemos visto esa cara, se apodera de nuestro corazón una angustia involuntaria que no tiene remedio. Todas las maravillas del mundo toman forma en esa persona, y a partir de ahí ya no hay salvación, porque esa clase de amor no termina, o cuando menos no hasta la muerte...

Extracto de la Guía de las mansiones históricas de Inglaterra, de Baxter (2007)

Cualquier viajero de camino hacia el norte desde York debe cruzar una zona llana de tierras de labranza antes de iniciar el empinado ascenso que lleva a la ancha planicie de los páramos de North Yorkshire. Se trata de uno de los paisajes más espectaculares y bellos de Inglaterra: una extensión de tierras ondulantes que parece fundirse con el horizonte antes de hundirse hacia los voluptuosos valles arbolados.

En esos parajes, remotos y vacíos, apenas se distinguen unas cuantas ovejas silenciosas y algún camino a medio señalar. Son tierras vírgenes que se nos muestran en todo su variado esplendor. En febrero son un lugar yermo y lunar que nos invita a la introspección. En cambio, a finales de agosto, esas tierras florecen, encendiendo una neblina purpúrea de brezos que se extiende por los páramos como si flotara en el aire. Esa viva capa de color se mezcla con los robles y los fresnos de los valles inferiores, suaves tierras de piedra caliza surcadas por arroyos y manantiales secretos.

Es un terreno sagrado, santificado por la presencia de muchos monasterios medievales ahora reducidos a pintorescas ruinas abiertas al cielo. Rievaulx, Byland, Jervaulx, Whitby, Fountains... son algunas de las abadías más conocidas de esta zona, y su presencia atestiguan la promesa de fertilidad de esas tierras. Los primeros habitantes del monasterio desbrozaron los valles para poder cultivar y dejaron un mosaico de campos marcados por muchos kilómetros de muros de piedra.

Casi dos siglos más tarde, mucho después de la disolución de los monasterios, la pequeña aristocracia georgiana construyó hermosas casas en los valles que bordean los páramos. Hovingham Hall, Duncombe Park, Castle Howard, entre otras. Se talaron árboles para ganar vistas, se allanaron los terraplenes de hierba y los arroyos fueron convertidos en lagos decorativos: todo con el fin de clarificar y realzar las pautas naturales del terreno, tal y como era costumbre en el siglo XVIII.

Una de las mansiones más bellas de la zona, aunque no de las más grandes, es Ashton Park. Esta remota casa se alza al borde de los páramos, suspendida sobre el empinado valle de Rye y completamente aislada por su enorme extensión de terreno. Desde hace ya algunos años esta casa y sus jardines se hallan abiertos al público. En un rincón de la solitaria finca se encuentran las intrincadas verjas de hierro y la casa del guarda, donde se compran las entradas. Detrás, una larga avenida blanca cruza la campiña, moteada de ovejas y de algún árbol. Es un paisaje tranquilo, silencioso y en calma, que proporciona una amplia panorámica del cielo.

Al girar a la izquierda, el visitante ve por fin la gran casa: una mansión palladiana de piedra color miel provista de sendas a las curvas adosadas a ambos lados. Sobre las puertas del patio hay dos figuras de piedra sentadas sobre sus cuartos traseros, un

león y un unicornio, que se miran con ferocidad el uno al otro, como si hubieran jurado guardar un secreto.

De la imponente soledad de la casa emana cierta tristeza, una sensación que se hace más intensa cuando uno entra en el inmenso y vacío Marble Hall y ve los restos de estatuas sobre los pedestales. Un cordón rojo señala el inicio del recorrido de la casa: una sucesión de estancias amuebladas como escenarios que inquietan al visitante, que se pregunta cómo una casa así puede haber quedado reducida a esta versión falsa de su pasado.

El folleto explicativo informa que, tras la muerte del último Ashton en 1979, solo quedó una prima lejana que residía en Sudáfrica. La señora Sandra De Groot, esposa de un prominente empresario, se sintió tan abrumada por la herencia que accedió a ceder Ashton Park al National Trust a cambio de ahorrarse los derechos de sucesión. Pero antes se despojó a la casa de los campos que aún poseía y de otros objetos valiosos. Se vendieron dos cuadros de Rubens, junto con un Claude Lorraine, un Salvator Rosa y un par de Constables. Poco después sus abogados organizaron una subasta con los objetos de la casa: un sinfín de tesoros que los Ashton habían acumulado durante trescientos años, todos descritos sin la menor emoción en un inventario grapado de hojas blancas:

Dos butacones de madera dorada estilo Jorge IV; mesita de desayuno Regency de palo de rosa taraceada en bronce; centro de mesa de bronce del siglo XIX...

Los anticuarios de todo el país aún recuerdan la subasta que se celebró en Ashton Park en 1980, el canto del cisne de una casa en declive. Se dice que durante días la avenida quedó invadida de furgonetas que procedían a retirar las compras.

Al parecer, la señora De Groot conservaba cierto sentimiento familiar, ya que donó varias vitrinas al National Trust, junto con la biblioteca de la casa y muchos retratos y documentos familiares. Como curiosidad, el folleto menciona que «la exquisita colección de boquillas lacadas de la difunta Elizabeth Ashton fue enviada al Victoria and Albert Museum».

Según ese mismo folleto, Ashton Park ya había empezado su decadencia antes del expolio. Los albaceas, sin embargo, retiraron multitud de reliquias y recuerdos de familia, y en las paredes cuelgan ahora fotografías de los hijos de los Ashton en Eton y en Oxford, posando con los equipos de críquet o vestidos de uniforme. En sus semblantes se aprecia una expresión de confianza. En la planta inferior hay fotografías de los criados: el mayordomo y el personal a su cargo posando frente a la escalera principal, con esas miradas atónitas características de los primeros retratos.

Pasadas la Sala Matutina y la Sala de Billares, se llega a un pequeño estudio donde una vitrina exhibe los archivos de los evacuados de guerra. Según parece, en 1939 se estableció en Ashton Park un internado para evacuados, y un conmovedor

álbum de fotos revela a niños de edades diversas sonriendo a la cámara, vestidos con pantalón corto y falda gris; cartas manuscritas, enviadas en años posteriores, narran los momentos felices y tristes de su estancia allí.

En el último pasillo hay una sola fotografía, un elegante retrato de boda del último Ashton, fechado en 1929. Thomas Ashton es uno de esos hombres de antes de la guerra —apuesto, inescrutable, con el pelo echado hacia atrás—, mientras que su esposa, Elizabeth, es una belleza de la época cuyos rasgos recuerdan a los de Vivien Leigh. En sus rostros no se advierte la menor intuición de las pérdidas que les deparará el futuro, nada entonces les hacía presagiar que su casa acabaría convertida en un museo.

Durante las vacaciones y los días festivos, Ashton Park atrae a un gran número de visitantes. Una tienda instalada en la finca vende mermelada y otras baratijas, y los jardines ofrecen hermosos rincones donde comer, senderos para pasear y dudosos desfiles medievales en el campo sur. Y, sin embargo, los visitantes abandonan Ashton Park con cierto mal sabor de boca, porque de algún modo el lugar ha perdido su espíritu.

Dicha decepción no puede achacarse al estado de conservación de la finca. El techo está intacto; el césped de los jardines, esmeradamente cortado, y las aguas del lago son tan límpidas que casi no parecen naturales. Pero las oscuras ventanas son como ojos en blanco, miradas hechizadas. Más allá de las zonas que se visitan hay pasillos cerrados, y cuartos que se usan como almacén para potes de pintura y oxidadas escaleras plegables. La pequeña capilla de la familia aún se conserva, pero apenas recibe a nadie: queda demasiado alejada para incluirse en la visita guiada.

Quizá ese aire de tristeza deba atribuirse a la ausencia de familia. Al parecer, a principios del siglo pasado había tres hijos y una hija, pero ninguno de ellos tuvo descendencia. ¿Qué sucesión de desdichas acabó con esta antaño próspera familia? El folleto no aporta detalles sobre el final del linaje Ashton, pero cualquier visitante curioso no puede evitar preguntarse sobre ello.

A pesar de todo esto, a pesar de los carteles y cubos de basura, uno aún puede situarse en el jardín e imaginar cómo debió de ser aquella casa en los buenos tiempos. Puede imaginarse a otros, en épocas pasadas, disfrutando de la vista incomparable de aquel paisaje inglés en un día soleado.

Existe un árbol que atrae notablemente la atención, una imponente haya roja que se alza solitaria cerca del jardín de rosas. Fue en el banco que hay a la sombra de este árbol, ya fuera del horario de visitas, donde el personal encontró hace poco a una anciana señora que parecía haberse sentado a admirar el paisaje. Al acercarse a ella descubrieron que estaba muerta. Su semblante era plácido, y sus manos sujetaban una desvaída carta de amor.

Evacuación

1939

Londres, 31 de agosto de 1939

El sol de la tarde lanzaba sus últimos rayos cuando Anna Sands y su madre, Roberta, se apearon del autobús en Kensington High Street. A Anna, la amplia calle se le antojó un parpadeo constante de múltiples colores: montones de transeúntes caminaban por ella cargados con bolsas. Más allá del gentío distinguió la sucesión de tiendas, escaparates que exhibían todo tipo de objetos: latas llenas de caramelos de café con leche, cuencos rebosantes de bolitas de menta, rollos de cinta; sombreros, abrigos y guantes procedentes de todos los rincones del Imperio.

Madre e hija caminaban por la acera; Anna movía los brazos, siempre un paso por delante, pero no paraba de cruzar por delante de su madre, como si en cualquier momento fuera a dar media vuelta y a cogerla de la mano. Y es que, al día siguiente a primera hora, ella y miles de niños más serían evacuados de Londres. «Por si los alemanes nos bombardean desde el aire», le había dicho su madre en tono decidido, como si fuera algo rutinario por lo que todas las familias tenían que pasar.

«En cuanto termine todo esto, volverás a casa», le había explicado. A Anna le apetecía pasar una temporada en el campo, o al menos esa era la impresión que daba cuando le preguntaban. Debían hacer varias compras para el viaje, pero la partida inminente de Anna se cernía sobre ellas, dotando a cada momento de una intimidad especial.

La desazón de Roberta y el nerviosismo de Anna se fundieron en una alegría mutua: pasearon por la zona de máquinas recreativas solo por el placer de hacerlo antes de llegar a Pontings, la famosa tienda de telas, con sus columnas aflautadas y sus galerías de acero blanco.

Era la tienda favorita de Anna, una cueva de Aladino repleta de paños vistosos, rollos de seda y retales adamascados. En la planta baja, más allá de las boas de plumas, escogió un pañuelo blanco estampado con violetas.

—Gracias —dijo, y dio un beso a su madre.

Mientras Roberta se ponía en la cola para pagar, Anna levantó la vista hacia el atrio brillante, donde las vidrieras de flores transformaban la luz del sol en rayos de colores. Anna paseó los ojos por la tienda, por las resmas de lazos y las cestas de relucientes botones: de latón, de plata, de madreperla. Se concentró en la luz, y el ruido de la tienda fue amortiguándose al tiempo que ella se sumía en una especie de ensueño, hasta casi olvidarse de dónde estaba.

—Coge tú la bolsa, cariño —dijo su madre, devolviéndola a la realidad.

Anna reaccionó al instante y salió la primera de la tienda, ya en pos de la

siguiente compra. En Woolworth adquirieron una cajita de cartón y unas etiquetas para las maletas de Anna; luego cruzaron la calle y se encaminaron hacia la zapatería.

En Barkers compraron unos relucientes zapatos de color marrón con cordones. Despedían un intenso olor a nuevo. A Anna le recordaron a su padre, de uniforme y con sus grandes botas negras. Ella y su madre lo habían visto partir hacía un mes, justo después del octavo cumpleaños de Anna. Él la había hecho girar en el aire cuando ella saltó a sus brazos para despedirse. A veces él le enviaba cartas con dibujos graciosos que describían las maniobras del ejército. La verdad era que ella no estaba muy preocupada por él, porque todos sabían que la mayoría de los tanques de Hitler estaban hechos de cartón.

—Gran Bretaña tiene el mayor imperio del mundo, así que la guerra no durará mucho —anunció a la señora con gafas que la ayudaba a probarse los zapatos.

Madre e hija salieron de nuevo a la calle. Había llegado el momento de que Anna viera cumplido su deseo: tomarse un pijama. Lo había visto en las películas estadounidenses, niños sentados ante unas copas altas llenas de helado y trozos de fruta, y era su sueño.

Roberta avanzó entre el esplendor *art-déco* de los grandes almacenes Derry y Tom, sobre aquellas alfombras de un azul intenso que susurraban a su paso, hasta que ambas llegaron a los ascensores y entraron en la fresca cabina de cobre y níquel.

—Quinta planta, damas y caballeros, el mundialmente famoso Jardín Superior —recitó el mozo en tono vivaz.

Los jardines se habían inaugurado con mucho revuelo el año anterior, pero ellas no habían ido nunca: era demasiado caro.

Pero como ese día era especial, salieron a la luz crepuscular que teñía los tejados de Kensington. Ante ellas se extendían unos parterres de flores que colmaron todas sus expectativas. Había un jardín español, provisto de una torre de terracota estilo morisco y rebosante de buganvillas. Más lejos, tras caminar por un serpenteante sendero, llegaron a un jardín acuático con nenúfares y alguna carpa dorada. Unos pasos más las llevaron a cruzar bajo unos delicados arcos isabelinos por los que ascendían las rosas.

Llegaron a la cafetería, con mesas ya puestas bajo sombrillas de rayas y una fuente que tintineaba cerca. De la gran carta, Anna escogió los sabores con cuidado: vainilla y chocolate, baño de nata, cerezas y nueces. Para alivio de su madre, no pareció decepcionada cuando le sirvieron aquella torre de helado.

Una orquestina tocaba conocidas melodías en el patio, sofocando cualquier ruido que pudiera subir desde la calle. La irrealidad del lugar y el momento particular en que realizaban esa visita solo sirvieron para aumentar el placer de su mutua compañía.

—Antes de hoy, ¿te habías sentado alguna vez en una terraza tan cerca del cielo? —preguntó Anna.

—No —dijo su madre, riendo—, ni querría hacerlo sin que estuvieras conmigo.

—Cuando regrese a casa, ¿podremos volver aquí?

—Claro que sí, cielo.

—¿Papá también?

—Por supuesto —dijo Roberta, y cogió la mano de su hija.

Más tarde, cuando se hubo terminado el helado y las tazas de té estaban vacías, exploraron todos los rincones del jardín. Luego, encantadas, salieron a la calle.

No fue hasta que llegaron a la puerta principal de los grandes almacenes cuando Anna admitió que había una sombra que le empañaba el día: no tenía traje de baño.

Anna había visto imágenes de la evacuación en los noticiarios, y en todas aparecían niños que viajaban hacia el oeste, hacia la costa, a Devon y Cornualles. Ella ansiaba unirse a ellos, pero temía que con todo lo que habían gastado ya, pedir un bañador fuera demasiado.

—Pero, si no tengo, ¿cómo voy a nadar?

Roberta se detuvo al oír la apasionada pregunta de su hija y comprendió al instante que debía mantener intacta esa tarde, sin estropearla en lo más mínimo. Regresaron pues hacia los ascensores y subieron al departamento de ropa deportiva. Con desgana, Roberta pagó dos chelines por un bañador a rayas y vio cómo se iluminaba la carita de su hija. Era más de lo que pretendía gastar, pero redondeaba el día a la perfección. Luego, satisfechas, se encaminaron hacia la estación de metro.

Anna se adelantó y Roberta se regodeó en la visión de su hija: era una niña lista y avispada, de semblante despejado y sonrisa fácil. La leve separación entre los dos dientes frontales le daba un aire de traviesa sinceridad.

Bajaron hacia la estación, Anna siempre delante. Un tren se paró y abrió sus puertas, con el habitual trasiego de pasajeros. De repente, en el andén medio vacío, Roberta sintió una oleada de amor hacia su niña de cabellos pajizos.

—Anna... —dijo, y Anna se volvió, con los ojos brillantes y claros.

En ese instante, Roberta notó el alma de su hija en aquella mirada, un alma que se había ido forjando durante aquellos ocho años. Fue hacia su hija y la abrazó con fuerza. Por un momento, ambas oyeron los latidos de sus corazones.

—Te quiero, mi vida —dijo Roberta mientras acariciaba los cabellos de la niña.

Anna miró a su madre sin parpadear.

En los años venideros recordaría aquel día frágil, su luz impalpable, su júbilo silencioso.

Varsovia, 1 de septiembre de 1939

Sir Clifford Norton había pasado la mayor parte de la noche despierto en la embajada de Varsovia; ahora contemplaba el pálido azul de un amanecer que parecía serenamente ajeno a cualquier problema. Pensó, sin darle más importancia, que terminaba ya el último verano de la década.

El personal había estado trabajando por turnos toda la noche, todos enfrascados en frenéticas negociaciones de última hora para evitar la guerra. Las mecanógrafas no habían parado de escribir, los teléfonos habían sonado sin tregua, los mensajeros habían ido y venido, e incluso su esposa había estado allí con su máquina de escribir portátil para codificar y descifrar telegramas.

Danzig, Danzig, Danzig era la palabra que aparecía en todas las cartas, en todas las transcripciones. El puerto polaco había dejado de ser un lugar para convertirse en una cuestión de principios, reflexionaba Norton, ahora que Hitler exigía su entrega al Reich. Las negociaciones diplomáticas habían llegado a un punto muerto y la embajada estaba en estado de alerta. Pero a esas horas tan tempranas, parte del personal dormía en camas improvisadas y Norton estaba solo en su despacho, a la espera de recibir los siguientes telegramas de Londres.

Llevado por unas repentinas ansias de saborear el nuevo día, descorrió las cortinas hasta que pudo atisbar la luz naciente, sutil, invasora, que oscurecía la que tenía encendida sobre su escritorio. Su brillo lo animó: aún podía existir un momento de felicidad espuria.

El desasosiego de las últimas semanas había sido contagioso. Varsovia había vivido inmersa en un extraño *Totentanz*, que se reflejaba en restaurantes repletos de bulliciosos comensales y hoteles abarrotados de periodistas que enviaban telegramas sin fin, esparciendo rumores. En las tiendas se habían agotado el azúcar y las velas, y los polacos habían enterrado la plata y la cristalería en parques y jardines.

Le sobresaltó el teléfono de su mesa, que sonó de repente. Las 5.45. Era el cónsul de Katowice.

—Los alemanes están aquí. Sus tanques han cruzado la frontera a las cinco de esta madrugada.

La noticia causó en Norton un impacto difuso, como si se tratara de un hecho histórico que pudiera ignorar con solo hacerse a un lado. Era un momento anunciado, y sin embargo siempre había confiado en poder evitarlo.

Norton aún no se había calzado los zapatos. El suelo parecía empujar sus pies hacia arriba, con decisión. Se sentía como si estuviera viviendo en tercera persona. Colgó el teléfono y entró en acción de manera mecánica: comunicó la noticia por

cable a Londres y reorganizó a su personal.

En la embajada, la gente entraba y salía como si la escena fuera un sueño. Apenas unas horas antes habían creído poder negociar el precio de la paz, pero Hitler había hecho caso omiso a sus propuestas.

A las seis de la mañana, Norton oyó el ruido del motor de un avión y salió al balcón de la embajada. Ante sus ojos, en el cielo despejado, un bombardero alemán sobrevolaba el Vístula. Sonaron las sirenas y se oyó un estallido de fuego antiaéreo. Le sorprendió que la primera incursión sobre Varsovia se realizara tan pronto. La guerra había llegado hasta ellos.

Londres, 1 de septiembre de 1939

Anna estaba tumbada de espaldas, sumida en la quietud del sueño. Roberta se sentó en la cama y acarició el cabello de su hija hasta que esta abrió los ojos.

Ambas sonrieron, Anna le dio la mano.

Habían tenido que preparar tantas cosas para la evacuación... Ya habían recogido la nueva máscara antigás, embalada en una caja que podía llevarse colgada al hombro. La noche anterior, Roberta había hecho con esmero la maleta de Anna poniendo en ella tres mudas de ropa y los objetos de aseo personal. Y el bañador, por supuesto. Su madre también le había dado un último e inesperado regalo: un libro. En él había deslizado una carta cariñosa y una fotografía de la familia.

Roberta había guardado la comida en otra bolsa, porque no quería que Anna la perdiera al abrir la maleta. Había una lata de leche en polvo, carne de ternera en conserva, dos manzanas y una barrita de chocolate. También había una etiqueta donde constaba el nombre de Anna, su edad, y el nombre de su colegio.

—¿Tengo que colgarme la etiqueta al cuello? —preguntó Anna, sorprendida. Le parecía raro, la cuerda le rozaba la piel.

Anna ya había decidido no llevarse su osito de peluche por si alguien se reía de él. De manera que colocó a Edward sobre la almohada y se despidió de él con un beso.

—Volveré pronto —le prometió.

Roberta estaba tan nerviosa mientras daba el desayuno a su hija que no tuvo tiempo para ponerse sentimental. Pero puso cuidado en mostrarse cariñosa y disimular su impaciencia mientras se ponían los abrigos y salían de la casa de Fulham. Anna casi no tuvo tiempo de volver la mirada hacia la puerta verde, las prisas no dejaban lugar a la tristeza.

Sin embargo, mientras caminaban juntas hacia el colegio, ambas empezaron a sentir el dolor de la separación. Una separación inminente que ahora dejaba a Roberta sin aliento: pasarían varios días antes de que supiera dónde habían enviado a su hija. Horrorizada, imaginó una casa sucia y vieja.

—Acuérdate de lavarte las manos a menudo —le dijo.

Mientras andaban bajo el cielo encapotado, la guerra parecía remota e inimaginable. Roberta se preguntó cómo podía hacerle aquello a su querida hija. Quizá la guerra no los alcanzara. Quizá no sucediera. ¿De verdad los aviones alemanes volarían hasta Londres?

Después de que su marido se uniera al ejército, su primera idea había sido abandonar la ciudad con Anna. Pero no tenían familiares fuera de Londres, ni los

medios para mudarse. De manera que, como tantas otras madres, había aceptado a regañadientes el plan de evacuación propuesto: todos los padres del colegio de Anna habían sido presionados para participar en él. Al principio creyó que podría ir con ella, pero luego le informaron de que solo las madres que aún daban el pecho podían permanecer junto a sus hijos. Solo era algo temporal, se repetía Roberta.

Anna, por su parte, seguía ajena a cualquier inquietud. Estaba convencida de que todos los evacuados iban a la costa, y se tomaba el asunto como si de unas vacaciones se tratara. Solo había ido una vez a la playa, en Margate, y se moría de ganas de volver a corretear por la arena mojada. Y encima tenía un traje de baño nuevo.

Tenía sed de aventuras; había leído tantos cuentos de hadas que ansiaba moverse en el mundo por su cuenta. Como Dick Whittington. La larga calle y el niño con la maletita a sus pies eran algo que le parecía natural.

Llevaba los zapatos embetunados y los calcetines limpios. Cargaba con su maleta con orgullo. No temía a la despedida, notaba la cara de su madre más cerca que su propio pulso. Ni siquiera podía imaginar la separación.

A las puertas de la escuela, un edificio Victoriano de ladrillo rojo, se unieron a la inquieta multitud de madres, padres y niños que se despedían. Los críos lloraban, algunos a pleno pulmón. Las madres también sollozaban. Una oleada de tristeza inundó a Roberta, aunque ella y Anna estaban decididas a mostrar su independencia y a no hacer una escena en público. Aun así, a Roberta le flaqueó la voluntad. Buscó con la mirada a un maestro para preguntarle adónde llevaban a los niños.

—Los autobuses los llevarán a la estación de St. Pancras.

—¿Podemos acompañarlos hasta allí?

—No, lo siento —dijo él en tono de disculpa—, deben despedirse aquí.

Se produjo una larga espera y los niños se sentaron en el patio del colegio, bostezando. Roberta y Anna se mantuvieron juntas, sin decir nada, cogidas de la mano. Al rato los niños fueron distribuidos por clases mientras los maestros tachaban los nombres de las listas. Roberta se sentía orgullosa de Anna: tan guapa, tan radiante, tan limpia.

Aún podía llevarla de nuevo a casa.

De repente llegaron los autobuses, que procedían de otra escuela del West End. Antes de que Roberta tuviera oportunidad de cambiar de opinión y sacar a su hija de la fila, el grupo de Anna se vio obligado a avanzar hacia delante. Sin echar la vista atrás, Anna corrió a coger asiento. Dejó las bolsas en el suelo y se percató de que, tras tanto rato de espera, apenas se había despedido de su madre. Apretó la cara contra la ventanilla.

Ahí estaba, mirándola, con su reluciente cabello castaño y esa sonrisa que reservaba solo para ella, deseándole toda la felicidad del mundo, todo lo bueno.

—¡Adiós, mamá! —gritó Anna a través del cristal.

De repente, con los ojos puestos en su madre, se le hizo un nudo en la garganta. Notó la mirada de su madre puesta en ella hasta que el autobús se puso en

movimiento: se iba, se iba, se había ido... Anna emprendía su aventura en solitario.

Se hundió en el asiento. En el autobús flotaba un olor rancio a tabaco que le provocó náuseas. El calor la adormeció; no corría mucho aire. Se sentía rara: nerviosa y suspendida en un mundo nuevo y extraño donde podía pasar cualquier cosa. Aún no echaba de menos a su madre, porque esta seguía firmemente enraizada en ella: su cara, su voz, el tacto de sus manos.

Para Roberta, sin embargo, la nostalgia fue inmediata. Regresó a pie a casa desde el colegio con la sensación de que le habían amputado algo; como una planta marchita. Los árboles del camino le parecían resacos y frágiles, y la acera, agrietada bajo sus pies. La sequía del final del verano la envolvía, las calles se le antojaban inusualmente desiertas.

¿Había hecho lo correcto?

El autobús del colegio de Anna llegó a la estación de Paddington y allí permaneció detenido durante una hora. Un sol inestable entraba y salía, poniendo nerviosos a los niños. Algunos se apearon, pero Anna no.

El autobús prosiguió hasta St. Pancras: el mágico y colorido St. Pancras, un derroche de enladrillado exótico. Anna no había estado nunca en aquella estación. Al bajar del autobús posó los ojos en las rojas agujas góticas que ascendían hacia el cielo. Eran como las torres de un castillo de cuento, el primer paso de su gran aventura.

El inmenso y abovedado espacio interior la impresionó. Los trenes echaban vapor, retazos blancos que salían de las chimeneas y flotaban hasta las colosales vigas de los arcos. Detrás de los andenes, el cielo parecía enmarcado, como la vidriera de una catedral: una ventana hacia un infinito azul brillante.

Pero el grupo la empujaba y había poco tiempo para pararse a observar. La estación era un hervidero de padres e hijos; era fácil equivocarse de fila. Las voces que anunciaban los trenes y los hombres provistos de altavoces solo agravaban el caos. Muchos niños parecían tener hermanos o hermanas, algunos muy pequeños y con ganas de ir al lavabo. Anna se sintió fuerte y compadeció a los que lloraban. Sujetó sus pertenencias con fuerza: la maleta, la bolsa con la comida, la caja con la máscara antigás.

Pensó con emoción en la playa.

Sobre aquella agitada marea de niños se cernía un gran reloj, cuyas manecillas se iban comiendo la mañana. Poco a poco la excitación de Anna empezó a menguar, la magia de aquella catedral de acero se desvaneció cuando tuvo que colocarse en una nueva cola, en el andén, a la espera de que sucediera algo. Unos se quedaron de pie, otros se sentaron en el suelo. El andén estaba sucio, un olor acre le quemaba en la nariz.

—¿Dónde vamos? ¿Dónde? —Preguntas susurradas a las que nadie daba respuesta se extendían entre la fila de niños, docenas de caras revelando mohines de súplica.

Por fin le tocó el turno a su grupo. La señora Martin, la maestra de su clase, marcó su nombre en la lista cuando ella subió a bordo del tren con su equipaje.

No tenía de quién despedirse, pero cuando el tren inició la marcha se unió a los niños que se habían pegado a la ventanilla, y saludó con la mano a todos los padres y madres que tenían la vista fija en esos niños que partían.

El tren avanzó despacio hacia el norte de Londres, pasando frente a sucias fachadas traseras, pequeños huertos y fábricas humeantes. Anna se sentía como en una película. El tren aceleró: los lugares pasaban más rápido, los campos empezaron

a sucederse al otro lado de la ventanilla.

Recordó el regalo de su madre y desenvolvió el libro: para su alegría, se encontró con *El gran libro de los cuentos de hadas*, con dibujos siniestros de serpientes marinas y brujas de nudosos dedos. La fotografía de su madre y la carta la entristecieron, pero contuvo las lágrimas: estaba decidida a ser una heroína de cuento, a demostrar su valor.

Aunque habría deseado tener algún hermano.

El tren se paró y arrancó de nuevo. De vez en cuando, un adulto con una carpeta pasaba a comprobar que todo fuera bien. El retrete estaba atascado, y eso causaba problemas. Anna tenía miedo de los servicios sucios, de manera que intentó no comer ni beber mucho.

Por fin el tren se detuvo en una estación. Durante un rato no pasó nada; luego las puertas empezaron a abrirse y unas voces gritaron a lo largo del pasillo:

—¡Todos abajo!

Al bajar al andén, Anna vio que estaban en Leicester. No sabía dónde quedaba ese lugar. Algunos niños eran guiados hasta la salida; otros redirigidos a un nuevo tren. Anna contemplaba el trasiego de gente, algo aturdida: ¿debía subir al tren o quedarse allí? Inmóvil, se sintió mareada y débil, enfrentada a una encrucijada invisible que decidiría su futuro.

—¿Leicester está cerca del mar? —preguntó a una de las señoras que llevaban listas de nombres.

—No, querida, para nada.

Eso la decidió. No quería quedarse allí. Se unió a la cola para el nuevo tren, a pesar de que nadie parecía saber adónde se dirigía.

Se instaló en uno de los asientos al lado de la ventanilla.

—¿Cuándo llegaremos a la costa? —preguntó a uno de los maestros que pasaba revista. Este la miró con cara de perplejidad.

—No te sientas muy decepcionada si no terminas en la costa —le dijo—. De todos modos, hace demasiado frío para bañarse en esta época del año.

Anna no preguntó más, pero tuvo la triste sensación de que se había equivocado de tren.

Empezó a preocuparse. No paraba de mirar por la ventanilla, a la espera de ver aunque fuera un fragmento de mar en el horizonte. Avanzaron por un paisaje campestre durante horas. Aferrada a la bolsa de comida y al libro, se quedó dormida. Los pies no le llegaban al suelo, oscilaban de un lado a otro con el traqueteo del tren.

A última hora de la tarde el tren aminoró la velocidad y ella despertó. Al final de una gran curva se distinguía una estación. Anna leyó el cartel: York.

—¡Todos abajo! —gritaron los supervisores, moviéndose a toda prisa por los pasillos. Anna se puso en pie de un salto y recogió sus cosas. Se apeó del tren y siguió a los demás niños. En fila, subieron muchos escalones y cruzaron un largo puente que bordeaba la majestuosa curva de la estación. Bandadas de pájaros volaban

en el gran tejado de vidrio. Alguien hizo sonar un silbato y las aves salieron al exterior, sobresaltando a los niños.

¿Eran gaviotas? Anna los observó, deseando saber más cosas sobre pájaros.

Unos agentes los esperaban para hacer una anotación en la lista, al lado de sus nombres. Solo quedaban unos pocos niños del colegio de Anna.

Ella paseó la mirada por aquel grupo de caras desconocidas.

—¿Adónde vamos? —preguntó a un hombre barbudo.

Él se detuvo al ver esa cara de niña que revelaba ansiedad.

—Ahora os llevamos al colegio. Allí os darán una taza de té. —Hablaban con amabilidad, aunque con un acento que le resultaba raro al oído. Esta vez, ella no se atrevió a preguntar si la costa estaba cerca.

Los niños fueron rápidamente distribuidos en autobuses polvorientos. Hacía calor. Anna contempló el gran hotel que había junto a la estación y sus recortados parterres de flores. Así que esto es York, pensó.

Por suerte, no tardaron mucho en llegar a la escuela. Había alrededor de un centenar de niños, que fueron recibidos con bebidas por un grupo de afables señoras.

—¿Dónde estamos? —preguntó Anna.

—¡Estáis en Yorkshire! —respondió una mujer recia, cuyas mejillas estaban surcadas por venitas rojas que dibujaban en ellas algo parecido a una telaraña. Anna no sabía nada de Yorkshire, excepto que era un lugar de gente pobre, obrera. Eso la asustó un poco.

Los sentaron en sillas dispuestas en filas y les examinaron el cabello en busca de piojos. Pasada la revisión, le dieron un bollo y un vaso de leche. Algunos adultos iban con prisas y hablaban con brusquedad; otros, en cambio, la miraban a los ojos y se tomaban la molestia de sonreír.

Mordisqueó el bollo sentada en uno de los bancos que había bajo los ventanales mientras intentaba comprender la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Los adultos deambulaban por el centro, vigilando a los niños. Hablaban con un hombre que se hallaba sentado detrás de una gran mesa y señalaban a varios niños y niñas. ¿Los escogían como si fueran verduras en un puesto del mercado? Anna se colocó junto a Becky Palmer, una de las pocas niñas de su colegio que había llegado hasta allí con ella. Becky consolaba a su hermano pequeño, que se había orinado en los pantalones. Las mujeres pasaban delante de ellos y los miraban de arriba abajo.

El corazón le latía deprisa: una parte de ella quería ser elegida, pero al mismo tiempo la gente que veía le inspiraba cierto temor. Todo parecía tan distinto de las vacaciones en la playa con las que había soñado... No quería estar en Yorkshire rodeada de desconocidos: de repente su cerebro conjuró un paisaje de fábricas, caras ennegrecidas por el humo.

Anna empezó a darse cuenta de que todas las mujeres de semblante agradable escogían a niñas... y que ella estaba sentada junto a un chico llorón que acababa de mojar los pantalones. Bueno, no pensaba abandonar a Becky solo por eso. Justo en

ese momento pasó una señora de tez muy enrojecida y con pelos en la barbilla, y Anna respiró aliviada por estar junto al pequeño Ben, que seguía llorando.

De repente se abrieron las puertas para dar paso a una dama de pelo negro que llevaba un bonito abrigo. La seguía a corta distancia otra mujer, más joven, que parecía su ayudante. La mujer elegante parecía impulsarse sobre los altos tacones, el abrigo fino se movía a su paso. Fue directa al agente encargado del alojamiento, quien se levantó y se dirigió a ella en tono respetuoso. Anna observaba desde el banco a la nueva dama: esta se volvió y paseó la mirada por la sala. Se había apoyado en el borde de la mesa, con una pierna en el suelo, y hacía oscilar el tacón de la otra despacio, como una bailarina.

El hombre que estaba al mando se subió en una silla y dio varias palmadas para pedir silencio.

—La señora Ashton tiene treinta plazas libres en Ashton Park, para niños y niñas de edades comprendidas entre los siete y los trece años. Todos los que encajéis en esa descripción venid rápidamente aquí, por favor.

Los niños se movían, pero Anna no lo pensó dos veces y se puso la primera de la fila.

Estaba cautivada por aquella dama bella y misteriosa. La señora Ashton. Sus cabellos eran de un negro brillante y sus ojos, de color claro, escrutaban la sala con un atisbo de diversión.

Mi madre admiraría a esta señora porque es una dama, se dijo Anna.

Miró hacia atrás, hacia la fila que se había formado: un hatajo de niños y niñas, desorientados tras el largo día. Los agentes de alojamiento anotaban sus nombres a toda prisa al tiempo que les entregaban una postal que luego enviarían a sus familias. Anna no apartó los ojos de la señora Ashton, quien actuaba como si la espera no le importara: charlaba con su ayudante y preguntó a una de las niñas por el viaje.

Uno de los agentes indicó que todo estaba en orden.

—¿Ya? Pues en marcha —dijo la señora Ashton, y se encaminó hacia la puerta sobre sus altos tacones.

Anna corrió para seguir sus pasos y subió a otro autobús, ya lleno hasta la mitad de niños.

El autobús salió de la ciudad y recorrió kilómetros de trigales hasta que, poco a poco, empezó a ascender por una carretera con más curvas. Ya anocheecía cuando llegaron a una loma escarpada y el autobús aminoró la marcha para poder doblar los abruptos recodos.

La luz del día se había extinguido ya y el viaje prosiguió en la oscuridad. No había farolas, solo la carretera desierta. El vehículo seguía adelante y los niños se durmieron, con la cabeza apoyada en el hombro de sus compañeros o sobre sus propias rodillas. El suelo estaba lleno de maletas y de máscaras antigás.

Por fin, tras cruzar un puente con forma de joroba, llegaron a un pueblo.

—Ya estamos. —Anna oyó la voz de la señora Ashton. Intentó adaptarse a la

oscuridad reinante y distinguió unas verjas de hierro. El autobús traqueteó al pasar sobre una rejilla de retención de ganado y luego se deslizó sin hacer ruido por una larga avenida. Tras una súbita maniobra hacia la izquierda, Anna se encontró frente a un gran edificio oscuro, de ventanas iluminadas. Cruzaron otra verja y llegaron a un patio ovalado. El autobús frenó por fin y los niños que quedaban dormidos despertaron.

—Coged todas vuestras pertenencias —dijo otra voz.

Descendieron en fila, como un rebaño de ovejas atónitas. Anna fue una de las primeras en bajar. Con sus cosas firmemente agarradas, siguió a la señora Ashton por los escalones de piedra hasta unas altas puertas; por ellas llegaron a un magnífico vestíbulo de mármol, con un techo en forma de cúpula azul que parecía elevarse hasta el cielo.

Anna no podía creer lo que veían sus ojos. ¿Qué diría su madre de un lugar así? A su alrededor había silenciosas estatuas griegas: un hombre desnudo a punto de lanzar un disco, un perro enorme enseñando los dientes, un león dormido. Los niños se agruparon sobre el suelo, que era blanco y negro, como un tablero de ajedrez. Sus débiles voces resonaban en el amplio vestíbulo.

La señora Ashton dio un par de palmadas.

—Os doy la bienvenida a todos y espero que seáis felices durante vuestra estancia en Ashton Park. Soy la señora Ashton. Este es un lugar muy especial, y esperamos que lo disfrutéis y lo cuidéis como hacemos nosotros. Tenemos maestros y personal que se ocupará de vosotros, como en los colegios donde habéis estudiado hasta ahora. Y esta es la señorita Harrison, el ama de llaves.

Una mujer fornida, de pelo canoso, dio un paso adelante. Llevaba el uniforme azul típico de las enfermeras, con un reloj prendido de la falda. Había algo temible en su aspecto y en esos ojos que, inquietos detrás de las gafas, parecían carecer de pestañas. Anna pensó que le gustaba más la señora Ashton.

Pero fue la señorita Harrison la que los dividió en grupos —niños, niñas, mayores, pequeños— y los guio hacia el piso superior a través de una gran escalera de piedra.

Llegaron a un largo pasillo alfombrado en rojo. El ama de llaves les mostró una gran sala donde estaban los retretes y los lavamanos antes de conducirlos, por otra serie de pasillos, hasta distintos dormitorios llenos de camas dispuestas una junto a otra.

Anna fue instalada en un dormitorio llamado Wisteria, del segundo piso. Se le adjudicó una cama simple, de hierro, y unas sábanas nuevas y rígidas. Sacó el camisón de la maleta y guardó el resto de sus cosas debajo de la cama.

La curiosidad la empujó hasta la ventana: atisbó entre las cortinas, pero solo vio noche. Quizá el mar estuviera ahí afuera al fin y al cabo.

Tras hacer otra cola para usar el baño y el lavamanos, Anna cayó rendida en la cama. Antes de dormirse pensó en su madre.

En la planta baja, y a pesar de la avanzada hora, Thomas Ashton esperaba a su esposa para cenar. El gran comedor había sido adaptado a las nuevas necesidades con tres mesas de refectorio, ya dispuestas con el servicio de desayuno para los niños evacuados. Elizabeth llegó por fin, con los ojos brillantes. A lo largo de las últimas semanas había trabajado de manera incansable para preparar la casa, vaciando estancias para convertirlas en dormitorios, comprando provisiones, contratando servicio. Esa misma mañana, acompañada por el ama de llaves, había dado su visto bueno a las limpias y aireadas habitaciones.

—Ya están todos instalados arriba —informó.

—¿Las camas están llenas?

—Oh, sí. Aún quedaban niños en el centro de alojamiento cuando nos marchamos.

—Esperemos que no haya muchas lágrimas esta noche.

Elizabeth lo miró de soslayo e inclinó levemente la cabeza al hablar.

—Aquí podemos proporcionarles algo bueno, Thomas.

Él sonrió y acarició la mano de su esposa. Lo conmovía verla tan entregada a esa causa.

—Estoy deseando que llegue mañana para poder conocerlos —le aseguró.

Thomas se había mostrado sorprendido y encantado cuando Elizabeth propuso que abrieran sus vidas de este modo. Y lo habían hecho justo a tiempo: la radio no había parado de informar en todo el día sobre la invasión que Hitler había lanzado contra Polonia al amanecer.

—No dejes de pensar en los Norton —añadió él. Sus amigos estaban en el punto más conflictivo de Europa.

—Conseguirán huir de Varsovia.

—Espero que no te equivoques.

Pero ninguno de ellos, pensó Thomas, podría huir de esa guerra inminente. El frente llegaría hasta casa esta vez, los aviones alcanzarían las ciudades enemigas. Estaba contento de aportar su granito de arena: al menos Ashton Park podría servir de refugio para unos cuantos evacuados.

Desde Pascua la casa se había convertido en una sombra de lo que fue; la mayor parte del personal masculino había sido reclutado para la contienda. En los vacíos pasillos flotaba un silencio expectante, un silencio que quedaría roto por el ruido de esos niños. Los niños de otros.

Se retiraron a su dormitorio. Elizabeth se sentó frente a su cómoda y Thomas le cepilló su larga melena. Se trataba de un ritual que habían incorporado hacía poco y que los sosegaba a ambos.

Más tarde, ya acostado, Thomas percibió un cambio sutil en el ambiente de la casa. Ashton llevaba muchos años sin niños, y ahora, sin embargo, todos sus rincones parecían invadidos por el eco amortiguado de los niños que dormían arriba.

Aquel cambio de atmósfera hizo que se durmiera sin esfuerzo.

A la mañana siguiente ochenta y seis niños despertaron en una casa que les era extraña.

Anna permaneció en la cama unos minutos, preguntándose si le estaba permitido levantarse ya. Pero la luz penetraba a través de las cortinas y no pudo resistir la tentación de contemplar la vista. Se encaramó al alféizar de la ventana y miró hacia el exterior.

Allí estaba su nuevo mundo. Un vasto campo sin vallas ascendía levemente hacia el cielo; al fondo, en el horizonte, se distinguía una arboleda oscura. Las ovejas pastaban tranquilas en la llanura, salpicada de algunos árboles aislados y surcada por un único sendero blanco. Era un paisaje del que emanaba quietud, calma.

Otra niña se unió a Anna.

—¡Cuánta hierba! —exclamó, y añadió—: Me llamo Beth.

—Esos tres guardias indican que hay ciervos. Los he visto en Richmond Park —dijo otra niña. Katy Todd, se llamaba. Parecía saber muchas cosas.

La puerta se abrió bruscamente.

—¡Hora de vestirse!

Era el ama de llaves, con su uniforme azul, que las enviaba a asearse.

Diez minutos después sonó un fuerte gong y todos los evacuados se pusieron en fila en la planta baja. Anna observó las caras arreboladas de los niños. Se dio cuenta de que había dos o tres niñas de su antigua escuela y se dijo que hablaría con ellas en cuanto pudiera. Luego se pusieron en marcha, siguiendo a la persona que iba delante: un largo cocodrilo compuesto por críos que avanzaba con rapidez hacia el desayuno.

Anna estaba nerviosa, pero contenta de llevar zapatos nuevos. La niña que iba delante de ella en la fila era mayor, tenía las piernas más largas. Tuvo que apresurar el paso para no quedarse atrás cuando la fila de niños bajó en tropel por la gran escalinata de piedra. Anna se movía con rapidez; sus rodillas subían y bajaban deprisa, no apartaba la vista de la chica que la precedía.

Notó un dolor súbito cuando su rodilla derecha se clavó en una de las hojas de decoración de la barandilla que sobresalía hacia la escalera. Apartó la rodilla, separando el hierro de la carne... y contempló un profundo corte.

Solo verlo la mareó, pero siguió corriendo. Cojeó sin aliento detrás de la otra chica hasta llegar a un enorme comedor pintado en tonos granate cuyas paredes estaban llenas de grandes retratos. Los niños, aún de pie, se distribuían en grupos alrededor de las largas mesas.

Anna notaba el tobillo húmedo y pegajoso. Miró hacia abajo y vio que la sangre le corría por la pierna, empapándole el calcetín. Sacó el pañuelo blanco, con violetas bordadas, el regalo que su madre le había comprado en Pontings.

Se secó la rodilla, y el simple roce de la tela le dolió. Podía ver el intenso color rojo de la carne viva en la herida abierta: el pañuelo se empapó enseguida.

Se hizo el silencio mientras esperaban que alguien bendijera la mesa. Gotas de sudor caían por las sienes de Anna; su labio superior estaba húmedo. Se sentía mareada. Intentó mantenerse de pie, pero la cabeza le daba vueltas.

—Demos gracias al Señor por los alimentos que vamos a recibir.

Anna vio que el suelo de madera subía a recibirla... y como el agua que desaparece por el desagüe, las luces se le apagaron.

Se golpeó la cabeza contra el suelo al desmayarse y la niña que estaba a su lado pidió ayuda. Elizabeth Ashton se acercó y se arrodilló. Pidió una servilleta y, con un escalofrío, vendó la herida. Aún agachada en el suelo, cogió a Anna entre sus brazos. Los otros niños ya se habían sentado y comían sin perderse detalle de lo que pasaba.

Anna despertó de aquel profundo y dulce sueño en un cuarto desconocido, de techos blancos y muy altos adornados con intrincados dibujos, como pasteles helados. Se sentía sin fuerzas. Vio ante sí el rostro de una extraña: un rostro enmarcado por oscuros y brillantes cabellos que la miraba preocupada.

Elizabeth observaba a aquella niñita pálida que llevaba en brazos. Pesaba muy poco, pero sus ojos, ya abiertos, brillaban vivaces. Era una niña limpia, una niña a la que apetecía abrazar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en voz baja.

—Anna Sands. —En ese momento quería a su madre y sofocó un sollozo.

—Vamos a llevarte arriba, Anna. ¿Cómo te has hecho ese corte en la rodilla?

—Me di con la barandilla —dijo Anna. Se sentía culpable por toda aquella sangre—. Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

—No tienes que preocuparte por nada. Ahora respira hondo unos instantes, luego nos iremos arriba.

El ama de llaves, la señorita Harrison, apareció con un paño húmedo, y la señora Ashton se desvaneció tras brindarle una sonrisa. Tras inspeccionar la herida, el ama de llaves se percató de que necesitaría puntos y se apresuró a llamar al médico del pueblo.

Anna se quedó en el dormitorio, esperando: tumbada en la cama, con la venda firmemente apretada contra la rodilla, preocupada por los calcetines porque solo tenía tres pares. No apareció nadie, y ella echó de menos su casa. Deseó haberse llevado consigo su osito de peluche a pesar de todo. Contempló las grietas del techo y se sintió completamente sola.

Por fin llegó el médico, con el ama de llaves, y examinó la herida.

—Tendremos que coserte, querida —murmuró él. Parecía un severo doctor sacado del juego de cartas de las familias, todo patillas. Pero sus ojos arrugados la miraban con cariño mientras abría el maletín negro y preparaba el material de sutura.

Anna apartó la mirada para no ver la aguja y se estremeció cuando el ama de llaves le sujetó la pierna; nunca había soportado un dolor tan atroz. Sus ojos,

cerrados, se llenaron de lágrimas.

Después de vendarle la herida, el doctor sonrió, mostrando sus dientes gomosos.

—Descansa un rato y luego sal a jugar con los demás. Pero ten cuidado de no darte ningún golpe.

Anna contó hasta cien muchas veces; luego bajó de nuevo la escalera, aunque esta vez con pasos más lentos. El desayuno había terminado hacía rato y se reunió con los otros niños en una gran sala revestida de madera a la que llamaban «el salón». Alguien hizo sonar un silbato y apareció la señora Ashton.

—Ahora os distribuiremos en clases, así que, por favor, id acercándoos uno a uno.

Anna fue asignada a la clase de la señorita Weir, que había venido con un grupo de alumnos de Pimlico. Era joven y de piel blanca, con el pelo rubio. Parecía simpática. Había catorce niños en su clase, entre chicos y chicas. Anna no perdía de vista a Katy, la niña que dormía en su cuarto y que parecía saber muchas cosas.

Sonó otro silbato y todos siguieron a sus respectivos maestros. La señorita Weir los llevó hasta su aula, que en poco se parecía a la de un colegio normal. Era una estancia de techos altos de madera labrada y paredes empapeladas de amarillo, en las que se apreciaban las marcas de los muebles que habían sido retirados. Habían colocado varias mesas sencillas y sillas de madera en hileras, y una pizarra descansaba sobre un estante. En una de las paredes había un retrato, cuyo marco estaba barnizado de un color oscuro, de un hombre y su perro. A su espalda, a lo lejos, había una casa enorme y Anna se preguntó si se trataría de la casa Ashton.

—El verano ha terminado, así que demos la bienvenida al nuevo curso —dijo la maestra, en tono animado, antes de empezar a hablar sobre las lecciones.

Anna escuchaba, pero al mismo tiempo miraba por la ventana y observaba las ovejas, que se movían despacio por los pastos. Nunca había visto tanta hierba.

—Escribid una breve redacción sobre vosotros y vuestra familia —dijo la señorita Weir, y procedió a repartir entre ellos lápices y cuadernos.

Me llamo Anna Sands. Soy hija única. Vivimos en Fulham y suelo jugar en Bishop's Park. Mi padre restaura antigüedades y mi madre le ayuda. Ahora él está en el ejército. Mi madre sabe tocar el piano.

Un gong sonó a la hora de la comida, una vez, dos. A partir de ahora todo quedaría marcado por gongs, timbres y campanillas. Anna no se quejó; se había saltado el desayuno, así que tenía hambre.

Por la tarde, se congregó a todos los niños en el Marble Hall donde conocerían al señor Ashton.

Al verlo de espaldas, Anna se dijo que debía tratarse de un hombre mayor, ya que no podía caminar. Iba en silla de ruedas. Pero cuando lo tuvo delante, descubrió que su cara era la de un joven. No solo joven, incluso guapo y muy educado, aunque sus piernas mostraban una delgadez extraña.

El señor Ashton se movió en la silla para estrechar la mano a todos los evacuados. Anna se dijo que tenía una sonrisa preciosa, radiante y franca. Se dijo que no debía de ser mucho mayor que su padre.

Cuando le tocó el turno de saludar a Anna, la señora Ashton dijo:

—Y esta es la niña a la que han tenido que dar unos puntos en la rodilla.

—¡Ah! —dijo él—. ¿Así que tú eres la jovencita que ha sacado al médico de su consulta en el pueblo?

—Sí, señor. Lo siento, señor —musitó Anna.

—Bueno, ¿te encuentras mejor? —preguntó él, con ojos afables.

—Sí, señor —dijo Anna, y sonrió. Era simpático, no daba miedo, lo notó enseguida. Es más, la invadió un orgullo vago y secreto al destacar entre el resto a ojos de aquel caballero.

Cuando él se movía, las ruedas de la silla crujían un poco sobre el pulido suelo de piedra, y Anna sintió una repentina compasión hacia él y hacia su esposa. La señora Ashton no podía ser feliz casada con un inválido... no podían ir a bailar, por ejemplo, y ella imaginaba perfectamente a la señora Ashton en un salón de baile. Y eso debía de entristecerlo a él también, pensó.

¿Cómo una mujer tan hermosa estaba casada con un hombre que no podía andar?

Esa tarde se dio permiso a los evacuados para salir a jugar. Cojeando un poco y con la rodilla vendada, Anna siguió a los otros hacia los jardines de la parte sur de la casa. Había zonas de pasto, caminos entre tejos y bosques por explorar; pequeños jardines bordeados por setos, y empinadas pendientes por las que rodar.

Anna miró a ambos lados: el parque parecía no tener fin, se extendía hasta el horizonte por todas partes. Grupos de críos corrían por el vasto jardín cercano al salón, persiguiéndose por el ondulado terreno. El aire y el tiempo parecían cargados de sutiles promesas. Como había pasado toda su vida en la ciudad, Anna nunca había visto un cielo igual: se extendía sobre ellos como si estuviera recién pintado.

No terminaba de comprender por qué estaba allí, ni qué clase de sitio era ese. Pero se lanzó pendiente abajo, con los brazos elevados contra el viento y la cabeza hacia atrás, gritando mientras descendía, como los otros.

Desde la ventana del estudio, Thomas Ashton contemplaba cómo los niños jugaban a pillar por el césped. Aquella agilidad de movimientos lo conmovió; había tanta espontaneidad en ellos...

Se estremeció, asaltado por una oleada de emociones desconocidas. Quería llegar a esos niños: alegrarlos y disfrutar de su alegría, como correspondía a alguien de buen corazón. Pero sabía que tampoco podía dejar que perturbaran aquel equilibrio que tanto le había costado obtener.

Se empujó en la silla de ruedas, alejándose de la ventana, y encendió la radio para oír las últimas noticias.

Entretanto los chiquillos deambularon por los campos hasta la hora de cenar. No sabían nada de la invasión alemana de Polonia, ni formularon pregunta alguna antes de acostarse.

El lento y silencioso poder de la casa empezaba a hacer mella en ellos.

En la mañana del 2 de septiembre, Roberta Sands despertó temprano, se vistió y preparó el té. Llevada por la costumbre, echó más agua de la necesaria, como si su marido estuviera aún en casa; luego permaneció un buen rato sentada en la cocina.

Sabía que los padres de los demás niños evacuados estarían pasando por lo mismo: un fin de semana de extraña calma. A la espera de recibir noticias de sus hijos, a la espera de que se declarara por fin la guerra. ¿Hoy, mañana?

A su alrededor se veían los últimos retazos del verano. Un jarrón de rosas marchitas arrancadas del jardín, un geranio polvoriento en una maceta, el cristal de la ventana trasera, lleno de salpicaduras ya que no lo había limpiado desde la primavera.

Era sábado; no tenía que trabajar, así que no había prisa. Deambuló por las habitaciones vacías, ordenando las cosas, hasta que se encontró sentada en la escalera, con la mirada puesta en las losetas estampadas del pasillo, incapaz de moverse.

Anna había nacido en esa casa. Era una casita estilo eduardiano, una de las muchas viviendas adosadas, casi idénticas, que se construyeron en Fulham. Las habitaciones delanteras eran oscuras, ya que daban al norte, a una calle estrechada por dos filas de árboles desmochados.

La habitación de Anna, con vistas a la parte de atrás, era la más luminosa. Tenían su propio jardincito, pero la hierba no llegaba a crecer nunca porque le faltaba sol. Solo al mediodía el sol estaba lo bastante elevado para bañar aquel pequeño recinto con su blanca luz. Pero desde la ventana del cuarto de Anna podían verse otros jardines, más grandes, provistos de cerezos y magnolios, donde el frondoso césped brillaba bajo los rayos de sol hasta bien entrada la tarde.

Roberta entró en la habitación de su hija y contempló desde esa ventana unas coloridas petunias que crecían en un jardín lejano. Su exuberancia le hizo sentir el dolor de la separación.

¿Dónde estaría Anna ahora?

Nunca había valorado hasta tal punto la rutina familiar, y ahora que había quedado rota se sentía perdida en la transición hacia su nueva vida. Fuera, los feos tejados de calamina de los refugios antiaéreos parecían haber estado siempre allí.

Volvió a bajar. Su viejo piano estaba abierto, las teclas de marfil ofrecían su brillo pálido en la penumbra del salón. Tocó las primeras notas de una canción de Al Bowlly, pero le sonó demasiado frívola y optó en su lugar por una canción de cuna.

En la mesita contigua al piano se hallaban las fotografías de su marido, Lewis, y de Anna. Roberta se sintió observada, y extrañamente culpable por estar en casa sin ellos, limitándose a esperar noticias suyas. Así que decidió ir a dar un paseo, quizá

siguiendo el curso del río por Bishop's Park.

Salió a las calles de una ciudad deprimida, ciñéndose el cinturón del abrigo a medida que se internaba en ella.

Ese mismo día, algo más tarde, Lewis se hallaba en el interior del pabellón, situado cerca de Salisbury Plain. Llovía, no había parado en todo el día. Todas las piezas que componían su uniforme estaban húmedas. El agua se deslizaba por las lonas de la tienda, y tenía las recias botas cubiertas de fango. El comandante de la compañía esperaba que el tiempo mejorara antes de las próximas maniobras, algo que, gracias a Dios, parecía poco probable antes de cenar.

Estaba sentado con las piernas cruzadas y un libro en la rodilla, que le servía para apoyar la carta que escribía para su esposa. Cerró los ojos e imaginó a Roberta dando uno de sus habituales paseos: una voluptuosa morena de ojos azules andando por el parque, que se movía con un contoneo gracioso, no exento de cierto descaro. Y, sin embargo, él habría odiado que cambiara en lo más mínimo. En ocasiones se rezagaba un poco solo para admirarla. Si ella se volvía para esperarlo, sus ojos lanzaban esa mirada rápida, impaciente; él adoraba ese gesto, siempre lo adoraría. Sus repentinos cambios de humor siempre se reflejaban en su cara de forma inequívoca: ella llevaba en su interior su propio tiempo, que cambiaba con la misma sutileza que el cielo de la costa.

Lewis retomó la carta. Se le daba bien decir cumplidos a distancia, pero siempre le había preocupado ser un poco soso en persona. Era un restaurador hábil que poseía un pequeño negocio familiar, y poco más. ¿Acaso Roberta despertaría algún día pensando que merecía algo mejor?

«Todavía no me he acostumbrado a las peculiaridades de la vida militar», escribió, pero no tuvo ganas de describir aquellas rutinas banales: abrillantar las hebillas, montar las tiendas. Estaban ocupados la mayor parte del tiempo, pero también había frecuentes descansos en los que solo parecían esperar, esperar a que empezara la guerra. Todo dependía de las noticias en Polonia. Se sentía desorientado en ese nuevo mundo, con su esposa abandonada a su suerte y su hija alojada en un hogar desconocido.

«¿Dónde está Anna ahora? —Escribió—. ¿Has recibido noticias tuyas?».

—Os hablo desde la sede del Consejo de Ministros, en el número diez de Downing Street.

En la mañana del 3 de septiembre, Anna estaba sentada en el salón de los Ashton junto a una silenciosa multitud de niños, escuchando el discurso del señor Chamberlain que retransmitía la radio. Todos los evacuados habían sido llamados a oír el parte de noticias de las once en el que el primer ministro, con voz solemne y

abatida, anunciaba que estaban en guerra con Alemania.

—Podéis imaginar que el fracaso de mi prolongada lucha en pos de la paz ha supuesto un duro golpe para mí... Sé que todos seguiréis adelante con serenidad y coraje.

Anna pensó con cariño en su padre, vestido de uniforme. ¿Caerían bombas sobre Londres? ¿Su madre tendría que refugiarse en el sótano?

El señor Ashton apagó la radio.

—No es probable que suceda nada de forma inmediata, de manera que no os preocupéis demasiado —dijo con semblante impasible—. Y ahora os propongo que escribáis a vuestros padres para decirles que os halláis a salvo, en un nuevo hogar.

Los niños pasaron al comedor y se sentaron a las mesas; en ellas los aguardaba ya una hoja de papel y un lápiz. Anna se sentó y ensayó la nueva caligrafía, de letras más redondeadas, intentando no salirse de las líneas.

Querida mamá: el tren me llevó a Ashton Park, en Yorkshire. Es muy grande. Tiene un gran jardín y jugamos mucho.

Roberta abrió la carta en cuanto la vio al llegar del trabajo. No decía gran cosa. Miró la fecha: era de hacía tres días. La releyó una y otra vez, por si se le había escapado algún detalle. Las niñas de ocho años charlaban por los codos, pero a la hora de escribir eran más bien parcas en palabras.

Al día siguiente iría a la biblioteca y buscaría Ashton Park en el mapa. Hasta ese momento había pensado que Anna estaría en una casa familiar, con unos padres, pero esto parecía más bien un colegio. Quizá fuera mejor. Ella y Anna habían pactado una contraseña por si las cosas se ponían feas. Anna solo tenía que escribir: «¿Puedes enviarme un nuevo par de calcetines?». Pero ¿y si lo había olvidado?

En la silenciosa oscuridad de la sala, la ausencia de su marido y de su hija se hizo palpable. Bajó las cortinas que ella misma había cosido, encendió la lámpara y se dispuso a escribir a Lewis, al campo de entrenamiento:

Aún no sé demasiadas cosas de su nuevo hogar, pero en la primera carta parecía contenta.

El 3 de septiembre reinaba en Varsovia una misteriosa euforia. La declaración de guerra de Gran Bretaña fue recibida con alegría por la multitud, que se echó a la calle para celebrarlo, y el coronel Beck, de origen polaco, se presentó en la embajada británica con una botella de champán. Saludó a los que se habían congregado bajo el balcón de la embajada; Norton, en cambio, nunca se había sentido con menos ganas de celebraciones. Era una alegría forzada, se dijo; un regocijo macabro que se basaba en un anhelo desesperado: si Inglaterra estaba a su lado, y también Francia, debía de haber esperanza para Polonia.

Pero el júbilo no tardó en desvanecerse: los aviones aliados no aparecían y los tanques alemanes avanzaban inexorables. No por vez primera, Norton sintió una profunda vergüenza por el vacilante apoyo que recibían los polacos de Gran Bretaña. La situación del frente en Polonia era desesperada; según las noticias, los tanques alemanes habían arrasado a la infantería polaca. Y se rumoreaba que casi la totalidad de la flota aérea polaca había quedado destruida en el suelo, en una única incursión de la Luftwaffe.

Hacia el 4 de septiembre, oleadas de bombarderos alemanes atacaban Varsovia. Norton y su esposa vieron arder la ciudad desde la azotea de la embajada. Horas después, las intensas incursiones aéreas obligaron a que todo el personal abandonara la embajada y se dirigiera hacia el este. No había espacio para un chófer, de manera que su esposa se empeñó en conducir el Plymouth.

—Apenas has dormido en los últimos días, y yo me he familiarizado con las carreteras durante el verano —dijo ella.

La esposa de Norton siempre había sido una mujer imperturbable. A veces la gente le preguntaba por qué la llamaban «Peter», pero al ver cómo organizaba la evacuación de la embajada él pensó en lo adecuado que era ese apodo: era irrefrenable, como Peter Pan, el niño del cuento de Barrie. Con el cabello corto y el rostro anguloso, nunca había sido guapa, pero Norton la amaba por su energía y por su resolutiva franqueza.

Ella condujo durante la noche, en absoluta oscuridad. El coche iba cargado hasta los topes y ella se guiaba por la luz de la luna.

En un momento dado el coche dio un bandazo brusco al cruzar un soto y el frenazo le despertó.

—Stukas —dijo ella—. Esperaremos aquí.

Él oyó el zumbido de los motores en el aire.

—Deberías haberme despertado antes. Podría haber muerto mientras dormía —rezongó él.

Ella le miró de soslayo, en la oscuridad.

—Ya te habrías despertado al morir.

Ella siguió conduciendo durante varios días, hasta que alcanzaron la ciudad de Krzemieniec, al este de Polonia, donde se reagrupaban los cuerpos diplomáticos.

—Parece el paisaje de un *ballet* —dijo Norton, admirando la bonita y montañosa ciudad mientras descargaban el equipaje. Pero a la mañana siguiente, seis aviones alemanes aparecieron por el oeste y bombardearon el mercado, abarrotado de campesinos que iban a vender con sus carros.

Fue todo muy rápido. Las casas se desplomaron, la gente corrió en todas las direcciones, entre gritos. La calle se llenó de caballos muertos. Norton encontró a una mujer en un socavón, cubierta de sangre, y la sacó de allí mientras su esposa acudía en ayuda de un anciano que había quedado atrapado bajo los restos de un muro.

El resto del día se dedicó a rescatar cadáveres de entre los escombros. Más de veinte casas habían sido destruidas, casi cincuenta personas murieron en el acto y muchas más resultaron heridas. Norton intentó enviar un telegrama a Londres con la noticia de esta masacre de civiles, pero los cables estaban cortados.

Los diplomáticos permanecieron en esa ciudad devastada hasta el día decimotercero de la invasión nazi, cuando la noticia de una súbita invasión soviética por el este selló el destino de Polonia. En ese momento comprendieron que debían huir.

Los Norton viajaron en coche hasta Kutu, un pueblecito separado de Rumania por el río. Allí, Norton hizo uso del sello de la embajada y rubricó tantos visados británicos como pudo para los refugiados que intentaban salir de Polonia. Luego él y su esposa se unieron a la cola interminable que se esforzaba por cruzar el puente para ponerse a salvo, y empezaron el viaje de regreso a Inglaterra.

Cuando por fin se hallaban cerca de su casa de Londres, vieron que los parques estaban vacíos y las calles llenas de inertes sacos de arena. La ciudad tenía un aire extraño, lúgubre.

Tuvieron que pasar unos cuantos días antes de que Norton cayera en la cuenta de lo que faltaba. Era el sonido de los niños: cuando iban al colegio, corrían a la tienda de la esquina o esperaban con sus madres en las paradas del autobús. Era como si el flautista de Hamelín hubiera pasado por Londres y se los hubiera llevado a todos consigo.

Afinidades

1939-1945

6 de octubre de 1939

Querida mamá:

Aquí hay muchos árboles y castaños de Indias. Ayer hicimos una gran montaña de hojas y nos escondimos debajo.

Anna nunca había notado el otoño hasta entonces. En casa, los escarpados montes de casas pareadas tapaban la luz y ocultaban el paso de las estaciones. Era verano cuando salía a la calle, pero luego lo único que recordaba era que se acortaban los días, y esa larga espera hasta Navidad. Hojas mojadas en la acera y ramas desnudas recortadas contra un cielo blanquecino.

Pero ese año, en el remoto Yorkshire, Anna presenció por primera vez el esplendor del otoño. Grandes avenidas arboladas teñidas de ocre. Castañas crudas centelleando sobre los amplios campos y hojas a la deriva impulsadas por feroces ráfagas de viento. El tiempo se le metía entre los dedos hasta penetrar en ella, hasta hacerla sentir nueva y distinta.

Ese día, una leve llovizna había convencido a muchos niños de meterse en casa, pero Anna había optado por seguir fuera un rato más, para seguir jugando con críos a los que apenas conocía. En el vacío jardín las rosas se mantenían extrañamente impávidas, como detenidas en el tiempo. El silencio era tal que podía oírse un suspiro de lluvia, próximo o lejano.

En ese momento, bajo el cielo encapotado, Anna se percató de que estaba decepcionada. Unas semanas antes había emprendido un viaje convencida de que la llevaría a la costa, a ella y a todos los demás. Se había imaginado correteando sobre arena blanda, en una eterna tarde de sol y sin colegio. Ahora se preguntaba cuándo podría volver a casa al lado de su madre.

Se hallaba junto a un macizo de rosas maltrechas, amarillas pero con los bordes secos, rotas por la lluvia. No desprendían aroma alguno. Los setos eran como rígidas aljabas en las que gotas de agua asomaban como flechas. Anna sacudió un seto con un palo y el agua salpicó sus espinillas desnudas.

Ahora llevo uniforme. ¿Eso significa que voy a quedarme mucho tiempo más? Estoy bien pero te echo de menos. Muchos besos, Anna.

El día del reparto de uniformes había marcado un hito importante. Faldas grises para las chicas, pantalones cortos del mismo color para los chicos, camisetas blancas

para ambos. Solo disponían de algunas tallas, de manera que muchos evacuados usaban prendas que les iban grandes, con las mangas arremangadas. Pero a la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, Anna se dio cuenta de que ahora todos parecían más o menos iguales.

Contó que había seis maestros en el colegio; o siete, si incluíamos al señor Ashton. El director era un tal señor Stewart, un escocés que ya había desempeñado ese cargo en un colegio de Pimlico. El señor Stewart poseía un porte muy rígido, estilo militar, y un gran bigote vetado de gris, como el del señor Chamberlain. Anna lo vio en más de una ocasión paseando solo, abriéndose paso con un bastón entre las hojas caídas.

Algunos niños no superaban su añoranza y lloriqueaban a todas horas, lágrimas que parecían fundirse con los mocos de un eterno resfriado. Pero Anna no lloró. A medida que pasaban las semanas fue enorgulleciéndose de ser una de las evacuadas más valientes, capaz de adaptarse a todo. Aún echaba de menos su casa, pero una parte de ella quería vivir aquella aventura hasta el final.

Nunca había estado en un sitio que ofreciera tantos rincones secretos para explorar. En el jardín había una estatua imponente del Tiempo, y una caseta abandonada en el bosque... y más allá un cementerio para mascotas en el que podían leerse curiosos nombres. En los pasillos de la casa colgaban retratos fantasmales de personas olvidadas, y ocultas escaleras ascendían hasta buhardillas polvorientas abarrotadas de muebles y papeles viejos.

Uno de los chicos mayores encontró lo que antaño debió de ser el cuarto de los niños. La estancia estaba pintada de un color azul aciano, ya desvaído, y en ella se amontonaban montañas de juguetes viejos. El lugar se convirtió en la guarida secreta de algunas de las niñas más avisgadas, entre ellas Anna. Contenía una casa de muñecas, aún habitada por preciosas muñequitas de porcelana cuyos rostros mostraban una expresión de sobresaltada felicidad. A un lado había un viejo balancín con forma de caballo, de crines flacas y con las correas desgastadas. En los estantes se acumulaban rompecabezas de madera cubiertos de polvo. También había soldaditos de plomo y un tamborilero mecánico que aún funcionaba si se le daba cuerda. Muñecas de cabellos alborotados y ositos de peluche tuertos.

¿Tenían los Ashton una hija?, se preguntó Anna. Tal vez estuviera encerrada en alguna parte de la casa...

—¿De quién era la casa de muñecas que hay en el cuarto de los niños? — preguntó un día en tono casual a la doncella, la señora Robson, mientras esta doblaba la colada.

—Pues tiene que ser de la señorita Claudia —dijo ella—. La hermanita del señor Ashton. Murió de gripe cuando era joven.

La noticia sobresaltó a Anna. Una niña muerta, una hermana muerta, en Ashton Park. Quizá la familia soportara la carga de una maldición.

—Y el señor Ashton... ¿siempre ha sido cojo?

—Oh, no —respondió la doncella con gran énfasis—, era el hombre más apuesto de Yorkshire. Corría, montaba, bailaba... todo.

La enérgica señora Robson no parecía muy afectada por la revelación, pero Anna se estremeció. Ver tu vida cambiada de manera tan drástica... ¡qué horror!

¿Qué le habría pasado?, se preguntaba Anna. Tal vez las heridas de guerra lo habían dejado inválido. Tal vez había ganado una medalla al valor en la Gran Guerra, al mando de sus hombres. O tal vez hubiera sufrido un accidente de automóvil...

—Es horrible —fue todo lo que consiguió balbucear, con la esperanza de que eso alentara las confianzas de la señora Robson.

—Él puede con eso. Y tiene a mucha gente que le ayuda.

La señora Robson estaba ocupada contando fundas de almohadas, pero al mirar de reojo a la niña, cuyos ojos se habían llenado de lágrimas al enterarse de la desgracia del señor Ashton, reaccionó de manera severa, casi con irritación.

—Hay cosas mucho peores que ser un Ashton, aunque esté tullido. Reserva tu compasión para los que tienen que bajar a las minas todos los días: allí, si te partes el espinazo estás acabado, como una herramienta rota. El señor Ashton tiene muchas cosas de las que disfrutar, mucho de lo que alegrarse. Está bien.

El discurso de la buena mujer contenía una marcada nota de reproche, pero la compasión de Anna recaía en aquel hombre bueno y amable, que tanto se esforzaba en las lecciones para que aprendieran. Hasta entonces no había caído en lo mucho que él debía de haber perdido.

La siguiente vez que el señor Ashton se presentó en su clase, ella sintió un escalofrío, una secreta sensación de vergüenza ya que había estado pensando en él. Él había despertado su compasión, y luego, al verlo avanzar en la silla de ruedas hacia la parte delantera de la estancia, se dijo que ya no había forma de contenerla.

Thomas Ashton acercó la silla al pupitre del maestro y luego miró hacia delante: catorce semblantes le observaban, expectantes, respetuosos, quizá también un poco inquietos.

Qué extraño era todo eso. Encontrarse en ese momento dando clase a un grupo de críos desconocidos, todos menores de diez años. Su primera lección de latín.

—Empecemos por el principio —dijo él, con un carraspeo—. ¿Sabéis qué es lo primero que todos los niños aprenden en latín? *Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant*, la conjugación del verbo amar. Aprended *amo*, y eso os abrirá las puertas hacia una de las mayores lenguas muertas de la historia.

Sonrió al decir estas palabras para ver si así los niños se tranquilizaban un poco.

—A partir de aquí, todo es bastante fácil —prosiguió. Se desplazó hasta la pizarra para escribir la conjugación en ella—. Repetid después de mí. *Amo*, yo amo; *amas*, tú amas; *amat*, él o ella ama...

Empezó a recitar las palabras y los alumnos le imitaron.

—*Amo, amas, amat, amamus, amatis, amant.*

—Otra vez.

Los niños repitieron la letanía una y otra vez, sin entender nada, todo sea dicho, de aquel rígido estribillo. *Yo amo, tú amas, todos nosotros amamos.*

—Muy bien —dijo Thomas, acallando aquel coro con un gesto de la mano—. Ahora ya sabéis hablar en latín. Recordad esas palabras y ellas no os abandonarán nunca.

Sonrió, y vio que tres hileras de caritas curiosas le devolvían la mirada, inocentes y obedientes.

¿De verdad enseñar era tan fácil?, se preguntó mientras recordaba el internado donde él había estudiado, los intimidatorios profesores, las rutinarias palizas, los innumerables miedos del día a día. Su único deseo era ayudar a esos niños huérfanos.

—Incluso en la actualidad encontraréis rastros de latín en los sitios más extraños —dijo Thomas mientras daba una moneda a uno de los alumnos para que fuera pasando de mano en mano; en ella, debajo de la imagen del rey, aparecía la inscripción *Georgius Rex*.

—¿Ha sido siempre profesor de latín, señor? —preguntó Katy, una niña con coletas.

La pregunta, formulada con cierta brusquedad, pilló a Thomas desprevenido. De repente se vio a sí mismo tal y como debían de verlo ellos: un hombre en silla de ruedas, aparentemente enfermo, empeñado en que aprendieran una lengua muerta. No debería sentirse obligado a dar explicaciones a un hatajo de críos... ¿o sí?

—No, no siempre he sido profesor —dijo con un leve encogimiento de hombros, consciente de la expresión de curiosidad de los semblantes de sus alumnos—. Las cosas no siempre son lo que parecen. Antes era diplomático —añadió.

—¿Qué es «diplomático», señor?

—Alguien que trabaja para mantener la paz entre distintos países.

—¿Y pueden parar las guerras?

—Lo intentan.

—¿Pueden parar esta guerra, señor?

—Ojalá —dijo con un deje de ironía—, pero ha habido demasiadas meteduras de pata.

Se hizo el silencio. Thomas paseó la mirada por la estancia; de repente sintió el peso de aquellas caritas confiadas que le observaban, a la espera de que su maestro los tranquilizara diciendo que todo iría bien. Esbozó una sonrisa que quería transmitir confianza.

—Pero no me cabe duda de que veremos el final de *herr* Hitler: es solo cuestión de tiempo. Y luego todos volveréis de nuevo a casa.

El suspiro de alivio que se extendió por la clase le provocó una sensación incómoda: ahora todos creían que la victoria estaba a la vuelta de la esquina, solo porque él lo había dicho.

—Pero, mientras tanto... aprenderéis latín —les advirtió con falsa severidad. Algunos alumnos sonrieron, pero entonces sonó el gong que anunciaba el final de la clase.

Thomas se desplazó hacia la puerta; Anna Sands, que estaba sentada en la última fila, se levantó a abrírsele.

—Gracias, Anna —dijo él, pero la niña, tímida, no levantó la cabeza. Tenía unos ojos que parecían estar siempre alerta, pensó Thomas antes de salir de la clase.

Anna volvió a su asiento. ¿Los Ashton tenían hijos?, se preguntó. Esperaba que sí. Él debía de ser un buen padre.

Thomas se dirigió a lo que había sido el despacho del administrador de la finca, ahora transformado en sala de profesores. Cuando abrió la puerta se encontró de frente con Ruth Weir, la joven maestra rubia de Pimlico.

—Lo siento mucho —dijo ella, aunque él no entendió a qué se refería.

—¿Por qué? Esta sala es también para usted.

Ella llevaba varios libros en las manos y se la veía arrebolada, como si la hubieran sobresaltado. Thomas deseó que el rubor no se debiera a su brusca entrada.

—¿Ya ha encontrado un lugar donde guardar sus cosas?

—Intentaba buscar un rincón...

—Aquí —dijo Thomas con decisión al tiempo que avanzaba hacia una fila de estantes—. Hace tiempo que quiero vaciarlos y ahora dispongo de toda la mañana para hacerlo. —La miró y le brindó una sonrisa afectuosa—. Cuando vuelva a esta sala, después de comer, este armario estará libre para usted.

Ella le dio las gracias y se marchó a su clase, cargada con los libros y los lápices. Sin ella, la sala parecía súbitamente silenciosa, vacía.

Un silbido sonó a lo lejos. Thomas miró hacia la ventana y vio a Jock Stewart, que supervisaba unas carreras de chicos en el jardín delantero.

Con un suspiro, devolvió su atención al abarrotado armario.

Llevaba días postergando la tarea de sacar todos esos viejos y absurdos libros de contabilidad. Puso el freno a la silla, apoyó los pies en el suelo y se dispuso a vaciar el armario.

Al llegar al segundo estante, un libro de bautizo encuadernado en piel cayó al suelo. «Thomas Arthur Ashton, marzo de 1900», decían las letras doradas del lomo. Lo recogió, levantó el cierre metálico y, al hacerlo, abrió también una puerta directa a su pasado.

Ahí estaba su familia, mirándolo. Las fotografías mostraban a un grupo bien vestido reunido a las puertas de la capilla, pero a pesar de la impavidez de la imagen Thomas podía percibir sus vidas ocultas. En el centro se hallaba su padre, Robert, con los hombros rígidos y mirando a la cámara con aire desafiante, como si se enorgulleciera de iniciar el nuevo siglo con un tercer hijo varón. A su lado, Miriam, su madre, posaba con estilo, y su luminoso y pálido semblante quedaba realzado por el vestido de seda de color ostra. En sus brazos, el niño Thomas parecía observarlo todo con una atención impropia de sus pocos meses. Y al lado de su madre estaban William y Edward, sus hermanos mayores, en cuyos rostros se leía la impaciencia por salir a jugar aprovechando el buen día de primavera.

Thomas recordaba lo que su madre le había contado sobre el fastuoso bautizo: la pompa de la ceremonia, los invitados que llenaban los jardines donde su padre plantó

el árbol de bautismo —un haya roja— ante el aplauso de familiares y amigos. Después, en el comedor de paredes granate, los comensales habían disfrutado de un banquete a base de productos de la finca: carne, pescado, verduras frescas, pan recién horneado, e incluso el queso, todo regado con caldos añejos procedentes de las bodegas de Ashton Park.

Un griterío sacó a Thomas de su ensimismamiento y su mirada regresó a la ventana: los chicos habían empezado las carreras en el jardín. Los observó durante un momento, disfrutando de aquella velocidad temeraria. Un niño cayó y se levantó como si nada hubiera pasado. Thomas aún recordaba aquellas habituales caídas de cuando era niño... y las veces en que había rodado por la pendiente de césped del jardín de las rosas con su hermana Claudia.

Devolvió su atención al álbum y advirtió, apesadumbrado, que no contenía fotos de su hermana: ella había nacido dos años más tarde. Y, sin embargo, formaba parte de todos sus recuerdos de infancia: horas de juegos en el cuarto azul, meciéndose sobre el caballito o diseminando los soldados de plomo. O escondiéndose detrás de las plantas del salón mientras su madre interpretaba a Schubert al piano.

Todas las mañanas iban a los aposentos de su madre. Su cuarto daba a los jardines y contenía un pequeño secreter lleno de cartas y de baratijas exóticas. A veces la contemplaban mientras se cepillaba sus largos cabellos castaños, a lo que seguía el tintineo familiar de anillos y pulseras mientras revolvía el joyero en busca de la pieza elegida. Por las noches solía quitarse el anillo de casada porque, según les decía, «me corta la circulación».

—¿Podré usar tus anillos cuando sea mayor? —preguntó un día Claudia.

—Claro que sí, querida —contestó su madre—, y Thomas podrá quedarse con este brazalete para su esposa —añadió, para ser justa con ambos.

En ese mismo instante Thomas había sentido que la pulsera en cuestión le pertenecía ya: era tan elegante, tan exquisita... formaba parte de su futuro. Vio cómo su madre se la ponía y ajustaba el cierre.

Fueron los años eduardianos de vacas gordas, pensaba Thomas ahora, en los que ricos cortinajes y plantas exóticas daban esplendor a los salones, y en los que las delicadas figuritas de colores de su madre llenaban las mesas, dispuestas sobre ricos tapetes.

Había sido también una época plagada de tranquilizadoras tradiciones familiares, que aún le gustaba evocar. En su mente veía aquellas tardes de verano, cuando alargaban los días, y los Ashton y sus invitados se sentaban en los escalones del jardín, bajo la galería, a compartir bebidas y charlas. A veces él acompañaba al mayordomo cuando este hacía la ronda para dar cuerda a los relojes. Había relojes de pie, de mesa, relojes colgados en la pared; algunos con carrillón, otros con péndulos oscilantes, pero todos necesitaban que alguien les diera cuerda regularmente. Stillwell, el mayordomo, llevaba todas las llaves en un aro y a veces dejaba que Thomas se encargara de la tarea.

—Hágalo con cuidado... despacio, despacio —murmuraba, encorvándose para comprobar el trabajo del muchacho—. Tenga cuidado de no forzar el mecanismo.

Thomas se concentraba demasiado en lo que debía hacer para ver la cara del mayordomo, aunque ahora, al revivir la escena como espectador, podía visualizar su semblante preocupado.

Todas las primaveras un hombre se subía a una alta escalera de mano para limpiar la gran lámpara de araña que iluminaba el Marble Hall. Cuando terminaba, las gotas de cristal centelleaban como el agua más pura. O, si Thomas se situaba justo debajo y levantaba la vista, la lámpara despedía un brillo que recordaba al del sol contra el azulado color del techo abovedado, donde un hombre medio desnudo tocaba la lira entre las nubes.

—Ese es Apolo —le explicó un día su padre—. El dios griego del sol y de la música. Ha sido muy amable de quedarse aquí en Yorkshire... Muy amable.

Los padres de Thomas realizaban frecuentes viajes a su casa de Londres, situada en Regent's Park, pero siempre que volvían a Ashton traían consigo un talante de tranquila alegría que acompañaba al trasiego de baúles y maletas. Dos veces al año ofrecían sendos bailes de gala en el salón de roble dorado: una estancia muy larga, con muchos ventanales que dejaban entrar la suave luz de la tarde. En alguna ocasión Thomas pudo quedarse a la fiesta: los invitados se reunían en el Marble Hall y él estrechaba las manos de todos, sin apenas reconocer sus rostros.

Retenía la impresión de que los hombres solían echar los hombros hacia atrás, y encoger el estómago, mientras que las mujeres tendían a inclinar la cabeza a un lado, como si sostuvieran algún objeto valioso en la punta de la nariz.

En el centro de la gran sala estaban sus padres. Él nunca olvidaría a su madre, ataviada en seda azul, entrando al comedor del brazo de su padre, verdaderamente hermosa.

—Eres todo un Ashton —solía comentarle su padre en tono cariñoso, para irritación del resto. Porque Thomas había heredado los impresionantes ojos azules de su padre, que Robert, en sus momentos de vanidad, consideraba un don, el símbolo de la familia Ashton. Al mirar la cara de su hijo menor, veía un agraciado reflejo de su propia alma.

La historia también formó parte de la infancia de Thomas. Retratos de parientes que le observaban desde las paredes, libros forrados en piel y suaves al tacto que se amontonaban desde hacía generaciones en la biblioteca.

Precisamente en uno de los rincones de la biblioteca había una puerta secreta, disimulada entre los estantes, que se abría mediante un mecanismo para revelar una escalera que ascendía a la galería. Thomas sabía que ese dispositivo había sido instalado por su abuelo, y sentía un arrebatado de complicidad cada vez que abría la puerta. Se pasaba horas paseando al borde de la barandilla de latón que circundaba la galería de la biblioteca, tocando todos los libros antiguos: relatos, poesía griega, atlas, ediciones de viejas obras dramáticas.

Thomas sentía la presencia de los antiguos Ashton por toda la casa —en el aire, en el humo que ascendía por las grandes chimeneas labradas—, siempre atentos a todo. Podía ir de sala en sala y disfrutar de la seguridad que daba la continuidad de las generaciones, la seguridad que ofrecían esos antepasados cuyos nombres eran conocidos y recordados.

Pero incluso en esos primeros años había distinguido ya atisbos de la imperfección del mundo. Cuando tenía ocho años, la tía Mary fue a visitarlos y paseó con él por el jardín hasta la estatua del Tiempo.

—Yo acostumbraba saltar a su alrededor cuando era niña —dijo con cariño, al tiempo que quitaba un poco de musgo del pedestal—. ¡Ahora la veo mucho más pequeña!

Ella volvió la mirada hacia la casa y Thomas se sorprendió al pensar que la tía Mary había vivido allí, y que también él, algún día, se convertiría en un extraño en Ashton. Su hermano mayor, William, heredaría la casa, e instalaría en ella a su esposa y a sus hijos. Él sería solo un visitante ocasional, el tío de los nuevos herederos. Durante semanas deambuló por la casa mirando sus cuadros favoritos, los relojes que más le gustaban, con una desconcertante sensación de pérdida incipiente.

Tampoco podía olvidar el lúgubre aviso que ofrecían los monasterios de la zona, excursión obligada de todos los veranos. Cargados con cestas de comida y bebida, los coches los llevaban hasta las pintorescas ruinas de Rievaulx y Byland, que se habían convertido en el entorno ideal para un almuerzo campestre. Él y sus hermanos correteaban entre los restos de los muros y saltaban por encima de los fragmentos de columnas rotas. Hasta que, bajo la suave caricia de la brisa, Thomas se detenía y paseaba la mirada por aquellos muros poderosos reducidos a simples montones de piedras. Allí estaba Rievaulx, antaño una de las mayores abadías de aquellas tierras, cuyo altar estaba ahora invadido por la maleza y cuyos arcos resquebrajados ya solo enmarcaban a las ovejas que pastaban en las lejanas lomas.

Thomas recordaba haberse sentado con Claudia en una escalera que no subía a ninguna parte, y haber pasado la mano por los rugosos escalones. Los rodeaban los restos del paso del tiempo, todas aquellas piedras erosionadas por el viento y la lluvia, pero este era el olvido del pasado de otro.

—El arroyo desemboca en el río que cruza nuestros campos —le explicó un día su padre. Lo recordaba ahora, con sus pobladas patillas, mientras ambos paseaban junto al riachuelo de Rievaulx—. El nombre que dieron a la abadía viene del río: Rievaulx, el valle del Rye. Cuando llega a nuestras tierras se hace más grande, pero procede de la misma fuente.

Thomas había contemplado las piedras del lecho del río y había llegado alegremente a la conclusión de que toda la vida y el espíritu de esa abadía en ruinas se había condensado en aquel riachuelo y había viajado a la deriva hasta instalarse con ellos, en el esplendor pretendidamente eterno de Ashton Park.

Los gritos de los niños cobraron de repente más fuerza. Thomas se acercó a la

ventana y se percató de que estaban en el descanso de antes de comer.

Niñas y niños estaban diseminados por los campos o hacían cola para el columpio. Durante un rato observó aquellos grupos infantiles, solo con intención de ver si alguien quedaba excluido del resto.

Su esposa salió al jardín. A pesar de que se sentía algo culpable por observarla sin ser visto, siguió haciéndolo. Jock Stewart apareció detrás de ella y empezó a sacudir la campanilla que anunciaba la comida.

Elizabeth seguía subida en el último escalón del jardín mientras docenas de críos pasaban por su lado a toda prisa. Hasta que una niña, Anna Sands, se detuvo a su lado y le tendió la mano. Thomas sintió que el corazón le daba un vuelco.

Pero su esposa no aceptó el gesto. Acarició el hombro de la niña, con cierta desgana, y la envió para la casa.

Turbado por la escena, Thomas dio media vuelta y se dirigió también al comedor. El dolor de su esposa era el suyo propio. ¿Qué eran ellos en el fondo sino una pareja estéril en una gran casa, llena de niños que no eran suyos?

Todas las mañanas una doncella se encargaba de llevar el té al dormitorio de los Ashton. A veces, al entrar en el dormitorio, se encontraba con un tríptico de Elizabeth, reflejada en los tres espejos de la cómoda mientras se cepillaba la larga melena. Y si Elizabeth se volvía para darle las gracias, su reflejo hacía ese mismo gesto por triplicado.

Elizabeth insistía en llevar el cabello largo en una época en que muchas mujeres habían optado por cortárselo. Lo tenía de un color muy oscuro, salpicado de cobrizo, y cuidaba de él con un juego de cepillos de plata. Thomas la observaba: la melena le caía por la espalda y ella la cepillaba sin descanso. Cuando le salieron las primeras canas empezó a arrancárselas; luego se tiñó discretamente el pelo, hasta que llegó un momento en que no podía recordar su color original. Pero tenía una cosa clara: una mujer de treinta años no debía peinar canas.

Una vez completados los rituales diarios que realizaba en sus aposentos, Elizabeth se dejaba ver por la escuela. Llevaba siempre la ropa bien planchada y sus pasos rápidos, distintivos, resonaban por el Marble Hall.

Anna era capaz de reconocer sus pasos en cuanto los oía. A distancia, medio asustada y medio intrigada, se dedicaba a menudo a observar a la señora Ashton, que solía ir vestida con una blusa de seda y una falda que apenas se le movía al andar. Incluso cuando caminaba con rapidez, sus hombros y su largo cuello permanecían erguidos, inmóviles. Su cara mostraba la misma impavidez. No era pródiga en sonrisas y siempre daba la impresión de ir hacia alguna parte. Lo cierto es que, aunque no daba clases como su marido, se mantenía ocupada organizando al resto del personal: al ama de llaves, al personal de la cocina, a las doncellas.

Ashton Park se había convertido en una escuela propiamente dicha, con reglas y listas de tareas, y Anna hacía lo posible por no meterse en líos. Al principio vivió con cierta angustia el hecho de compartir dormitorio, por la falta de intimidad y la vergüenza de tener que desnudarse delante de las otras niñas. Sin embargo, se había acostumbrado a ello, como también a las finas mantas por la noche y a los días fríos, cuando se turnaban para sentarse sobre los viejos y renqueantes radiadores. A lo que no se acostumbraba era al constante aguijón del hambre.

—¿Acaso no os han dicho que estamos en guerra? —rezongaba la cocinera al ver los semblantes cariacontecidos de los niños.

Pero, a pesar de la austeridad, Anna cada día vivía más relajada y feliz. Jugaban al escondite en grupo por toda la casa, y su corazón latía de júbilo al poder compartir el juego con tantos niños. A veces, cuando se escondía en un armario a la espera de que la encontraran, tenía que morderse los nudillos para no gritar de la emoción.

Aunque Anna parecía feliz, incluso a sus propios ojos, sus noches se poblaban de

pesadillas. En algunas su madre envejecía de repente y aparecía ante ella macilenta y arrugada, o con la cara poblada de verrugas, y su pequeña nariz recta adoptaba una forma retorcida y horrible. Anna corría en su ayuda, pero la escena se transformaba en una persecución en la que un hombre sin rostro, implacable, corría tras ella: surgía en los armarios, al fondo de la calle, en todos los rincones oscuros.

Conservaba recuerdos de la imagen de su madre, pero a medida que pasaba el tiempo ese rostro se volvía borroso: una forma, una mirada, una cabeza que se volvía hacia ella... nada más.

A veces Anna no conseguía recordar cómo era. Y temía que el cabello de su madre se encaneciera durante la separación.

Empezó a mojar la cama, lo que desencadenó un círculo de miedo y vergüenza. Despertaba de repente envuelta en sábanas frías y húmedas, y sabía al instante, con un escalofrío de temor, que tendría que padecer las iras del ama de llaves.

La señorita Harrison no mostraba la menor simpatía hacia los niños que mojaban la cama. Regañaba públicamente a los culpables a la hora del desayuno: los hacía poner en pie para la reprimenda y luego los enviaba arriba, muertos de vergüenza, a que cambiaran las sábanas.

Todas las noches Anna pedía en sus oraciones que la cama se mantuviera seca. Evitaba beber agua e iba al servicio tantas veces como le era posible. Y, sin embargo, a medianoche despertaba sobre un colchón húmedo y resbaladizo, entre unas sábanas gélidas que se le pegaban a las piernas, y con el corazón encogido de miedo.

El tercer miércoles de cada mes los niños tenían que bajar en tropel a la lavandería, formar una larga cola y echar las sábanas sucias en cestos de mimbre. Una mañana Anna fue la primera en llegar, y vio a la ayudante del ama de llaves que sacaba la llave de la puerta de la lavandería de una alacena cercana.

Dos noches después despertó sobresaltada: había vuelto a mojar la cama. Entonces se acordó de la llave de la lavandería. Sin hacer ruido, sacó la sábana delatora y la usó para secar el colchón. Luego hizo una bola con ella y se dispuso a bajar a la lavandería.

Empezó a descender la escalera, cada peldaño parecía crujir. Luego decidió seguir bajando por la escalera lateral de caoba, aunque estaba prohibido, para así evitar el largo pasillo al que daba el cuarto del ama de llaves. Así lo hizo, aferrada a la barandilla para no resbalar en los pulidos escalones de madera.

Siguió adelante por el oscuro y frío corredor, en cuyo suelo se reflejaba el pálido reflejo de la luna. Debía pasar por delante de las habitaciones de los señores Ashton y tomar la escalera que llevaba al sótano. Oyó el ululato de un búho y el ruido de sus propios pies al arrastrarlos sobre el suelo de piedra hasta que, por fin, puesta de puntillas, sacó la llave de la lavandería de la alacena.

Abrió la puerta y entró en el oscuro cuarto, sin atreverse a encender la luz. Encontró los cajones donde se guardaban las sábanas y cogió una limpia. En la oscuridad no podía saber con certeza si era exactamente como la suya, le parecía más

gruesa al tacto. De manera que probó a coger otra. Esa sí correspondía a su cama.

Dobló la sucia con el máximo esmero y la arrebujó en la parte de atrás del cajón más próximo. Luego, con el corazón en un puño, volvió a cerrar la puerta y subió a su cuarto por el mismo camino.

Cuando corría hacia su dormitorio, los primeros rayos de luz surcaban el Marble Hall. Otra niña se movió cuando pasó de puntillas junto a su cama, pero no se despertó. Dobló la sábana más gruesa, de color azul, y la colocó sobre la mancha del colchón. Luego puso la otra y se echó en la cama, agotada, aunque sin olvidar despojarse del camisón mojado.

A la mañana siguiente se vistió de prisa e hizo la cama. A la hora del desayuno no hubo reprimenda por parte de la señorita Harrison.

Dos noches más abrió los ojos de repente al notar la fría caricia de las sábanas mojadas en la piel. Dos noches más culminó con éxito sendas incursiones en la lavandería. Pero durante el tercer viaje se topó con algo que no olvidaría nunca.

Ya había descendido sin problemas por la escalera de madera, había cruzado el Marble Hall y estaba a punto de bajar por la escalera del sótano. El camino la obligaba a pasar frente a la gran puerta chapada en madera que daba acceso a los aposentos privados de los Ashton. Los niños habían visto aquella puerta abierta en alguna ocasión: desde el umbral habían distinguido una salita de color granate y otra puerta, la del dormitorio de los señores Ashton.

Cuando dejaba atrás el Marble Hall, le sorprendió descubrir que esa puerta estaba abierta y que la luz seguía encendida. Oyó voces y corrió a esconderse detrás de una cómoda de laca china que había en un rincón del corredor. Acurrucada allí, esperó con temor el rítmico taconeo de la señora Ashton yendo hacia ella. La sangre se le agolpó en las sienes, pero se mantuvo inmóvil, abrazada a la sábana sucia.

No oyó pasos acercándose a ella, pero sí ruido, y Anna se esforzó por escuchar. Hasta ella llegaba una voz alterada —la de la señora Ashton, se dijo—, procedente de la habitación contigua. Debía de ser más de medianoche. ¿Acaso no sabían que tenían la puerta abierta?

Unos minutos después Anna salió de su escondrijo y avanzó despacio, en silencio, hacia la escalera. Pero al hacerlo no pudo evitar posar la mirada en la puerta abierta y en un largo espejo ovalado que se veía desde allí, sobre la pared de color granate. Al percibir movimiento, se quedó quieta observando.

Era la señora Ashton, desnuda.

La visión quedó acuñada en su cerebro. Solo distinguía retazos, ya que la imagen de la señora Ashton entraba y salía de su campo visual a través de su reflejo en el espejo. Pero era la cruda estampa de un cuerpo en cueros. Anna nunca había visto a su madre desnuda, y la visión de los maduros pechos y del vello púbico de la señora Ashton la turbó profundamente. La imagen la repelía y atraía a la vez. ¿Su propio cuerpecillo se volvería así algún día? Se quedó pegada al suelo, con los ojos fijos en el espejo, escuchando.

Aunque solo captaba fragmentos de la conversación, la voz poseía una nota de desesperación que la asustaba. La señora Ashton maldecía, insultaba a su esposo con palabras obscenas. Un lenguaje violento que ella no había oído nunca. Sonidos guturales que la aterraron.

Se alejó sin hacer el menor ruido.

Elizabeth Ashton estaba borracha. Recorría el dormitorio desnuda, entre insultos y sollozos, mostrándole a Thomas la sangre menstrual que le manchaba las piernas.

—Estoy sangrando otra vez —gritaba—. Estoy sangrando.

Maldijo a Thomas, le lanzó una ristra de feos improperios. Su voz salía estrangulada, histérica, hasta que, vencida por el llanto, se dejó caer al suelo hecha un ovillo, con los pechos rozándole las piernas desnudas.

Había pasado otro mes y el embarazo no llegaba. Thomas permanecía sentado en la cama; deseaba reconfortarla y sosegarla, pero sabía que en ese momento cualquier intento sería inútil. A veces, cuando Elizabeth menstruaba, se apoderaba de ella una furia dolorosa e incontenible. Y la bebida solo servía para aguzar su ira: sus emociones ocupaban todo el espacio. Él sabía que solo tenía que esperar a que se derrumbara sobre la cama, inconsciente por el alcohol, como siempre.

La desgracia los tenía agotados a ambos. Había momentos en que Thomas anhelaba estar solo, pero se sentía responsable de la infelicidad de su esposa. Eran dos personas marcadas, encerradas en un drama compartido. Una tendencia autodestructiva llevaba a Elizabeth a permanecer a su lado. Se negaba tanto a abandonarlo como a adoptar a un niño.

Por fin, ella se dejó caer sobre la cama y se durmió entre sollozos. Él la arropó y apagó la luz de la mesilla. La puerta siguió abierta hasta la mañana siguiente, cuando la pinche de cocina la encontró así de camino al comedor y la cerró antes de que los niños bajaran a desayunar.

Por la mañana, Anna vio a la señora Ashton cruzar el Marble Hall, compuesta y elegante como de costumbre, con el rostro nublado por una máscara de seriedad distante. Anna echó un vistazo a sus pechos, ahora discretamente cubiertos por la blusa de seda. Se sintió avergonzada y nerviosa.

¿Todos los adultos lloraban de dolor a puerta cerrada?

Anna mojó las sábanas solo una vez más y prefirió aguantar la regañina del ama de llaves antes que emprender de nuevo aquel viaje tenebroso hacia la lavandería.

Pero a partir de ese momento, siempre que veía a la señora Ashton sentía un vínculo extraño con ella. Porque Anna sabía que aquella dama era desgraciada aunque no sabía el porqué. La infelicidad de la señora Ashton era también su secreto.

Se descubrió presa de un desasosiego íntimo y nuevo. No paraba de recordar las

palabras que pronunció el señor Ashton en su primera clase. «Las apariencias engañan». Pensó en su sonrisa, y en la silla de ruedas que nunca se mencionaba. Pensó en la señora Ashton y sus penas secretas, y al hacerlo sintió una extraña desazón, algo que no podía desentrañar del todo.

Era como si su corazón fuera una extraña emisora de radio capaz de sintonizar las penas ajenas. Y las ondas dejaban huella en su interior, a pesar de que aquel dolor no tuviera nada que ver con ella.

Poco después de la llegada de los evacuados, Thomas empezó a soñar que podía bailar de nuevo. No habría sabido decir si los niños habían removido algo en él, pero de repente se vio transportado en sueños a amplios y luminosos salones donde giraba al compás de los valeses, o a una pista de baile sobre la que se movía con intrincados pasos a ritmo de un alegre foxtrot. Sentía que bailaba, aunque se veía a sí mismo, bailarín y público a la vez. Esas sensaciones eran tan reales que despertaba con un agradable cansancio en las piernas y se sorprendía al percatarse de que había sido solo un sueño.

Esos sueños le pillaron por sorpresa, pero no le entristecieron: eran rejuvenecedores. Como si el pasado persistiera agazapado en algún lugar de su interior, a su alcance. Unas veces su pareja de baile era Elizabeth; otras, distinguía los ojos de amantes anteriores, de los días en que era un joven diplomático que daba sus primeros pasos en Berlín.

Una de esas noches se había convertido en un recuerdo imborrable. Un baile que se celebró en la embajada francesa al que acudió con Elizabeth y, sujetándola firmemente por la cintura, la guio con destreza por la pista, como si estuvieran solos en ella. Apenas llevaban unas semanas casados.

Con la mirada fija en los ojos de su apuesto esposo, Elizabeth se había echado a reír, eufórica por aquel momento de felicidad compartida.

Estoy bailando con mi mujer, había pensado él. Nosotros solos, tú y yo, juntos.

—¿Eres feliz? —le preguntó.

—Lo soy —dijo ella—. No puedo ser más feliz.

Él no pudo contener el júbilo mientras la hacía girar, la música flotaba entre ellos y el tenor entonaba una canción de amor.

*Oh sweet and lovely lady he good,
Oh lady he good to me...*

Incluso ahora, diez años después, recordaba el calor de los ojos de Elizabeth. Los acontecimientos posteriores no habían podido borrar lo que existió en algún momento. Siempre quedaría ese tiempo, pasara lo que pasara.

Sentado en su estudio para preparar las lecciones del día, sus pensamientos retrocedieron más aún, al verano de 1914... y al día en que su madre le había sacado del colegio para asistir a un partido de polo en Londres. Recordaba haber estado en los cuidados jardines del Hurlingham Club, acompañado de Claudia, esperando a su hermano William, cuyo regimiento de infantería acababa de regresar de la India. Era

un día de gran emoción para todos: llevaban dos años sin ver a William.

Apareció con el aire que caracterizaba a la familia, pero más alto, más moreno, más gallardo de lo que Thomas recordaba. Se había dejado crecer un lustroso bigote y sus fuertes piernas llenaban las botas de montar.

—Nuestro equipo se enfrenta a un verano de torneos —explicó sin darle importancia.

Fue una gran tarde para la decimosegunda compañía de lanceros. Jugaron con acierto, velocidad e intuición. Hubo un momento, cuando William cayó al suelo y su madre, Miriam, saltó del asiento dando un grito, en que temieron que la tarde se empañara. Pero William no se había hecho daño, y su equipo se proclamó vencedor de la Copa de Subalternos sin muchas dificultades.

Después, un mar de sombreros de colores inundó los jardines mientras los espectadores se diseminaban en torno a las mesas provistas de té y de emparedados. Claudia no podía estarse quieta, eufórica por ver a su hermano mayor y fascinada por los galones y botones dorados de los uniformes de infantería. Ante ellos estaba el Imperio en todo su esplendor, con sus flamantes y jóvenes soldados. Claudia tiró de Thomas, y juntos fueron a escuchar a la banda que tocaba junto al lago. A medida que la gente se fue disgregando, los músicos desfilaron con una última marcha lenta, con las espuelas centelleando bajo el sol poniente. Thomas advirtió el extraño doble paso que todos los miembros de la banda, incluso los más rollizos, ejecutaban con una gracia solemne.

Todo el mundo sabía que la guerra flotaba en el aire y la solemne despedida que ofreció la banda conmovió el corazón de muchas madres. El asunto del asesinato del archiduque Francisco Fernando estaba en boca de todos.

—Si estalla la guerra, habrá acabado por Navidad —era la frase que más había oído Thomas en Hurlingham aquel día.

*Sé mi guardián y mi guía,
atiende mi llamada;
no dejes que mis inseguros pasos me hagan resbalar,
y sujétame si llego a caer...*

Incluso después de que se declarara la guerra, las clases en el colegio de Thomas prosiguieron sin cambio alguno. Bajo la altísima bóveda de abanico de la capilla de Eton College, él continuó entonando inspirados himnos anglicanos. Al levantar la vista, la labrada piedra medieval que decoraba el techo de la capilla hacía que cualquier problema del presente pareciera insignificante.

*Creemos y florecemos como las hojas de un árbol
y nos marchitamos, y morimos, pero nada Te cambia...*

Todos los días rezaban por los muertos en combate. Se leían en voz alta las listas de reclutamiento, nombres de chicos que hasta hacía poco rondaban por los terrenos de la escuela. Pero Thomas seguía enfrascado en sus clases, en ganar el Premio de Historia y en jugar para su equipo. No pensaba demasiado en la guerra, ni siquiera cuando el regimiento de infantería de su hermano cruzó el Canal hacia Francia. Hasta que un día, después de comer, el director lo llamó a su despacho.

—Fue una incursión nocturna. Él dirigía a sus hombres con el coraje que cabía esperar. Me temo que no han conseguido recuperar el cadáver.

William, su indómito hermano, aquel cuyas fuertes piernas habían tensado los cordones superiores de las botas de montar.

Thomas fue disculpado de las clases de la tarde y enviado a la pista de atletismo. Corrió, corrió hasta echar los pulmones por la boca, hasta que el suelo pareció convertirse en una cuesta imposible. Pero en ningún momento logró borrar de su mente la imagen de un paisaje remoto, y el instante caprichoso en que su hermano había encontrado la muerte bajo la pálida luz del amanecer. Hasta ese momento más o menos se había convencido de que las bajas entre las filas británicas se debían a la incompetencia de algunos soldados, aquellos que no tenían la energía o la capacidad de su hermano. Pero cuando William cayó en combate, comprendió que era el destino el que guiaba la supervivencia o la muerte de esos hombres.

Fue a tomar el té con su hermano Edward, que ya vestía el uniforme de la escuela del cuerpo de cadetes. Comieron magdalenas y hablaron con pesar sobre su madre y hermana: solo eran capaces de abordar su propio dolor a través de la compasión hacia las mujeres de la familia.

Unas semanas más tarde se ofició en Ashton Park un funeral por el alma de William, a pesar de la ausencia del cuerpo. Solo habían logrado recuperar el casco maltrecho que mostraba un impacto de bala. Miriam Ashton estaba destrozada y se apoyaba en los brazos de su hija Claudia mientras le acariciaba el cabello. No le servía de consuelo oír que William había sido un héroe, porque el altísimo precio de la muerte había devaluado el valor de cualquier mérito. Ni podía borrar de su mente el imaginado dolor que tuvo que sentir su hijo al morir: la metralla fantasma le rasgaba sus propias entrañas.

El padre de Thomas se mantenía en silencio, pero en su interior lloraba por el recuerdo de un hijo al que siempre había considerado una versión mejor de sí mismo. Para sus adentros se acusaba de no haber podido morir en su lugar; pero a la vez le reconcomía un agudo remordimiento por los tres jóvenes jornaleros del pueblo que también habían caído ese mes y que sin embargo no habían sido honrados con la ceremonia que brindaban a William. Se aseguró de que sus madres recibieran ramos de flores.

El ejército envió el baúl de William, todos sus bienes dispuestos con pulcritud por el ordenanza: los utensilios de afeitar, los cepillos de marfil, la petaca de plata y las pitilleras, las cartas. Thomas pensó que transmitía una impresión extrañamente

ordenada de lo que era la guerra. Su madre no permitió que nadie vaciara el baúl: lo cerraron de nuevo y lo guardaron en el piso de arriba, intacto y a salvo.

La angustia materna se intensificó cuando su segundo hijo, Edward, terminó el colegio y se presentó en casa vestido de uniforme. En 1915 pasó un mes de entrenamiento militar en Aldershot antes de que su regimiento viajara al frente.

Cuando Thomas, que a la sazón tenía quince años, regresó a casa por vacaciones, se encontró con un hogar alterado. Todos los jóvenes de la finca se habían alistado voluntarios con los fusileros locales. Por primera vez él y su hermana vieron su casa como un gran caparazón hueco. Las chimeneas estaban sin encender, y sus pasos resonaban por los corredores desiertos. En los cuartos vacíos los asediaban los recuerdos de la dominante sombra de William.

Su madre se había marchado a Londres para colaborar en la cantina militar de Waterloo. Su padre luchaba por mantener la finca en marcha con la escasa mano de obra de que disponía, pero al final cedió a los deseos de su esposa de convertir Ashton Park en un hospital. Al menos la casa se llenaba de nuevo, pensó Thomas. Durante las siguientes vacaciones se dedicó a subir y bajar cumpliendo los encargos de enfermeras de uniformes almidonados. Él y su hermana observaban con atónita fascinación a los jóvenes heridos que eran transportados en sillas de ruedas al jardín delantero. Claudia ansiaba que Edward volviera a casa de permiso; Thomas temía que lo hiciera mutilado.

El colegio no era mucho mejor para Thomas, porque todos los días llegaban noticias de los caídos en combate, chicos que habían formado parte de sus equipos deportivos, de sus juegos escolares, del coro.

Edward escribía desde Flandes: cartas que al principio, aunque solo al principio, elogiaban el valor y la moral de su compañía.

Querido Thomas:

Imagino con placer la rutina diaria que sigues en el colegio. Disfrútala por mí y no tengas prisa por unirme a nosotros. Aquí la muerte es algo tan familiar que debilita nuestra voluntad de vivir. ¿Qué importa que brille el sol? ¿Para qué debo afeitarme?

Conservamos la valentía de los incautos. Esperamos que nos llegue la muerte, y para ella nos preparamos todos los días. Pero cuando crees que te has resignado y que has perdido el miedo, y que por tanto eres libre para luchar, un pensamiento al azar te devuelve todas las esperanzas, y con ellas todos los miedos.

Ayer un compañero que hacía la ronda fue alcanzado por una bomba. Le voló la cabeza. Podría haber sido yo.

Pero William me acompaña, a su manera. Siento su presencia aquí, conmigo, animándome, dándome suerte.

Mantente al margen de esto tanto tiempo como puedas...
Tu hermano que te quiere,
Edward

A Thomas le pareció que la carta pecaba de una retórica extraña. La escritura era clara, el papel no presentaba mácula alguna. ¿De verdad era tan malo? Thomas olvidó las mil riñas mantenidas con Edward durante su infancia y se sintió inmerso en el mundo abisal de las trincheras. Podía notar aquel lodo maloliente que tantas veces describían sus palabras, la infernal sopa de tierra por donde se arrastraban los soldados mientras él, Thomas, comía magdalenas con mantequilla junto al fuego de la chimenea en Eton.

Edward sobrevivió a la muerte de muchos de sus compañeros. Durante las largas noches, a menudo recordó el paisaje bañado por el sol de su infancia en Yorkshire. Llevaba ya demasiado tiempo apartado de esa imagen entrañable y acogedora, que primero fue sustituida por los gélidos dormitorios del internado y luego por los barracones de las trincheras, abarrotados de hombres, llenos de hedor a gangrena. La verdad que subyacía al compañerismo, el hecho de ver que los miembros de otros hombres de más baja extracción social eran tan buenos como los suyos, le había hecho cuestionar el orgullo de su linaje. Se dijo que regresaría a casa como un hombre distinto, un hombre mejor.

Pero en 1917 cayó en el infame cenagal de Flandes en Passchendaele. Corría por unos resbaladizos tablones de madera en una noche húmeda cuando una bomba que estalló a su derecha le derribó herido hacia el interior de una trinchera inundada.

Por fin me han dado, pensó, pasaré la Navidad en Ashton. Pero no contaba con su propia debilidad, ni con la profundidad del lodo, ni con la distancia hasta los tablones de madera. En la oscuridad se agarró a un pedazo de madera y gritó en vano pidiendo ayuda: el tumulto de las bombas que iluminaban el cielo ahogaba su voz. Intentó avanzar, pero no pisaba tierra firme. Pensó en el cristiano de Bunyan atrapado en el fangal de la desesperación y rezó a Dios, aunque en sus oraciones no había fe, solo pánico. El lodo era demasiado espeso para nadar en él. Con el brazo sano consiguió aferrarse a la viga de madera, pero el barro se acumulaba en sus botas: el peso, cada vez mayor, le arrastraba hacia el fondo.

El cielo aparecía completamente invadido por violentas llamaradas de guerra. El hombro herido le dolía mucho y su respiración acelerada solo sirvió para precipitar su hundimiento. El esplendor meteórico del cielo durante la batalla alumbraba los involuntarios fogonazos de luz que surgían en su propia mente, cada vez más débil.

Le asaltaba una sucesión de imágenes: el semblante pálido de su hermana, el papel amarillo de su habitación de Ashton, las blancas piernas desnudas de los jugadores del equipo de *rugby* de Eton. El olor de la fragancia de su madre se filtró en su aliento y notó el tacto de su blanco pañuelo bordado. Deseó haber pasado más

tiempo con mujeres. Si conseguía mantenerse a flote hasta el amanecer, alguien lo encontraría y lo sacaría de ese pozo. Navidad en Ashton Park, desayuno con huevos frescos y tostadas.

Una hora más tarde, cuando el frío y el dolor agotaron sus fuerzas, resbaló hacia el fondo. Durante un momento notó el sabor del lodo denso y sofocante, antes de que este inundara sus pulmones. Se ahogó.

Ningún miembro de su compañía estaba al tanto de su paradero, pero a nadie se le ocurrió tampoco que hubiera desertado. Se le dio por desaparecido, presuntamente muerto. Eran demasiados los que se habían desvanecido bajo aquella capa de lodo, de la que emergerían tiempo después, ya en los huesos, cuando los cielos veraniegos secaran el cenagal.

Ashton Park vivió otro funeral sin cuerpo, lo que le partió el corazón a Miriam. Se aferró a cualquier consuelo que tuviera a mano y empezó a hablar con sus hijos muertos a través de mediums:

 Mi querido Thomas:

 ¡Qué cerca estamos del mundo de los espíritus! ¡Solo tenemos que aprender a escuchar y a abrir los ojos! La otra noche, con la ayuda de la señora Ostleton, tuve una visión de Edward. Sonreía. Estaba igual que antes de irse a la guerra. Nos contó que él y William están juntos ahora, y que son felices. Que no debemos dejarnos abatir porque seguimos juntos, ahora y siempre. Ten valor, querido Thomas. Cuando te vea te contaré todos los detalles de la visión. Debemos ayudar a tu pobre padre, y a Claudia, a superar estos terribles momentos.

TU MADRE QUE TE QUIERE

Al principio Thomas reaccionó con estupefacción ante ese retorno de su madre al mundo de los espíritus más propio de sus orígenes irlandeses. Pero lo cierto era que también él sentía a menudo la presencia de los espíritus de sus hermanos, en su mente y en los escrúpulos de su conciencia.

Su madre estaba desesperada por evitar que su amado benjamín fuera al frente. Pero, como todos sus amigos, Thomas se alistó en cuanto hubo terminado el colegio.

—No es una elección, mamá —le dijo.

Lo destinaron a Aldershot, donde largas hileras de barracones idénticos se intercalaban con campos yermos. Era un paisaje monótono, prefabricado y artificial. Thomas fue adiestrado en el arte de la marcha y en el del combate cuerpo a cuerpo, ambos a todas luces inútiles en el frente.

Mi querida Claudia:

Pienso en ti en Ashton, rodeada de heridos. Puedo imaginar hasta qué punto los animas.

Resulta raro pensar que Edward también estuvo aquí, en Aldershot, en estos mismos barracones desvencijados. ¿Recuerdas si mencionó alguna vez en qué edificio se alojaba?

Hay que honrar los recuerdos. Pienso en William y en Edward todos los días, y eso me da fuerzas. Otras veces, sin embargo, sus ausencias me hunden.

Cuida de mamá. Sé cómo sufriría si me pasara algo, así que haré cuanto esté en mi mano para volver con vosotros.

Tu hermano que te quiere,

Thomas

Thomas era un soldado de dieciocho años que desfilaba por Aldershot cuando se firmó el armisticio, lo que le permitió reincorporarse a la vida civil. Con una mezcla de alivio y remordimiento dejó atrás los tristes barracones y regresó al hogar de los Ashton en Londres, Sussex Place, la casa de Regent's Park que se parecía un poco a una tarta nupcial, toda llena de columnas y pórticos.

Sus padres le esperaban allí, felices de reunirse con el único hijo varón vivo que ahora cargaba con el peso de las malogradas vidas de sus hermanos. Claudia se unió a ellos en el salón, donde brindaron con champán, aunque en su fuero interno consideraba inadecuado celebrar nada.

A las dos copas, Miriam Ashton se puso melancólica y se abrazó a su único vástago.

—Tú tienes suerte, Thomas —le dijo.

—Ya lo sé —repuso Thomas, un poco avergonzado.

—No, no me refiero a eso. Creo que llevas la suerte contigo...

—Por favor, no digas esas cosas —intervino Robert, aunque no solía contradecir a su esposa.

—Podéis estar seguros de que tanto Thomas como yo nos cuidaremos por vuestro bien —dijo Claudia para tranquilizar los ánimos.

Miriam sonrió, se rio, pero Thomas quedó sutilmente afectado por los augurios de buena suerte anunciados por su madre. ¿Y si lo alcanzaba un rayo o se caía de un caballo? ¿Cómo podría satisfacer todas esas esperanzas que ella parecía depositar en los hijos que le quedaban?

Poco después una epidemia de gripe española azotó al azar diversos lugares de Europa. En Ashton Park, la hija de la cocinera fue la primera en caer enferma. Rachel Barry yacía con temblores y empapada en sudor, y su madre pasó noches enteras con ella, dándole agua, refrescándole con paños húmedos la cara y el cuerpo. Rachel se

recuperó, pero la fiebre se propagó con rapidez entre las filas de soldados convalecientes en las camas de Ashton Park. A los pocos días, tres hombres y una enfermera habían muerto.

Claudia, que ayudaba en las labores de enfermería, cayó enferma tres días después del primer brote. La joven de dieciséis años se acostó en su antigua cama, en su habitación de siempre con vistas al amplio y despejado jardín. Le ardía la frente y, como las otras víctimas, deliraba a ratos.

Robert y Miriam Ashton recibieron una llamada de teléfono en su casa de Sussex Place. Tomaron el primer tren hacia York y prohibieron a Thomas que se uniera a ellos. Durante dos días de desesperado nerviosismo no se separaron del lecho de Claudia. Humedecieron su frente, le hablaron, intentaron que volviera en sí. Pasearon por aquel cuarto, se mecieron en las sillas y se frotaron las manos hasta dejarlas en carne viva. Pero nada podía hacerse por su hija: su alma pugnaba por partir. A veces, en su delirio, parecía hablar con sus hermanos muertos, como si los viera a los pies de la cama.

La enfermedad avanzó en ella sin piedad. Miriam contemplaba el pálido semblante de su hija cuando esta dejó de respirar. De repente los ojos de Claudia quedaron vacíos, inmóviles. Se había esfumado hacia la luz del cielo y nada pudo devolverla a este mundo.

El aullido de Miriam fue como el de una bestia malherida. Agotada hasta la demencia, abrazó a su hija y echó aire en su boca, con la esperanza de notar un estremecimiento, una señal de vida. Pero la joven estaba muerta.

Robert irrumpió en la habitación y se encontró a su esposa estrechando a su hija muerta en brazos. La abrazó a las dos, y su rostro se llenó de lágrimas por Claudia, por Miriam, por todos ellos.

Thomas, que seguía en Londres a la espera de noticias, quedó aturdido ante este caprichoso epílogo de la guerra. Nada podía serenar su corazón excepto andar, así que caminó todo el día y hasta altas horas de la noche por las calles de Londres y por el parque, hasta que las sombras se apoderaron del paisaje y le venció la fatiga. Poco después del amanecer cogió el primer tren en dirección a York, y durante el trayecto echó alguna cabezada. Pero en cuanto llegó a Ashton Park, su madre lo echó de allí, ordenándole que volviera al pueblo por miedo a que también él se contagiara. Tuvieron que pasar diez días antes de que le permitieran entrar en la casa.

Para entonces la epidemia había remitido, pero no sin antes cobrarse cinco víctimas más en Ashton Park. El hospital quedó clausurado y las habitaciones que se habían vaciado para acoger a los enfermos se hallaban ahora vacías y abandonadas, con restos de olor a desinfectante.

Parecía haber un exceso de cubos de metal diseminados por toda la casa.

Thomas se sintió como si le hubieran arrancado las raíces de cuajo. En los meses que siguieron fue encerrándose poco a poco en sí mismo. Un profundo desapego le amputaba cualquier esperanza y le paralizaba el corazón, mutilando la expresión de

sus sentimientos.

En cuanto le fue posible huyó de las cenas silenciosas junto a sus abatidos padres, primero a Oxford y luego al Ministerio de Asuntos Exteriores. Se preguntaba si su matrimonio también habría sido una huida de esa época de pérdidas. No podía evitar la comezón familiar del remordimiento cuando pensaba en que había echado sobre los hombros de Elizabeth la carga de esa tristeza.

Sin duda, Ashton Park se había alejado de su vida después de las muertes de sus hermanos. Durante años había evitado volver al hogar de su infancia. Pero ahora, dos décadas después, resultaba extraño y reconfortante a la vez ver la casa nuevamente llena de voces, de niños que corrían por sus inmediaciones. Estaban bien allí, se dijo Thomas, a pesar de la dolorosa causa que los había traído.

El momento del día que Anna prefería de su vida en Ashton era el que seguía a la cena. El resto de las horas quedaba repartido entre las clases, los oficios religiosos y las comidas. Pero siempre quedaba ese período de tiempo que precedía al sonido del timbre que indicaba la hora de acostarse, en el que se les permitía correr por la casa: un rato en el que se hacían amigos y se inventaban juegos, y en el que podían pasar cosas imprevistas.

A Anna le encantaba vagar por los oscuros pasillos y los cuartos en desuso que había en la casa. Arriba existía una habitación para equipajes, llena de maletas mohosas y de trastos viejos, raquetas de tenis y palos de críquet. Allí se construyó una guarida detrás de un baúl abierto. Pero un día se lo mostró a Beth Rothery, y a partir de ahí otros niños lo usaron como escondrijo, con lo que el lugar perdió su encanto.

Algunas tardes se encaminaba a la salita de cerca de la cocina donde había un viejo piano de cola. Su madre le había enseñado a tocar era la única pieza que sabía, pero la tocaba con las dos manos, como una pianista de verdad. Sin embargo, la sala le gustaba más cuando estaba llena de grupos de niños, metiendo ruido con los palillos y tirando de las cuerdas del piano, entre gritos y bailes. *Danny Boy*:

Con el tiempo los juegos se convirtieron en desafíos, normalmente orquestados por Billy Carter, que un día saltó desde la ventana de su dormitorio hasta la repisa de piedra que rodeaba la casa y avanzó por ella pegado al muro hasta el dormitorio de las chicas. Pero luego le desafiaron a que volviera a la cama por el pasillo, donde lo descubrió la señorita Harrison y lo castigó a estar dos horas de cara a la pared.

En otra ocasión fue Anna la que sacó la pajita más corta: le tocó llamar a la puerta de la habitación de uno de los maestros en plena noche y luego salir corriendo.

—¡La del señor Stewart! ¡La del señor Stewart! —propuso Katy Todd, regocijándose en el riesgo ajeno.

—Su cuarto está demasiado lejos —adujo Beth.

—Pues la de la señorita Harrison, a ver si lleva peluca...

—No. Solo lo haré si es la puerta de la señorita Weir —dijo Anna, que ya estaba asustada por el reto; la alivió ver que se mostraban de acuerdo con su elección: esperaba que la señorita Weir, siempre amable y tranquila, no se lo tomaría muy a pecho.

Las niñas de su dormitorio permanecieron despiertas hasta que la señorita Harrison hubo terminado de hacer la ronda por su piso. Entonces Anna salió de la cama y caminó sobre la larga alfombra roja que iba por el pasillo y giraba hacia la habitación de la señorita Weir.

Volvió la cabeza. Katy Todd la seguía a cierta distancia, para comprobar que

cumpliera el desafío.

Dobló la esquina. En uno de los extremos del descansillo había una luz encendida, para que el dormitorio de los más pequeños no quedara totalmente a oscuras. Despacio, de puntillas, se encaminó hacia la puerta cerrada del cuarto de la señorita Weir. Tenía el corazón acelerado y los ojos muy abiertos. Levantó la mano... y llamó, tan flojito como pudo.

Dio media vuelta y salió corriendo. Pero tropezó y cayó al suelo; se quedó quieta durante un momento. Aterrada, se incorporó y corrió de nuevo hacia el recodo del pasillo.

Oyó abrirse la puerta, y una voz que decía:

—¿Sí?

Volvió la vista y vio a la señorita Weir en el umbral de su cuarto, en camisón, buscándola. Por un momento sus miradas se cruzaron. Anna giró hacia el otro lado del pasillo: no paró de correr hasta llegar a su dormitorio y meterse en la cama.

—¿Lo has hecho? —preguntaron las otras.

—Sí. Pero me ha visto.

—¿Viene?

—No lo sé...

El corazón de Anna seguía latiendo a toda prisa: temía que la señorita Weir se plantara en su dormitorio en cualquier momento y la sacara de la cama. Pero transcurrieron unos minutos y no pasó nada. Anna se tranquilizó. Las demás niñas se durmieron.

Pero Anna seguía viendo el semblante perplejo de la señorita Weir, el que había atisbado de reojo mientras huía, pálido a la luz de la lámpara. Se durmió con el corazón levemente encogido.

Al día siguiente intentó evitar a la señorita Weir, con la esperanza de que no la hubiera reconocido bajo la escasa luz del pasillo. Pero después del servicio religioso se topó con ella en el Marble Hall.

—Anna...

Ella bajó la cabeza y dio un paso atrás, como los cangrejos, incapaz de mirar a la maestra a la cara.

—¿Va todo bien, Anna?

—Sí, señorita.

—Pero anoche llamaste...

—Lo siento mucho, señorita, no debería haberla molestado.

—No te estoy regañando, Anna. ¿Te pasa algo?

—Nada, señorita.

—Entonces, ¿por qué llamaste?

Anna levantó la vista, azorada, y balbuceó la verdad:

—Era solo una broma...

—Vaya... —La señorita Weir ladeó la cabeza.

—Ni siquiera quería hacerlo.

Una expresión distinta invadió los rasgos de la señorita Weir; Anna no habría sabido decir si era de enfado o de curiosidad.

—¿Cuándo volveremos a casa? —preguntó, poniendo ojos de huérfana. Se sintió culpable por apelar a su compasión. Pero la expresión de la señorita Weir se suavizó al instante.

—Me temo que eso aún no lo sabemos.

Anna agachó la cabeza, con aspecto contrito, aunque temía que se le escapara la risa.

—Espero que no tenga que pasar mucho tiempo —dijo la señorita Weir en tono amable.

—Sí, señorita —dijo Anna, esforzándose por reprimir una sonrisa e intentando adoptar una postura solemne.

—No dudes en llamar a mi puerta si necesitas algo, pero la próxima vez no te marches corriendo.

—Sí, señorita.

—Bien, pues dejémoslo...

Cuando entró en clase, las otras niñas fueron hacia ella.

—¿Qué te ha dicho? —preguntaron.

Radiante, pero aún temblorosa por el mal trago, Anna les contó que había fingido estar añorada y lo bien que había funcionado: había salido del paso sin un castigo, sin tan siquiera una reprimenda, nada. Se regodeó en lo que había hecho a sabiendas de que eso le granjeaba el respeto de las otras.

Pero a medida que transcurría el día fue sintiéndose incómoda: culpable por haber mentado, por haberse burlado de la amabilidad de la señorita Weir. Se sentía mala.

Nunca más, decidió Anna. Nunca más volvería a engañar a nadie de ese modo.

La conversación de Ruth Weir con Anna en el pasillo no pasó desapercibida para Elizabeth Ashton.

La estampa removi6 algo en Elizabeth. Y cuando hubo revisado las listas de tareas con el personal dom6stico, se dio cuenta de que ese algo hab6a sido una moment6nea punzada de celos: la complicidad que se desprend6a de la escena le hab6a sentado mal.

La iniciativa del colegio hab6a partido de ella, y, por tanto, deb6a ser tambi6n ella la que mantuviera una relaci6n m6s estrecha con los evacuados. Pero al ver c6mo se relacionaba aquella joven maestra con los ni6os, al notar su acercamiento espont6neo a ellos, fue consciente de que ella no ten6a la misma disposici6n.

Decidi6 ir caminando hasta el pueblo a recoger las nuevas cartillas de racionamiento, con la esperanza de que el paseo la sosegara. Anduvo deprisa por el camino, pisando con cuidado sobre las rejillas para el ganado mientras intentaba

aclarar sus pensamientos.

Thomas estaba siempre ocupado con las clases y encantado con ello: lo notaba en sus ojos. Se había adaptado rápidamente a su nueva vida. En cambio, ella había delegado todas las tareas docentes y se había quedado solo con las organizativas. Sintió que la confianza en sí misma se evaporaba.

A pesar de los rituales y costumbres inherentes a la nueva escuela, ella se mostraba incapaz de asentarse en la rutina. Vivía en un estado de perpetua inquietud, su vida carecía de ritmo. Los domingos, mientras Thomas se preparaba para la semana siguiente, un pesimismo extraño se apoderaba de ella: desasosiego, pánico ante los días que se avecinaban... ¿Cómo llenar todas esas horas?

Fumaba demasiado. Por las noches apuraba los cigarrillos hasta consumirlos, como si tuviera prisa por encender el siguiente... y por servirse otra copa que mitigara la irritación que le producía el tabaco. Mientras tanto, Thomas leía; en un alarde de tacto, fingía no percatarse de su nerviosismo.

Cuando llegó a la estafeta de correos, admitió para sus adentros que, como siempre, lo que necesitaba, lo que quería, era un hijo propio. Había tenido la esperanza de que esa multitud de niños correteando por Ashton apaciguara ese anhelo, pero no había sido así. Al menos todavía.

Para volver a casa tomó el camino que bordeaba el lago del parque y observó el lento vaivén de la maleza bajo la superficie del agua. Más allá, el jardín de rosas aparecía yermo y vacío, mostrando solo las cabezas desnudas de los rosales, ahora sin flores.

Se dijo que, cuando no les daba el sol, los jardines a veces adoptaban un aire triste. Pero el mal tiempo no parecía desalentar nunca a los niños. En cuanto sonaba el timbre del recreo, una bandada de críos corría hacia el exterior y rodeaba la fuente. Se había percatado de que solían correr en torno a ella: les gustaba mojarse las manos en el agua.

A veces se sentía tentada de salir a tocarlos, como si eso pudiera curar el dolor de su corazón.

—¿Qué has hecho esta mañana? —le preguntó Thomas durante el almuerzo.

—Fui a dar un paseo por el parque. Estaba precioso —añadió, a sabiendas de que a él le gustaban los comentarios positivos. Pero se abstuvo de mencionar a los niños.

Después, cuando él se fue a dar una clase, ella se sentó en su escritorio y se dedicó a responder cartas y revisar facturas. ¿Es esto todo, se preguntó de repente, o se trata solo de un momento de transición, de preparación para algo nuevo?

Llevaba diez años con Thomas, y ya no sabía lo que sentía por él o por su vida en común.

Corría el verano de 1927 cuando le habían presentado a Thomas en un cóctel que se daba en Londres.

—Creo que no nos habíamos visto nunca —le dijo él con una sonrisa amable, después de que su fornida anfitriona los hubo presentado.

—No, creo que no —repuso ella educadamente, aunque lo cierto era que sabía quién era. Ambos habían asistido a las mismas fiestas aquella temporada, y ella lo había observado yendo de un grupo a otro: siempre, al parecer, a su aire. Con una sonrisa en los labios, pero sin revelar nada de sí mismo.

Elizabeth había reparado por primera vez en Thomas en medio de una estancia llena de gente. Su presencia era tan irresistible que incluso colocado de espaldas a la fiesta, mientras admiraba un cuadro veneciano con un amigo, atraía las miradas de la gente. Movida por la curiosidad, Elizabeth se había abierto paso hacia uno de los lados del salón forrado de seda, desde donde podría verle la cara. Él se había reído por algo, y al hacerlo había echado la cabeza hacia atrás: fue la primera vez que distinguió sus rasgos. Así que ese es Thomas Ashton, pensó. Parece un dios inglés. Se sintió dominada por un miedo instantáneo... y a la vez por unas tremendas ganas de conocerlo.

Lo observó deambular por el salón. Su atractivo era evidente, y tenía una sonrisa amplia, espontánea, capaz de disipar cualquier malestar. Se fijó en sus serenos ojos azules enmarcados por cejas oscuras, y en su suave y espeso cabello peinado hacia atrás, dibujando una elegante curva sobre su frente. Y a pesar de todo no parecía presumido: desprendía una modestia innata, como si fuera ajeno a sus propios encantos físicos.

A la sazón Elizabeth tenía veintiún años; era una joven alta y esbelta, de ojos oscuros, vivos, con una melena cobriza que le caía en forma de ondas hasta los hombros. Aquel verano había empezado a sentirse insegura y frágil. Tres años antes había llegado a Londres para su puesta de largo, y había asistido a todos los bailes de la temporada, siempre perseguida por una fila de posibles pretendientes. Muchos de esos jóvenes aspiraban a ser oficiales de la Guardia Real y a menudo le costaba encontrar algo, cualquier cosa, de la que poder hablar con ellos. Existía una regla no escrita que decía que las chicas debían ser bonitas y parlanchinas: las anfitrionas no tardaban en abandonar a su suerte a las chicas que no tenían facilidad de palabra.

Su propia puesta de largo se celebró en la casa de su tía, en Eaton Terrace: el amplio salón se despejó de muebles para convertirse en sala de baile y se adornó con claveles y rosas. Pero no hubo ningún oficial de la Guardia Real, ningún banquero, ningún abogado, que le llamara la atención de una manera especial. Bailó con muchos caballeros: altos, delgados, fornidos, estadounidenses, listos, insulsos, ricos. Al término de la temporada de baile, con la llegada del otoño, se iniciaron las partidas de caza. Se paseó por las fiestas londinenses durante los dos años siguientes, y entretanto trabajó en una escuela benéfica de Chelsea para ahorrarse así el tedio de la búsqueda de marido.

—¿No estarás siendo demasiado exigente? —le había preguntado su madre.

Las fiestas se habían desarrollado sin demasiadas novedades: los mismos platos

de *mousse* de salmón y lengua, las mismas sillas doradas dispuestas en torno al salón de baile para acoger a las carabinas de las debutantes. Pero las señoras de cierta edad que observaban los bailes veían claro que no todas las chicas tendrían suerte en ese juego de las sillas que era la búsqueda de marido. Sabían ya que, terminada la guerra, había cuatro millones de mujeres de más, cuatro millones de jóvenes mujeres a lo largo y ancho del país que estaban destinadas a ver frustradas sus aspiraciones románticas. La señora Fairfax estaba preocupada por su hija, aunque conservaba algunas esperanzas ya que Elizabeth era hermosa y lista.

—Pero es caprichosa —le decía a su marido, un soldado condecorado que en privado sentía un gran alivio al poder eludir, de momento, las facturas que implicaba una boda. Era como si nada pudiera acercarse a las imágenes platónicas que se habían grabado en la mente de Elizabeth: en ellas los colores eran siempre más brillantes; la luz, más intensa; las formas, más llenas. Había llegado a Londres rebosante de un anhelo impreciso, de ambición, de energía. Pero sin estudios universitarios, ¿qué podía hacer excepto esperar a casarse?

Empezó a volverse impaciente, cínica, hastiada de todo. Jugó con la idea de abrir una sombrerería. Soñó con viajar a África. Intentó trazar planes que supusieran algún cambio, algo a lo que dedicar su vida.

Pero la visión de Thomas Ashton alentaba en ella nuevas esperanzas. Antes de que se hubiera percatado de ello, él se había convertido en un reto. Era un joven y brillante diplomático destinado en Berlín que había vuelto a Londres a pasar el mes de junio, y ella asistió a tantas fiestas como le fue posible con la esperanza de coincidir con él.

No tardó en descubrirse pensando en Thomas a todas horas. Al principio fue más bien por una cuestión de vanidad: Thomas era el hombre más apuesto, el más romántico, el más deseable de todas las fiestas, y la parte de obstinación de su carácter impedía que Elizabeth pudiera conformarse con nadie más. Pero a eso pronto le siguió la humildad que nace del deseo, ya que él no demostraba el menor interés por ella. Cada vez que se cruzaban, ambos parecían agradablemente sorprendidos de volver a verse. Pero mientras la sorpresa de ella era fingida, la de él era genuina.

A esas alturas estaba completamente cautivada. Por su inteligencia, su gentileza, su cortesía, pero también por su inusual indiferencia, que apuntaba a una melancolía interior. Había algo tenso y escondido en ese hombre, y ella sabía que cuando amara, sería algo especial.

En cualquier reunión ella prefería verlo de lejos, ya que eso le concedía tiempo para serenarse. Los encuentros por sorpresa suponían una agonía, porque la pillaban de improviso y apenas podía contener el temblor. Tenía que respirar hondo para mostrarse vital, ingeniosa o interesante. Intentaba mirarlo a los ojos con sutileza. Aquella mirada azul que se posaba en ella y la hacía temblar, pero que a la vez denotaba que él no sentía... nada. Se limitaba a sonreír y a entablar una conversación cortés.

La temporada siguió adelante: fiestas, cenas, cócteles. Ella empezó a disfrutar del vino y a dejarse caer por el Embassy Club acompañada de otros hombres, pero todos eran burdos y sosos en comparación con Thomas. Peor aún, él regresó a Berlín, y Elizabeth supo que tendrían que pasar meses antes de que volvieran a verse. Quizá encontrara el amor en Alemania. Sufría por su ausencia, pero eso solo servía para incrementar su deseo.

Buscaba pasar tiempo a solas para poder pensar en Thomas. Se separaba de sus amigos y se acercaba a una ventana solo para cerrar los ojos y conjurar su rostro. En una ocasión, mientras subía la escalera de su casa, la cara de Thomas le vino a la mente y se quedó paralizada: tuvo que apoyarse en la pared para recobrar el aliento. A veces la sensación de tenerlo cerca era tan fuerte que llegaba a gritar su nombre.

Se veía cogiendo su mano. Anhelaba acercar los dedos a aquel rostro y mirarlo a los ojos. Ansiaba la llegada de la noche, porque en la oscuridad de su habitación podía dejarse llevar por el placer de imaginar su presencia. Si cerraba los ojos el tiempo suficiente, a veces creía advertir, por un breve instante, cierta sensación difusa de la intimidad que tanto deseaba... pero el momento se desvanecía enseguida.

Escribía su nombre en trozos de papel. Escribió cartas que nunca envió. Recabó información sobre él, solo por el placer de oír su nombre en voz alta. Como su familia también procedía de Yorkshire, sabía algunas cosas sobre los Ashton: sobre la casa, las cacerías, la muerte de sus hermanos en la guerra y la de su hermana debido a la gripe. Recordaba haber conocido a Claudia cuando era niña, y la noticia de su inesperada muerte le había causado en su día una profunda impresión, pero ahora que amaba a Thomas, las penas que había soportado esa familia la golpeaban con una intensidad nueva. Se descubrió llorando por cosas que habían sucedido una década atrás. Thomas era ahora la imagen del patetismo noble, de la entereza.

Se dijo que ya faltaba poco para que regresara de Berlín, y eso al menos le daría la oportunidad de averiguar si había allí alguna otra mujer que se hubiera adueñado de su corazón. Entretanto, contenerse era cada vez más difícil. Estaba desesperada por acercarse a ese hombre, que parecía totalmente ajeno a su existencia.

En la siguiente visita de Thomas a Londres, en el verano de 1928, la situación respecto a Elizabeth no habría cambiado de no haber sido por su amigo y compañero del Ministerio de Asuntos Exteriores, Clifford Norton. Erudito, reservado y más bien austero, Norton solía evitar las fiestas, pero se encontró por casualidad con Thomas en una recepción que se celebraba en una galería de arte a la que lo había arrastrado su esposa Peter. Los dos diplomáticos se refugiaron en un rincón y se pusieron al día de las últimas noticias de trabajo mientras la esposa de Norton deambulaba por la galería. Elizabeth también estaba allí y vio a los dos hombres juntos. En un arranque de valor, se encaminó hacia Thomas para saludarlo... aunque la conversación duró solo un momento.

La charla fue banal, pero Norton adivinó el interés de aquella joven por Thomas. En años sucesivos ella comprendió que Norton no la tenía en demasiada estima, dado

el sentimiento de protección que guiaba su amistad hacia Thomas. Sin embargo, cuando Thomas buscaba una pareja a última hora para que lo acompañara a un concierto, Norton se acordó de Elizabeth y propuso su nombre.

Dos días después ella estaba sentada al lado de Thomas en el Wigmore Hall. Los cuatro músicos, impecables en su atuendo, saludaron al público y se subieron al pequeño escenario; permanecieron inmóviles hasta que el director asintió con la cabeza y las notas del melancólico cuarteto de cuerda de Debussy empezaron a flotar en la sala.

Era música de cámara que ya conocía y que siempre le había parecido amablemente melancólica, pero esa noche Thomas se descubrió intensamente conmovido y se preguntó si aquella misteriosa reacción tendría algo que ver con el hecho de ir acompañado de Elizabeth. Se volvió hacia ella en alguna ocasión y se encontró con su mirada. Parecía cautivada, pensó él, conmovido no solo por la música sino también por la intensidad que emanaba de esa mujer sentada a su lado.

Lo que no podía saber era que ella temblaba por su presencia, que el corazón le ardía con la alegría agrí dulce de un deseo largo tiempo acariciado. En cuanto él dirigía los ojos hacia ella, ese corazón parecía dar un vuelco. Es el hombre al que amo, le decía la música, le decía su cuerpo estremecido, mientras intentaba calmar el temblor de sus manos.

Por el rabillo del ojo, Thomas contemplaba su cuello largo, la firme elevación de sus senos, sus elegantes tobillos. Observó el modo en que aquellos dedos finos parecían centellear al ritmo de la música. A mi madre le gustaría esta chica, pensó; luego se dio cuenta de que también a él le gustaba. Lo atraía su gracia femenina, su tenue fragancia, y la encantadora expresión de su cara. Se sintió orgulloso de ser su acompañante. Es más, se sintió de repente en casa, como si lo conocieran y lo entendieran. Era extraordinario, pensó, dado lo poco que se habían tratado.

Durante el descanso, mientras charlaban, la conversación de la joven causó en él una honda impresión. Quizá porque abordó con mucho tacto el tema de su hermana Claudia, rompiendo así la reserva habitual en él y dando pie a una conversación sincera. Él no podía saber que Elizabeth ya había soñado en cómo entrar en su vida, que cada gesto, cada palabra que pronunciaba, llevaba la impronta de todos esos días y sus respectivas noches de anhelo íntimo. Thomas solo tuvo la misma sensación que cuando uno se reencuentra con alguien a quien conoció tiempo atrás.

Una velada de una intensidad imprevista, y sorprendentemente tierna, pensó él mientras escuchaban el elegante canto fúnebre del cuarteto de cuerda de Ravel durante la segunda parte del concierto.

Después de que la acompañara a casa, Elizabeth se encerró directamente en su habitación, atrapada entre la fascinación y el temor. Sabía que no podría desprenderse de ese amor, porque al fin tenía alguna esperanza. Tendría que seguir adelante, sufrir por él si fuera preciso.

Todo eso había sucedido once años atrás. Ahora, mientras caminaba por los

pasillos de Ashton, Elizabeth sentía algo parecido a la protección hacia su yo joven... y hacia esa forma incondicional en que se había dejado arrastrar por sus sentimientos, sin detenerse nunca a considerar adónde podían conducirla.

Se paró un momento en el pasillo de piedra, atraída por su luz cobriza. Los últimos rayos del sol vespertino penetraban a través de las ventanas y sin poder evitarlo levantó la vista, intentando evocar la primera vez que había visto aquella cúpula azul, años atrás... con el nerviosismo y la inseguridad que habían empañado su primera visita a Ashton Park. Había llegado en su propio coche y avanzado, con cautela, por la larga avenida blanca, pero cuando la casa surgió por fin ante sus ojos, le falló el valor. Incluso entonces ya se había preguntado si aquel enorme caserón podría ser algún día su hogar.

En ese primer viaje ella había llegado a tiempo para unirse al té que se servía a los invitados. Fue un momento de confusión, había mucha gente a la que no conocía; luego mantuvo un breve encuentro con el padre de Thomas, que la miró con una desconcertante franqueza, y con su madre, que le pareció distraída y algo ausente.

Una doncella le deshizo el equipaje mientras ella tomaba un baño, algo que le resultaba nuevo. Recordaba haber notado que la anticuada bañera estaba manchada de restos oscuros dejados por el agua turbia. A solas en su habitación, se vistió con cuidado: quería mostrarse elegante y recatada. Se recogió el pelo con manos torpes por los nervios y ni siquiera soportó la idea de ver el resultado en el espejo. Respiró hondo, exhaló el aire y descendió lentamente la gran escalera de caoba en busca de algo de beber.

Desde el umbral del estudio solo distinguió a Thomas, vestido con un traje tan perfecto que la hacía sentir casi incómoda. Ella vaciló, pero suspiró aliviada cuando su entrada en la sala fue recibida con evidente placer; de repente se sintió más cómoda con aquel vestido largo y ajustado.

La cena, sin embargo, constituyó una nueva prueba.

—Whitby fue fundada por los benedictinos —le dijo el padre de Thomas en tono pomposo después de que sirvieran el faisán—, pero las otras grandes abadías de la zona, Rievaulx, Jervaulx, Byland, Fountains, eran cistercienses, por supuesto.

Por supuesto. Ella no sabía ni una palabra de los monasterios de Yorkshire; podía sonreír y asentir a las palabras de su anfitrión hasta la extenuación, pero no conseguía encontrar algo que decir. Tal vez fue esa sensación de incomodidad durante la cena lo que le impidió conciliar el sueño aquella noche: con la cabeza hundida en una almohada que olía a viejo, deseó poder irse a casa.

El día siguiente resultó aún más duro. Thomas la paseó por la casa y los jardines. Estaba a solas con el hombre a quien amaba, y sin embargo ella se mostraba casi incapaz de tener una idea, un punto de vista, algo que aportar.

—Este verano el tiempo ha sido muy decepcionante. Demasiada lluvia.

—En Berlín hemos tenido más suerte.

—Me gustaría ver Berlín.

—No es una ciudad bonita, pero resulta tonificante: tienen algunos arquitectos muy originales.

No hubo una invitación para visitarlo en la embajada. Tal vez él hubiera cambiado de opinión ahora que sabía que era así de insulsa.

Los pasillos eran largos, el ruido de sus pasos resonaba en ellos. El Marble Hall estaba lleno de ecos de puertas que se abrían y cerraban. Los retratos la vigilaban desde las alturas, ella pensaba con temor que la atravesaban con la mirada. Entretanto, Thomas seguía mostrándose encantador y considerado; caminaba a su lado, pero a la distancia suficiente para que las manos de ambos no se rozaran. Ella disfrutaba con solo ver la gracia de sus movimientos.

Pero a la hora de comer sus padres se mantuvieron distantes.

—La salsa de Cumberland es perfecta para el cordero, ¿no crees? —comentó Miriam Ashton—. ¿Admiras a Ramsay MacDonald? Aquí en Ashton apreciamos mucho su obra, porque tenemos la sensación de que comprende el paisaje —prosiguió. Hablaba sin mirar a Elizabeth a la cara y, al parecer, sin esperar respuesta.

Esa tarde una llovizna les impidió salir. Thomas y Elizabeth se dedicaron un rato a hacer un puzle de un cuadro de Turner en el estudio hasta que, por fin, un sol tímido se derramó sobre el cielo sombrío y la lluvia amainó. Thomas propuso que dieran otro paseo: la condujo por las pendientes de hierba, donde el suave murmullo de los árboles llenaba los abruptos silencios de su conversación.

Por fin Elizabeth empezó a sentirse algo más cerca de aquel anfitrión que pecaba de un exceso de formalidad. Cuando llegaron al bonito templo jónico, con el río cayendo en forma de cascada de fondo, notó que Thomas se abría un poco.

—Qué vista tan magnífica —dijo ella con una convicción creíble, mientras notaba cierta tensión súbita en Thomas. Ella no podía ofrecer más que comentarios banales, tópicos. Thomas se mantuvo inmóvil y dirigió la vista hacia el río.

—Es mi lugar preferido —dijo él con pasión.

Invadida por una sensación de pánico, Elizabeth contempló el paisaje que se extendía ante ellos. Comprendió que él quería ver si ella podría amar ese lugar, si el entorno era capaz de conmoverla tanto como a él. En realidad, la vista le decía poco: era un paisaje hermoso, mortecino, sin nada que destacara. Pero mientras lo observaba, notó que Thomas volvía la cara hacia ella. Pudo oír sus propios latidos mientras esperaba, percibiendo los ojos de Thomas clavados en ella. Entonces se volvió hacia él.

Lo que vio hizo que el corazón le diera un vuelco. En sus ojos brillaba una esperanza ansiosa, su rostro era el más bello que ella había visto nunca. Él se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en sus hombros. Su tenso semblante fue hacia ella, sus ojos la atravesaron, su boca le abrió los labios. Se besaron, fundidos en un abrazo. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y se apretó contra su cuerpo. Por dentro se sentía agitada por una fuerte corriente, invadida por la deliciosa expectativa del amor.

Cuando se atrevió a mirarlo a los ojos, él puso la mano en su barbilla y no dejó

que apartara la vista: se habían encontrado.

Pasearon y pasearon, entre risas, besos y abrazos; pasaron por la pista de tenis y por el pabellón de los sauces, dejaron atrás el lago. El sol partía el triste cielo con intensos destellos dorados.

Sus caras brillaban de júbilo cuando volvieron a casa para tomar el té. La felicidad los estremecía. Todos los presentes pudieron advertirlo. El padre de Thomas parecía aprobarlo en silencio.

El domingo fue un día tranquilo. Tras el servicio en la capilla, Thomas llevó a Elizabeth a remar al lago. Sus dedos se rozaron, se besaron muchas veces. Los avances de Thomas eran francamente decorosos y Elizabeth se dejó llevar. Y aunque ardía por dentro de ganas de tocarlo, se contuvo.

Por fin Thomas la invitó a ir a Berlín. Asegurado ya el próximo encuentro, Elizabeth se sintió lista para partir. Después del té, mientras realizaba el largo viaje hacia el sur, notó con alivio cómo se evaporaba toda la tensión. Había vivido suficiente amor para un fin de semana; no quería perderlo por exceso o por prisa.

Se llevaba consigo el recuerdo de Thomas con el brazo alzado, despidiéndose de ella desde la escalinata de Ashton Park. Con los hombros relajados, era la viva imagen de la serenidad. Este es mi hogar, mi esperanza, parecía expresar su cuerpo mientras le decía adiós.

Incluso entonces, en el momento de mayor euforia, Elizabeth había notado una leve sensación de inquietud. Sabía que había conseguido a Thomas a hurtadillas. Sin que él se diera cuenta, ella había orquestado sus emociones. Él creía haberla conquistado, pero ella sabía la verdad: lo había forzado a amarla.

Pero ahora, tantos años después, la culpabilidad de Elizabeth había adoptado otro matiz: había perseguido a Thomas con denuedo solo para luego perder su amor por él.

A veces, desde el otro extremo del comedor, veía a Thomas hablando con alguien y de repente el corazón le daba un vuelco al apreciar su sonrisa. Y regresaba a ella el recuerdo de lo mucho que lo había deseado antes de casarse. Pero sabía que ahora era solo un sentimiento recordado, no una emoción en presente.

Anna se apresuraba a finalizar la carta semanal para su madre porque quería salir al columpio. Había solo uno en toda la finca, colgado de un nudoso árbol del jardín principal. Siempre había una larga cola para subir en él, pero por la ventana de la biblioteca Anna se percató de que en ese momento estaba vacío.

Corrió hacia fuera y se encaramó al asiento. Faltaban solo diez minutos para que comenzaran las clases, así que movió las piernas con fuerza para darse impulso. Subió más y más, elevándose hacia el cielo hasta casi volar.

Speed bonny boat like a bird on the wing...

Le gustaba cantar ciertas canciones cuando estaba en el columpio, canciones que su madre solía tocar al piano. Pero al rato se dejó llevar por la velocidad del balanceo y se dedicó a observar cómo el cielo corría a su encuentro hasta casi marearla, para luego echarse hacia atrás y dejar que la brisa le acariciara el cabello.

Fue al aminorar la marcha cuando notó un sonido inesperado. Un temblor sutil, un crujiente susurro que a la vez poseía una cualidad musical, como un repique al viento. Saltó del columpio y siguió el rastro del ruido, internándose en el bosque hasta llegar a las pendientes de hierba: por fin halló su origen. Procedía de un grupo de árboles esbeltos de corteza clara. Sus hojas eran pequeñas y trémulas; algunas aún conservaban un verde plateado, otras ya aparecían teñidas del amarillo otoñal.

Esos deben de ser los álamos, pensó Anna. Árboles temblorosos capaces de tocar su propia música. Guardó unas cuantas hojas de álamo en el bolsillo de la falda y corrió hacia las clases.

Justo el día anterior la señorita Weir los había llevado a recoger hojas para los álbumes de ciencias naturales. Robles, olmos, sicómoros, abedules plateados. Se habían cruzado con el señor Ashton cuando volvían a clase.

—¿Has encontrado algo interesante?

Anna se detuvo para mostrarle las hojas aplastadas.

—Ah, pero no has encontrado los álamos... —comentó él con ligereza.

—No, señor, ¿cómo son?

—Son los árboles más especiales del parque, esbeltos y de un color verde plata. Cuando el viento sopla entre sus hojas, emiten una música propia. Cantan.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Escúchalos. Espera a que haga un día de viento y los oirás.

—Anna, vamos... —La señorita Weir salió a llamarla y Anna fue hacia la clase,

preguntándose si el señor Ashton no se lo habría inventado.

Pero ahora podría enseñarle las hojas. Esperó a que terminara la clase de latín y aprovechó el descanso en el que todos iban a merendar.

—Aquí están, señor. Hojas de álamo.

Él estaba encantado de su hallazgo; ella lo notó, y le regaló algunas hojas.

—¿Cómo las has encontrado tan rápidamente, Anna?

—Escuché, como usted me dijo.

—La plantación de álamos era uno de mis lugares favoritos cuando tenía tu edad. Pero poca gente lo descubre, así que guárdalo para ti —dijo él con una sonrisa, antes de alejarse.

Anna regresó a su pupitre y guardó con orgullo la única hoja con que se había quedado. Si alguna vez quería estar sola, ya tenía un lugar adonde ir.

Aquella tarde, sentado en el estudio con Elizabeth, Thomas notó algo en el bolsillo. Las hojas de álamo. Las dejó en una mesita.

—¿Recogiendo hojas? —preguntó su esposa.

—Es un regalo de uno de los niños.

—Te estás volviendo muy popular estos días —repuso Elizabeth con acritud mientras se levantaba a buscar un cenicero. Lamentó el tono al instante; a veces le disgustaba su marido solo porque conseguía sacar lo peor de ella.

Thomas dejó pasar el exabrupto y posó los ojos en el libro, una novela de Henry James. Pero la lectura requería concentración y la mente de Thomas estaba en otro sitio, pendiente de su esposa mientras esta deambulaba por la estancia.

La persistente erosión de su matrimonio era el producto de un sutil cúmulo de detalles, pensó, pero a la vez se hacía más profunda por una serie de momentos amargos que tal vez podrían evitarse. Y de eso él tenía tanta culpa como ella. Hubo muchas veces en que él podría haberse acercado a Elizabeth y acariciarle la mejilla, o mirarla a los ojos y llegar hasta su corazón. Pero a menudo ignoraba sus miradas, sus súplicas mudas; se resistía a los gestos románticos porque tenía la impresión de que, en su estado, pretender representar el papel de amante era algo ridículo.

Thomas sabía que le había cerrado las puertas demasiadas veces.

Igual que hacía en ese momento, sentado en el estudio mientras Elizabeth hablaba con su madre por teléfono. La observó y pensó que era preciosa. Su mujer. Ella colgó el teléfono.

—Elizabeth.

Se volvió hacia él, con algo parecido a la esperanza. La pausa de Thomas fue demasiado larga.

—¿Tu madre está bien?

—Sí, bastante bien.

—Me alegro.

Thomas titubeó. Ella esperaba algo más, pero la conversación murió ahí. Él se desplazó hacia las estanterías y fingió interés en la colección de clásicos franceses.

¿Por qué no podía decirle que era hermosa? ¿Acaso la invalidez le afectaba también a la lengua?

Hojeó un libro solo para no tener que seguir hablando. Ella pasó por su lado y salió de la habitación. Ashton era una casa donde resultaba fácil evitar los silencios del otro: bastaba con ir a otro cuarto, a otro piso.

Ella se instaló en el dormitorio, con una bebida.

Thomas regresó a su novela. Había desarrollado estrategias que le funcionaban bien la mayor parte del tiempo: música, lectura, la radio. Pero a veces se ponía a

pensar en las profundas grietas de su matrimonio. Dos personas heridas, juntas, que apenas tenían nada que decirse.

Había albergado la esperanza de que la iniciativa del colegio reavivara el fuego, pero quizá fuera solo otro falso amanecer. En esos días cualquier atisbo de intimidad espontánea parecía estarles vedado. En los ojos de ella se leía la distancia. En los suyos, también.

Él sabía que su discapacidad la había defraudado, pero también que no era el único elemento que había que tener en cuenta. Desde que le alcanzaba la memoria, siempre había tenido que esforzarse para saber amar. No sabía si eso obedecía a su rígida educación, o si habían sido las muertes de sus hermanos las que habían cauterizado sus sentimientos, pero sabía que en su corazón existía un punto remoto, inaccesible.

Recordaba que Norton le había comentado que era un diplomático innato cuando se unió al Ministerio de Asuntos Exteriores, «porque puedes ver las cosas desde todos los ángulos, sin decantarte por ninguno», había dicho, como si esa capacidad para no tomar partido fuese una virtud. Y, sin embargo, Thomas recelaba de su propia imparcialidad.

Pensó en sí mismo cuando era joven, recién llegado a Oxford, y en sus primeros contactos con el sexo femenino. Recordaba la música que inundaba los patios los sábados por la noche y las fiestas de verano en húmedos jardines bañados por el sol. Él se vestía a la moda, con pantalones anchos y suéteres estampados. Las chicas que asistían eran muy atrevidas: fumaban y sacaban a los chicos a bailar. Pero en esa época su corazón había permanecido intacto, incapaz de sentir el menor interés hacia ninguna de ellas.

Había evitado cualquier muestra de intimidad: en su lugar se replegaba en la disculpable soledad de la Biblioteca Bodleian y buscaba ejemplares raros en sus estantes. Estudiante de lenguas clásicas, los antiguos poetas le habían ofrecido consuelos inesperados; su talante estoico le sentaba bien, como si todas las pérdidas que había sufrido su familia en los últimos años no fueran sino una sombra pasajera al lado de aquellas tragedias épicas. *Iam seges est ubi Troia fuit*. «Estos son los campos de maíz donde un día se alzó Troya». Ovidio conseguía conjurar los restos desvanecidos de la gloria humana como si fueran algo más grande que lo que mostraba el presente. Al comprender el significado de una frase, a menudo se había sentido capaz de tocar la gracia de esos tiempos perdidos a los que aludía.

Thomas renunció a la lectura y cambió el libro por un *whisky*. La bebida lo relajó enseguida, recordándole que no siempre había sido un tipo solitario ni un ratón de biblioteca, que también existían otras versiones de su pasado. Repasó los primeros años de su carrera diplomática en el Berlín de Weimar, donde se había encontrado con una embajada rígida, y una ciudad, sin embargo, mucho más libre; donde había visto cómo todo su educado aplomo caía hecho pedazos.

Había sido un destino afortunado para él. En el interior de las peceras doradas de

Oxford y Londres siempre había estado muy protegido... Pero entre extranjeros, en el turbulento ambiente de la República de Weimar, al fin se había sentido libre para experimentar.

Había asistido a todos los teatros. En el Wintergarten y el Metropol había contemplado extravagantes desfiles de bailarinas de piernas desnudas, pero no solo eso: un joven y disipado diplomático alemán, Max, lo había llevado al centro de la ciudad, a los espectáculos de *cabaret* más subidos de tono, como el Weisse Maus y su eterno rival, el Schwarzer Kater.

Tímidamente, Thomas había dejado que sus ojos se cruzaran con las miradas devoradoras de las mujeres que frecuentaban esos lugares de mala fama y empezó a sentirse excitado hacia los encuentros con extrañas. Incluso siguió el ejemplo de Max y una noche se marchó con una prostituta de caderas contoneantes hacia un bloque de pisos. En cuanto se alejó de las misteriosas sombras que proyectaba la luz de las farolas, ella se reveló súbitamente vieja, la piel de su cuello flácida. Pero la galantería innata de Thomas no le permitió echar abajo la imagen sensual que la pobre mujer quería aparentar. De manera que tuvo su primera relación sexual en una cama estrecha, con una mujer ajada, en un cuarto que olía a col y a arenques. No se besaron, ni siquiera se miraron, y todo fue un completo error, un acto de extraña repulsión. Sin embargo, la sorprendente intimidad que se desprendía de contemplar la desnudez descuidada de una mujer consiguió despertar algo en Thomas.

Seducido y repelido a partes iguales por esas nuevas sensaciones, empezó a disfrutar del ambiente del *cabaret*. Las mujeres que conocía en los tugurios apestaban a humo y la ropa que llevaban nunca estaba del todo limpia, pero él se excitaba ante su exceso de maquillaje, ante su procaz erotismo.

A pesar de todo mantuvo las distancias. Hasta que una noche se encontró sentado al lado de la esposa del embajador austríaco, una dama de unos cincuenta años, en la cena que seguía a un concierto de Beethoven. Su primera charla fue decepcionantemente convencional, casi intrascendente.

—Me llamo Margarete —le dijo ella con una inclinación de cabeza. Él advirtió que la mujer poseía un rostro inteligente, atractivo.

—¿Es aficionada a la música? —preguntó él en tono cortés.

—¡Cómo no voy a serlo! Me educé en Salzburgo, al lado de la casa de Mozart.

—Me temo que nosotros no podemos presumir de tan grandes compositores.

—Ah, pero Londres tiene muchas otras cosas que ofrecer. ¿No las echa de menos?

—En estos momentos Berlín me mantiene demasiado ocupado...

—No me cabe duda de que un joven apuesto como usted habrá dejado atrás varios corazones rotos que añoran su regreso.

El tono de la dama expresaba una calidez tan triste que Thomas se sintió cohibido y pasó a dedicar su atención al comensal que tenía sentado al otro lado. Pero en cuestión de minutos se volvió de nuevo hacia ella, con ganas de seguir hablando.

Margarete era una mujer segura de sí misma, una dama de mundo que hacía gala de un porte erguido y una elegancia sensual. En un inglés con fuerte acento alemán interrogó a Thomas sobre su vida en Londres y escuchó, algo incrédula, sus formales respuestas; sabía cómo hacer que un hombre se sintiera especial. Thomas esquivaba sus ojos, que no dejaron de perseguirlo hasta los postres, pero para entonces él ya había caído en la red de su calidez, y en el destello de deseo que brillaba en sus pupilas.

Empezó a relajarse, seguro ya de que la dama se había empeñado en seducirlo. Sus miradas expresaban un abanico de posibilidades, y por primera vez en su vida pensó en cómo sería abrazar a una mujer. Quería volver a verla. Quería tocarla; acariciar su plenitud, su madurez.

Sus caminos se cruzaban: cócteles en el Adlon, recepciones en la embajada. El embajador austríaco tenía en gran estima a aquel inglés joven y educado. En todas y cada una de esas ocasiones Margarete encontraba la manera de flirtear: ya fuera con sus ojos, con una leve presión de su mano sobrecargada de anillos o con el contoneo de sus caderas cuando se acercaba o alejaba de él.

Una noche, en los jardines de la embajada belga, hablaron a solas por primera vez.

—He pensado en ti, Thomas —dijo ella. Su semblante tenía una expresión tranquila, divertida.

—Yo pienso en ti a todas horas —dijo él, con ojos que destilaban deseo. Ella lo miró con afecto y le dijo dónde y cuándo podían encontrarse.

Con un ramo de flores en las manos, él se presentó en la dirección que ella le había dado. Una sirvienta insulsa lo acompañó escaleras arriba, hasta una sala con un gran piano. Margarete le sirvió champán y lo condujo al dormitorio contiguo. A pesar de que ni siquiera era media tarde, corrieron las densas cortinas. La luz adquirió una tonalidad parda, con una grieta de sol que se colaba por el hueco entre las dos cortinas.

Ella lo miró a la cara y lo atrajo hacia sí. Interrumpieron el estrecho abrazo solo para besarse, y Thomas saboreó el deseo en la resbaladiza avidez de su lengua. Le desabrochó el vestido y el corsé, y contempló sus carnes desnudas. En ellas se apreciaban todas las marcas de la mediana edad —estrías, pechos caídos—, pero dichas imperfecciones solo sirvieron para aguzar su excitación. Ella lo arrastró a la cama y lo acarició con sus tibias manos. Él vio ternura en su semblante, y oyó su voz, ronca y reconfortante. Todos los años de internado, todas las noches en que había añorado a su madre, se desvanecieron en cuanto la penetró. En el momento cumbre, el gemido de placer de la dama fue el sonido más íntimo que él había oído en su vida.

Después hundió la cara en su pecho. Ella lo acarició y murmuró palabras tiernas en alemán. Él disfrutaba de ese tacto suave, pero incluso en el ardor de ese primer momento, una parte de él se mantuvo inalcanzable. Eso no era amor, y él lo sabía: era solo una liberación apasionada y transgresora.

Sin embargo, Margarete consiguió despertar su ternura: era un sentimiento nuevo y se regodeó en él.

La relación continuó durante seis meses. A él le encantaba verla en las fiestas, perfectamente ataviada, siempre maquillada con elegancia y vestida con un estilo encorsetado, y pensar en ella desnuda, con las piernas abiertas y los pechos caídos. Era un fetichismo que incluso llegó a parecerle insano: un anhelo especial por la vulgaridad femenina.

Pero todas esas inquietudes quedaron arrancadas de raíz cuando el marido de la dama fue destinado a Roma. En la despedida flotaban sentimientos contradictorios, porque la lujuria que había marcado sus primeros encuentros se había saciado ya y por ambas partes crecían ciertas reservas nunca formuladas en voz alta. Pero ella insistió en un último encuentro amoroso que los dejara con buen sabor de boca.

Thomas se sumergió en el recuerdo de Margarete y de aquellas tardes íntimas que pasaron juntos. El deseo incansable de ella por el esplendor de su juventud lo estremeció: pensó en la tristeza que la embargaría si lo viera atado a esa silla. Esperaba que la noticia de su invalidez no hubiera llegado a sus oídos; quería que alguien, en algún lugar, mantuviera un recuerdo intacto de él tal y como había sido. En esos momentos albergaba un profundo agradecimiento hacia aquel amor totalmente exento de crítica.

Recordó que le había enviado un telegrama para felicitarlo por su compromiso. Thomas se había planteado la posibilidad de invitarla a la boda, pero decidió no hacerlo, por respeto a Elizabeth y porque no quería que nada lo distrajera.

Hasta él llegó una súbita imagen del día de la boda, de Elizabeth con su vestido de seda color marfil caminando hacia el altar, de su semblante emocionado. Recordó cómo sus propios ojos se habían llenado de lágrimas al verla acercarse, tan feliz. Tras todos esos años de distancia emocional, al pronunciar sus votos había sentido una pulsión desconocida en su interior. Así que esto es el amor, había pensado. Por fin.

Y sin embargo a la boda le siguió una racha de mala suerte. Unas semanas más tarde, mientras viajaban por los lagos de Italia de luna de miel, les llegó un telegrama: el padre de Thomas había sufrido un infarto, estaba muerto.

Apenas había enterrado a su padre y regresado a Berlín con su nueva esposa cuando el estadista más brillante de la República, Gustav Stresemann, cayó fulminado por una angina de pecho y falleció poco después.

—Alemania ha perdido al único líder que evitaba que el país se precipitara hacia el abismo —anunció en tono pesaroso el embajador a todo su personal.

Tres semanas más tarde, el crac de Wall Street hundía al mundo en la depresión económica.

Los augurios nunca habían sido favorables a su matrimonio, pensó Thomas. Pero mientras apagaba la luz y dirigía la silla de ruedas hacia el dormitorio, intentó sobreponerse a esa sensación de desesperanza: se negaba a aceptar que su relación hubiera llegado a un punto muerto. Quizá, con la labor conjunta que llevaban a cabo

ahora, podrían volver a encontrarse... Quizá era solo cuestión de tiempo.

Cuando llegó a la cama se alegró de encontrar a Elizabeth ya dormida. Haría un nuevo intento de acercarse a ella por la mañana.

En noviembre se produjo una helada en Ashton, y antes de que algún miembro del personal pudiera impedirlo, los niños más intrépidos ya estaban patinando en sillas de mimbre sobre la gruesa capa de hielo que cubría el lago. Disfrutaron de un único día de gracia antes de que el lago helado fuera declarado lugar prohibido.

En cuanto las clases les dejaban un rato libre, los evacuados se dedicaban a deambular por el parque, ensuciándose las botas. Anna disfrutaba pisoteando las hojas, pero se preguntaba cuánto tiempo más duraría ese destierro.

En un extremo del campo de juegos se alzaba un roble sombrío que había recibido el impacto de un rayo, y cuyas ramas carbonizadas se elevaban hacia el cielo como si rezaran. Los chicos jugaban a pillar a menudo por esa zona, pero Anna no podía evitar cierta desazón siempre que contemplaba la forma inhóspita de aquel árbol: había algo en él que la dejaba en silencio... y que daba paso a una tremenda añoranza.

La siguiente carta que envió a su casa fue más triste que las otras.

Cuando Roberta la leyó, se planteó la posibilidad de ir a buscar a su hija y llevársela a casa, ahora que Londres aún seguía siendo un lugar seguro. Todas las noches escrutaba el cielo en busca de bombarderos y aguardaba esas apocalípticas incursiones aéreas, pero nada sucedía. El lechero repartía la leche, ella iba a trabajar, la BBC ponía música y, sin embargo, Londres vivía en alerta.

«Las bombas llegarán», advertían los periódicos. Roberta se decía una y otra vez que las cartas de su hija no denotaban exactamente infelicidad; por tanto, quizá fuera mejor dejarla donde estaba, decidió mientras planchaba la blusa para el día siguiente.

La echaba de menos todos los días. Pero tampoco podía negar que estaba empezando a disfrutar del sorprendente sabor que destilaba su nueva vida. Todo el mundo se encontraba ahora en un cruce de caminos, y ella tenía la sensación de que algo la aguardaba a la vuelta de la esquina. Roberta era de origen irlandés, de Galway, y a veces se preguntaba si esos cielos variables propios de la costa occidental no le habrían dado un ramalazo de clarividencia, ya que podía presentir ciertas cosas: se le daba bien captar los pensamientos y ánimos ajenos. Se entendía bien con los extraños porque adivinaba lo que pensaban, lo que sentían. Su vitalidad era tal, y tan contagiosa, que habría podido convencer a sus amigos de que bajaran a bailar a la calle si se le hubiera antojado.

Había llegado a Fulham siendo una niña, cuando su madre viuda, Iris, encontró trabajo como doncella en un caserón de Chelsea. Iris se ocupó de inculcar a su hija cosas como aplomo y alegría de vivir, y Roberta la acompañó más de una vez a pulir los suelos de *parquet* de la casa familiar que los Wyndham tenían en los Boltons.

Le encantaba esa mansión. Los grandes ventanales de guillotina se abrían a medio acre de jardines plagados de rosas y las inmensas estancias donde se celebraban las fiestas poseían la brillante solidez que les conferían los cuadros y muebles antiguos. Fue allí donde Roberta aprendió a apreciar las cosas buenas. Se preocupaba de tener siempre las uñas limpias, el cabello reluciente y los zapatos enlustrados. Cuando se cruzaba con algún invitado, notaba que este la miraba con aprobación. Poseía una elegancia innata.

Con veintidós años encontró un empleo en una pequeña empresa familiar de Fulham Broadway dedicada al negocio de la restauración de muebles. Tenía buenas manos, y la experiencia con su madre en los Boltons le había dado buen gusto para las antigüedades. El dueño no tardó en percatarse de sus espontáneas habilidades sociales y Roberta fue rápidamente ascendida al trato con clientes. Iba a las casas y los asesoraba en las obras. En los casos en que el trabajo podía hacerse *in situ*, ella acudía a reemplazar fragmentos de chapa o piel de antiguos escritorios y mesas, y trabajaba a solas en cuartos de techos altos rodeada de antigüedades frágiles de gran valor.

Lewis, el hijo del dueño, le echó el ojo desde la primera semana. Se sentía atraído por la seguridad que emanaba de esa chica de paso firme, que no se arredraba ante nada, tenía estilo y adoraba bailar. La llevó a tantos bailes como ella quiso y bailaron hasta no poder más. Un día Roberta lo miró a los ojos y en ellos leyó una inconfundible devoción: él era lo bastante romántico para arriesgarse al rechazo.

Esa confianza emocional la ganó. Se casaron, y poco después llegó su hija, Anna. Roberta sufrió una grave hemorragia durante el parto y se le advirtió que un nuevo embarazo podría poner en peligro su vida. Pero no les importó: ambos estaban encantados con su niña.

Se instalaron en una casita adosada de Fulham, e Iris les regaló su adorado y viejo piano. Anna se convirtió en el centro de las esperanzas de Roberta: alguien a quien transmitir su ánimo y su entusiasmo. Le enseñó a tocar el piano y bailó por la calle con ella. Es más, le enseñó a estar alegre: ese era el mayor talento de Roberta.

Pero ahora, sin Anna y sin Lewis, esa alegría no tenía público. Su vida laboral continuaba, pero parecía una actividad absurda. ¿Qué sentido tenía reparar muebles en casas que podían ser bombardeadas en cualquier momento?

Hasta entonces solo habían vivido falsas alarmas. Ni aviones, ni incursiones... Nada, excepto sacos de arena, calles vacías y maniobras aéreas. Noches como esa, de cortinas corridas y soledad. Roberta se acostó con las sábanas entre las piernas y pensó en su marido, en su pelo recién cortado y sus gestos mesurados. Sentía hacia él ternura, lealtad y amor familiar... pero poca pasión. Su cuerpo estaba en pleno florecimiento y ella no podía sofocar las ansias de una presencia nueva en su vida: la de un hombre apasionado, más fogoso que Lewis.

Por la mañana se encaminó a Regent's Park, donde la esperaban para que restaurara una mesa en una de sus mansiones. Llegó a las columnatas del Outer

Circle; bajo el cielo encapotado las casas despedían un hechizador brillo de marfil.

Llamó al timbre y un ama de llaves de mirada altiva la guio hasta el estudio. Allí estaba la mesa: nogal con marquetería de bronce. Los años de luz solar que se derramaba por los ventanales habían combado un poco la madera, y los detalles de bronce habían saltado de las estrías. También faltaba chapa en algunos bordes. Roberta puso manos a la obra con su caja de herramientas: alicates, cola y piezas de madera de varios tamaños y colores.

Esa inmensa mansión se percibía desierta. Sin más sonido que el tictac del reloj y de algún coche que circulaba por las inmediaciones, Roberta admiró la vista de Regent's Park: el quiosco, los parques vacíos, los árboles que no podían ofrecer su sombra a nadie. El lago, bruñido como un espejo, inmóvil y desapasionado. Sintió la comezón de la lejanía, como si todo estuviera lejos, como si no tuviera nada: ni marido, ni hija, ni vida propia.

Estoy demasiado sola, se dijo. Terminó su trabajo tan deprisa como pudo, deseosa de salir de aquella casa que la oprimía con su silencio. Ya en la calle, evitó cruzar por el parque porque sin niños le resultaba demasiado melancólico y en su lugar bajó por Park Crescent hacia Oxford Circus.

—Roberta...

Se volvió y se encontró con Martha Cox, una antigua conocida de cuando ella y Lewis eran novios y frecuentaban las salas de baile.

—Trabajo aquí en la esquina, en la BBC... Ese edificio que parece un transatlántico —le explicó Martha.

—¿Y qué haces allí?

—Ordeno los archivos de música: los discos se caen de los estantes. Oye, ¿por qué no te unes a nosotras? Una chica acaba de dejar el trabajo para irse a los Wrens.

Al oír a Martha, Roberta se ilusionó al instante ante la posibilidad de hacer algo distinto: algo relacionado, por tenue que fuera esa relación, con los esfuerzos bélicos. Restaurar mesas en casas vacías le pareció de repente menos útil que escoger discos para que los oyera una nación que necesitaba consuelo para soportar esos malos tiempos.

Cogidas del brazo, las dos mujeres se encaminaron al mostrador de recepción, donde Roberta concertó una entrevista.

Esperaba que su suegro lo entendiera; al fin y al cabo, la empresa no estaba tampoco en su mejor momento. Y, aunque apenas se permitía reconocerlo, ella tenía sus propias necesidades. Parte de ella deseaba un cambio, y se dijo que no encontraría mejor ocasión que esta. Con el paso de los días, sus anhelos románticos también se iban haciendo más intensos. Le costaba no mirar a la cara a todo hombre con el que se cruzaba, por si alguno le devolvía la mirada. No quería poner en peligro su matrimonio ni su hogar, pero si veía de reojo a algún desconocido con aspecto interesante no podía evitar pensar en cómo sería ser admirada por ojos nuevos, ser amada por alguien distinto.

En la siguiente carta que recibió de su madre, Anna se enteró de su nuevo trabajo de guerra, un empleo en la BBC que la tenía muy ocupada. «Así que de momento no podré ir a verte. Pero me alegró mucho leer tu última carta, querida. Se te nota tan feliz en Ashton Park...».

Anna se sintió desilusionada: ardía en deseos de ver a su madre... Y ahora el único futuro que tenía en perspectiva era una sucesión de clases sin fin.

Tal vez fuera esta decepción lo que la puso de humor para travesuras cuando llegó el fin de semana. Se unió a Billy y a Euan, dos chicos que siempre andaban metidos en líos, y estos la convencieron de que fuera a deslizarse por la escalera con ellos. Primero se colaron en la cocina en busca de bandejas de latón, y luego las llevaron al principio de la escalera del estudio de arte, que estaba forrada con una vieja moqueta verde.

Billy fue el primero en bajar. Anna lo vio descender escaleras abajo, chocar de lado contra la pared y luego salir despedido de la bandeja.

—¡Es fantástico! —gritó él, volviendo a subir para repetir la hazaña.

—Me toca a mí —dijo Anna. Se cruzó de brazos y cerró los ojos. La bajada fue rápida, inestable y algo terrorífica. Se levantó tambaleándose. Pero había caído bien, y los chicos la aplaudieron cuando se incorporó.

Los tres se turnaron, los descensos eran cada vez más veloces. A Euan, que era más bien poco hablador, le dio por gritar a pleno pulmón mientras bajaba, y fueron esos aullidos los que atrajeron a la señorita Harrison a los pies de la escalera.

—¡Vais a parar ya...! —Estaba furiosa, tenía el rostro contraído y sus ojos parpadeaban más que nunca. Les endosó una buena reprimenda sobre los peligros de esos juegos, sobre piernas y cuellos rotos, y luego los envió al despacho para que recibieran su castigo.

Anna y los chicos la siguieron cabizbajos, con miedo a lo que vendría. Pero tuvieron suerte: era el día libre del señor Stewart, así que en su lugar tuvieron que ir al despacho del señor Ashton.

Cuando entraron en la habitación, él estaba sentado detrás de la mesa. Se desplazó para dirigirse a ellos, mirándolos fijamente mientras ellos seguían cabizbajos. La falta de expresión los puso nerviosos: Anna no sabía si estaba muy enojado o no.

—Por lo que tengo entendido, habéis estado jugando... a algo muy peligroso.

—Sí, señor. Lo sentimos mucho —dijo Billy, asumiendo la culpa.

El señor Ashton hizo una pausa.

—Debo reconocer que a la idea no le falta ingenio —dijo él, desviando la mirada. Pero luego la posó en ellos, los miró a la cara uno tras otro, paralizándolos con sus ojos—. Pero me entristecería mucho que alguno de vosotros se hiciera daño. Debéis

aprender a tener más cuidado... Podrías haberos partido la crisma. Quiero que me prometáis que no volveréis a hacer nada parecido, por vuestro propio bien.

Anna exhaló el aire de golpe: no estaba enfadado, solo preocupado.

—Lo prometemos, señor —repuso ella. Thomas asintió al oírla.

—¿Eso es lo que le pasó a usted, señor? —La pregunta de Euan resonó de una forma tan imprevista que Anna apenas pudo creer que lo hubiera dicho—. Me refiero a... ¿fue un accidente, señor? —prosiguió, esforzándose por encontrar las palabras y señalando la silla de ruedas.

—No. No, no sufrí ningún accidente —dijo Thomas, levemente molesto—. Me puse enfermo durante unas vacaciones. Simple mala suerte. Me temo que esas cosas también pasan —añadió con un atisbo de sonrisa.

Nadie dijo nada.

—Podéis iros, pero hacedme el favor de ser más prudentes de ahora en adelante —dijo Thomas, y los niños se volvieron hacia la salida.

Mientras cerraba la puerta, Anna suspiró, aliviada por la falta de castigo; sin embargo, las palabras del señor Ashton la persiguieron durante un buen rato. ¿Una enfermedad? ¿Durante unas vacaciones?

Thomas tampoco pudo olvidar fácilmente la pregunta del chico.

—Uno de los niños me ha preguntado por la silla de ruedas —le confesó a Elizabeth a la hora de la cena.

—¡Qué descarado! ¿Se ha mostrado grosero?

—No, simplemente curioso.

—¿Y qué le has dicho?

Él tardó unos instantes en contestar.

—Me limité a decir que me había puesto enfermo durante unas vacaciones.

Elizabeth notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y acarició la mano de Thomas.

—Tranquila, querida —dijo él, y por un momento se estableció entre ellos una corriente de comprensión.

Hacía ya algún tiempo que el tema de la invalidez de Thomas no surgía en sus conversaciones, pero ninguno de los dos olvidaría nunca aquel viaje a Brujas, en el verano de 1931.

Todo había empezado como un regalo para Elizabeth. Thomas había pasado por una temporada de mucho trabajo y quiso compensar a su esposa con unas vacaciones en el extranjero.

Habían llegado a Brujas la última semana de agosto, y la ciudad ardía bajo un calor abrasador. Las callejuelas pintorescas eran estrechas, cerradas, adoquinadas, con sorprendentes agujas que se elevaban desde recónditos callejones. Habían accedido al interior de las famosas iglesias a través de pesadas y altas puertas, y se habían maravillado de la amplitud de unos edificios que parecían tan compactos desde fuera: interiores muy altos, de piedra, brillantes y abovedados, bañados por la blanquecina luz del norte que se derramaba sobre las columnas labradas y los pulidos suelos. Los ruidos quedaban amortiguados, y el lugar poseía un aire solemne que sosegaba el espíritu.

«Qué hermosa es», se repetía Thomas al contemplar a Elizabeth bajo la elegante luz de la iglesia que realzaba el brillo cobrizo de sus cabellos; su rostro de marfil le parecía una delicada obra de arte medieval.

Después caminaron por las estrechas y bochornosas calles, repletas de visitantes. El aire cargado traía consigo amenazas de tormentas.

Dieron un paseo en barca para refrescarse, pero los canales apestaban y estaban infestados de mosquitos, con lo que no sintieron alivio alguno. Thomas notó por primera vez una irritación en la garganta mientras sumergía la mano en esas aguas: nada serio, solo un leve escozor.

El segundo día se refugiaron del calor en las galerías de arte. Pasaron horas

contemplando los exquisitos tonos azulados de la obra de Hans Memlinc, Madonnas serenas sobre un fondo campestre y feudal. Los cuadros eran tan ricos en detalles, tan nítidos, que acababan sumiendo a los observadores en un estado casi de ensueño. Los extraños matices azules causaron en Thomas una fuerte impresión, y su mente empezó a divagar, a sumergirse en un mundo submarino de colores, líneas y texturas. Pensó que podía palpar los pliegues de las túnicas de las Madonnas. Mientras caminaba por los fríos suelos de piedra del museo, sus pasos le parecían campanas lejanas que repicaban en su cabeza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Elizabeth.

—Creo que me he resfriado —dijo él con un carraspeo.

Por la noche la garganta le dolía a rabiar y al amanecer deliraba de fiebre. El médico lo visitó en la habitación del hotel: la expresión de su rostro no presagiaba nada bueno.

—Es polio —le confirmó a Elizabeth—. Hay una epidemia en la ciudad en estos días. No deben beber agua.

¿Por qué no nos lo advirtió nadie?, pensó Elizabeth mientras Thomas se hundía cada vez más en el delirio febril.

Lo llevaron al hospital de la ciudad. Durante dos días Thomas se mantuvo semiinconsciente, incontinente y alimentado por vía nasal. Luchó por vivir como un pez fuera del agua, hasta que los médicos tuvieron que hacerle una punción en la garganta para introducirle oxígeno.

Elizabeth estaba histérica: veía a su apuesto marido indefenso, pálido y drenado, tan débil que la muerte parecía inminente. Un chico ingresado dos camas más allá falleció, sus pulmones sucumbieron al ataque del virus.

No se separó de la cama de Thomas ni de noche ni de día. Con su limitado francés interrogó a los médicos una y otra vez, exigente y apasionada. No es un simple inglés, intentaba explicar, es Thomas Ashton, diplomático y heredero de una gran fortuna. *Ce n'est pas possible de faire quelque chose?*

Una semana después, los progresos habían sido nulos. Era posible obtener mejores cuidados en Bruselas, pero los hospitales estaban llenos. Elizabeth ardía en deseos de trasladarlo a Inglaterra y los belgas no hicieron nada por detenerla.

Thomas no se enteró de nada: tendido en un avión, con una máscara de oxígeno que le cubría la cara, se debatía entre la vida y la muerte. Notaba el murmullo del motor atravesando su cuerpo inmóvil, debilitado, cada vez más cerca del final. Elizabeth contempló los paisajes de Kent y Surrey que se extendían a sus pies como si fueran un pueblecito de juguete; le zumbaban tanto los oídos que tuvo que cerrar los ojos y replegarse en sí misma, hasta que Thomas fue solo un cuerpo acostado a su lado. Ella notó cómo su corazón se iba cerrando al dolor.

En el hospital de St. Thomas, las enfermeras se apresuraron a acostar a Thomas dentro de un artilugio con aspecto de sarcófago que recordaba a los instrumentos de tortura.

—Esta máquina forzará el movimiento de sus pulmones —explicó el médico— y respirará de forma mecánica. Ahora debería estar fuera de peligro.

Thomas pasó cinco meses en aquel pulmón de acero, al borde de la muerte. Elizabeth era una figura fija en el pabellón de polio, al igual que lo eran Norton y la madre de Thomas. Todos instaban a Thomas a que viviera, pero en privado temían las consecuencias de la enfermedad. Apenas podían verlo, ya que estaba prácticamente encerrado en la máquina. Pero las enfermeras que lo aseaban con una esponja iban viendo cómo se deterioraba ese cuerpo hasta que sus extremidades no eran ya más que palillos, con leves protuberancias en codos y rodillas.

Atrapado en el interior del pulmón de acero, Thomas se sentía como si lo hubieran dejado a merced de una tormenta eterna. A veces perdía la noción de su cuerpo, como si se precipitara desde sí mismo hacia un abismo sin fin. Sin embargo, el menor roce en su piel le causaba un intenso dolor, como si todo su cuerpo estuviera en carne viva. Su alma se mantuvo mientras el virus arrasaba su cuerpo con la fuerza de un incendio, reduciendo a cenizas nervios y músculos.

El mero hecho de tomar aliento y expulsarlo de sus pulmones por sí solo era ya una gesta aterradora. Cada vez que lo sacaban del pulmón de acero para asearlo o darle de comer, lo invadía el pánico, le faltaba el aire.

El sonido rítmico de la bomba de aire lo mantenía aislado de todo. Su entorno existía en forma de eco débil, como quien intenta distinguir algo al otro lado de una ventana lejana. Se sumergió en un mundo propio de visiones y sueños. Tenía la sensación de que su hermana estaba a menudo a su lado, y juntos levantaban la vista hacia los rayos de sol que se filtraban por las ramas de los árboles de Ashton Park. Flotaba un fuerte olor a ajo silvestre. Algunas veces se hallaba con sus hermanos, en las trincheras, arrastrándose sobre el lodo y los cadáveres, antes de que Claudia lo llevara a los bosques de Ashton cogido de la mano. Otras, cuando abría los ojos, veía el semblante envejecido de su madre que lo contemplaba con los ojos fijos en él, mientras su padre se mantenía detrás de ella. En esos momentos no sabía si estaba vivo o muerto.

A menudo lo único que notaba era el latido de su propio pulso. La sangre latía por su cuerpo: estaba histérico, sudoroso, como quien corre por llanuras llenas de grietas insondables. La arena le hacía perder velocidad hasta que ya no podía mover las piernas, hasta que se derrumbaba exhausto. Su madre y su padre, sus hermanos, su hermana, todos caían con él.

En los mejores días se sumergía en un olvido sereno, como si le hubieran abandonado en un presente eterno. Esa luz poseía una cualidad especial —cantaba— y su alma parecía flotar como si fuera una esfera. Esos momentos en que salía de su cuerpo eran gloriosos, eufóricos. Veía como una esfera. Esa luz guardaba alguna relación con el amor, con las caras de los seres queridos, con el sol matutino que lo despertaba cuando era niño, con las vacaciones estivales, y con el gris plateado de Oxford. Recuerdos simultáneos que se unían en un todo familiar y acogedor.

A los seis meses empezó a salir de la tormenta. Lo sacaron del pulmón de acero y empezó a respirar por sí solo. Las enfermeras lo trasladaron al pabellón de convalecientes, donde le asignaron una mullida cama. Recuperó la claridad de ideas y lo sentaron en la cama. Se esforzó por mostrarse irónico y comunicativo, aunque el cuerpo acusaba los estragos de la enfermedad y le Saqueaban las fuerzas.

Ahora que había recobrado la capacidad de respirar, Thomas tenía la sensación de que podía conseguir cualquier cosa. Se convenció de que con el tiempo recuperaría las fuerzas y podría volver a ponerse de pie.

El pabellón para convalecientes estaba pintado en tono *eau-de-nil*. A veces, al despertar, el brillo del sol teñía la habitación de blanco; otras, las sombras se apoderaban de las paredes y las teñían de un exquisito color turquesa, como los muros de una piscina. Las pálidas cortinas se agitaban por el viento produciendo leves pero insistentes sonidos, mientras que los ruidos procedentes del exterior —las sirenas de los transbordadores, los coches lejanos, el traqueteo de los trenes sobre el puente de Charing Cross— se colaban en su conciencia como si formaran parte de un sueño. Por la ventana sentía la presencia del Támesis, las lentas exhalaciones de la marea.

En cierto sentido fue una época de tranquilidad. Los médicos ya habían advertido a Elizabeth hacía tiempo que era improbable que Thomas volviera a andar, pero nadie le había dado la noticia a él. Pero cuando empezó a recobrar las expectativas, el dolor y la pena de su nueva condición hicieron mella en él. Parte de sus músculos habían quedado reducidos a la nada: apenas podía mover las piernas, ni sentía el menor atisbo de fuerza en sus extremidades.

Finalmente se encaró con el médico.

—¿Cree que me recuperaré totalmente?

El doctor no contestó enseguida.

—¿Se refiere a si volverá a caminar? Es pronto para saberlo.

—¿Me quedará inválido para siempre? Necesito saber...

—Me temo que aún no hay nada seguro. —El médico desvió la mirada—. Algunos grupos de nervios han quedado afectados por el virus de la polio. Solo el tiempo dirá qué músculos pueden volver a funcionar... y cuáles se han perdido.

Empezaron unos largos meses de recuperación. Todos los días un fisioterapeuta estiraba sus extremidades adormecidas, intentando deshacer los tensos nudos. Le dolía todo el cuerpo: los huesos, los músculos, los nervios. Thomas intuyó enseguida que podría volver a usar los brazos y las manos. Pero los músculos que necesitaba para ponerse de pie, y para caminar o correr, habían quedado deteriorados para siempre.

Nunca podría volver a andar.

El hecho no le afectaba demasiado cuando estaba en el hospital, rodeado de docenas de personas en su misma condición, pero en cuanto aparecía una visita, no podía evitar una oleada de vergüenza y de humillación por su deterioro físico.

Aquella sonrisa tan propia de él nunca había parecido tan impostada, tan desesperadamente irónica.

Una enfermera de otro centro sacó un molde de escayola de su espalda y regresó varias semanas después con un corsé ortopédico de piel. Con él puesto, se sentó en la silla de ruedas. El corsé le daba apoyo y le confería una postura extrañamente erguida. Cuando Norton fue a visitarlo y vio a Thomas mirando por la ventana, se le encogió el corazón. Ahí estaba su amigo, rígidamente sentado en la silla de ruedas, con el cabello recién cortado y bien peinado, y las piernas muertas e inútiles. Thomas tenía un aspecto digno, valiente, y a la vez tremendamente mutilado.

Thomas conservaba la esperanza de poder andar con la ayuda de soportes ortopédicos y, en contra del consejo de sus médicos, intentó en muchas ocasiones avanzar entre las barras paralelas del hospital, pero le faltaba la fuerza necesaria para darse impulso, incluso con ayuda de muletas. Por fin se rindió a la silla de ruedas.

Al principio, en el hospital, se había sentido eufórico solo por estar vivo. «Un soplo de vida es mejor que nada», se repetía a sí mismo. Compensaba su mala suerte con todas las desgracias que asolaban el mundo y fue haciendo acopio de esperanza. Pero poco a poco, el horror por su estado empezó a sobrecogerlo: era un tullido condenado a vivir en una silla de ruedas. Cuando la enfermera le cambiaba las sábanas y él miraba hacia sus extremidades inferiores, la visión de las prominentes articulaciones de sus rodillas sobre los demacrados muslos y pantorrillas le parecía repulsiva.

También cargaba con otra idea, sorda y apenas expresada: la de que todo eso era el precio que debía pagar por haber sobrevivido a la guerra que se había llevado a sus hermanos. Su expiación.

Le dieron el alta diez meses después de las malogradas vacaciones en Brujas: salía por fin del hospital, dejaba atrás a aquellas pacientes enfermeras que habían respetado su talante reservado. Y se enfrentaba con aprensión al retorno a su vida conyugal.

La tarde antes del regreso de su marido, Elizabeth revisó el estado de la casa de Regent's Park. Había pedido que se dispusieran muchos ramos de flores para celebrar su regreso, alegres jarrones con tulipanes y rosas amarillas. También había sacado del estudio una fotografía de Thomas con el equipo de atletismo de Oxford.

Los meses de Thomas en el hospital habían sido igualmente terribles para ella, y poco a poco había notado cómo su corazón se iba alejando de él. En ocasiones se había hundido por el temor a que muriera, pero ahora, en cambio, volvía a casa como un hombre distinto. Había pasado muchas noches llorando por él. Pero también lloraba por sí misma, por la muerte de su propia felicidad, a pesar de que ese egoísmo la avergonzaba profundamente. Ella había unido su vida a la de Thomas, y a partir de ahora sus esperanzas mutuas estaban en peligro. Incluso en los momentos más gloriosos, la silla de ruedas seguiría ahí.

Thomas salió del hospital un precioso día del mes de junio. Esperaba a su esposa

en el vestíbulo, vestido con un batín nuevo que le cubría las piernas. Elizabeth llegó con el coche más espacioso y Thomas fue colocado en el asiento trasero por Carter, un fuerte y joven chófer que había sido contratado como su asistente personal.

El coche se dirigió a la casa, en Sussex Place, y su madre salió a recibirlo, acompañada por el mayordomo, Ropner. Incluso los criados sentían aprensión ante la idea de ver a Thomas por vez primera en su nuevo estado.

—Hola, Ropner. Me alegro de verte.

—Es un placer tenerlo en casa, señor.

Thomas se sentía miserable y avergonzado, pero sonrió con educación y recurrió a su cortesía innata para facilitarles el trance. Carter lo ayudó a bajar del coche, lo sentó en la silla y lo subió por la escalera.

En cuanto entraron, Thomas se desplazó por la planta baja; se detuvo a admirar el ascensor nuevo que Elizabeth había hecho instalar. En él subieron hasta el estudio, donde Thomas dio sus más efusivas gracias a la señora Bruton, el ama de llaves, por el espléndido ramo de tulipanes que adornaba la mesa de palo de rosa.

—Ha sido idea de la señora Ashton, señor.

—Vaya... gracias, Elizabeth. Y esa siempre ha sido mi mesa favorita —añadió, buscando desesperadamente algo que decir.

Al otro lado de las ventanas le aguardaba un paisaje familiar, el lago y el quiosco de Regent's Park. Algunos brotes tardíos aún decoraban los árboles y los cisnes se deslizaban por el agua.

—¿Ha sido un buen año para las flores?

—Como todos...

—Veo que los cisnes negros siguen ahí.

—Sí, este año hay dos.

Él sonreía y hablaba en tono amistoso con Elizabeth y con su madre, aunque se sentía absolutamente alejado de ambas. Se retiró a leer el periódico mientras se ocupaban de deshacer su mínimo equipaje.

Más tarde, bajar a comer fue toda una aventura. ¿Y luego qué?, se preguntó.

Dijo que le apetecía salir, y Elizabeth lo acompañó a disfrutar del esplendoroso verano del parque. Pero Thomas aún recordaba cómo esa primera salida en silla de ruedas no había tardado en convertirse en una dura prueba. Mientras su mujer empujaba la silla a través de los jardines que bordeaban el lago, él notaba la mirada curiosa de los extraños y la compasión que destilaban sus ojos. Aunque iba muy erguido y charlaba amablemente con Elizabeth, en su interior se sentía humillado hasta la médula.

Recordaba que se había obligado a mantener una máscara de buen humor, a no dejarse llevar por la melancolía o el silencio. Pero incluso estar sentado en la silla le resultaba incómodo, porque tenía que girar los hombros para hablar con Elizabeth o dirigir la mirada hacia delante y hablar en una voz falsamente alta, como un idiota. Además, notaba que a ella le costaba empujar la silla y eso ofendía a su

caballerosidad innata.

Después, terminada la cena, le asaltó el terror del dormitorio. Un feroz pudor invadió a Thomas: no soportaba que su esposa viera el corsé ortopédico, ni sus piernas atrofiadas. Carter lo ayudó a bañarse, lo que fue humillante, pero no tanto como lo habrían sido las castrantes atenciones de una esposa. Luego se metió en la cama por sí mismo. Elizabeth, que estaba en el vestidor, no tardó en acostarse a su lado.

El suyo era un matrimonio que se había basado en la belleza mutua, y por ello Thomas temía cualquier muestra de intimidad física. Y en cuanto a Elizabeth, no podía evitar la aprensión ante la idea de ver esas extremidades atrofiadas. En sus visitas al hospital él siempre había estado tapado o vestido, y ahora la aterraba ver su cuerpo desnudo y su propia reacción. Se repetía que aún amaba a Thomas, pero se le encogía el corazón al pensar en su nueva vida juntos. Y había renunciado a la idea de tener hijos.

Pero Thomas sabía que no era impotente. En la tercera noche, al amparo de la oscuridad, él se giró hacia su esposa y la acarició hasta disolver sus mutuos pudores. Entonces ella lo agarró con fuerza por los hombros y gritó cuando él la penetró. Después, abrazados en la cama, ambos se sintieron aliviados de haber superado esa sensación de torpeza.

A la mañana siguiente él dejó que su esposa lo vistiera. Con solo ver sus piernas, todos los miedos de Elizabeth se desvanecieron. Eran las mismas, aunque más delgadas, más flojas. No había en ellas nada particularmente desagradable o extraño, nada que temer. Se rieron, y ella le acarició los muslos con afecto.

A partir de ese momento Thomas intentó reemprender su vida. Durante el verano de 1932 se esforzó por recuperar la fuerza a través de cualquier ejercicio imaginable. Un fisioterapeuta lo visitaba tres veces por semana para estirar y masajear sus músculos. A solas en su estudio, Thomas pasaba horas apretando una pelota de goma para fortalecer las manos.

Por último, emprendió el viaje que había pospuesto durante demasiado tiempo: el regreso en tren a Ashton Park, donde les habían preparado unos nuevos aposentos en la planta baja.

Carter los llevó por la larga avenida que conducía a la casa y subió a Thomas en su silla por la escalera que conducía al Marble Hall. Las ruedas crujían en el suelo de madera y todas las estancias parecían tener una altura inusual desde su nueva postura. Le habría gustado subir a admirar la vista desde su antiguo dormitorio, como solía hacer, pero no quiso causar molestias.

Se percató de lo separado que se hallaba de su propio pasado.

Pasó muchas semanas recuperándose en Ashton, esforzándose de nuevo por atender a los granjeros que tenían arrendadas sus tierras y por cumplir con las otras obligaciones que exigía la finca.

Para ejercitar las manos y los brazos, a menudo dedicaba las mañanas a tocar el

piano en el salón. La música también le servía de excusa para estar solo. Anhelaba la soledad, y a la vez la temía. Había muchas horas vacías en que estaba a solas con sus pensamientos, intentando abrazar esa nueva vida en silla de ruedas.

A veces llegaba al final del día asumiendo su estado con resignación. Pero a la mañana siguiente despertaba de nuevo en el último peldaño de la escalera, desesperado, y tenía que lidiar todo el día con la repulsión que le provocaba su nueva vida.

Fue encerrándose en sí mismo. A pesar de la apariencia equilibrada que le conferían sus modales, se alejaba del mundo. Intentó mantenerse abierto para Elizabeth, pero en la calidez de su trato mutuo había cada vez más fingimiento.

¿Habían alcanzado alguna vez esa complicidad casera, continua y tácita entre cónyuges, que no necesita palabras? Si era así, no la sentía en esos momentos. Ambos bloqueaban al otro, a pesar de las sonrisas y de las leves caricias que se dedicaban cuando se cruzaban.

Thomas respiraba tranquilo cuando se encerraba a solas en su estudio. Allí podía encontrar su propio nivel: a base de concentración podía amortiguar el dolor y la pena. Recordaba haber abierto de nuevo los clásicos y haber leído las *Meditaciones* de Marco Aurelio:

La vida del hombre pasa en un instante, su carne es huidiza; su comprensión, turbia; su cuerpo, pasto de gusanos; su alma, un torbellino; su destino, desconocido; su reputación, inestable... ¿Qué puede convertirse en guía del hombre? Una cosa y solo una: la filosofía. Ser filósofo significa mantener el espíritu interior divino libre de reproches y de heridas, más allá del placer y del dolor...

«El espíritu divino». Thomas siempre se había enorgullecido en secreto de sus solitarias epifanías de júbilo, de esos momentos en que todo parecía conectado. Desde las delicadas venas de los nomeolvides a las constelaciones celestes, todo le parecía seguir un modelo, unirse en una única alma en una difusa sensación que casi rozaba la infinitud. Pero ya nada suscitaba esas elevadas emociones. Todas esas ideas vagas de la naturaleza no eran para él más que ilusiones nacidas de la juventud y la salud.

Podía pasar horas solo, ajeno e inmovible, mientras las sombras se apoderaban del estudio. Los criados no se atrevían a molestarlo. Al final era Elizabeth quien entraba y encendía la luz, e intentaba animarlo con las trivialidades del día.

Intentó estabilizarse ayudándose de conceptos como ritual y orden, con plegarias al Dios al que había rezado de niño en la capilla del colegio. Pero cuando intentaba oír la voz de Dios, lo único que le llegaba era el eco subjetivo de su mente, que lo replegaba más aún en sí mismo.

Bebió más para sentir menos, aunque la bebida le impedía dormir. Las luces seguían encendidas en su cabeza, despertándole con destellos brillantes. Durante un tiempo las traducciones del griego o del latín fueron lo único que lo ayudó a mantener la cordura. El emparejamiento consciente de palabras y significado lo reconectaba con su mente. Pero incluso cuando sostenía una pluma para escribir, notaba la dislocación entre su alma y su cuerpo. A veces sus nervios, que aún acusaban el golpe recibido, se sobrecargaban de expectativas, su cuerpo ardía con un exceso de vigilia y los dedos le temblaban ante la más mínima sensación. Incluso contemplar el cielo parecía a veces peligroso, como si este pudiera quebrarse, o caer, o ser absorbido por su mente.

Al mismo tiempo, era consciente de que se alejaba de Elizabeth: de que iba cerrándose a sus gestos de afecto y cariño. Cuando hacían el amor, al abrigo de la oscuridad, era de un modo maquinal, evitando mirarse a los ojos. El disgusto que sentía hacia sí mismo envenenaba cualquier cariño que pudiera existir entre ellos; lo sabía, pero no podía hacer nada por superarlo. Ya no podía mirarla como es debido, ni siquiera a la luz del sol.

Al final su único recurso fue pensar que esa época de oscuridad acabaría algún día. Esperar a que llegara la esperanza. Tocaba el piano todos los días, dejándose mecer por los ordenados preludios y fugas de Bach. Poco a poco empezó a respirar más hondo, a salir más a tomar el aire... hasta que por fin la devastadora oleada de desesperación fue retrocediendo, dejando atrás solo el dolor sordo de la resignación.

En noviembre de 1932 saltó la noticia de la elección de Roosevelt, un hombre que había sufrido un severo ataque de polio una década atrás, como presidente de los Estados Unidos de América. Su ejemplo dio alas a las esperanzas de Elizabeth de que algún día Thomas recuperaría su energía y su chispa. Pasado el epílogo de depresión que siguió a su enfermedad, empezaron a hablar de su vuelta al trabajo.

Regresaron a Sussex Place y Thomas fue a visitar a sus colegas de Whitehall, decidido a demostrar que ya estaba bien. Unas semanas después acudió al Ministerio de Asuntos Exteriores por primera vez en la silla de ruedas. En esa primera jornada Norton se tomó la molestia de conducirlo hasta su despacho del Departamento Central.

A Thomas le resultó raro sentarse a la mesa de trabajo sin necesitar silla. Los asuntos de Europa habían sufrido un cambio drástico desde que él se sumergió en el pulmón de acero. Adolf Hitler, antaño un agitador de la política callejera de poca monta, estaba a punto de convertirse en el canciller del Reich alemán.

—Es una suerte que no estemos ya en Berlín —comentó a Elizabeth durante la cena.

—Nos marchamos en el momento preciso —concedió ella, que, como Thomas, buscaba algún motivo para sentirse afortunada.

Desde entonces habían sido muy prudentes el uno con el otro. La muerte del deseo no se mencionó nunca.

El marido de Roberta estaba destinado en el norte de África, cerca de El Cairo, y ella le escribió para contarle lo de su nuevo empleo. No mencionó que pondría música de baile porque le parecía demasiado frívolo. En su lugar, dio a entender que trabajaba en programas más serios, como las tertulias.

Lewis le respondió con irónicas descripciones de su inactividad bajo el atroz sol egipcio. «La mayor parte del tiempo escuchamos la BBC —escribió—, así que ahora podré imaginarte al otro lado de las emisiones: a través de las ondas, cruzando el mar, en Londres. Mándame un pensamiento por esas ondas, querida». Roberta se consoló pensando que al menos él estaba a salvo, lo que la absolvía de toda culpa por su nueva vida. Había empezado como ayudante en las oficinas de la BBC, haciendo todo tipo de tareas, desde archivar hasta medir los tiempos de las grabaciones con un cronómetro. Pero nadie pudo tomarse muchas molestias en enseñarle ya que todos los demás ayudantes andaban muy ocupados.

Tardó poco en acostumbrarse al ambiente diario de pánico controlado que reinaba en la Broadcasting House: todo el mundo corría de un lado a otro, entradas y salidas constantes; todos histéricos porque el espectáculo no debía parar.

—La continuidad es lo más importante —explicó el nuevo jefe de Roberta, un hombre con gafas que llevaba pajarita—. Nuestro primer deber hacia el público en estos momentos es mantener la programación sin interrupciones.

El programa en el que trabajaba ella se llamaba *Música en el trabajo*, y estaba pensado para levantar el ánimo de las legiones de obreros mientras desempeñaban sus tareas en las fábricas. Enseguida entendió que había ciertas reglas en relación con la música. Se consideraban «inadecuadas» las piezas de ritmo letárgico o con poca melodía, y los vales fueron tildados de soporíferos. La mayoría de los números estaban interpretados por la BBC Dance Orchestra, dirigida por Geraldo, y al poco tiempo Roberta se había convertido en la nueva ayudante de cronómetro de la sala de grabaciones del sótano.

Estaba encantada con todo este cambio de vida. Ante ella tenía a los músicos de la orquesta de Geraldo sentados en mangas de camisa; cuando el director daba un golpecito al atril para señalar un cambio en la música, docenas de hombres que parecían haber estado dormitando en sus sillas se ponían de repente tiesos como velas y tocaban estremecedoras síncopas.

Al cabo de una semana ya se sentía a sus anchas en la radio. Disfrutaba con la atmósfera contenida del lugar. El suelo le parecía la cubierta de un transatlántico, con ventanas como ojos de buey que daban al mundo exterior. Todos los sonidos quedaban extrañamente amortiguados, y siempre había un aroma a comida que subía

desde los pisos inferiores.

Hombres y mujeres de expresión solemne aparecían y desaparecían por los pasillos de linóleo, pero ella, Roberta, iba de una puerta a otra casi bailando, con la energía que da la felicidad. Subía y bajaba la escalera a toda prisa, disfrutando solo con el hecho de pertenecer a una institución que poseía unas escalinatas como aquellas. Le gustaba hasta la barandilla, y acariciaba su pulida superficie cuando se movía de un piso a otro.

La música sonaba por todas partes, agitándola como una sucesión de ráfagas. Las alegres trompetas y el tarareo de los saxofones la llenaban de ganas de bailar, y presentía que sobre su vida se cernía la posibilidad de encontrar un nuevo compañero. Uno de los cornetas de la orquesta de Geraldo no le quitaba los ojos de encima cuando cruzaba la sala. Tal vez sería él. Tal vez otro. De repente, estaba rodeada de muchos hombres.

A la salida del trabajo, libre de obligaciones familiares, Roberta se acostumbró a unirse a sus compañeros de trabajo de la BBC, que solían ir a tomar una copa a los cercanos bares de Fitzrovia. Allí bebía cerveza y contaba a la gente la historia de su vida, tal y como le apetecía hacerlo: a veces dejaba entrever un leve descontento en la relación con su marido, con indirectas ocasionales a que a su lado se sentía algo reprimida. Mentira o no, ella disfrutaba con esa posibilidad de reinventarse a sí misma.

Los *pubs* de Fitzrovia cerraban en un orden preciso, que ella no tardó en aprender. Después de la última ronda en el Wheatsheaf, todos se encaminaban al Duke of York. Roberta prefería el French, dirigido, como indicaba su nombre, por un francés que era célebre por su espléndido bigote. En todos los bares aparecían las mismas caras. Solo había que cruzarse tres veces con alguien para que se convirtiera en amigo.

La bebida y el tabaco, unidos a la variedad de caras nuevas, hicieron que Roberta adoptara un aire desenfadado. Intercambiaba miradas con muchos hombres: soldados de permiso, personal de la BBC, artistas, músicos. Y, sin embargo, ninguno de ellos le había llamado la atención de una forma especial, aunque no olvidaba al corneta de la orquesta de Geraldo, que seguía devorándola con la mirada siempre que acudía a un ensayo. Se había dado cuenta de que él se sentaba recto cuando ella estaba en la sala.

Trabajaba mucho todo el día, luego se divertía rodeada de extraños en los *pubs*, y regresaba a casa encantada, con la música aún zumbándole en los oídos. Pero no olvidaba a su marido en Egipto, ni a su hija que vivía en Ashton Park. Sabía que no se fomentaban las visitas a los evacuados, ya que se consideraban «perturbadoras», pero estaba convencida de que pronto podría pedir un par de días de fiesta y aprovecharlos para coger un tren a Yorkshire y ver a su hija.

Se preguntaba si Anna aún dormía abrazada a la almohada.

Anna se sentía sola muy a menudo. ¿Qué significaba hacer amigos? Ella nunca lo había sabido con certeza. A veces solo era capaz de ver las caras de las niñas que tenía delante: Katy, Susan, Beth. Sonreían, se reían. Igual un día bajaba una colina corriendo, de la mano de Beth, pero luego Beth podía dar media vuelta y alejarse, y Anna la veía marcharse, sin saber si Beth querría seguir jugando con ella otro día o no. ¿Por qué era Beth, y no ella, la que escogía siempre? Todos los días se movía de puntillas por el inestable terreno de los afectos infantiles, insegura y llena de dudas. No podía entender por qué ella temía a los otros mucho más de lo que ellos la temían a ella. Era más fácil pasear sola por el bosque. O leer un libro.

Un sábado se cruzó con Suzy West de camino al almuerzo. Suzy formaba parte del grupo de Katy Todd; era una niña tímida, vacilante, que nunca parecía pisar con firmeza.

—¿Qué haremos esta tarde? —dijo Anna, de buen humor.

—Eso depende —musitó Suzy.

—¿De qué?

—Bueno... No sé.

—¿No sabes qué?

—Si vamos todos.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes?

—No.

—Vaya, igual no debería decírtelo —balbuceó Suzy, retorciéndose los dedos.

—Dímelo, por favor —rogó Anna en voz baja.

—No puedo.

—Por favor...

—Vale, pero prométeme que no le dirás a nadie que te lo he contado...

—Te lo prometo.

—Vamos a la torre de agua, a coger caracoles... Hay un montón.

—¿Quién va?

—Solo el grupo... parte del grupo. Billy, Mary, yo. Katy, por supuesto.

—¿Por qué...? —Anna se detuvo.

—¿Sí?

—¿Por qué no puedo ir con vosotros?

—Bueno, yo creo que sí puedes, pero como no siempre vienes a todo no sé si vienes a esto o no.

—¿Crees que debería preguntárselo a Katy?

—¡No! Porque entonces sabrán que te lo he dicho.

—¿Y entonces qué hago? —gimoteó Anna, conteniendo las lágrimas.

—Sitúate cerca de la puerta del jardín trasero cuando acabemos de comer. Entonces Katy te invitará si quiere. —A estas alturas, la pequeña Suzy estaba asustada y quería irse. Anna no se lo impidió.

Pero durante la comida apenas pudo dirigir la palabra a los demás; la infelicidad y el rechazo parecían consumirla por dentro.

Quizá solo se había perdido el plan del grupo porque no había visto a Katy y a los otros por la mañana. Lo único que tenía que hacer era dejarse caer cerca de ellos y seguro que le decían, en tono alegre: ¿Te vienes?

Entonces todo iría bien. ¿O no? Anna estaba un poco harta de jugar con niños con los que en realidad no quería estar, que no compartían sus gustos ni sus opiniones. Que eran más traviosos de lo que ella quería ser.

Decidió que no rondaría por la puerta del jardín, esperando a que no la invitaran a la cacería de caracoles. Así que después de comer se marchó por su cuenta, como hacía a menudo, con la esperanza de que nadie lo notara.

¿Qué me importa?, se dijo Anna, sentada en su guarida del cuarto de las maletas. Pero por casualidad encontró una pelota de tenis y pensó que podía salir a jugar con ella al jardín. El grupo de Katy ya se habría ido.

Descendió la escalera y descubrió un rincón en el jardín donde podía perfeccionar el lanzamiento de la pelota contra la pared de la casa.

Desde el estudio de la primera planta, Thomas oyó un ruido sordo. Al mirar por la ventana vio a Anna Sands: arrojaba una pelota de tenis contra la pared, una vez tras otra, con la mirada fija en la bola. Pensó que ojalá estuviera sola por voluntad propia.

También Thomas estaba solo ese fin de semana, ya que Elizabeth había ido a Londres. «A ponerse al día», como solía decir. Él no preguntó de qué se quería ponerse al día, ni con quién pensaba hacerlo. Entretanto, él había vuelto a refugiarse en su habitual soledad, dedicado a una traducción de Virgilio que había prometido a una publicación de Oxford.

Después de tantos años en la sala de máquinas del Ministerio de Asuntos Exteriores, Thomas se encontraba raro dedicando su atención a frases en latín mientras tantos otros se hallaban en primera línea de combate. Dieciocho meses antes, cuando quedó claro que Chamberlain estaba decidido a contemporizar con Hitler, Thomas había dimitido del Departamento Central en solidaridad con su jefe, Vansittart, que había sido silenciosamente relegado como jefe del ministerio debido a su oposición a la estrategia de Chamberlain. El ambiente de Whitehall se había vuelto intolerable para los antiapaciguadores, y Thomas se había visto obligado a retirarse. En ese momento dijo a sus colegas que pensaba dedicarse a una nueva traducción de la *Eneida*. Lo que había empezado como consuelo privado se había transformado en

pasión, y en los ratos que la enseñanza le dejaba libres, volvía a Virgilio.

Pero sabía que ese encierro en su estudio también le servía para huir de su matrimonio. En los últimos tiempos, él y Elizabeth habían alcanzado un pacto tácito, por el cual vivían juntos y separados a la vez. Había aprendido a no preguntar a Elizabeth qué hacía en esos viajes a Londres.

Thomas no dudaba de que ella había intentado amarle. Con los años Elizabeth se había convertido en una orquídea del jardín social y aparecía siempre perfecta delante de todo el mundo: cabello, uñas, ropa. Pero Thomas presentía que ella ansiaba más romanticismo, deslizarse por una sala de baile abrazada a un hombre deseable, pasear a su lado... Unas necesidades que él ya no podía satisfacer.

Quizá Thomas lo veía aún más claro que ella misma. No la culpaba por ello, ni la despreciaba, ni se lo echaba en cara. También él, en privado, valoraba su perfección y su porte. ¿Acaso no había sido eso lo que le había atraído de ella? Y, no obstante, cuando veía sus ojos perdidos, se sentía amenazado por la insatisfacción que leía en sus rasgos.

Al menos había logrado refugiarse en su trabajo, ya fueran las legítimas crisis del ministerio o, ahora, la enseñanza y las traducciones. Pero sabía que ella tenía suficientes horas libres como para notar las carencias de su vida. La guerra le había ofrecido esta posibilidad de reinventarse a sí misma, pero ni siquiera el colegio había apaciguado su inquietud. Su descontento era demasiado generalizado, y se traducía en un exceso de bebida. Primero fue vino, luego licores varios.

Todavía había momentos en que Thomas lamentaba no estar enamorado de su esposa, no sentir esa ternura capaz de animar la vida cotidiana. Cuando meditaba sobre su matrimonio, quedaba angustiado por un hito particular en ese declive mutuo de expectativas: las vacaciones en Venecia en la primavera de 1935.

Había sido Elizabeth quien planeó el viaje.

—Venecia no presentará problemas para la silla —había proclamado ella con energía—. No hay pendientes. Podemos pasear por las *piazas* y visitar museos.

Ninguno de los dos conocía Venecia. Tomaron el tren con la alegre impaciencia típica de los viajeros, ambos fascinados por la opulencia del Orient Express. Thomas se mostró gentil y atento con Elizabeth, que a su vez puso todo su esfuerzo en prender fuego a las cenizas de su intimidad. Cruzaron los ondulados campos franceses y los pasos montañosos de los Alpes suizos, hasta que por fin llegaron a una Venecia que relucía bajo el sol de finales de agosto.

Intentaron ocultarse la decepción que supuso el hotel. Su habitación tenía un aire lóbrego y oscuro, y aunque la ventana daba al canal, estaba demasiado alta para que Thomas pudiera apreciar la vista. Pero a pesar de todo se cambiaron de ropa y salieron a las bonitas calles en busca de un restaurante para cenar.

Esa primera tarde vieron Venecia en todo su esplendor. Los colores de los edificios refulgían y adoptaban bellos matices bajo el sol crepuscular: ocre, rosados, cremas, corales. El placer de hallarse en un lugar nuevo los puso de buen humor.

Dieron con una *trattoria* con vistas al lago y comieron marisco mientras contemplaban cómo el sol se desvanecía sobre el mar. Esa noche hicieron el amor.

Pero al día siguiente, sin motivo aparente, Elizabeth volvió a sumirse en la melancolía y se encerró en sí misma. A la hora del desayuno, Thomas la encontró distante y poco comunicativa. Tal vez fuera el comedor, con esas luces inadecuadas, o el tiempo, ya que el sol quedaba oculto bajo una capa de densas nubes. Thomas hizo cuanto pudo para animarla, brindándole su mejor sonrisa, su sonrisa de siempre.

Guías en mano, salieron dispuestos a explorar la famosa ciudad; Elizabeth empujaba la silla de Thomas a través del laberinto de *piazas* y callejones. Pero no habían caído en la dificultad de avanzar por las calles adoquinadas, que al poco tiempo empezaron a afectar a la columna de Thomas. Elizabeth, por su parte, se agotó enseguida de empujar la silla de ruedas por esas calles llenas de baches.

Elizabeth estaba irritable; Thomas, decepcionado. Venecia era hermosa, sin duda, pero enseguida se descubrieron ajenos a su belleza. En la Basílica de San Marcos, los mosaicos les parecieron inertes y desvaídos, porque ni un rayo de sol les confería brillo. Lo mismo sucedió en todos los lugares. Visitaron el museo de la Academia, y Thomas observó los cuadros de Bellini con ojos fríos, muertos: su corazón se había cerrado ante tanta perfección.

Cuando salieron del museo llovía a cántaros. Una cortina de agua regaba los muros rotos y corría en forma de riachuelos sucios hacia las alcantarillas. Elizabeth empujó a un indefenso Thomas de vuelta al hotel: las rodillas de él estaban empapadas; la espalda de ella, dolorida por el cansancio.

Al día siguiente Thomas despertó aquejado por un fuerte resfriado y notó que le costaba respirar. Con los pulmones debilitados por la polio, tuvo miedo de pillar una neumonía y optó por no salir del hotel. Se quedó en la oscura y poco ventilada habitación escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre el canal.

Elizabeth salió a dar un paseo por su cuenta. Se tomó un café en la Plaza de San Marcos y vio otras parejas en actitud romántica. Bandadas de palomas iban y venían. Cuando regresó al hotel, la autocompasión había infectado todos sus nervios y ni siquiera intentó estar alegre.

Su cara de desencanto sirvió al menos para que Thomas sacara fuerzas de flaqueza, y al día siguiente se obligó a salir. Los colores de los edificios, tan subyugantes con la luz del sol, se veían ahora ajados y enmohecidos bajo un cielo gris. Un persistente hedor salía de los canales, la humedad se les metía en la garganta. Comieron en silencio, y una oleada de tristeza los arrasó a ambos cuando Elizabeth empujaba la silla de Thomas hacia el hotel.

Se anunciaban más tormentas, de manera que tras una última y desganada jornada, regresaron a casa tres días antes de lo previsto.

Su matrimonio había llegado a un punto muerto. A partir de ese momento esperaron sin esperanza, y la oculta grieta que ya existía entre ambos empezó a hacerse más profunda. El corazón de Thomas ya no daba un vuelco al oír los pasos de

Elizabeth; ella permanecía impassible ante aquel rostro que antes la había fascinado. Existieron destellos ocasionales de intimidad, momentos en los que casi llegaron a tocar al otro, normalmente tras una velada con vino, palpándose en la oscuridad del dormitorio. Pero ambos se imaginaban con otra persona, con otra vida.

El divorcio, sin embargo, aún no había salido a colación. ¿Cómo podía Elizabeth abandonar a su marido inválido, al heredero de los Ashton? Thomas intuía que ella ansiaba libertad cuando mencionaba los asuntos amorosos de otras mujeres londinenses con la misma aprobación que si se tratara de algo decente. Pero ambos esperaban aún la llegada de un hijo que pudiera redimirlos de su infelicidad.

El rebote de la pelota se detuvo de repente y Thomas se percató de que la niña se había ido. El súbito silencio lo llevó a retomar las palabras que tenía ante sí e intentó concentrarse en las andanzas de Eneas.

*Sacados de nuestra ruta, deambulamos en la oscuridad,
donde día y noche convergen, hasta que incluso
el piloto Palinuro debe confesar
que nos hemos perdido en esta selva de agua...*

El martes, cuando llegó Elizabeth, Thomas puso mucho cuidado en no invadir su intimidad.

—¿Cómo estaba Londres?

—Oscuro y vacío. Pero sin señales de incursiones aéreas de momento.

Todo el mundo está encerrado en casa esperando lo peor.

—¿Y la casa?

—Como siempre. Bueno, no del todo. Han excavado en el parque y han arrancado las verjas. De hecho, toda la ciudad parece desmantelada.

—Creo que prefiero no verlo.

—También pasé por la galería. Está bastante muerta estos días.

Elizabeth puso cierto énfasis en esta última frase, como si quisiera anticiparse a otras preguntas. La galería de arte moderno de Peter Norton había sido su lugar de trabajo antes de la guerra, el sitio donde había hecho nuevos amigos.

—Me alegro mucho de tenerte de nuevo en casa, querida —dijo él, y hablaba en serio.

—Sí —aseguró ella con sinceridad, y le acarició el dorso de la mano. Se la veía contenta, como nueva.

A la mañana siguiente ella se levantó temprano y observó a los evacuados, que desayunaban en el comedor. Cuando desfilaron en dirección a sus clases, notó que se apoderaba de ella una sensación de inesperada calma. Los semblantes de esos niños estaban radiantes, como si se encontraran a gusto allí, y la embargó un orgullo súbito por haberlos reunido a todos, por haberles dado un hogar. Por fin había conseguido hacer algo bien.

Esa mañana se cruzó con el jefe de jardineros y lo encontró muy optimista: durante muchos años había contemplado con una silenciosa desesperación cómo las verduras se pudrían sin que nadie las comiera.

—Ochenta y seis niños es un buen número. Pero puedo alimentar a más —le dijo.

Había muchos motivos para estar satisfecha, pensó ella antes de ponerse a revisar la lista de tareas.

Y sus viajes a Londres era uno de ellos.

Su doble vida había empezado tres años atrás, cuando pasaba mucho tiempo sola en la casa de Regent's Park, sin nada que hacer y sin hijos. Algo en ella se rompió.

La transgresión había empezado solo en su mente un día, sentada en el estudio de la casa de Londres, mientras se preguntaba qué hacer con su vida. El ama de llaves había colocado un ciclamen sobre la mesita de palo de rosa, y Elizabeth se sentía

hechizada por la tranquilidad que emanaba de la planta.

De fuera le llegaba el zumbido del tráfico. La luz del sol hacía resaltar las motas de polvo suspendidas en el aire. Ella seguía en el sofá, prácticamente inmóvil, con la mirada fija en la intensa quietud del ciclamen. Incluso la serenidad de una planta la zahería, pensó sobresaltada.

Se levantó y caminó por la estancia, poseída por una repentina impaciencia: pasó ante los espejos, ante el teléfono, ante los papeles del escritorio. Tal vez debía hacer la maleta y abandonar a Thomas: dedicarse a cuidar a los pobres en la India, hacer algo heroico en su nueva vida.

Se preguntaba si sonaría el teléfono. Si la llamaría algún hombre, salido de la nada: alguien que la deseaba pero que no se había atrevido nunca a decírselo.

¿Qué estaba escondiendo incluso de sí misma? ¿Qué quería? ¿Una persona, una esperanza o... un arrebato?

Volvió a sentarse en el sofá y acercó la mano hacia la curva de sus senos.

Tenía que haber alguien, en alguna parte, que deseara tocarla. Quería tener a un hombre delante, en pie, que la abrazara, y apoyar la cabeza en su hombro. Quería ser estrechada con fuerza, sentirse presa en unos brazos.

Thomas ya no le bastaba. La había rechazado, y por tanto a ella le repugnaba. Le repugnaba su cara perfecta, su frialdad, su distancia. El resentimiento le obstruía el corazón. Podía andar desnuda por el dormitorio sin que él se dignara mirarla. Era como si su invalidez le hubiera congelado el alma.

Había algo más, otro temor que no había expresado en voz alta y que ni tan siquiera había reconocido de manera consciente: su útero vacío. La aterraba tanto la idea de la esterilidad que la mera idea se le hacía insoportable. Mes tras mes, conservaba la esperanza de que un hijo la ayudara a tolerar los años venideros. Pero siempre sentía aquel dolor agudo, aquella punzada, el sutil tirón interno que precedía a la menstruación. Luego llegaba la sangre, arrasando sus esperanzas.

Unos días más tarde, Thomas la encontró llorando en el dormitorio. Acababa de tener el período. Él escrutó sus ojos, su semblante.

—Podríamos encontrar a un niño al que amar —dijo en voz baja—. Adoptar a un niño...

Todo su cuerpo sufría por dar a luz a un bebé; ¿cómo iba él a entenderlo? No pudo ni mirarlo.

—No podría amar a un niño que no haya crecido en mi interior.

—Lo amarías, sobre todo si estuviera contigo desde su nacimiento...

—No podría querer al niño de otros.

—Eso no lo sabes. —Él hablaba con toda la ternura de que era capaz. Ella se desmoronaba, incapaz de levantar la cabeza.

—Necesito sentir a mi hijo creciendo dentro de mí...

Él hizo el gesto de abrazarla y, por una vez, ella se dejó hacer. Leía la sugerencia en su mente: «Búscate a otro hombre, ten al hijo de otro». Por ella, por él, por ambos,

él solo quería que ella tuviera ese hijo. «Por favor, ten a tu hijo». Esa noche ella permitió que la sangre empapara las sábanas: por la mañana la cama presentaba unas acusadoras y frías manchas de color rojo. Las sábanas acabaron en la basura, pero el colchón aún conservaba los restos de su útero vacío.

Pero aquella noche Elizabeth había notado el ruego tácito de Thomas. A partir de ese momento, cada vez que conocía a un hombre se fijaba en sus ojos, en busca del tono azul que caracterizaba la mirada de los Ashton.

Poco después cayó bajo el inesperado hechizo de una revolucionaria exposición de arte que se celebró en Londres. La Exposición Internacional Surrealista en las galerías de New Burlington causó una conmoción total en la primavera de 1936. Salvador Dalí aparecía en las fotos publicitarias con una campana de buzo, y esa imagen iconoclasta tuvo el poder de intrigar al público.

Peter, la esposa de Clifford Norton, había cedido parte de los cuadros, e insistió en guiar a Elizabeth en su recorrido por las obras de Dalí, Miró, Max Ernst y Paul Nash. Paisajes de ensueño bañados por el crepúsculo, cuerpos humanos en extrañas metamorfosis, imágenes subconscientes que evocaban deseos y recuerdos. Los cuadros resultaban provocativamente sinceros en su desnudez.

Elizabeth había acudido a la exposición de mala gana, y se sorprendió por la forma en que la afectó. Regresó otro día al museo, por su cuenta, y tuvo la sensación de que todas aquellas imágenes surrealistas le hablaban al unísono de erotismo secreto, de encuentros carnales. Los cuadros la partían en dos, sacando de ella algo primario, instintivo.

La mayor parte de los pintores eran hombres, y ella vio proyectada en sus obras la mirada directa del deseo masculino. Su fascinación por el cuerpo de la mujer y los goces irracionales que ofrecía la carne femenina. Salió del museo alterada, invadida por impulsos ilícitos.

En su anhelo por salir de sí misma se volvió hacia la infatigable Peter Norton, que siempre había sido un ejemplo de mujer emancipada, con vida propia. Con ella se atrevió a abordar el erotismo de los surrealistas.

—¿Por qué no vienes a trabajar conmigo en mi nueva galería de arte? —propuso Peter, animada al ver la sensibilidad de Elizabeth.

La mayoría de los amigos de Peter eran artistas que habían huido de la Alemania de Hitler, y ella estaba decidida a exponer su obra en Londres, donde se exhibía poco arte moderno. De manera que había inaugurado la London Gallery en Cork Street: la primera galería de vanguardia de Gran Bretaña, como la describía ella mismo con orgullo. El crítico de arte Roland Penrose acababa de unirse al proyecto como codirector. Peter pidió a Elizabeth que los ayudara a montar las exhibiciones.

Todas las mañanas durante dos años Elizabeth caminó desde Regent's Park hasta la galería de Peter en Mayfair, vestida con estilo y elegancia. Se pasaba los días atendiendo a visitantes y compradores, y se decía que su imagen suponía un exquisito contraste con los excéntricos artistas que llegaban con sus nuevas obras o a ver las

exposiciones. Elizabeth, con sus largas boquillas de marfil y sus trajes sastre, desprendía un aire intachable y a la vez frágil, y, por improbable que parezca, los pintores menos convencionales coqueteaban con ella. Iba con Peter a *pubs* donde se mezclaban con poetas surrealistas y modernistas franceses. Peter, entusiasta e inocente, fomentaba todos esos encuentros con un vigor exento de culpa. Pero Elizabeth albergaba anhelos más prohibidos.

Le divertía pensar que mientras Thomas estaba en su respetable despacho protegiendo al Imperio con lápiz y papel, ella fumaba en bares con jóvenes desconocidos cuya única preocupación era la experimentación y el riesgo de su obra.

Empezó a disfrutar de su propia dualidad. La señora Ashton en Mayfair, amable y educada, la misma mujer que por las noches frecuentaba esos tugurios bohemios. Caminaba con paso firme y coqueto, a sabiendas de que le brillaba la piel, de que su pelo estaba precioso.

¿Qué quería? Ser deseada y perseguida. Desafiar a su destino.

Algo debía pasar.

Por las noches, cuando cerraban la galería, empezó a dejarse caer por los bares del Soho. Al principio de manera furtiva, sin mezclarse con la gente, pero poco a poco venció sus reservas y se dedicó a alternar con hombres abiertos a experimentar.

En el French, un hombre le llevó un *whisky*, y aunque no le gustaba, se lo bebió de todos modos.

—Me llamo Luc —dijo él, y el gentío los empujó hasta que estuvieron muy cerca; tanto, que resultaba difícil verlo bien. Distinguía fragmentos: la cara, el antebrazo, la rodilla doblada.

Era pintor; joven, moreno, mal afeitado. Tenía los dedos manchados de nicotina, los zapatos gastados y sucios. Clavó su atrevida mirada en Elizabeth mientras le contaba, en un inglés pobre, su huida de Bélgica hacia la refrescante amoralidad de Londres. El *pub* estaba abarrotado de bebedores, cargado de humo, todos gesticulaban en un espacio pequeño y ruidoso. Luc era absurdamente joven... y guapo.

—Aquí puedo pintar lo que veo en mi cabeza, porque las imágenes me surgen de manera clara. En Bruselas solo había aburrimiento, ira... y los vestidos negros de mi madre. Y encaje. Si hay algo que sobra en Bélgica es encaje.

Elizabeth dio una calada al cigarrillo, prendido de la boquilla de marfil, y se rio; sintió la emoción de estar con alguien joven y arrogante, que no sabía que ella era Elizabeth Ashton, de Ashton Park. Le miró a los ojos: eran azules. Podían ser los de un Ashton.

Más tarde se encontró en un callejón del Soho, subiendo la escalera detrás de las fuertes piernas de Luc. En el cuartucho había un camastro de acero con sábanas grises. Se desnudaron bajo la cruda luz de una bombilla: Elizabeth tenía los pezones duros, su útero pedía a gritos un hijo. Dejó que la manoseara como un animal, que la embistiera con sus piernas robustas y su poderosa erección rodeada de vello negro.

En un arrebatado de afán procreador se echó en la cama deshecha de Luc y aulló al sentir el semen caliente dentro de ella. Luego se tumbó de espaldas para detener el líquido que rezumaba entre sus muslos y se regodeó al pensar en el niño que se estaba formando en su interior.

Pero el hijo no llegó. A finales de mes su útero expulsó la sangre, como de costumbre.

En los meses que siguieron conoció a Roberto, a Julius, a Stefan, a Billy, e incluso a un discreto oficial de la Guardia Real, Henry, que la perseguía desde su presentación en sociedad. Pero en general prefería encuentros con extraños en cuartos desconocidos, donde después podía mirar por la ventana y apreciar un fragmento distinto del cielo de Londres. A veces por la noche, a veces durante la hora de la comida. Peter Norton nunca preguntó dónde había estado cuando reaparecía, compuesta como siempre, a media tarde.

Y sin embargo, en el dormitorio de su casa, la desgracia de la infertilidad persistía. Thomas temía ser él el culpable, que la polio le hubiera dejado estéril. Pero Elizabeth empezó a darse cuenta de que probablemente era ella la que no podía concebir.

¿Era acaso un castigo por su infidelidad?, se preguntaba. ¿Por engañar a un marido inválido? ¿Una maldición? Vivía con la esperanza puesta en cada período. Su humor variaba, su felicidad dependía del día del mes.

Thomas había aprendido a no tomarse demasiado en serio sus cambios de estado de ánimo, pero le tranquilizó comprobar que ella había vuelto de Londres de buen humor. No podía saber entonces que ese júbilo se fundaba en una esperanza, por tenue que fuera, de que su último intento en el Soho diera algún fruto.

Anna advirtió una nueva presencia en Ashton Park. Era polaco, o eso les había dicho la señora Robson. Un hombre de pelo oscuro y cejas pobladas llamado Pawel, que a veces se sentaba en el comedor con los Ashton. No hablaba mucho. Anna oyó comentar a la señorita Weir que había luchado contra los nazis antes de huir de Polonia, «pero con el vigorizante aire de Yorkshire enseguida estará recuperado y listo para dar clase».

Los niños murmuraban sobre él con admiración. ¡Un hombre que se había enfrentado a los nazis! En Inglaterra aún seguían en un ambiente de preconflicto y no parecía suceder nada dramático.

Los Ashton no conocieron propiamente a Pawel Bielinski hasta que este se sentó a cenar con ellos en su primer fin de semana en la casa. La casualidad lo había conducido hasta Ashton Park. Tras la desastrosa derrota de Polonia, había sido rescatado por Peter Norton de uno de los campos para refugiados polacos de Rumania. Y, cuando llegaron a Londres, Peter lo había enviado a Ashton a restablecerse.

—Es pintor —dijo a Elizabeth por teléfono—, así que puede dar clases de arte.

El joven a quien Thomas tenía delante, al otro lado de la mesa, era delgado, distante y parecía aturdido. También estaba muy agotado, ya que apenas había abandonado su habitación desde su llegada. Su mirada perdida hizo que Thomas recordara a aquellos veteranos de guerra que había visto con su hermana durante la Gran Guerra, cuando la casa se convirtió en hospital.

Ignoraba si Pawel había llegado a luchar en el frente, pero pensó que era demasiado pronto para poner el dedo en la llaga. Dirigió, pues, la conversación hacia un terreno más neutro.

—No se desespere con estos días tan lluviosos —dijo a Pawel—. Aquí siempre llueve en noviembre, pero diciembre suele ser sorprendentemente seco.

—Querido, el año pasado llovió durante toda la Navidad... —repuso Elizabeth.

—Lo habitual es que no llueva.

—Varsovia ya está cubierta de nieve en esta época —aportó Pawel.

Hablaba un inglés bastante decente, pero parecía más feliz sin decir nada.

Elizabeth no puso mucho esfuerzo en entablar conversación con su nuevo huésped, pero le observó discretamente. Se fijó en su postura erguida y en sus grandes y delicadas manos. Y en sus ojos oscuros. Le recordaba a esos suaves artistas mal afeitados que habían frecuentado la London Gallery antes de la guerra. Pero fingió indiferencia.

Esa primera noche ni Elizabeth ni Thomas causaron demasiada impresión en Pawel. De momento se conformaba con poder responder a las preguntas de esta

imponente pareja inglesa que le había concedido un hogar cuando menos se lo esperaba.

A la hora del café, Thomas le preguntó con amabilidad sobre su amistad con los Norton.

—Peter me ha contado maravillas de usted. ¿Cómo se conocieron?

—Asistió a la exposición que hice en Varsovia el año pasado y compró algunos de mis cuadros. Qué suerte tuve de que viniera —dijo, y esbozó su primera sonrisa.

Luego, poco a poco, empezó a explicar detalles de su pasado. Como el hecho de que se había criado en un pueblecito, Sulejów, pero siempre había soñado con mudarse a Varsovia, una ciudad en la que bullía la música y la cultura.

—¿Y ha pintado desde siempre? —preguntó Elizabeth, a quien las vocaciones tempranas siempre despertaban curiosidad.

—Tuve suerte y entré en la escuela de arte de Varsovia —dijo él encogiéndose de hombros.

Mientras ofrecía ese somero resumen de su vida carente de todo atisbo emocional, apenas reconocía a la persona a quien describía. No se molestó en contarles que su madre viuda habría preferido que fuera médico, ni que no había sido tarea fácil para un judío conseguir una plaza en una buena escuela de arte.

—En 1938 había pintado suficientes lienzos como para montar una exposición pequeña. *Lady Norton* se presentó en la galería... Acababa de llegar a la embajada británica.

Era distinguida, eso lo había percibido él al instante: rostro inquieto, cabello corto y algo despeinado, y extremidades largas y torpes. Ella había elogiado la rápida luz de sus cuadros, que era exactamente lo que él quería oír. Que sus escenas metafóricas le recordaban a Paul Nash: todos esos paisajes desafiantes, esas montañas de la mente...

—Compró tres cuadros allí mismo —dijo Pawel, con una leve sonrisa—. A partir de ahí cené varias veces con los Norton, en la embajada, y así tuve la suerte de ver su colección de arte: obras de Paul Klee, Leger, Kandinsky. Fue muy educador. Esa dama es un espíritu libre...

—Y no pierde el entusiasmo —añadió Thomas.

—Sí —afirmó Pawel, con énfasis.

—¿Cómo le ayudó a escapar? —preguntó Elizabeth.

—Estaba con un destacamento al este de Polonia cuando llegó la noticia de la invasión rusa. Los soldados soviéticos nos rodearon, pero reinaba el caos y muchos escapamos, cruzando el río hacia Rumania, donde fuimos encerrados en campos de refugiados. *Lady Norton* me encontró allí.

Había oído que se esperaba la llegada de un cargamento británico de ayuda humanitaria: navajas de afeitar, jabón, tabaco, medicinas, comida. Fue a esperar los camiones. No podía creer lo que veían sus ojos cuando se abrió la puerta del Ford y se apeó una silueta que le resultaba familiar: angulosa, reconfortante.

—¡Lady Norton! —gritó él.

Vio que ella tardaba un poco en reconocerlo. Luego la alegría le cambió las facciones.

—Tenemos que sacarte de aquí —dijo ella, abrazándolo—. Ayúdame a descargar, y luego podrás volver a casa conmigo.

Tras su propia huida de Polonia, Peter había recaudado fondos en Londres para los campos de refugiados polacos y luego se había ofrecido voluntaria a transportar los suministros.

Visitaron tres campos más, con Pawel desempeñando funciones de ayudante. Luego la acompañó en el camión de regreso a Italia, donde, tras mucho tira y afloja y muchas gestiones por parte de Peter Norton, un cónsul británico le selló el visado.

Viajaron por carretera a través de una Francia en calma que se preparaba para la guerra. Pawel durmió durante gran parte del camino y Peter no lo abrumó con demasiadas preguntas sobre sus experiencias. En cuanto llegaron a Londres, ella lo instaló en su casa de Chelsea para que se recobrara y pergeñó el plan que le enviaría a la escuela para evacuados de Ashton.

—Necesitará mucho tiempo para recuperarse, así que, por favor... descanse. Las clases pueden esperar —dijo Elizabeth, volviéndose hacia él.

—Gracias... gracias por todo —dijo Pawel mientras se levantaba de la silla. Tras dar las buenas noches a sus anfitriones, quedó impresionado por la expresión cautelosa, vigilante, de la señora Ashton.

Se encerró en su habitación, satisfecho de estar solo. Llevaba meses sin probar el alcohol, y el vino de la cena aún corría por sus venas mientras se desnudaba. Apagó la lamparita de la mesilla de noche y se quedó tumbado en la oscuridad. Cerró los ojos con la esperanza de disfrutar de un sueño sin pesadillas.

Tuvo que pasar una semana antes de que Pawel hiciera acopio de fuerzas y empezara a explorar Ashton Park. Hasta entonces el lugar había llegado a sus ojos en forma de impresiones lejanas, como si lo contemplara a través de una gruesa lente.

Empezó a observar a los niños que jugaban en los jardines. Eran guapos, con caras sonrientes y dientes torcidos, delgados y rubios, distintos en apariencia de los niños polacos. Conoció también a los demás profesores y al personal de la casa, aunque tardó bastante en ponerse a pensar en ninguno de ellos.

Pero no podía negar que el matrimonio Ashton despertaba su curiosidad. Y, poco después, esa curiosidad se había convertido en compasión hacia la esposa. Thomas Ashton era un hombre apuesto, eso era indudable, pero parecía un personaje exangüe: formal, correcto y reservado. Elizabeth Ashton, por otro lado, era sensual: se contoneaba un poco al andar, y todos sus gestos indicaban una necesidad latente. ¿Se había casado con él ya en silla de ruedas o cuando aún estaba sano?

Los demás profesores parecían no saber nada, o preferían eludir el tema de los Ashton. Al final fue Joan, una doncella que llevaba años en la casa, quien le relató la historia de la enfermedad de Thomas. Pawel quedó conmovido ante esa desgracia y no pudo evitar preguntarse por su vida marital.

¿Thomas aún podía hacer el amor con su mujer?

Elizabeth, por su parte, había notado el ardor de Pawel desde el primer día. El joven polaco era ajeno a convencionalismos de clase y ella tuvo la sensación de que la había calado desde el principio: la veía como a una mujer, sin más deferencia. Adivinó al instante que era un hombre que sentía una fuerte atracción por las mujeres. ¿Tal vez era a ella a quien buscaba?

Por una pura cuestión de orgullo al principio fingió no prestarle atención, pero al poco tiempo no pudo más y empezó a exhibir todos sus encantos. Puesto que él era un protegido de los Norton, y extranjero, ella podía obviar la reserva inglesa que la mantenía alejada de los otros profesores. Pawel era su invitado; al poco tiempo se convirtió en el favorito de Elizabeth, el profesor con quien charlaba a la hora de comer.

Thomas tenía un carácter más precavido. Desde el principio notó que Pawel era un desarraigado, un hombre lleno de inquietud que se enfrentaba a un futuro incierto. Había superado la guerra y de ella había salido desconectado: sería capaz de dejarse arrastrar por cualquier sensación solo para sentirse vivo. Thomas se descubrió a sí mismo planteándose cómo evitar conflictos emocionales. Como siempre, se mostraba reticente a coartar las necesidades de su esposa. Pero sabía que era una mujer de precario equilibrio y no quería que le hicieran daño.

También se sorprendió al notar una punzada de celos. Ellos ni se miraban a los ojos, al menos en su presencia, pero Thomas presentía el deseo que se desprendía de Elizabeth con la fuerza de una corriente eléctrica.

Thomas estaba decidido a mantener la calma por encima de todo, y a no dar la menor señal de que intuía algo. Siguió conversando con el joven, en el alemán que había aprendido durante sus años en Berlín. Pawel se sentía más cómodo en ese idioma, y eso daba a los dos hombres un vínculo del que Elizabeth quedaba excluida.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte con nosotros?

—Hasta que las fuerzas polacas se hayan reagrupado aquí... pero eso puede llevar meses. Os agradezco que me hayáis dado un lugar donde vivir.

—Los niños disfrutarán teniendo a un auténtico pintor como profesor. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—La señora Ashton ha sido muy amable y me ha proporcionado todo el material.

Desde luego que lo había hecho. Había llevado a Pawel a York en persona, a una tienda que aún conservaba un reducido *stock* de papel, pinturas y pinceles. Había impresionado a Pawel con la extravagante adquisición de materiales de arte antes de invitarlo a comer.

Había elegido un restaurante donde podían sentarse uno enfrente del otro, para asegurarse de que deberían mirarse a la cara. Mientras hablaban, ella observaba su rostro: un rostro resuelto, de ojos y cejas oscuros. Él no parpadeaba, casi podía decirse que se mostraba retador.

—¿Crees que podrás habituarte a Inglaterra?

—Si hay algún lugar de Europa que pueda quedar libre, ese será Inglaterra.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Aún no conozco a mucha gente, pero me gusta el paisaje. Ese verde grisáceo.

La conversación iba más allá de las palabras. Pawel guardaba las distancias, aún inseguro de ese sesgo que tomaba su nueva vida. Pero Elizabeth lo intrigaba: sus coqueteos eran algo definido a lo que había que prestar atención.

Lo atraía la tensa contención de su cuerpo resguardado por la ropa. Debajo de la blusa se adivinaba la promesa de una plenitud escondida. Se moría de ganas de desabrocharla y ver qué cara ponía ella. Presentía que la frialdad de su mirada se desvanecería para transformarse en una expresión de gratitud y vulnerabilidad.

Daban cautos pasos hacia la intimidad. Entre ellos flotaba la certeza, compartida por ambos, de que pronto serían amantes. Pero se interponía la cuestión de cómo dejar que esa atracción derribara las fronteras que había en la vida de Elizabeth, porque de repente Pawel empezó a sentir un gran respeto por Thomas. Lo desconcertaba la cortesía de ese hombre de mayor edad, y la simpatía que expresaba hacia los recientes y terribles acontecimientos de la vida de Pawel. Una noche, después de cenar, ambos se sentaron en la biblioteca a degustar un madeira.

—¿Estás contento con esta escuela para evacuados?

—Mucho. La casa está mucho más viva, y nunca había visto a mi esposa más

feliz.

—¿Fue idea suya dar un hogar a esos niños?

—Sí, completamente. Elizabeth es una mujer muy... vital.

Thomas se desplazó con la silla para terminar de correr las cortinas, luego sirvió otro madeira al joven polaco.

—¿Estás... solo, o tienes familia de la que preocuparte en tu país?

La pregunta prendió una llama en la mente de Pawel; vio el fuego de Sulejów, al que había llegado demasiado tarde. El recuerdo era imborrable: ese escabroso resplandor escarlata que teñía el cielo nocturno, la enfermiza certeza de que Sulejów era pasto de las llamas mientras él cruzaba los campos en busca de su madre. Llegó hasta su casa, pero la calle estaba llena de socavones: una sucesión de cráteres y proyectiles. Pensó que de su madre no había sobrevivido ni el alma.

—No. No tengo familia. No me queda nadie.

—Lo siento —musitó Thomas, sin querer presionarlo.

Inesperadamente, Pawel tomó la palabra.

—Estaba en un destacamento en la frontera con Checoslovaquia. Nuestra división quedó dividida por la invasión y tuvimos que avanzar hacia el este. Pasamos por mi pueblo natal, pero había habido una masacre. Había muchos judíos en Sulejów y los Stukas nazis habían bombardeado la ciudad sin piedad. Las casas de madera se encendieron como cerillas. Cuando la gente intentó correr hacia el bosque, los aviones descendieron y los ametrallaron. Mi familia murió allí.

Thomas vaciló.

—No hay nada que pueda decir para consolarte, pero de verdad que lo lamento mucho.

—Gracias.

Por un instante, ambos hombres se miraron.

—Ten cuidado en no encerrarte en ti mismo, Pawel. Es fácil que te suceda. Pero tampoco deberías apresurarte a entablar nuevas relaciones. Debes cuidar de ti mismo.

Pawel quedó conmovido por las palabras de Thomas, ya que sabía que no las pronunciaba guiado por el egoísmo.

Siguió su consejo y resistió las siguientes invitaciones de Elizabeth a que la acompañara a la ciudad para realizar algún difuso encargo. No dejó de observarla atentamente, pero se contuvo, porque, como había dicho Thomas, era aún demasiado pronto para abrirse a cualquier sentimiento. Y notaba la ansiedad de Elizabeth, su deseo de lanzarse a sus brazos cada vez que sus ojos se cruzaban.

En cambio, dedicó muchas horas a observar a los evacuados que correteaban por los jardines; había olvidado la satisfacción que destilan los niños cuando juegan en grupo. Los chicos podían pasarse horas lanzando la pelota contra las paredes mientras que en el Marble Hall, en cuanto acababan las clases, siempre se oía el toc toc toc de los volantes de bádminon.

Empezó a desarrollar su propio estilo de enseñanza: las primeras clases se

centraron en esbozos de los árboles en cualquier estación. Enseñó a los niños cómo dibujar ramas que brotaban de un tronco. Luego las colorearon con una cascada otoñal de hojas caídas, o con las flores que nacían en primavera, o con el frondoso verdor del verano. Incluso las ramas desnudas del invierno tenían su gracia. Casi todos los niños llegaron a realizar algún cuadro y Pawel organizó una exposición de arte llamada «Los árboles de Ashton Park».

Ashton latía de vida en esos momentos, y Elizabeth llevaba la escuela con sorprendente eficiencia. Los Norton fueron a pasar un fin de semana y ambos quedaron asombrados al ver la casa tan transformada por la presencia de los niños. Les alivió encontrar a Elizabeth tan aparentemente sobria y realizada, y les encantó lo muy en serio que se tomaba Thomas su papel de profesor.

Los Norton no estuvieron el tiempo suficiente para captar los matices del papel de Pawel en el rejuvenecimiento de Elizabeth. Pero Peter reavivó la autoestima de su protegido con exuberantes elogios hacia su talento, que se conservaba a pesar de las muchas interrupciones sufridas. Pawel volvió a pintar, lo que de algún modo le hacía sentir más capaz de tratar con Elizabeth de igual a igual.

La esperanza había vuelto a arraigar en él. Empezaba a encariñarse con los niños y su alegría innata resurgía de nuevo. En unos meses regresaría al combate, pero por el momento quería disfrutar de su trabajo con los evacuados.

Y sin embargo también quería encontrar a alguien a quien amar.

Uno de los árboles del bosque tenía una gran rama colgante y una fría tarde de febrero Pawel empujaba la rama a la que se aferraban un par de chicos robustos. Elizabeth, que había salido a dar un paseo, se unió a ellos. Pawel vio que se alegraba de verlo entretener a los chicos, quienes por su parte tardaron poco en salir corriendo el uno en pos del otro.

—¿Puedo ofrecerle un paseo? —propuso Pawel con fingida galantería cuando ella dio un paso hacia el árbol.

Con aire juguetón, ella se sentó en la rama y él la empujó; al principio suavemente, luego con más fuerza, sorprendiéndola, con el aire amenazador de un pirata.

—Ya basta —dijo ella, riéndose, y él se paró.

Se hizo un silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—Te lo pasas bien con los niños, ¿verdad, Pawel?

—Claro.

—Les caes bien. Lo noto.

—Un lugar como este necesita niños —repuso él sin pensar.

El dolor que se reflejó en la cara de Elizabeth lo lastimó también a él.

—Me refiero a que... con esta guerra, no podría haber un sitio mejor para ellos.

—Sí —convino ella—. Me alegro de tenerlos en casa —prosiguió, recobrando la compostura—, porque Thomas y yo no podemos tener hijos.

Pawel no supo qué responder a esta última frase, de manera que decidió obviarla

y siguió balanceando la rama, ahora con mucha suavidad.

—En cualquier caso, es una suerte para ellos el haber sido acogidos aquí.

—Sí —repuso Elizabeth. Se bajó de la rama de un salto.

Caminaron en silencio hacia la casa. Cuando se separaron en los escalones de piedra, ella evitó mirarlo.

Al quedarse solo, Pawel se notó inquieto: aquella confesión íntima lo había conmovido. Llegó a la conclusión de que Thomas era impotente. Fue a pasear por los campos, pensando en Elizabeth y en sus ojos tristes, preguntándose si la tensión que reinaba entre ellos podía curarse con un simple abrazo.

Elizabeth entró en la casa y fue directa a su habitación. Quería estar sola. La conversación con Pawel la había puesto nerviosa, y tenía que discernir qué era exactamente lo que la había desasosegado tanto. Le preocupaba que la mención de la ausencia de hijos hubiera sido demasiado íntima. Pero, además, a eso se unía la ansiedad de haberle mentado. «Thomas y yo no podemos tener hijos», había dicho, a sabiendas de lo que Pawel deduciría de esa frase. Mientras que ahora ella sabía, por sus fallidos encuentros en el Soho, que el problema no radicaba en Thomas.

Era algo que no compartía con nadie, pero que la mantenía encerrada en su propio infierno particular: el inconsolable anhelo de un hijo. Siempre que salía a pasear podía notar la forma de su útero dentro de ella: preparado y vacío. Incluso podía sentir cómo maduraban sus ovarios, aunque sabía que era infértil. Este desierto interno era algo que aún no podía aceptar.

Ansiaba llevar dentro esa chispa de vida, notar ese destello que la reconectaría con el mundo. Una leve patadita dentro de ella lo cambiaría todo. Sufría mucho por su esterilidad, como si esta la separara bruscamente de algo vivo y floreciente. De las flores y las frutas, o de cualquier metáfora de la belleza femenina: algo que florecía hasta alcanzar el máximo esplendor, la madurez... Todo eso le estaba vedado. Para ella solo había rosas marchitas y árboles sin hojas. Un mundo muerto.

Cogió un puñado de cartas de la mesa y decidió ir al pueblo, a la estafeta de correos. Como hacía frío, se puso el abrigo y salió sola; caminó sobre las hojas húmedas que aún se amontonaban sobre la avenida. Todo le recordaba a su útero yermo. Hojas en los charcos. Castañas aplastadas por los coches. Incluso el mal tiempo.

Cuando regresaba a casa a través de los jardines, vio a un grupo de evacuados que jugaba allí. Bajo los últimos rayos del sol, se le aparecieron como ángeles de otro mundo, absolutamente inalcanzables. Pensó que no existía ningún niño feo: todos estaban dotados de semblantes sinceros y almas puras. Se quedó inmóvil, como atrapada en su propia cárcel, amputada, contemplando cómo tres niñas jugaban a pillar entre los setos del jardín. Esas caras radiantes. Esos brazos rápidos y esa piel nítida. Esas sonrisas francas, y la seguridad con que se cogían de la mano.

Si había algo que ansiaba era coger la mano de un niño entre las suyas. Pero del suyo, de aquel que la mirara a los ojos y le dijera: «Te quiero, mamá».

Empezaba a ser consciente de que esto no sucedería ya, pero el anhelo no la soltaba.

No quería que nadie lo supiera, y menos aún Pawel, de manera que le había insinuado que la falta de hijos era culpa de Thomas, y que su matrimonio estéril era para ella un sacrificio voluntario.

No se sentía a gusto con esa falsedad. Pero quería presentarse ante Pawel como una mujer sin taras.

En Ashton Park, Pawel leía los periódicos con asiduidad, todos los días, para mejorar su inglés. Semana tras semana fue siguiendo el desalentador progreso de la guerra: los alemanes se abrían paso por Europa, forzando la retirada de Dunkerque de miles de soldados franceses. Poco después Hitler posaba, satisfecho, junto al Arco del Triunfo.

Pero Ashton se mantuvo serenamente al margen de la guerra. Pawel continuaba con sus clases de arte en la plácida casa inglesa. Para los niños más pequeños dibujó granjas con cerdos, pollos y un gato negro acostado en el alféizar de la ventana. Esta granja a lápiz era un lugar tranquilo, un reducido remanso de paz al que no llegaba la guerra ni el odio. Le gustaba rescatar a los niños a través de esos dibujos.

Una mañana Elizabeth apareció en una de sus clases. Observó la concentración de Pawel, y el modo en que mantenía el torso estirado incluso cuando se inclinaba para trazar algún dibujo en el papel de un alumno. Al final, él levantó la cabeza.

—He venido de visita —dijo ella, en el tono más intrascendente que pudo adoptar.

Pawel sonrió: le alegraba que lo hubiera hecho.

—¿Quieres ver los dibujos?

La guio de mesa en mesa mientras elogiaba el trabajo de los niños. Una niña había coloreado cada ladrillo de la granja de un color distinto. Juntos admiraron la armonía del conjunto.

El semblante de Elizabeth lucía radiante de alegría, como siempre que estaba con Pawel. Hasta el momento todos sus amantes habían sido desconocidos: ella lo había querido así. Pero esta atracción era algo nuevo, diferente. Pawel ya llevaba un tiempo viviendo en su casa, ella trabajaba y comía con él. Incluso gozaba del respeto de su marido.

Ella tenía la sensación de que llevaban semanas asediándose. Las primeras miradas cargadas de inseguridad habían dado paso a los roces casuales... momentos que habían atravesado el corazón de Elizabeth. Ansiaba algún detalle que sellara el reconocimiento mutuo de ese vínculo íntimo.

—¿Te hace falta algo más? —preguntó ella.

—No tenemos pintura amarilla —dijo Anna Sands, al tiempo que levantaba la cabeza.

—Pintura amarilla —repitió Pawel, con una sonrisa.

—Entonces tendremos que ir a comprar —dijo Elizabeth.

De manera que se organizó otro viaje a York, la segunda visita a la tienda de arte; y, después, como la otra vez, se sentaron cara a cara en torno a una discreta mesa en un restaurante. Los ojos de Elizabeth expresaban tanto deseo, su impaciencia era tan

evidente, que esta vez Pawel derribó sus reservas y se descubrió confiando en ella: al menos lo bastante como para expresar en palabras los horrores de su pasado reciente.

Le habló de la tremenda experiencia de ver la casa de su madre calcinada en Sulejów. Pero, sobre todo, plasmó en palabras el caos de la invasión nazi: cuando los *panzers* atravesaron las defensas con tanta rapidez que miles de soldados polacos quedaron diseminados por la línea de frente, separados del ejército en retirada.

—El transporte era tan escaso que cientos de soldados tuvieron que marchar hacia el este a través de Polonia solo para reunirse con el ejército —le dijo—. Yo tuve suerte de tener un caballo y un carro en Sulejów, pero cuando llegué a la carretera principal que va de Varsovia a Lublin, la imagen era como la de un éxodo bíblico. La carretera aparecía abarrotada de soldados y refugiados... solo se veía una fila inacabable de coches, camiones, caballos, carros, cochecitos de niño, bicicletas, asnos. Brillaba el sol y había polvo por todas partes. Los aviones alemanes sobrevolaban la zona con tanta frecuencia que uno tenía la impresión de que nos vigilaban desde el cielo: como si fuéramos hormigas a punto de ser aplastadas por una bota.

»Subí al carro a una mujer y a sus tres hijos. Se llamaba Monika; tenía los ojos redondos y llevaba a un bebé en brazos. Cuando oíamos el zumbido de los Stukas, todos corríamos a un lado de la carretera. Las bombas nos daban pánico, pero cuando ametrallaban era peor: un sonido letal. Aún puedo oírlo.

»Cuando llegábamos a Lublin aparecieron tres aviones más. Los niños mayores de Monika se movieron con rapidez, pero cayeron bajo el fuego de las metralletas. El niño murió en silencio, al instante. La niña gritó... fue un alarido de dolor...

Elizabeth vio cómo se pellizcaba la nariz con el índice y el pulgar, cómo cerraba los ojos.

—Nunca había visto nada como la angustia de esa madre; aullaba sobre sus cadáveres. Me sentí avergonzado de estar vivo. Aún veo las venas púrpuras hinchándose en su frente.

Efectuó una pausa, levantó la cabeza.

—Hice lo que pude; ayudé a la madre a enterrar a los niños y luego ella me rogó que siguiera mi camino. Así lo hice: la dejé con el bebé, y con el carro.

Elizabeth intentó mirarlo a los ojos.

—¿Encontraste otro destacamento al que unirte? —preguntó.

—Sí. En Lublin. Me enteré de que había soldados en la estación, de manera que me encaminé hacia allí; encontré a algunos reservistas que iban hacia el sur, para unirse a las tropas del general Sosnowski. Cuando salió el tren, no había sitio para sentarse, así que fuimos de pie, apretados los unos contra los otros.

»Nos atacaron varias veces de camino a Lvov. Cada vez que se oía el zumbido de un avión a lo lejos, bajábamos del tren y nos metíamos debajo de los vagones para protegernos.

»Jamás había pasado tanto miedo: corriendo en campo abierto, bajo los aviones,

esperando que me atravesaran las balas. En cada ocasión había soldados que no volvían al tren: el azar marcaba el destino de todos.

Desvió la mirada y siguió hablando.

—Ya sabes el resto. Cuando llegamos a Lvov, la ciudad estaba rodeada y tuvimos que rendirnos a los rusos. Escapé por la frontera hacia Rumania y terminé en un campo de refugiados a las afueras de Bucarest. Y allí me quedé hasta que apareció Peter Norton en el camión.

Aún eludía la mirada de Elizabeth.

—Pawel —dijo ella al tiempo que apoyaba una mano sobre la suya—. Es una suerte que sobrevivieras... —añadió, en voz baja. Y por primera vez se miraron a los ojos con franqueza.

Elizabeth y Pawel tardaron poco en efectuar otra excursión a York. Pero esta vez pasaron la tarde juntos en el Royal Station Hotel. Elizabeth dio dinero a Pawel para que pagara la habitación por adelantado y luego se escabulló escaleras arriba, poniendo cuidado en no ser vista.

Llevaba semanas imaginando a Pawel desnudo: se preguntaba cómo sería el vello de su torso, de sus piernas, de sus brazos. Cuando él se quitó la ropa, por fin pudo admirar su cuerpo.

No se escondieron bajo sábanas rígidas, sino que se miraron el uno al otro. La franqueza del deseo de esa mujer conmovió a Pawel; no había nada tímido o forzado en la reacción de ella. Nunca antes había conocido él una respuesta tan intensa.

Después, la tuvo entre sus brazos, y fue su vulnerabilidad lo que despertó su ternura. Se durmieron juntos... y despertaron justo a tiempo para regresar a Ashton a la hora de la cena.

—¿Te apetece probar la salsa de menta, Pawel? Lleva menta, claro, además de vinagre y azúcar... Es toda una especialidad inglesa.

Aquella noche los modales de Thomas fueron, como siempre, amables y espontáneos mientras trinchaba el cordero asado: un raro regalo. ¿Puedo hacer esto?, pensó Pawel. ¿Acaso este hombre me está animando a caer en los brazos de su esposa basándose en algún juego privado, o es que no se percata de nuestras miradas?

En los meses sucesivos se desarrolló entre Pawel y los Ashton un extraño triángulo de complicidad, siempre entre las cuatro paredes de una casa dominada por los rígidos horarios escolares. No había momento en que no sonara algún timbre, en que no hubiera idas y venidas por los pasillos, manadas de niños que invadían el comedor. Pawel saboreaba este trasiego constante de gente que pasaba por sus vidas, entre ellos, ante ellos, ocultando su romance.

Inesperadamente la relación de Elizabeth con su esposo empezó a mejorar. Ahora que estaba satisfecha con otro hombre, le gustaba acariciar el brazo de Thomas cuando se cruzaba con él o demostrarle su afecto en público. Tales señales de intimidad conyugal solo servían para avivar el fuego de Pawel.

Aquella unión alegre y valiente prosiguió durante muchas semanas. El deseo de Pawel era para Elizabeth como una droga. Con el paso de los días crecían en ella las ganas de estar a su lado, de apoyar la cabeza en su pecho y acariciar su rostro. De adorarlo y cuidarlo. De volver a empezar: solo tenía treinta y cuatro años. Incluso se atrevía a soñar con concebir un hijo suyo, una vez estuviera libre de las cadenas de Ashton Park.

Y, sin embargo, a medida que ella se afianzaba en su amor hacia Pawel, algo en él empezó a cambiar. Al principio fueron detalles sutiles que casi pasaban desapercibidos: una especie de llaga diminuta, de frialdad por parte del artista.

La grieta entre ambos se fue abriendo de manera gradual. ¿Fue tal vez la feroz devoción que se leía en la cara de Elizabeth lo primero que los distanció? Él empezó a verla otra vez desde fuera: en sus ojos había un apasionamiento extremo que lo asustaba.

Una noche, Thomas se puso a tocar el piano, una pieza de su amado Schubert, y la música se coló por los ventanales que daban a la galería. Ya habían cenado, y Elizabeth estaba un poco borracha.

—Baila conmigo —dijo a Pawel.

Él se resistió. Ella se encaminó hacia Thomas.

—Ese hombre nunca me sacará a bailar si sigues con esa música. Por favor, toca algo distinto... para nosotros.

Thomas la miró con firmeza, pero al instante sus dedos cambiaron la melodía: de Schubert a Jerome Kern.

Elizabeth se rio. Durante un momento las miradas de ambos hombres se cruzaron. Luego Elizabeth corrió hacia el más joven y bailaron juntos en la terraza.

*Oh, but you're lovely, with your smile so warm
And your cheek so soft,
There is nothing for me but to love you
Just the way you look tonight...*

Al final de la canción, Pawel se dirigió al jardín; Elizabeth fue tras él.

—No te vayas —dijo ella, casi a gritos—. Tocaré otra canción. Está bien.

—No quiero bailar —dijo Pawel.

—Por favor...

—He dicho que no quiero bailar.

—¿Es por él? ¿Acaso te preocupa él? No le importa.

Pawel se volvió hacia ella, embargado por una furia sorda.

—Por favor, déjame en paz —le espetó al tiempo que daba un paso atrás.

Elizabeth no se atrevió a seguirlo, pero se mantuvo en la semipenumbra del jardín, observando cómo se alejaba.

Thomas bajó la tapa del piano, y, con discreción, se retiró a su cuarto.

A la mañana siguiente, Elizabeth despertó disgustada consigo misma por cómo los había tratado: se arrepentía por lo que le había hecho a Thomas, y buscó a Pawel para pedirle perdón. Pero ya era demasiado tarde.

Pawel quería marcharse. No deseaba seguir siendo testigo de un matrimonio en decadencia. Se recordó que su intención siempre había sido partir en cuanto se recuperara. Sin decir nada a Elizabeth, dio los primeros pasos para unirse a un

escuadrón polaco destinado en Derby, donde recibiría entrenamiento como piloto.

La partida era cuestión de días. Dijo adiós a los niños y preparó la bolsa con las escasas ropas que le habían comprado los Norton. Se despidió de Thomas con unas breves palabras; si este se sorprendió por la decisión, no lo demostró en modo alguno. Luego fue en busca de Elizabeth: la sacó de una reunión con el personal de la cocina.

—He venido a despedirme, Elizabeth...

Ella palideció.

Pawel se despidió de manera enérgica y sin compasión. La dejó sentada en el pasillo, con la cara contraída en un mohín infantil de desconcierto y dolor, y las lágrimas a punto de brotar. Pero él no esperó a verlas: partió a pie hacia el pueblo, donde tomaría el primer autobús hacia el sur.

Elizabeth se refugió en su habitación, atónita. La separación fue para ella algo físico, una amputación brutal que parecía rebanarle el corazón por la mitad. Empezó a temblar. Thomas la encontró acurrucada en la cama, profiriendo roncros gritos de dolor.

El temblor fue tan fuerte que le subió la fiebre y tuvo que quedarse tres días en cama, con las sábanas empapadas de sudor. Thomas, a su lado, le refrescaba la frente con una esponja.

Durante varias semanas, Elizabeth se hundió en una depresión en la que el silencio se alternaba con rabietas, arranques de furia y comentarios llenos de amargura. Thomas fue el único testigo de ese dolor íntimo e hizo cuanto estuvo en su mano para consolarla. Ella hablaba de su amante como si Thomas ya lo hubiera adivinado todo. Al verla en ese estado de desesperación, él optó por no hacerle el menor reproche.

Lo cierto era que ignoraba qué decir, o incluso qué sentir, en ese final de la historia de adulterio de su esposa.

Un día, mientras Elizabeth aún seguía en cama, Thomas se fijó en Ruth Weir, que paseaba a solas por los jardines. Al contemplarla desde la ventana del estudio, le impresionó su aire abstraído: a menudo parecía estar ensimismada en sus pensamientos. De repente pensó que sabía muy poco de esa joven maestra; deseó que no se encontrara demasiado aislada en Ashton. En las reuniones se mostraba siempre amable, pero a la vez cauta; era más bien parca en palabras.

Por el señor Stewart sabía que Ruth era la hija de un vicario que acababa de graduarse en Oxford y que había trabajado con él en el colegio de Pimlico. Era una joven tímida, pero en su mirada había cierto brillo. Tenía la piel pálida y los cabellos rubios: no era alguien que llamara la atención a primera vista, se dijo Thomas. Se había fijado en ella un día, a la hora de comer, y se había sorprendido al ver que era bonita, que su piel parecía muy suave y su sonrisa irradiaba ternura.

Al verla pasear junto a la fuente se despertó su curiosidad; era una persona reservada y prudente, pero a la vez, y paradójicamente, había en ella algo especial: una sincera transparencia.

Otro día de esa misma semana, mientras Ruth empujaba la silla de ruedas por el pasillo del ala oeste, intentó entablar con ella una conversación cortés.

—¿Ha encontrado algo con que distraerse aquí?

—Bueno... me encanta pasear.

—Pues debe asegurarse de visitar la abadía de Rievaulx ahora que el tiempo está despejado.

—Fui por el valle hasta llegar a la abadía el fin de semana pasado.

—Es un sitio precioso, ¿verdad?

—Sí —dijo ella al instante—. Creo que no había visto nada más bello... en toda mi vida.

Expresó este último sentimiento con tanta intensidad que Thomas estuvo a punto de echarse a reír. En cambio, por un momento, comprendió la evidente franqueza de la respuesta. Ella conservaba una mirada inocente sobre el mundo.

Empezaron a hablar del paisaje: de los contornos del valle, de los campos alfombrados de hierba... Y él le señaló varios árboles en particular a medida que los distinguía desde las ventanas del pasillo. Cuando llegaron al estudio, había nacido entre ellos una nueva afinidad.

A eso le siguieron charlas breves, insignificantes, ya fuera en la sala de profesores o durante las comidas. Preguntas educadas sobre dónde había transcurrido su infancia, interés por las novelas que ella leía. La exquisita corrección que imperaba entre ambos le hizo sonreír.

Empezó a esperar con ansiedad cualquier ocasión en que ella pudiera empujar su silla de una clase a otra. Incluso pensaba antes cosas que decirle, a sabiendas de que era ridículo.

—Si baja hasta los bosques la semana que viene, verá cómo brotan las campanillas.

—Ya han salido —le dijo ella—, los niños me las mostraron.

—Creo que se sorprenderá de su abundancia este fin de semana.

—Nunca había visto tantas, la verdad... Los colores son magníficos...

No parecía que tuvieran mucho más que decirse, solo compartir esos momentos de entusiasmo mutuo, pero lo poco que hablaban se expresaba con inusitada emoción.

A medida que avanzaba la primavera, Thomas se descubrió conmovido por la forma de ver el mundo de Ruth; de manera sutil, ella despertaba de nuevo una parte de él, su silencioso aprecio por la naturaleza. Él notaba que Ruth era capaz de percibir la fugaz belleza de lo cotidiano: el viento soplando entre los árboles, el atardecer sobre el lago, la quietud de los páramos. Había llegado a olvidar lo mucho que significaba para él esa sensibilidad. Quizá fuera simplemente su juventud, pero de algún modo conseguía expandir los muelles de sus antiguas reacciones, las auténticas, que llevaban mucho tiempo contraídos.

Él quería mostrarle que también poseía esa sensibilidad. De repente temas absurdos, como el tronco de un abedul o la forma de un castaño de Indias en flor, cobraron una importancia desmedida. Quería que ella compartiera su placer por el lento cortinaje del cielo crepuscular, cuando la noche caía sobre las llanuras del jardín.

Un martes, él esperaba que ella lo llevara hacia la casa, como siempre, pero no la encontró.

—Está enferma —dijo la señora Robson, mientras empujaba la silla de Thomas. Por primera vez él tuvo que admitir que no solo le afectaba la ausencia de Ruth, sino que se sentía tremendamente protector hacia ella. En realidad, se trataba solo de una leve gripe y Ruth se reincorporó a las clases a los tres días.

—Me alegro de tenerla de nuevo con nosotros —le dijo cuando la vio reaparecer en la sala de profesores.

—Ha sido solo un resfriado y un poco de fiebre —repuso ella, algo incómoda ante el efusivo tono de Thomas. Pero la expresión de preocupación que vio en sus ojos la reconfortó.

Esa mañana, Ruth se dirigió a su clase, encantada de estar enseñando de nuevo. Empezó por uno de los grupos de los más pequeños y retomó con ellos la lectura de *A través del espejo*; luego hizo que los niños se agruparan frente a la ventana y señaló las estatuas del león y el unicornio que se alzaban a cada uno de los lados de la verja.

—Escaparon del cuento y se instalaron aquí, en Ashton Park, pero... ¿por qué? —

les preguntó, antes de imponerles su primera tarea escrita: «Una conversación entre el león y el unicornio de Ashton Park». Los niños volvieron a sus pupitres, con sus lápices y sus libros de ejercicios.

A su llegada a Ashton Park, Ruth no había podido evitar sentirse un poco abrumada por el trabajo que supondría aquella escuela improvisada en tiempos de guerra. Los niños habían llegado hasta allí procedentes de distintas partes de Londres y se habían formado grupos desiguales en función de la edad. Pero ella había conseguido organizar un currículum un poco excéntrico que se ajustaba a sus necesidades. Con los mayores, leía *La tempestad* y *La carga de la brigada ligera*. Para los más pequeños, se había decantado por los cuentos de hadas de Oscar Wilde.

La enseñanza la hacía feliz; en Ashton estaba satisfecha porque sabía que hacía algo que merecía la pena. Aunque, si era del todo sincera, debía reconocer que lamentaba la falta de amistades. Cuando acababan las clases, mientras subía la larga escalera que daba a su dormitorio, se preguntaba si ese lugar no la estaría volviendo demasiado introspectiva, aunque solo fuera porque no tenía a nadie en quien confiar. Estaba cómoda en la diminuta y pulcra habitación de la planta superior, donde apenas cabían el armario, los estantes y la cómoda, pero le preocupaba esa tendencia suya a refugiarse en él.

Su llegada a esa mansión grande y desconocida había supuesto un cambio inesperado: la guerra había segado de raíz sus primeros intentos de llevar una vida social en Londres. En cierto sentido le aliviaba no tener que preocuparse de posibles relaciones sentimentales; aquí se sentía segura, como si su estancia en Ashton le concediera tiempo para posponer un poco más el futuro.

Y sin embargo algo en esta nueva y espartana vida estaba desenterrando en ella sentimientos escondidos. Quizá fuera por la soledad en que vivía, o quizá porque el lugar la estaba haciendo consciente de que era demasiado introspectiva por naturaleza. Siempre había dudado de su habilidad para encontrar el amor, aunque no habría sabido decir por qué. En las fiestas londinenses había observado las reacciones de los hombres ante mujeres que se mostraban dueñas de sí mismas, pero ignoraba cómo convertirse en una de ellas. Le habría gustado adoptar un aire más sensual, pintarse las uñas y maquillarse, pero le faltaba confianza para probar a ser sofisticada. Era discreta, incluso invisible: el legado, quizá, de una infancia emocionalmente pobre.

Había recibido una educación rígida, por parte de unos padres con quienes la relación era formal y distante. Las hijas de los vicarios podían estudiar becadas en una escuela preparatoria, y a ella la habían enviado allí con ocho años para que recibiera el dudoso privilegio que suponía el internado. Sufrió una profunda añoranza, salpicada por un sentimiento de culpa constante por no agradecer lo bastante esa educación que, lo sabía, costaba dinero a pesar de todo.

Aún recordaba la primera vez que volvió a casa en vacaciones: el tenso abrazo de su madre, la timidez que la embargaba ante su padre. Antes habían sido parte de su

vida, pero de repente solo podía verlos desde fuera, como personas ajenas a ella. Había aprendido a convivir con la frialdad de sus padres mostrándose educada y alegre, pero las heridas no cicatrizaban. Cuando estaba en el internado, las cartas de casa eran escasas, y más de un cumpleaños pasó sin que su familia se acordara de felicitarla.

La falta de afecto de sus padres despertó en ella una aguda y dolorosa necesidad de contacto físico. Con solo que alguien la cogiera del brazo, o apoyara una mano en su hombro, un escalofrío la recorría y la paralizaba. En Oxford, había contemplado perpleja las salas de conferencias abarrotadas de jóvenes, pero su timidez se había interpuesto siempre entre ella y el resto del mundo: había pasado la mayor parte de su tiempo sola en su cuarto de Somerville, leyendo poesía o paseando entre sus paredes cuando la embargaba la emoción por un nuevo libro.

Luego, cuando se convirtió en maestra, se percató de que con los niños se sentía a sus anchas, relajada, comunicativa; con ellos podía también mostrar su talante afectuoso. Era una maestra innata, paciente y atenta. Su propia experiencia de la soledad la había vuelto especialmente sensible hacia aquellos que estaban bajo sus cuidados.

Pero, además de la enseñanza, algo nuevo le estaba pasando en Ashton. Había conocido a Thomas. Así lo llamaba cuando estaba a solas. Durante muchas semanas los encuentros habían sido educados, agradables, y poco más... y sin embargo por primera vez en su vida se sentía cerca de alguien, a pesar de que no había entre ellos la menor señal de intimidad.

Parecía leer en su mente. Y eso era algo nuevo para ella: una especie de conexión tácita. Pero ¿estaba naciendo algo más entre ellos? A veces lo creía... Otras pensaba que era simplemente fruto de su imaginación.

Ruth había terminado de leer a su clase *El gigante egoísta*. El corazón de Anna aún latía acelerado por la emoción del cuento: el niño que extendía la mano, el corazón del gigante que se fundía, el jardín congelado que volvía a la vida... Se había convertido ya en su historia preferida.

—¿Puede leernos otro cuento, por favor? —preguntó, levantando la mano.

—Hoy no —sonrió Ruth—. Otro día —prometió.

Anna estaba acostumbrada a una enseñanza muy básica, la de la escuela de Fulham: aburridas clases de matemáticas y gramática, y esquemas interminables con los momentos cumbre de la historia de Gran Bretaña. Pero aquí, en Ashton, las clases eran mucho más interesantes.

Debía de ser por los profesores, se dijo mientras corría al comedor a tomar el té. Como siempre, el corazón le dio un vuelco al pasar frente al estudio del señor Ashton, su maestro favorito. Había algo en sus ojos que la atraía.

En todas sus clases de latín o historia conseguía conjurar ante ellos espléndidas imágenes del pasado, siempre basadas en su propia casa. La semana pasada, por ejemplo, los había enviado a visitar los dos templos griegos del parque; Anna pensó que era como si entre sus columnas aún flotara el aire de la Arcadia. Dentro de la casa, los llevaba al Marble Hall para mostrarles la imagen de Apolo tocando el arpa que aparecía pintada entre las nubes que decoraban la cúpula, mientras Cupido disparaba sus flechas sobre la chimenea y feroces grifos custodiaban las repisas de la misma.

A pesar de su corta edad, Anna notaba los restos del pasado que flotaban en Ashton Park. Presentía que todo había sido hecho para alguien: las cornisas doradas del techo, los paneles, las enormes chimeneas. Era como si escuchara a hurtadillas otro tiempo y lugar. Los libros de la biblioteca, los relojes del salón, los reposapiés de la capilla... todo eso pertenecía a la vida de otra persona. Sabía que ella era solo una visita que pasaba por allí.

Pero esto no la detenía de grabar sus iniciales a escondidas en los rincones de los pupitres viejos, bajo el lavamanos, dentro de su mesa. Quería formar parte de ese lugar. Unirse a su historia.

Fue durante el primer verano que pasaba en Ashton cuando Anna empezó a sentir que ese lugar era su hogar. El jardín los llamaba a gritos. Se organizaron paseos en barca por el lago y comidas al aire libre junto al río. Algunos niños intentaron pescar en el arroyo de la cascada. Al principio cogieron un trozo de muselina de la cocina, pero cuando Thomas se enteró hizo que compraran unas cuantas cañas de pescar. Poco después organizó partidos de críquet para los chicos y compró bates de *rounders* para las chicas, y durante todo el verano jugaron partidos en el gran jardín, ante la

imponente mirada del Tiempo.

13 de junio de 1940

Querida mamá:

Aquí hace sol ahora y a veces tomamos las clases en el jardín. El miércoles tenemos mi clase favorita, en la que escribimos poemas...

A lo largo del verano de 1940, Thomas y Ruth se encontraron durante un rato al menos una vez por semana, cuando daban una clase optativa de poesía después de la hora del té. Había empezado como una iniciativa de Ruth, pero un día Thomas le había preguntado si podía asistir, y a partir de ese momento se convirtió en una presencia fija todas las semanas.

El grupo rondaba los doce alumnos, en su mayoría niñas aunque también había algún que otro chico. Era una clase informal que se impartía en el jardín. Ruth y él leían cada uno un poema, y luego los niños levantaban la mano para comentarlo. Los animaban a todos a escribir sus propios versos: sobre animales, sobre su hogar, sus padres o la comida. Ruth se los devolvía corregidos a la semana siguiente.

Para mi madre

El tiempo no será eterno,
ni lo será mi vida contigo,
así que seamos felices juntas
o estemos lo más cerca posible.

Ese fue el primer poema de Anna. Thomas se conmovió al pensar que estos versos salían de una niña que llevaba casi un año sin ver a su madre, de alguien a quien la guerra había condenado al desamparo. Le gustaba pensar que los niños podían hallar en la poesía una forma de dar rienda suelta a sus sentimientos, pero sabía perfectamente que si él se había unido al grupo era para satisfacer sus propias necesidades.

Todos los miércoles de ese verano Thomas esperaba a que Ruth lo recogiera en la casa. Entre ellos se establecía una cercanía inevitable mientras ella empujaba la silla por la rampa que descendía al jardín, y luego a través del sendero de tiza hasta el Templo Abierto, donde los niños los esperaban sentados en un claro.

El paseo duraba menos de diez minutos, pero era su único rato de intimidad compartida. Él intentaba hacer comentarios banales, pero a veces se volvía hacia ella por cortesía, y sus miradas se cruzaban durante un instante. También notaba la leve presión de las manos y brazos de Ruth cuando descendían la ligera pendiente, pero en

general hablaban de los progresos de los niños, del tiempo o de las noticias de la guerra.

—Temo que mueran los padres de algunos de nuestros niños...

—Esperemos que los bombardeos aéreos causen menos víctimas de las que se esperan...

—Presiento que dentro de poco todos conoceremos a alguien que haya muerto en esta guerra.

Podían abordar el tema de la mortalidad enmarcándolo en ese tiempo de guerra, pero Thomas aún temía iniciar cualquier conversación de índole más personal.

Y, no obstante, con el tiempo un incipiente afecto empezó a nacer entre ellos a través de las clases. Ruth escogía versos simples y revelaba sus secretos a los niños. Cuando enseñaba, su aspecto era radiante. Thomas observaba y escuchaba cómo sus reflexiones sobre cosas cotidianas —más aún, cómo el sentido sagrado que tenía de la vida— fluían a través de sus lecciones.

*El borde del sol se hunde; surgen las estrellas:
la oscuridad avanza a grandes pasos...*

Les leyó *El viejo marinero*, y conjuró ante ellos las potentes imágenes de Coleridge de un hombre solitario en las aguas de la vida, a merced de los elementos. Thomas, entre tanto, los introducía en la extraña musicalidad de los versos de Gerard Manley Hopkins y sus enrevesados poemas.

*Como un martín pescador que pesca el fuego, como una libélula quelanza
llamas;
como piedras que resuenan
al caer de canto en un pozo profundo;
como cuerdas tensas que hablan, como campanas colgantes
cuyo péndulo halla la lengua para proclamar su nombre al mundo...*

Anna estaba fascinada: por primera vez en su vida veía, respiraba y saboreaba el mundo en palabras. En los años sucesivos recordaría extraños versos e imágenes, e incluso una sensación especial de la luz mortecina de una tarde en particular: amable, cálida, bondadosa.

Terminada la clase, Ruth acompañaba de nuevo a Thomas hasta la casa, a veces con los niños de séquito. La sutil presión de las manos de ella sobre sus hombros era recibida, o eso le gustaba pensar a Ruth, con una respuesta parecida por parte de él: pero ambos temían que esas sensaciones no fueran más que producto de sus respectivas imaginaciones.

¿Se atrevería Thomas algún día a cruzar la línea? Antes de despedirse, sus ojos se

cruzaban un instante para luego desviarse: él expresaba cortésmente su agradecimiento, ella asentía con timidez. Eso era todo. ¿Qué puede ver esa chica en mí?, pensaba Thomas. ¿Qué puede ver en mí ese hombre, casado con una esposa tan bella?, se preguntaba Ruth. Pero, por las noches, ambos permanecían despiertos pensando en el otro.

Anna jugaba a los cantillos en el largo aparador de la despensa: un juego intenso y repetitivo con una pequeña pelota de goma.

—Oye, bonita, ¿puedes llevarle esta bandeja con el té al señor Ashton? —La señora Robson apareció a su lado, con el delantal levemente torcido, nerviosa, como siempre, por sus mil y una tareas—. Lo encontrarás cerca de las puertas del jardín.

Era una tarde cálida, tranquila y azul, y Anna obedeció de buena gana. Vio al señor Ashton sentado frente al jardín de rosas, con una montaña de libros sobre la mesa. Puntuando ejercicios al calor del sol.

—La señora Robson me ha pedido que le traiga el té, señor.

—Gracias, Anna.

Él le sonrió. Era una sonrisa alentadora. Anna dejó la bandeja en la mesa y se quedó esperando educadamente por si podía ayudarle, de manera que él le dejó que le sirviera una taza, «solo una cucharada de azúcar, por favor», y luego la cogió de sus manos.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó Anna. Señalaba hacia la columna de piedra que se alzaba en el centro del jardín.

—Es un reloj de sol —dijo él, y vio los ojos como platos de la niña—. Si te pones delante, verás cómo las sombras marcan la hora. No es que aquí sea muy útil, pero incluso en Yorkshire disfrutamos del sol de vez en cuando.

Anna dio un paso hacia la columna de piedra y vio una sombra en línea recta que descendía desde una hoja de acero que había en el centro.

—¿Funciona? —preguntó Thomas.

—Sí —se apresuró a decir ella, porque no quería verse obligada a decir qué hora veía en ese extraño reloj.

—Antes solía haber un pozo, pero lo cerraron: era un peligro para los niños. A alguien se le ocurrió colocar un reloj de sol en su lugar.

—¿Hay agua debajo del jardín? —preguntó ella, sorprendida.

—Oh, sí —dijo él—, toda esta tierra es de piedra caliza, llena de arroyos escondidos. A veces creo que puedo oír el susurro de los riachuelos enterrados, pero supongo que solo es porque sé que están ahí.

Anna quedó súbitamente encantada por la idea de esos pozos profundos y esos arroyos secretos que corrían justo bajo sus pies. Y si él podía notarlos, quizá ella también.

—Mira, una mariquita —dijo el señor Ashton con la vista puesta en su dedo.

—¿Eso no trae buena suerte?

—Entonces cógela.

Anna se acercó y observó al bichito rojo que se arrastraba por la mano del señor Ashton. Él lo dejó caer sobre la mano de la niña.

Anna nunca había rozado la mano de un hombre. Los nudillos tenían un vello negro, por el que caminaba el insecto. La visión la fascinó y la asustó a la vez: aquellos largos pelos parecidos a los de sus cejas.

—Hace cosquillas —dijo ella, levantando la cabeza. En ese instante, la mariquita salió volando.

—Vuelve a casa —dijo Thomas con afecto en la voz.

Se dijo que ese debía de ser también el deseo de la niña. Miró a Anna. Pensó que era una niña dulce, muy solemne, que se lo tomaba todo muy en serio.

—Gracias por el té, querida. No hace falta que te lleves la bandeja.

La vio correr hacia el jardín. Los niños siempre corrían hacia todas partes, pensó mientras se repantigaba en la silla para disfrutar del té al calor del sol. El aroma a rosas endulzaba el aire y lo llenaba de optimismo... Hasta que, de repente, se dio cuenta de que era ridículamente feliz. Porque ahora tenía algo que esperar todos los días: ver a Ruth, en la inocente rutina de la vida escolar. Un regalo inesperado que le estaba haciendo la guerra.

Elizabeth volvía a beber demasiado; todas las noches desaparecía una botella de vino de la bodega. Cuando Clifford Norton regresó a Ashton a pasar un fin de semana, se atrevió a mencionar a Thomas que quizá su esposa se emborrachaba con demasiada frecuencia.

Thomas atajó el tema con brusquedad: no quería, ni podía reconocer ante nadie el agujero negro de su matrimonio. Norton no insistió, pero percibió un cambio en su amigo: una paz interior que no supo muy bien a qué atribuir. Acabó pensando que esa nueva serenidad de Thomas se debía a su trabajo de maestro.

Para entonces, Ruth había empezado a colarse en los sueños de Thomas, quien a menudo despertaba casi notándola a su lado de manera tangible. A veces la veía tal y como era: caminando, volviéndose hacia él, sonriéndole. En otras, ella se le aparecía de manera más difusa. Soñaba con el reluciente lago de Ashton, bordeado de árboles, que latía bajo esa luz plácida que precede a la puesta de sol. Él lanzaba guijarros sobre el agua, perturbando aquella bruñida superficie con pequeñas ondulaciones, hasta que las piedras llegaban al centro y se sumergían en las tranquilas profundidades del lago, cuyo silencio y paz eran, sin lugar a dudas, el símbolo de Ruth.

Otras noches, Thomas parecía hallarse sumergido en una sonora cascada, cayendo sobre las rocas antes de conseguir llegar a un estanque quieto y profundo que frenaba el torbellino y el fragor del torrente. Y justo cuando respiraba tranquilo en aquellas aguas mansas, nacía en él la idea de Ruth.

Se aferró a esos sueños, que despertaban en sus extremidades una profunda sensación de sensualidad. Luego, al despertar, se enfrentaba a la extraña dualidad que regía su vida, repartida entre una esposa bella y frágil, que para él era tan gélida y distante como una figura de porcelana, y una maestra joven, un poco torpe y con pecas en la nariz, que era incapaz de sostenerle la mirada, o incluso de estar cómoda en la misma habitación que él.

Habría quien se reiría de la situación. Él mismo lo hacía a veces. Pero como su devoción por Ruth tenía visos de permanecer secreta y sin resolver, se permitió seguir pensando en ella. Al fin y al cabo, se decía, ¿qué mal había en pensar en alguien en privado?

Había mañanas en que Anna despertaba sin poder recordar cómo era su madre. Su cara se había vuelto tan vaga como la de un fantasma, y su mente solo conseguía evocar ciertas expresiones de sus rasgos —una sonrisa, una mirada—, que se desvanecían rápidamente en los recovecos de su memoria. De manera que no cabía en sí de alegría cuando recibió una carta de su madre en la que esta le decía que, por fin, iría a visitarla.

En el verano de 1940, Roberta llegó a Yorkshire, llevando con ella el buen humor y la alegría que la caracterizaban. La felicidad de Anna al ver a su madre no tenía límites. Corrió a abrazarla, y madre e hija salieron a pasear, cogidas de la mano, por el sendero que bordeaba el río.

Anna estaba orgullosa de mostrar Ashton Park a su madre: el río, el lago, el viejo invernadero del bosque, el salón dorado, que despertó la admiración de Roberta, y las aulas. Por último subieron a su dormitorio, donde su madre se sentó en la cama para probar los muelles.

—Un colchón muy mullido —declaró antes de ir a apreciar la vista desde la ventana—. Y se ve el parque...

—Es bonito, ¿verdad?

—Es perfecto.

Su madre sabía mirar un lugar. Se fijaba en los cuadros, y en detalles de las estatuas y relojes a los que Anna nunca había dado importancia: ante sus ojos todo adquiría una gracia nueva.

Cedieron una pequeña habitación a Roberta para que pasara el fin de semana, y el primer día que pasaron juntas fue una jornada de placer sin fin. Pero el domingo por la mañana el dolor de la partida ya amenazaba la felicidad de Anna. El júbilo por la presencia de su madre dejaba paso a un reloj inexorable que contaba los minutos que faltaban para que volviera a perderla. La idea la ponía enferma. A la hora del té fue incapaz de tragar el pan, tal era su temor ante la nueva separación.

Cuando Roberta hubo recogido las cuatro cosas que llevaba en la bolsa y fue a decirle adiós, Anna se echó a sus brazos. Unos intensos sollozos agitaban su menudo cuerpo.

—Por favor, mamá, no te vayas, no te vayas, por favor...

—Los viajes en tren están restringidos, querida, de manera que no me resulta fácil llegar hasta aquí. Pero te prometo que volveré. Cuando consiga otro permiso en el trabajo. Pronto.

Anna estaba inconsolable. Durante veinte minutos, Roberta intentó calmar a su hija, que no paraba de llorar, ante la presencia del señor Stewart.

—Los intranquiliza mucho ver a sus madres —murmuró este al oído de Roberta.

Al final fue él quien arrancó a Anna de los brazos maternos, dejando libre a Roberta para que pudiera tomar el autobús que debía llevarla a la estación de York.

En esos momentos decidió que tardaría en volver; su hija salía adelante, y esta visita solo había servido para entristecerla.

«Fue un alivio comprobar que estaba tan contenta y bien atendida», escribió a Lewis en el tren. «¡Tenemos suerte de que haya ido a parar a una casa tan maravillosa como esa! Es mucho mejor para ella estar allí, a salvo, lejos de las bombas alemanas».

¿O era solo una excusa? Roberta sintió la comezón de la culpa. Mientras el tren avanzaba hacia Londres, pensó en su hija llorando en su cama hasta caer vencida por el sueño mientras ella se divertía en la BBC. Y sin un avión a la vista.

Pero poco después de su visita, Londres fue atacada por una oleada de bombarderos alemanes. El esperado Blitz empezó la noche del 7 de septiembre de 1940; Roberta marcó la fecha en el calendario de la cocina. Al principio las bombas cayeron lejos de su casa, en el East End y los muelles. Pero en las semanas que siguieron ningún barrio de la ciudad quedó indemne. En todos se apreciaban las cicatrices de los bombardeos: edificios destruidos, calles socavadas.

Roberta trasladó la cama al sótano, aunque le era difícil dormir con las sirenas y el retumbar que resonaba en el cielo nocturno. Los londinenses se sumergieron en una vida en penumbra, marcada por las noches en vela y la sensación de somnolencia durante el día, hasta que el cansancio hizo mella en todos. Con las luces apagadas, Londres se convirtió en la ciudad de la oscuridad. La gente se movía con torpeza por calles sin luz, y la vida nocturna se retomó bajo tierra. Para los hedonistas, había clubes y salas de baile subterráneos, abiertos a todas horas. Para los ansiosos, estaban los andenes, abarrotados de una multitud que buscaba refugio bajo tierra.

Al amanecer, los cielos se vaciaban de nuevo, revelando los estragos destructores de los bombardeos de la noche anterior en toda su calcinada extrañeza. Los fuegos de los conductos de gas reventados persistían hasta la mañana, llamas que teñían la luz del día de una bruma violácea: como almas perdidas que se desvanecían hacia el cielo, pensaba Roberta.

Entretanto, en la radio seguían más decididos que nunca a mantener la programación a toda costa. Roberta trabajaba turnos larguísimo, y luego se relajaba con sus amigos en los *pubs* de Fitzrovia, antes de volver a casa, a oscuras, y de acostarse a regañadientes en la cama del sótano, temiendo y esperando la macabra danza letal que se celebraba todas las noches.

Se alegraba de que Anna no estuviera con ella. Pensó complacida en su hija, corriendo por aquellos preciosos jardines.

Las veladas en que Elizabeth bebía hasta perder la conciencia, Thomas se sentía libre para pensar en Ruth sin preocuparse de que su semblante lo traicionara. Esa noche, Elizabeth se había desplomado en la cama a las diez. Quizá despertara de madrugada y se desnudara para acostarse de nuevo, o quizá permaneciera vestida hasta la mañana siguiente.

Elizabeth no quería que le buscara ayuda. Negaba tener problema alguno, negaba ser alcohólica: según ella, se limitaba a recurrir a la bebida unas cuantas veces por semana, al anochecer, normalmente en el dormitorio. La ebriedad se apoderaba de ella rápidamente después de una botella de vino. Si luego añadía otros licores, se desmayaba. Era un ritual secreto que tenía lugar a puerta cerrada: su dependencia al olvido que proporcionaba el alcohol.

Mientras ella dormía, Thomas permanecía sentado en su habitación, consolándose con plácidas reflexiones de su amor por Ruth. ¿Cuándo se había percatado de ese amor por vez primera? Usando la metáfora de Stendhal, ¿cuándo había cristalizado el amor que sentía por ella? Había sido algo que se había apoderado de él, no algo que hubiera buscado. Al principio había abierto una simple fisura en su corazón... pero aun así la ternura había echado raíces, hasta que llegó el momento en que ya no pudo negar la evidencia: estaba enamorado.

Al echar la vista atrás, Thomas creía que el momento en cuestión había surgido un lluvioso día de marzo en que los profesores se habían congregado en la biblioteca. Recordaba todos los instantes de esa tarde. El tumulto de sillas antes de que diera comienzo la reunión. Thomas estaba situado al lado de su esposa, y allí, sentada a una mesa cercana, estaba Ruth, que casualmente quedaba dentro de su campo visual. No decía gran cosa, pero se mantenía muy quieta y con la espalda derecha.

La observó y se preguntó, no sin cierta culpa, si ella podría leer en su mente. Ruth no miró en momento alguno en su dirección, ni él lo esperaba, aunque presentía una atracción entre ambos... ¿era algo cierto, o lo estaba imaginando?

De reojo observó la serena belleza de su rostro; un aura de luz parecía realzar la curva de su mejilla. La visión causó en él una profunda impresión.

El tiempo se paralizó mientras las voces seguían hablando; él no quería salir de esa estancia, deseaba que la reunión durara para siempre en aquel tono monótono, solo por tener la posibilidad de seguir contemplándola.

Se preguntó cómo podía haber vivido sin esos sentimientos. Un mechón del cabello de Ruth, que ella llevaba recogido detrás de las orejas, se soltó e invadió su perfil. Y cuando ella lo echó hacia atrás con la mano, Thomas se estremeció, con solo pensar en una caricia de esos mismos dedos.

Fue el día en que reconoció a Ruth como lo que era: la primera mujer a la que

había querido amar. ¿Cómo podía no haberse percatado de eso al instante? Había tardado semanas, meses, en comprender que su cara, su alma, sus actos, eran todo lo que él había buscado en una mujer.

Y, sin embargo, aquello había sido solo el principio. Primero había existido el júbilo de reconocer el amor como tal, pero eso no había tardado en dar paso a la decepción, en cuanto se planteó lo absurdo de sus sentimientos.

Pensó en la gente, personas corrientes que se conocían, se cortejaban y, al saberse enamoradas, se casaban y procreaban.

Quizá esa era la imagen que habían dado él y Elizabeth, aunque siempre había sido un fingimiento. Y ahora... ahora que sentía por Ruth lo que un hombre debe sentir, era incapaz de decirlo. ¿Cómo podía él enturbiar la vida de esa joven sin tener nada que ofrecerle? Pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar en ella, de esperar lo imposible, de desear estrecharla en sus brazos.

Elizabeth se removió en la cama y Thomas la observó con ojos fríos. Lo sentía por ella, y también se sentía culpable. Pero era una compasión lejana, sepultada desde hacía ya tiempo por sus propios pesares. Veía sus bellos rasgos, su cabello oscuro, pero nada de eso lo conmovía ya: ella estaba fuera de él, ya no ocupaba un lugar en su corazón.

Podía sentirse culpable por Elizabeth, pero ella jamás podría amputar el amor hacia Ruth, por ridículo que este fuera.

A la hora del recreo, Anna corría hacia el Marble Hall a esperar la llegada del correo. Hillary Trevor, la alumna de más edad, recogía las cartas del señor Stewart; todos los evacuados se amontonaban a su alrededor mientras ella iba diciendo nombres: Maltby... Rothery... Price... Rimmer... Hill... Todd...

Pequeños brazos se alzaban entre la multitud, las cartas llegaban a esas manos ansiosas, y los niños se escabullían hacia las ventanas o los bancos del parque para leer las cartas que llegaban de sus casas.

 Mi querida Anna:

 Esta semana ha estado nublado, lo que ha supuesto una bendición porque las nubes dificultan la tarea de los bombarderos alemanes. Se han parado los bombardeos en estos días y Londres ha vuelto a la vida, la gente sonríe en las calles, se ayuda.

Durante el resto de su vida, Anna seguiría conservando aquella esperanza infantil de recibir algo en el correo todos los días. Las cartas siempre le recordarían a las misivas que recibía de su madre durante la guerra, unos preciados papeles que le aseguraban que existía otra vida esperándola cuando regresara a casa. Contenía la respiración mientras la niña encargada del correo pronunciaba los nombres, y el corazón le daba un vuelco si oía el suyo: «¡Sands!». Luego una carta color crema en la que se veía la letra de su madre volaba de un brazo a otro hasta llegar a ella; a continuación la abría con sumo cuidado y saboreaba las palabras maternas.

 Trabajo cerca de Regent's Park, y a menudo aprovecho la hora del almuerzo para dar un paseo por el parque. Doy de comer a los patos y pienso en las veces que lo hemos hecho las dos juntas. Espero que el colegio vaya bien y que la comida sea abundante. Te echo mucho de menos, mi vida, y rezo para que pronto volvamos a estar juntas; así será, no me cabe ninguna duda. Cuídate, cielo, y no te olvides de tu padre en tus oraciones. Me ha escrito desde Egipto, diciendo que ha disfrutado de un permiso de tres días en Alejandría y que te ha comprado un regalo.

 Escríbeme pronto, querida. Con todo mi amor,
 Mamá

Anna veía la cara de su madre en la forma de sus letras y el amor se derramaba en ella mientras leía aquellas palabras. Guardaba el rívido sobre en el bolsillo y lo notaba rozando su pierna durante todo el día, recordándole que le habían escrito, que pertenecía a alguien.

Algunos evacuados nunca recibían cartas, pero aun así no podían resistirse a la tentación de unirse al grupo de niños que esperaba el correo, aunque fuera a cierta distancia, contemplándolo todo con ojos tristes. Pero ni siquiera aquellos que se sentían recordados se libraban del dolor sordo de la añoranza que nunca desaparecía por completo y recorría como un río subterráneo cada momento de sus vidas.

Diciembre, sobre todo, fue un mes lleno de melancolía para los niños, y en los años sucesivos Anna nunca olvidaría aquella Navidad en guerra, tan lejos de casa. Pero también recordaría la generosidad de los Ashton, que se aseguraron de que todos y cada uno de los niños tuvieran un regalo debajo del árbol. Y la succulenta comida que disfrutaron el día de Navidad, en la que se sirvió pollo asado acompañado de patatas crujientes, con ración extra de verduras del huerto.

Pero ninguno de esos consuelos conseguía secar las lágrimas que brotaban en los dormitorios en esas noches navideñas. El recuerdo del hogar, de las madres, de los padres. El vacío emocional de sus vidas sin ellos. Muchos necesitarían años para atreverse a amar de nuevo.

El principio de 1941 trajo consigo una racha de mal tiempo a Yorkshire, y Ashton Park quedó aislado varios días consecutivos por fuertes nevadas. Thomas se descubrió más apartado que nunca de sus antiguos colegas del cuerpo diplomático, sin casi noticias de lo que acontecía en Londres.

«Estamos desmontando la casa —informaba Norton en su última carta— y preparándonos para mi nuevo puesto en Suiza. Nos iremos en unas semanas».

Resultaba difícil hacerse una idea de los progresos de la guerra a través de una radio en el remoto y nevado Yorkshire, se dijo Thomas mientras se dirigía hacia la ventana del estudio. Pero quizá fuera una bendición al fin y al cabo.

Los niños habían salido en tropel al jardín a construir muñecos de nieve y a lanzarse bolas por las pendientes del jardín. Thomas los observó desde la ventana, aunque sus pensamientos estaban en otra parte. Ruth había ido a pasar la Navidad con sus padres, pero desde su regreso se comportaba con él como una extraña. Su relación, siempre cauta, había retrocedido a la rígida formalidad de otro tiempo, como si se hubiera borrado cualquier atisbo de afecto.

—¿Sus padres estaban bien? —le preguntó él durante la comida el día de su regreso.

—Sí, gracias. Muy bien.

—¿Y qué opinan de su trabajo aquí?

—Creo que están más tranquilos que si me encontrara en Londres.

—Hemos tenido mucha suerte de contar con usted.

—Si me disculpa, debo corregir unos ejercicios, señor Ashton.

—¿No le apetece un café?

—Hoy no, gracias.

Thomas se veía incapaz de llegar a ella. Se reanudaron las clases y la vida escolar siguió su curso, pero él se ponía más nervioso ante esa distancia a medida que pasaban los días. Anhelaba hablar con ella con mayor libertad, pero el mal tiempo había puesto punto final a las clases de poesía y eso le dejaba pocas excusas para entablar conversaciones más prolongadas.

—Hay un nuevo ejemplar de *Horizon* en la biblioteca. Quizá le gustaría hojearlo...

—Gracias, pero se me amontonan los libros por leer debajo de la cama.

—Vi un artículo sobre Hopkins que pensé que sería de su interés...

—Lo miraré luego. Gracias.

¿La había perdido? En dos ocasiones Ruth había evitado sentarse a su lado durante la cena, a pesar de que había una silla libre: le abrumaba la sospecha de que esos gestos fueran intencionados, que expresaran su intención de eludirlo. Empezó a ser muy consciente de su invalidez; notaba las piernas inútiles, los brazos agotados. Se esforzaba por mantener la espalda erguida, y adoptó la costumbre de cruzar las piernas en las juntas de profesores solo para demostrar que aún tenía sentimientos, nervios, vida en ellas.

Las dudas infectaban todos sus pensamientos. ¿Cómo podía ella interesarse por un hombre como él? ¿Cómo podía haber imaginado él tal cosa?

La observaba ir de una clase a otra, cuando pasaba por delante de las ventanas. La ligereza de su paso. «No puedo apartar los ojos de ti», le decía en silencio en el comedor, cuando ella miraba hacia otro lado.

Pensaba en ella todos los días, en todo momento, y empezó a temer que estaba perdiendo la razón. La veía en las juntas del suelo, en el cristal de la ventana, en las líneas de cualquier libro. Tenía el corazón enfermo, la mente enferma, el alma enferma. Sus ojos solo conjuraban imágenes de Ruth: andando, volviéndose, sonriendo. La primera euforia del amor había pasado: ahora lo consumían unos deseos que temía no poder declarar nunca en voz alta.

Y, sin embargo, en sus sueños de madrugada, seguía notando que la abrazaba y que su corazón rezumaba una tranquila paz.

Estaba desesperado, pero se repetía a sí mismo que el desespero no era total: ese llegaba solo con la ausencia de esperanza, de significado, con la nada. Le quedaba el consuelo de pensar en Ruth, aunque no pudiera acercarse más a ella. Intentó conformarse con admirarla a distancia, sin necesidad de estar a solas con ella. «¿Cómo se puede lamentar la pérdida de alguien que nunca se ha poseído?». Escribió esta frase en los márgenes de un libro, en un intento de aplicar la razón, de sofocar su deseo.

A veces se dejaba llevar por la fantasía y se veía haciendo el amor con Ruth, abrazándola con ternura, acariciando sus muslos, besándole los ojos, con la lengua en su frente... sin olvidar en ningún momento que era solo un sueño. Pero le inquietaba al mismo tiempo el estar deslizándose hacia la locura, hacia un terreno delirante que parecía más real que los hechos de su vida cotidiana con ella.

Su rostro lo perseguía día y noche, se estremecía en cuanto ella se acercaba y buscaba en sus ojos alguna mínima reacción, el menor rastro de piedad por su desazón. Pero ella siempre parecía distante. ¿Era timidez? ¿Indiferencia? ¿Podía ser amor en secreto, como a veces se atrevía a esperar? Reproducía mentalmente sus conversaciones una y otra vez, analizaba todo lo que ella había dicho intentando hallar la menor insinuación incluso en las frases más inocentes.

Lo que más anhelaba era mirarla a los ojos y encontrar en ellos una respuesta. Quería acercar la mano hasta ella y acariciarla con ternura infinita. Quizá, si fuera posible...

Pero la sensatez volvía con la fuerza de una losa, aplastando toda esperanza: una mujer como ella nunca podría sentirse atraída por un hombre casado, en la cuarentena y en silla de ruedas. ¿Cómo iba a desearlo? Lo devoraban los celos al pensar en los hombres desconocidos que habría en su vida. En sus momentos más tenebrosos, la veía escribiendo cartas de amor a un soldado imaginario.

A pesar de todo, sus esperanzas se negaban a morir. Se decía que debía ser paciente. Esperar hasta la primavera, cuando alargaran los días y pudiera retomar las clases de poesía: ella podría acompañarlo otra vez. Con el tiempo esa intimidad que había brotado entre ellos podría renacer. Y, más pronto o más tarde, él sabría cuáles eran sus sentimientos.

Una noche en la primavera de 1941, el bombardeo sobre Londres era tan ensordecedor e insistente que Roberta apenas pudo conciliar el sueño. Al amanecer, había renunciado ya a toda esperanza de dormir, de manera que decidió salir del sótano e ir andando al trabajo más temprano.

Cruzó Olympia y Kensington, que aparecían inusualmente silenciosas a esas hora del día. Varios edificios habían perdido la fachada, y sus habitaciones aparecían expuestas a la curiosidad del mundo exterior. Vio una bañera de acero encallada en un tercer piso, sostenida por un caótico amasijo de tuberías retorcidas. Había escaleras que subían a ninguna parte y retazos de un floreado papel de pared flotando en el aire. Las aceras estaban llenas de restos calcinados y de fragmentos que crujían bajo sus pies.

Con paso ligero, llegó a las vacías calles de Bayswater que daban a Oxford Circus, donde unas cuantas casas quemadas le recordaron escenarios a medio completar: armazones esqueléticos que conservaban adornos como fotografías y recuerdos familiares de porcelana. Bajo la engañosa luz del amanecer, era como si notara a los espíritus de los muertos flotando a su alrededor, o sentados en sillas rotas de hogares abandonados: vidas que habían sido segadas de forma repentina y que ahora deambulaban en silencio por las calles como si nada hubiera cambiado. Roberta se estremeció, se ciñó el abrigo y apresuró el paso.

Pasó frente a un edificio en ruinas; en el cuarto piso distinguió una cuna que oscilaba en precario equilibrio. Por un instante creyó oír el llanto fantasmagórico de un niño, agudo, indefenso, desatendido; el corazón le dio un vuelco al pensar en Anna y en su sonrisa traviesa.

Llegó por fin a las puertas de la BBC. La camaradería de sus compañeros, marcada por el humor negro, era contagiosa: cada mañana era una celebración por haber sobrevivido una noche más. Roberta pasó ese día catalogando discos viejos, melodías lentas de una docena de orquestas de baile distintas. Encontró una antigua canción de Al Bowlly, *The very thought of you*, cantada con el tono íntimo que caracterizaba al suave tenor lírico. Dejó el disco a un lado y lo anotó mentalmente en la lista de canciones programadas.

*I see your face in every flower,
Your eyes in stars above,
It's just the thought of you,
The very thought of you, my love...*

Esa misma noche, en Egipto, Lewis yacía echado en la arena con la vista puesta en un cielo sin nubes, poblado de estrellas. Una radio sonaba en algún lugar del campamento, y pensó en su mujer mientras escuchaba esa canción, preguntándose si volvería a verla alguna vez.

La primavera había llegado por fin a Ashton Park. Thomas abrió la ventana del estudio, embriagado por la nueva estación. Había ovejas en el campo, niños que correteaban sobre la hierba fresca. ¿Cómo podía haber pasado tantas primaveras sin tan siquiera reconocer esa simple belleza?

Una llovizna empezó a caer sobre las hojas nuevas; oyó el rumor de las gotas mientras trabajaba en su mesa. Durante muchos años se había echado a perder en su propio desierto privado: pero ahí estaba la lluvia, una lluvia dulce que empapaba sus raíces y hacía crecer su esperanza.

Un aire nuevo le llenó los pulmones cuando miró hacia la ventana y se regodeó en las vistas de siempre: el verdor de la hierba, el brillo de los ranúnculos, la luz que inundaba el cielo... El mundo volvía a brillar, y eso era gracias a Ruth.

Y, no obstante, toda esa alegría aún pendía de la esperanza de que algún día la miraría a la cara y sentiría que le respondía con los ojos. Ese pensamiento le quitaba el aliento: la primera promesa de sus ojos.

Pero ¿y si se declaraba solo para ser recibido con burlas o con desconcierto? O peor aún, ¿con compasión o simple desdén?

Se dejó mecer por el vaivén habitual de miedos y esperanzas, sentado a su mesa frente a un montón de deberes sin corregir. Elizabeth, que entró a buscar papel de carta, se extrañó ante su mirada perdida.

—Un penique por tus pensamientos —dijo ella.

Thomas levantó la vista hacia aquel rostro frío y bello que conocía tan bien, y no pudo evitar una fugaz sensación de culpa.

—Me preguntaba cómo debe de irles a los Norton en la nueva embajada...

Thomas se desplazó con la silla hacia la parte de la biblioteca para huir de su mirada y empezó a rebuscar entre los libros. No te acerques a mí, Elizabeth, pensó.

Y entonces se sintió avergonzado; no quería ser desagradable con nadie, ni siquiera de pensamiento.

Después de todo faltaban solo dos clases para la hora de la comida, el momento en que podría volver a ver a Ruth. Entre ellos se estaba desarrollando de nuevo una especie de amistad. Y con el cambio de estación pronto retomarían las clases de poesía.

Los días más largos y menos fríos supusieron también un alivio para Anna. En lugar de verse encerrada en casa con los otros, ahora podía deambular por su cuenta, bajar al río o refugiarse en la alameda. Sin que nadie se fijara en que estaba sola.

Un sábado, Katy Todd la invitó a ir de excursión con su grupo.

—Vamos hasta Saw Mili Bridge —dijo la niña—, a cazar ranas.

—Lo siento —repuso Anna—, no puedo ir.

—¿Por qué no? —preguntó Katy con un mohín.

Anna no tenía respuesta; simplemente, no le apetecía.

—Porque debo encontrarme con alguien en el árbol del relámpago —inventó para darle una excusa.

—¿Con quién?

—Es un secreto —musitó Anna, pero su cara la delató.

Katy se alejó, disgustada.

Avergonzada por su patética mentirijilla, se hundió en una súbita sensación de fracaso. Vio al grupo de niñas encaminarse hacia el río y, con cierto pesar, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para unirse a ellas. Pero la verdad es que no quería estar con ellas. ¿Qué más me da ahora?, se dijo en tono severo mientras caminaba en dirección al bosque, azotando el aire con una rama de abedul. Era un camino que conocía bien y que desembocaba en un claro, lleno de maleza donde se hallaban la antigua pista de tenis y el invernadero, ahora en desuso, echados a perder. La pista estaba infestada de malas hierbas, que parecían crecer en la agrietada superficie roja de tierra batida.

Anna entró en el invernadero. La puerta se había salido un poco de los goznes y el marco tembló cuando ella tiró del pomo. El suelo era de piedra y olía a geranios mustios. El lugar estaba abandonado. Solo había una regadera de latón, manchada de pintura, y una escalera vieja. También había un antiguo banco de hierro forjado, cuyos labrados decorativos estaban cubiertos de óxido y telarañas.

Deambuló hacia el otro lado del invernadero y miró a través de la ventana sucia. Ese ambiente de decadencia se completaba con un jardín invadido por la maleza en cuyo centro había una pequeña fuente seca: un querubín de puntillas sobre un lecho seco de hojas podridas. A un lado se alzaba una austera araucaria, angular y carente de encanto, que parecía contemplar ese lugar desolado.

Anna fue hacia el banco y se sentó con las piernas colgando. Imaginó el chorro del agua de la fuente, ahora situada a su espalda, y un partido de tenis fantasma que se desarrollaría justo delante: el señor Ashton, cuando era joven, corriendo por la pista para devolver un saque.

Pero no consiguió situar a la señora Ashton en ese espejismo. Las mujeres que siempre llevaban zapatos de tacón no solían frecuentar las pistas de tenis, ¿no? A Anna ya no le gustaba tanto la señora Ashton. Era hermosa, pero a veces daba miedo: podía ser incluso mordaz. Y no siempre era amable con su marido; Anna recordó de repente la extraña noche en que había oído sus gritos en el dormitorio.

Permaneció un rato allí sentada, en silencio, y la melancolía empezó a apoderarse de ella. Disminuía el ritmo de su respiración, como si algo le oprimiera el corazón. Hasta que el agudo canto de un mirlo la hizo ponerse de pie y la impulsó a salir del invernadero vacío.

Volvió a la casa y cogió un libro de Rider Haggard de la biblioteca; con él fue a sentarse en el jardín y se sumergió en la lectura: cualquier cosa con tal de evitar a Katy Todd y a su panda.

Eran casi las ocho cuando cruzaba los ventanales que daban al salón. Después del silencio que reinaba en los jardines, el chasquido de las puertas al cerrarse la sobresaltó. Se encaminó a paso rápido hacia la biblioteca para devolver el libro a su sitio.

—Hola.

Anna se paró en seco. El señor Ashton estaba sentado tras una de las mesas de la biblioteca, rodeado de libros.

—¿No deberías estar en tu dormitorio a estas horas? —preguntó él, aunque no parecía enfadado.

—Sí, señor, lo siento mucho.

—No pasa nada. Pero ¿dónde has estado?

—Leyendo. No podía parar...

—¡Ah! Los verdaderos lectores siempre pierden la noción del tiempo... ¿Qué estás leyendo?

Anna dio un paso adelante y le mostró el libro.

—Se titula *El deseo del mundo* y trata sobre el último viaje de Ulises, cuando va a Egipto y conoce a Helena de Troya, que se ha convertido en sacerdotisa primera...

—¿Y al final se casan? —bromeó él.

—No lo he terminado. He venido a devolverlo —respondió Anna en tono de disculpa.

—Pero debes quedártelo hasta que lo acabes. Insisto en ello. Estoy encantado de que alguien utilice este lugar.

—Gracias, señor.

—Vuelve pronto. Pero, ahora que estás aquí, voy a enseñarte la escalera secreta que sube a la galería. Así podrás traerme un libro.

La guio con un gesto hacia un pequeño estante en el que había libros falsos y señaló el secreto manubrio de bronce que su abuelo había instalado. La puerta se abrió con un clic y Anna se internó en la empinada escalera que subía a la galería superior. Desde abajo, el señor Ashton fue indicándole cómo llegar hasta un atlas que necesitaba, que estaba en uno de los estantes más alejados de la escalera.

Descendía orgullosa con el libro en las manos cuando hasta ella llegó un taconeo familiar, seguido por el ruido de la puerta de la biblioteca al abrirse de par en par. Asustada, se escondió detrás de la puertecilla.

Era la señora Ashton.

—¿Sigues trabajando? —preguntó a su marido.

—Solo estaré un rato más —respondió él en voz baja.

Anna contuvo la respiración. La señora Ashton se enfurecería si la encontraba allí, de manera que se acurrucó detrás de la puerta; la mirada de la señora Ashton

cuando se enfadaba le daba miedo.

Elizabeth se acercó a la mesa de Thomas. El lento avance de sus tacones sobre la madera resonó en la estancia.

Thomas dejó de ordenar papeles y levantó la vista. Su esposa estaba inclinada hacia él, con las manos apoyadas sobre la mesa.

—He venido a decirte que no soy feliz —anunció Elizabeth, en una voz tan inexpresiva como clara.

Él intentó leer en sus ojos, ver si había estado bebiendo.

—He dicho que no soy feliz.

—Te he oído —dijo él.

—¿Y no quieres saber por qué?

Thomas se contuvo; solo podía pensar en la niña que debía de estar escondida en la escalera. Elizabeth tomó aire y se incorporó. Hablaba con precisión deliberada, para frenar cualquier rastro de alcohol en su voz.

—Soy infeliz por culpa tuya. Eres mi marido y al mismo tiempo eres un extraño para mí.

Thomas no supo qué responder. La idea de que Anna se hallaba a unos pocos metros le dolía en el alma. Se removió en la silla. Ya era demasiado tarde para revelar su presencia.

—¿No tienes nada que decirme? —La voz de Elizabeth era tensa, amarga, y empezaba a quebrarse.

—Aquí no, por favor. Ya hablaremos en el dormitorio. Después. Por favor.

El semblante de Elizabeth se llenó de lágrimas.

—No eres más que una estatua... Un tullido. Un maldito tullido.

—Por favor... —Extendió la mano hacia ella.

—¡No me toques!

Había hablado con voz ronca, ahogada. Se llevó las manos a la cara y rompió a llorar.

—Ni siquiera vienes a sentarte conmigo en la sala. Necesito compañía...

—Iré contigo si quieres.

—¿Ahora?

—Por supuesto.

—¿No más libros?

—No más libros.

Él rodeó la mesa con la silla de ruedas y acarició el codo de su esposa, impaciente por disipar su furia. Le ofreció su pañuelo y ella se secó las lágrimas. Juntos salieron de la biblioteca.

Anna permaneció inmóvil, aterrada. La mortificaba que el señor Ashton supiera que lo había oído todo.

Esperó hasta que el camino le pareció despejado; luego atravesó la puertecilla y dejó el atlas sobre la mesa del señor Ashton, junto al resto de los libros. Después

corrió escaleras arriba, veloz como una centella, hasta llegar al dormitorio; apenas se atrevía a respirar para que no la oyera el ama de llaves o alguna de sus ayudantes.

—¿Dónde te habías metido? —preguntaron las demás niñas.

—Te hemos cubierto las espaldas —dijo Suzy.

—Hemos dicho que estabas en el servicio...

Anna se cambió rápidamente y se acostó; cuando la señorita Harrison apareció en la habitación, todas las camas estaban ocupadas. Las luces se apagaron.

—Hemos cazado un montón de ranas en el río —dijo Katy Todd.

—¡Te lo has perdido! —dijo otra.

—Luego las soltamos todas.

—Te habría encantado —dijo Katy—, pero no sabíamos dónde estabas.

—Gracias —dijo Anna, secretamente consolada—, pero me puse a leer y me quedé atrapada en la historia.

—¡Ratón de biblioteca!

—¡Silencio! —retumbó la voz de la señorita Harrison.

Anna respiró aliviada al poder pensar con calma, en la oscuridad, sobre el ataque de furia que acababa de presenciar. Sabía que el señor Ashton se había quedado inválido por culpa de la polio, una desafortunada enfermedad... ¿Cómo podía su esposa mostrarse tan cruel con él por algo así?

Se durmió, y soñó con gritos y llantos, con personas enfurecidas que se reprendían unas a otras sin un motivo claro.

Al día siguiente vio al señor Ashton en el Marble Hall. Thomas la saludó y ella fue hacia él. La miró con una afable sonrisa.

—¿Puedes hablar conmigo un momento?

Ella le llevó hasta el estudio y él cerró la puerta. Estaba nerviosa: no sabía cómo comportarse con el señor Ashton, sin nadie más, tras una puerta cerrada. Pero su semblante era amable y expresaba ternura.

—Anna, no sabes cómo lamento que tuvieras que presenciar una conversación entre adultos que una niña de tu edad no debería haber oído.

—No pasa nada —dijo ella. Titubeó, porque no se le ocurría nada más que decir.

—Habría dicho que estabas allí, pero no quise...

—Lo sé —dijo Anna. Se hizo un silencio.

—Todas las parejas discuten de vez en cuando, pero luego hacen las paces —murmuró el señor Ashton.

—Mis padres también discuten —balbuceó Anna, aunque lo cierto era que nunca los había visto pelear—. No se lo contaré a nadie —añadió.

—¿No?

—No, porque... Mi madre diría que es un asunto privado.

—Bueno, tu madre parece ser una señora muy sensata.

—Le gustan... las cosas privadas —prosiguió Anna. Se atascó ahí sin saber qué más añadir.

Se produjo una pausa más larga.

—Lo siento mucho, pequeña —repitió él—, es todo cuando puedo decirte.

Con esas palabras en su rostro apareció una sonrisa cortés que ponía punto final a la conversación. De manera que ella salió al pasillo y cerró la puerta, decidida a no revelar nunca ese secreto.

Recordó lo mucho que había admirado a la señora Ashton a su llegada allí, y también esa vez en que se había hecho un corte en la rodilla y la señora Ashton la había llevado en brazos a la enfermería. Pero ahora le daba miedo. La señora Ashton tenía mal carácter.

A diferencia de su marido, que nunca les hablaba con acritud. Él ladeaba la cabeza y atendía a cualquier pregunta que le hicieran en clase por absurda que fuera. Por supuesto que guardaría su secreto.

Anna no pretendía tomar partido. Pero sabía que el señor Ashton era justo y amable, y que ya no le gustaba nada la señora Ashton.

Llevaba toda la mañana lloviendo en Ashton Park. Si ese día alguien se sentía enfadado con el mundo, podía echarle la culpa al tiempo, pensó Thomas. Ruth lo acompañaba al comedor, ya que ambos salían de sus respectivas clases en el ala oeste.

—Es una tormenta de verano —dijo Ruth—, pero intensa para el mes de julio.

—Tenemos muchas clases de lluvia en Ashton Park: lenta, rápida, suave, torrencial. Personalmente me inclino por la «breve».

Ella se rio, pero no le siguió la broma.

Sus conversaciones habían ganado en fluidez en los últimos tiempos, pero de vez en cuando seguían atascándose. Era como hallarse en orillas opuestas de un río profundo, pensaba Thomas. Entre ellos se cruzaban rápidas corrientes bajo una superficie tranquila, pero aún no sabían cómo llegar hasta el otro.

—¿Qué hará cuando se marche de aquí, después de la guerra?

—No puedo ni imaginar ese momento.

—Pero acabará, sin duda. ¿Qué planes tiene para entonces?

—Supongo que regresaré a Londres.

—¿Seguirá enseñando? Es usted una maestra innata.

—Gracias, pero... estoy disfrutando tanto aquí que no sé si podré adaptarme a un colegio normal en Londres.

—Creo que debería probar algo distinto. Una chica como usted necesita salir, ver gente...

—He sido feliz aquí, no he echado nada de menos hasta ahora.

—Pero no se debe cerrar la puerta al mundo cuando se es tan joven.

¿Qué quería decirle? Ruth asistía perpleja a esas oblicuas conversaciones: algo se ocultaba detrás de sus palabras, pero ambos dejaban en manos del otro la tarea de descifrar su significado. Esos encuentros la dejaban emocionada y nerviosa a la vez, se dijo cuando salió al jardín después de comer.

Desde la ventana del estudio, Thomas vio a Ruth pasando ante el reloj de sol antes de perderse en el bosque; aún estaba aturdido por la charla que habían mantenido esa mañana.

Estaba enamorado de ella, era así de simple. Las habitaciones sin ella eran cuartos vacíos. En cuanto entraba Ruth, se le paraba el corazón.

Veía su cara en todas partes. El cielo era ella, y el césped, y la propia luz. Habían tenido que pasar años para encontrar algo así, largos años de espera para descubrir esa inspiración desconocida, y ahora, por fin, ese deseado anhelo se había hecho

realidad. Sus ganas de amar eran tan agudas que le tensaban todos los nervios. Amor. Si existiera una palabra más elevada, más trascendente, él la habría usado.

«Ruth, Ruth, Ruth». Repetía su nombre una y otra vez, incluso en voz alta. Temía que se le escapara mientras dormía. «Ruth». No importaba que no pudiera andar. No importaba que ella no le correspondiera. Nada importaba más allá de la alegría de saber que ella existía y que podría verla de nuevo. Su cara, sus cabellos, sus manos. Nada podía frenar el júbilo que este amor, esta pasión, arrancaban de él. Era una conmoción que afectaba a todo su ser: se sentía lleno, rebosante hasta la extenuación. Eso que antes habían sentido tantos otros, y de lo que él solo había oído hablar, lo poseía ahora por completo.

Pero la euforia era fugaz. Seguía habiendo otros momentos, horas bajas en que esa felicidad se hacía pedazos. Días en que ella ni siquiera lo miraba cuando se cruzaban, días en que su esperanza se fundía.

Él no se atrevía a tocarla. Podía hacer el amor con Elizabeth a pesar de que le habría importado muy poco no volver a rozar su piel. Pero Ruth estaba fuera de su alcance. Quería acariciarle la mejilla, pasar los dedos por su pelo. Quería mirarla a los ojos y verlos abiertos ante él, como ventanas del alma. Era consciente del fuego que desprendía su mirada, de que debía intentar ocultársela al mundo para que nadie adivinara que esas llamas que despedía eran la expresión de su pasión por Ruth.

En la misma angustia reconocía que era amor. Todos esos años esperando llegar a sentir algo, obligado a fingir, a representar el papel de enamorado, y ahora, por fin, había alguien que hacía nacer en él ese sentimiento de manera espontánea.

Lo amaba todo en ella. Su generosidad, su fe, su fortaleza. Su semblante pálido, casi transparente. Su elocuente timidez. La dubitativa curva de su cuello, ese gesto de incertidumbre tan suyo. La sensibilidad que se leía en sus manos cuando las movía al hablar. Su torpe franqueza, que despertaba en él las ganas de estrecharla en sus brazos. Su ternura.

A las seis en punto de cada tarde los niños se agrupaban en fila en el Marble Hall y luego se encaminaban a la capilla a través de los largos pasillos. En silencio desfilaban hacia el interior de aquella estancia abovedada provista de bancos de madera y sencillas vidrieras emplomadas. Las paredes estaban recubiertas de roble, levemente teñido en azul y dorado por los bordes. Era una capilla familiar, íntima y amueblada con sencillez. Pero a veces el sol de la tarde penetraba por las largas ventanas y el recubrimiento de roble brillaba como una lámpara, insinuando algo que iba más allá de la madera y la piedra.

*Inmortal, invisible, ¡oh sabio, Dios!
Inaccesible a la luz, oculto a nuestros ojos
bendito, glorioso, desde tiempos remotos,
tu nombre alabamos, grande y victorioso.*

A Anna le encantaba la capilla, la solemnidad de las plegarias y el canto de himnos. Creía en Dios con todas sus fuerzas y le rezaba todos los días por su madre, por su padre y por el final de la guerra.

La madera pulida y los mohosos revestimientos de piel de los reposapiés despedían un olor a viejo. Anna intentaba siempre sentarse junto a la tumba de William, el hermano mayor del señor Ashton que había muerto durante la Gran Guerra. Su casco colgaba de la pared y en él se distinguían los impactos de bala. A su lado había un escudo de madera en honor de Edward Ashton, «Desaparecido en combate». Y a continuación una placa por su hermana Claudia.

Anna siempre se sentía un poco culpable cuando miraba esos sepulcros, como si estuviera espiando en las penas del señor Ashton. Cuando él les explicaba las batallas de los romanos, ella habría querido que les hablara de sus propios hermanos en la guerra, pero nunca se había atrevido a preguntar.

Arrodillada en el reposapiés, Anna miró de soslayo a la señorita Weir, que siempre se sentaba muy erguida en la capilla, concentrada en sus oraciones. Todos sabían que era hija de un vicario, quizá esa fuera la razón. Pero se había fijado en que no era la única: también el señor Ashton parecía ensimismado durante los servicios religiosos.

Quizá todos los adultos supieran mirar hacia su interior cuando estaban en una iglesia. Ella lo intentaba: cerraba los ojos con todas sus fuerzas y rezaba para volver a casa cuanto antes, incluso mientras recitaba el Padrenuestro.

«... Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo...».

Desde su banco, Ruth pronunciaba la misma conocida oración mientras meditaba sobre sus sentimientos hacia Thomas. «No nos dejes caer en la tentación». Se sentía atraída por él, aunque había necesitado meses para admitirlo. Y a pesar de que sabía que seguir pensando en él estaba mal, no conseguía sentirse culpable.

Aún no estaba del todo segura de qué le sucedía. Sabía que se encontraba a gusto cuando coincidía con Thomas en una habitación y que le complacía que él le dirigiera la palabra. Cuando hablaban, notaba un leve estremecimiento, y quería que él la tuviera en buen concepto. Pero dichos sentimientos solo eran, seguramente, señales naturales de respeto hacia alguien de más edad y más cultura que ella, que además hacía gala de una cortesía especial.

Desde el mismo día de su llegada, Ruth se había sentido algo impresionada por Thomas. La enormidad de su casa la abrumaba, y él mismo aparentaba ser tan autosuficiente y comedido, sin el menor rastro de necesitar a nadie. Una parte de ella lo temía, quizá porque su invalidez despertaba en ella compasión, un sentimiento que no sabía manejar demasiado bien. De manera que mantenía las distancias, y apenas reconocía, ni siquiera para sus adentros, que esperaba con ansiedad los encuentros con él.

Quizá el origen de su atracción por Thomas hubiera que buscarlo en esa aparente debilidad, ya que tranquilizaba su propia inexperiencia en cuestiones románticas. O quizá en la amabilidad que le demostraba. Pero de algún modo, en un determinado momento, ella empezó a darse cuenta de que esperaba con ganas sus encuentros. Una mañana, mientras se encaminaba a una de sus clases, se percató de que estaba charlando con él mentalmente: se había colado en su mente como un amigo imaginario. Y ella ensayaba para sus adentros lo que podría decirle y valoraba sus propias opiniones a la luz de lo que él pudiera pensar.

Se cruzaban todos los días, pero no disponían de demasiadas ocasiones para mantener conversaciones sustanciales. Estaban las comidas, que él tomaba en el comedor principal, y las reuniones de profesores... y dos veces por semana ella tenía que acompañarlo al estudio desde unas clases que ambos daban en las aulas más alejadas. En estas ocasiones, mientras recorrían el largo corredor curvo hacia la casa, él siempre encontraba maneras de disipar su timidez a base de bromas.

—He estado leyendo a Elizabeth Bowen —comentó Thomas un día—. ¿Ha leído alguna de sus novelas?

—Me temo que no.

—Escribe sobre lóbregos caserones llenos de secretos.

—¿Me recomienda alguno en especial?

—Me gustaría prestarle *La casa en París*. En él aparece una niña muy observadora que me recuerda a alguna de las que tenemos aquí...

Sus conversaciones parecían estar llenas de tantos espacios en blanco que a

menudo ella se descubría intentando terminar las frases cuando ya se habían separado.

Al final se descubrió hablando mentalmente con Thomas a todas horas. Sin darse cuenta ensayaba las frases que le diría. «¿A qué hora le va bien que pase por la biblioteca a recoger el libro de Bowen?», «Sé que me encantará cualquier libro que usted considere especial». Esto es que estoy demasiado sola, se regañó.

Un día, mientras los comensales debatían sobre el frente ruso, Ruth había mirado de soslayo a Thomas y se había dado cuenta de que él estaba observando su cara con gran concentración. Por un instante los ojos de ambos se encontraron con una fuerza inusual, que la sobresaltó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Era la primera vez que se sentía contemplada por alguien que parecía estar pensando en ella, como si de repente ya no fuera esa persona invisible que creía ser. Aunque tal vez se tratara solo de una impresión sin fundamento alguno...

Durante la siguiente semana se fijó en las miradas que se dirigían entre sí las personas de su entorno. Le resultó imposible medir cuál era la cantidad apropiada de contacto visual durante una conversación casual. Pero estaba segura de que en los ojos de Thomas había leído aquel día un destello personal, íntimo. ¿O quizá lo había malinterpretado? Ardía en deseos de comprobarlo, pero no se atrevía a mirarlo.

¿Pensaría en ella alguna vez?, se preguntaba Ruth. A veces se sorprendía al ver que él recordaba cosas que ella le había dicho y se las repetía semanas más tarde. Empezó a ponerse nerviosa cuando lo tenía cerca: temía que las conversaciones con él se salieran de cauce. En una ocasión él le comentó que estaba leyendo a Thomas Hardy, las elegías a su difunta esposa, y de pasada mencionó su carácter erótico. Erótico. Nunca nadie había usado esa palabra ante ella. Él tenía que haber notado su incomodidad, que se tradujo en una inhalación brusca. Una parte de ella se avergonzaba de no haber mantenido antes conversaciones de esa índole. Le preocupaba ser demasiado remilgada.

Empezó a pensar en cómo sería abrazarlo: al principio eran solo ideas frías, como si se tratara de un experimento. No le daba reparo la silla de ruedas, e intuía que él seguía siendo capaz de albergar sentimientos eróticos. Al fin y al cabo, la palabra había salido de él.

Pero la figura de su esposa la reducía a la categoría de simple sombra. Ruth tenía mucho miedo de Elizabeth, de su aplomo y de sus comentarios, que a veces podían ser mordaces... Seguro que la mera idea de que la torpe hija de un vicario pudiera relacionarse, aunque fuera a distancia, con su marido, solo conseguiría provocar en ella una mueca de desdén. Cuando Ruth se miraba en el espejo barato y torcido de su cuarto, veía ante sí una cara pálida, limpia, levemente pecosa. Ni siquiera era aún la cara de una mujer. Se sentía... inadecuada.

Sin embargo seguía pensando en Thomas, por mal que eso estuviera. Podía imaginar lo avergonzado que se quedaría si ella le declarara la mínima parte de sus sentimientos. Marcharse sería entonces su única opción. La idea de la separación le

resultaba demasiado dolorosa, así que continuó alimentando el cariño que albergaba por Thomas, pero en el más absoluto secreto.

Roberta se preparaba para una noche especial. Por primera vez iría al Savoy, la sala de baile más elegante de Londres. Carroll Gibbons dirigía su orquesta, la Savoy Hotel Orpheans, y la pista se hallaba llena de amantes en tiempos de guerra, listos para aprovechar su oportunidad.

La había invitado Billy, el corneta de la orquesta de Geraldo que tantas veces se la había comido con los ojos durante los ensayos en la BBC. A veces también tocaba para los Savoy Orpheans, y eso le daba acceso libre al Savoy en sus noches de fiesta. Ella se había presentado allí con su mejor vestido de satén.

Ambos eran buenos bailarines. Sus cuerpos se rozaban, los dedos de él entrelazados con los suyos, mientras se deslizaban con gracia por los brillantes suelos, encantados de haberse conocido.

El romance con Billy la llevaba de cabeza. Después de todas esas miradas estudiadas en la sala de ensayos, un día se habían encontrado cara a cara en un *pub* de Fitzrovia. «¿Os conocéis?», preguntó alguien y ambos sonrieron, porque ya tenían la sensación de conocerse.

La primera conversación fue delicada, ya que ambos querían que el otro estuviera a gusto, casi compadecerse de la vida de ese otro. Los dos estaban casados, «felizmente casados» por supuesto. Él vivía en Brockley, a unas cuantas paradas de tren desde el puente de Londres, y quería a su mujer, aunque ella había «perdido el interés» por él. (Roberta lo escuchaba con ojos de complicidad, a sabiendas de que ambos estaban fabricando excusas). La diabetes le había cerrado las puertas del ejército. Aportaba su granito de arena al país a través de la música.

Ambos estuvieron de acuerdo en que eso ya era suficiente. Los nazis habían prohibido el *jazz*, tildándolo de degenerada música de negros. Solo tocar música de baile era ya una rebelión. Solo sentir el estremecimiento que esas melodías provocaban en el cuerpo, como el roce de una pantera, era ya una declaración contra Hitler. Una declaración que Roberta abrazó con prontitud. Era una bailarina seductora, lánguida e íntima, que mecía sus caderas y sus brazos al ritmo de la música, algo que excitaba a todos los hombres con quienes compartía un baile.

Billy estaba fascinado, y quería encontrar un lugar en Londres donde pudieran estar juntos. Dijo a su esposa que debía alquilar una habitación en la ciudad para las noches en que no llegaba al último tren. Con tanta gente fuera de la ciudad, abundaban las habitaciones libres. Estaba la emoción de fingir que estaban casados y de dar el nombre de Smith, «para que sea obvio que es mentira». Un casero les mostró estudios amueblados en Maida Vale y St. John's Wood. Casas abandonadas llenas de cuartos vacíos. Al final se quedaron con uno en Notting Hill, un estudio de una sola habitación en Linden Gardens, amueblado con una gran cama y unas sillas

viejas. Daba a la parte trasera de otros edificios, y había una mujer que solía sentarse en la salida de incendios para dar de comer a las palomas. La llamaban la mujer de los pájaros.

Atrancaron la puerta e hicieron el amor ante un espejo colgado en la pared, algo que los excitaba a ambos. A sus treinta y siete años, ella saboreaba un tardío arrebató de sensualidad. Disfrutaba de sus pechos llenos que se estremecían al tacto. Sentía, por primera vez, la agradable redondez de sus formas, olvidándose de sus imperfecciones: ese grosor de sus muslos, que había considerado excesivo, y que ahora tenía la virtud de incrementar aún más la excitación de Billy. La cintura de él tampoco era ya la de un joven, y el vello de su pecho tenía hebras grises, detalles que a ella la conmovían.

Parecía un absurdo tan grande no disfrutar un rato juntos cuando la muerte podía sobrevenirles en cualquier momento... Eso fue lo que se dijeron al separarse de buena mañana, con la vista puesta ya en el próximo encuentro.

En verano las clases terminaban antes en Ashton Park, para que niños y profesores pudieran disfrutar de esos días más largos.

Hacía una tarde despejada y Ruth fue a dar un buen paseo por los jardines. La brisa elevaba tanto su pelo como su espíritu, todo ante ella parecía nuevo y perfecto, como si acabaran de colocarlo. Los nomeolvides de la hierba eran como brillantes ojos azules que se abrían, complacidos ante la escena que tenían delante. Arrancó uno y se lo llevó a su cuarto, de recuerdo. Dejó la flor sobre una hoja de papel y anotó la fecha con un mensaje. Quería poner por escrito que estaba enamorada. «Piensa en lo que has significado para mí». Dobló el papel con la flor en el centro y lo depositó con cuidado dentro de un libro de poesía.

Ruth sabía ya que su felicidad en esa casa se debía a que lo único que deseaba era estar cerca de Thomas. Desde hacía tiempo era consciente de pensar en él a todas horas, pero había tardado más en admitir cuál era la palabra que describía su emoción. Amor. Amaba a ese hombre.

Tal vez estuviera comportándose como una niña tonta, pero en cualquier caso era algo que ya no podía contener. El sentimiento se había apoderado de ella antes de que ni siquiera adivinara qué le estaba pasando. Él se había adueñado de su alma.

Y, aunque no pudiera decírselo, siempre le quedaba la alegría de verlo. Algo que la mantenía satisfecha durante todo el día, incluso mientras daba sus clases. Para sus adentros lo llamaba por su nombre de pila, «Thomas». Después de tantas conversaciones imaginarias, casi notaba una punzada de culpabilidad cuando lo veía en persona. ¿Y si se le notaba en la cara?

Le gustaba pensar que existía entre ellos un cordón invisible, pero a la vez se repetía que eso no era más que un espejismo. Y, no obstante... a veces se concedía el placer de la esperanza. Cada expresión de sus ojos, cada uno de sus gestos, causaba en ella una honda impresión. Apenas se atrevía a mirarlo, pero cuando lo hacía y los ojos de ambos se cruzaban, ella temblaba por dentro. Su mera presencia le provocaba una reacción física tan intensa que ya no sabía cómo permanecer en una estancia si él entraba en ella.

Su mente y su corazón empezaron a acariciar el anhelado momento de la revelación. Soñaba con atreverse a mirar a Thomas a la cara y encontrar amor en sus ojos; quería acariciar su mejilla, quería decir que le amaba. Algo que nunca le había dicho a nadie.

Tras tantos años de soledad, su piel pedía cariño. Pensaba que con solo yacer desnuda en brazos de Thomas alcanzaría la plenitud por primera vez en su vida. Respirar con alguien. Dejar al descubierto todos los secretos y los temores. Apoyar la cabeza en su pecho. Pero el camino hasta ahí le estaba vedado, de eso no le cabía

ninguna duda.

En los dos años que llevaba en Ashton Park, Anna había aprendido a amar ese lugar: su paz, su silencio y su aislamiento.

Al atardecer se sentaba en el alféizar de la ventana de su dormitorio y paseaba la mirada por la plácida campiña, moteada de robles y olmos. A veces acompañaba con los ojos a los rebaños de ovejas que pasaban por los pastos. La vista seguía inspirando serenidad en cualquiera de las estaciones del año: era un paisaje que se instalaba en el alma, y el pálido reflejo del cielo quedaba prendido en la luz de la memoria.

Anna y los demás niños inventaron numerosos juegos y rutinas en los alrededores del campo. Construyeron guaridas en el bosque, y un campamento secreto en la torre de agua abandonada, a pesar de que estaba terminantemente prohibido acercarse a ella. En grupos jugaban a pillar por los jardines y a un dos tres pica pared bajo el reloj de sol.

Una de las niñas tenía unos patines y en los días de lluvia se pasaban horas patinando por los largos y pulidos corredores del ala oeste. Cuando se rompieron las correas de cuero, las sustituyeron con trozos de cuerda.

En invierno a menudo tenían frío, y vivían en una constante búsqueda de comida. Alguien encontró una oxidada lata de azúcar en la alacena de las mermeladas, y los niños repartieron los dulces granos sobre rebanadas de pan hasta dar cuenta de todo. Durante esos meses gélidos se acostaban con calcetines y suéteres, abrazados a sí mismos para resguardarse del frío. Pero llegaba la primavera, con su eclosión de flores silvestres que centelleaba en los bancos de hierba: ranúnculos, narcisos y verónicas azul violáceo. También nomeolvides y descuidados matojos de azaleas.

Con el verano, los niños dejaban sus huellas en la hierba recién brotada. Los bosques olían a ajo, que ellos cogían y chupaban por su sabor dulce y limpio. Y en las tardes de verano, si el ama de llaves y sus ayudantes no conseguían tenerlos quietos en la cama, los enviaban a correr en círculos por el jardín sur a ver si así se cansaban.

Fue durante una de esas carreras, en 1941, cuando Anna posó la mirada sobre los campos, alumbrados por la suave luz del crepúsculo, y se sumergió en un momento de felicidad absoluta.

Le encantaba ese lugar, eso era todo. El leve murmullo de los árboles, el amplio cielo vespertino, la hierba humedecida. La casa, imponente y silenciosa. El corazón le latía animado por un júbilo que no podía comprender, una fuente de alegría que la mantenía allí donde estaba, inmóvil, disfrutando de la vista que la rodeaba.

—Anna, vamos —gritó Mary Heaney, y Anna volvió en sí y salió corriendo en pos de la niña que tenía delante. Le dolía pensar que la luz no tardaría en apagarse, y con ella el día... ¿Y entonces cómo recordaría todo eso?

Se detuvo de nuevo y volvió la mirada, en un intento de capturar ese momento, de guardarlo en su corazón para no perderlo nunca.

En cuanto encontró el poema, Thomas supo que tenía que leérselo a Ruth. Se sintió en paz, porque por fin veía la posibilidad de declararse, aunque fuera de manera indirecta. Era de E. E. Cummings, un poeta estadounidense al que había descubierto por casualidad en una antología reciente. Señaló unos cuantos poemas más para que no fuera tan evidente.

Dos días después, bajo un cielo claro que rezumaba buenos auspicios, Ruth fue a buscarlo para ir juntos a la clase de poesía. Ella se alisó la falda antes de llamar a la puerta de su estudio.

—¡Adelante!

La simple visión de Ruth le llenó de esperanza, aunque disimuló cualquier muestra de júbilo tras sus modales de siempre.

Ella empujó la silla por la breve pendiente que daba al sendero del jardín. Thomas estaba en silencio y parecía preocupado; Ruth puso cuidado en no sacarlo de su ensimismamiento.

Cuando llegaron hasta el grupo de niños y todos estuvieron sentados, Thomas les habló de E. E. Cummings: un poeta estadounidense que buscaba nuevas formas de expresar sus sentimientos y dotarlos de inmediatez, usando recursos como eliminar las mayúsculas y jugar con la puntuación.

—Espontaneidad... Eso es lo que persigue el poeta —dijo Thomas—. Captar el momento tal y como sucede, no como lo recordamos después.

Una vez tenía a todos los niños intrigados ante un poeta que se saltaba las reglas, Thomas empezó a leer. Comenzó con un poema en el que la luna era un globo y luego siguió con otro en que la primavera era como una mano. Pasó el libro a los chicos, y estos contemplaron la excéntrica disposición de las líneas.

—El siguiente es un poema de amor. Aquí el autor echa toda la carne al asador —dijo Thomas, tras recuperar el libro y buscar la página. Empezó a leer de nuevo, en tono ligero y libre, como sugería el poema:

*algún lugar al que nunca he viajado, felizmente allende
cualquier experiencia, tus ojos poseen su silencio:
en tu gesto más frágil hay cosas que me apresan,
o que no puedo tocar porque están demasiado cerca*

*tu más breve mirada consigue revelarme
aunque me he cerrado como si fuera un puño,
me abres pétalo a pétalo al igual que la primavera abre
(con tacto hábil, enigmático) su primera rosa*

*o si tu deseo fuera cerrarme, yo y
mi vida obedeceremos con gesto hermoso, súbito,
como cuando el corazón de esta flor imagina
la suave nieve que cae a su alrededor;*

*nada de lo que puede percibirse en este mundo iguala
en fuerza a tu fragilidad intensa cuya textura
me llena del color de sus países,
y exhala muerte y eternidad con cada aliento*

*(no sé qué hay en ti que cierra
y abre; solo que algo en mí comprende
que la voz de tus ojos es más honda que cualquier rosa)
nadie, ni siquiera la lluvia, tiene manos tan pequeñas*

Cuando terminó de leer se hizo un silencio sepulcral. Ruth solía encargarse de romper el hielo con algún comentario, pero en esta ocasión no dijo nada.

Thomas se dio cuenta de su error al instante: resultaba evidente que no era un poema para niños. Había ido demasiado lejos.

—Me ha gustado lo de la flor en la nieve. —Fue Anna Sands la que habló en voz alta. Thomas nunca se había sentido tan agradecido hacia ningún otro niño.

—Cierto. Una rosa en la nieve. Es una idea preciosa, aunque resulta difícil decir por qué. Esa es la magia de la poesía.

—Pero me ha parecido un poema triste —dijo Anna.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

—Porque hablaba de amor triste —dijo ella.

—¿Por qué piensas eso?

—Estaban como alejados todo el rato, como si nunca pudieran estar juntos.

—Quizá fuera un poema pensado para conquistarla...

—Pero él parece convencido de que no la alcanzará nunca.

—Es mejor querer y perder que nunca haber querido —recitó una niña con coletas, Sarah. Se hizo el silencio.

—Es mejor querer, y punto —dijo Thomas con una sonrisa.

No se atrevía a mirar a Ruth. ¿Habría captado el mensaje que intentaba transmitirle? Ella no tomó la palabra hasta que los niños le preguntaron.

—¿Va a leernos usted también, señorita Weir? —dijo Anna.

—Yo os he traído algo espeluznante —dijo ella—, de Walter de la Mare.

Era un poema de fantasmas, *The Listeners*, que inevitablemente desembocó en el tema de los fantasmas de Ashton Park: la Dama Azul, la Niña del Perrito... En cuanto surgían esos temas, los niños daban rienda suelta a una imaginación

inagotable. Llevado por esa charla ligera y fantasmagórica, Thomas se unió a las risas de los niños. Ruth también.

Al reírse, sus miradas se cruzaron durante un instante. A Thomas se le paró el corazón. ¿Cómo podía permanecer ajena a sus sentimientos? Existía un hilo invisible tendido entre ambos, y ella solo tenía que atreverse a cogerlo. Había leído el poema para ella: era algo evidente, ¿no? Y, aunque esperaba alguna reacción por su parte, no se atrevió a volver a mirarla.

El resto de la clase se le hizo eterna, pero por fin llegó el final y Ruth se dispuso a conducirlo de regreso a la casa. Mientras ella empujaba la silla, él se percató de que ya no lamentaba su invalidez porque presentía que Ruth podía amarlo tal y como era. ¿O se trataba de otro espejismo?

Cuando llegaron al estudio, él llevó la mano al pomo de la puerta mientras intentaba pensar en algo apropiado que decir. Pero el pomo se atascó. La mano de Ruth se posó sobre la suya para ayudarlo. Él levantó la vista y la miró a los ojos. ¿Era amor lo que veía en ellos? Juntos abrieron la puerta.

—Entre, por favor —dijo él.

Ella le siguió. Con gesto enérgico, él cerró la puerta. Por primera vez se encontraban solos en una estancia a puerta cerrada. Ella eludía su mirada, pero él no la apartó. Ella se refugió en las disculpas antes de que él tuviera ocasión de decir nada.

—Lo siento —musitó—, lo siento mucho.

—¿Por qué? —repuso él, perplejo—. ¿Qué le preocupa?

—Me he tomado... demasiadas confianzas.

—No se me ocurre por qué lo dice.

Ella se agachó un poco, cabizbaja, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento mucho. —Era lo único que se le ocurría.

Él no sabía cómo responder.

—Por favor, cuénteme qué es lo que le pasa —pidió él con gentileza.

—Hoy ha estado fantástico —dijo ella, intentando levantar la cabeza. Él se preguntó si el comentario era solo una muestra de cortesía. Estaba sufriendo: ¿qué pensaba ella de verdad?

—Los niños se lo han pasado bien, ¿no cree? —dijo él en el tono más ligero posible, al tiempo que movía las piernas. El momento de tensión había pasado ya, y sabía que debía seguir hablando para que Ruth se sintiera cómoda—. Anna puede llegar a ser una poeta pasable si se esfuerza en ello.

—No es nada tímida a la hora de mostrar sus sentimientos, eso seguro.

—Me pregunto qué se hace de las Annas en este mundo...

—Les cuesta mucho encontrar a alguien que se tome la vida tan en serio como ellas.

—¿De verdad lo cree?

—Bueno, es solo una opinión.

¿Qué más trivialidades podía añadir?, pensó él. ¿Ella lo mantenía a distancia por timidez o por indiferencia? Porque tenía que saber lo que él sentía.

Ella dio un paso hacia la puerta, disponiéndose a salir.

—Gracias —dijo él en voz demasiado alta. Ella se volvió.

—Gracias a usted —repuso ella, y se atrevió a mirarlo a la cara durante un momento.

Él quiso ver ternura en sus ojos, pero había perdido ya la capacidad de imaginar lo que ella sentía. Quizá todo eso no fueran más que ilusiones.

Ella se marchó. Él se quedó allí, intentando descifrar las señales. ¿Esa incomodidad indicaba amor o vergüenza?

Ruth temblaba cuando se encerró en su cuarto. Durante la lectura del poema, se repitió para sus adentros que él debía de estar pensando en su esposa, y la idea de esa clase de amor entre ambos le destrozaba el corazón.

Y, sin embargo, una parte de ella se permitía pensar que quizá hubiera escogido el poema en su honor... ¿Era una locura? Quería hablar con él, y estar con él, y seguir a su lado para siempre. Pero otra vocecilla le decía que se estaba volviendo loca, que lo que debía hacer era abandonar Ashton Park, que se engañaba a sí misma viendo amor donde solo había amabilidad y cortesía.

Se sentó a escribirle una carta. La escribió y reescribió, a sabiendas de que la cambiaría de nuevo. Luego la escondió dentro de un libro, decidida a revisarla a la mañana siguiente. Quizá nunca se atreviera a entregársela, pero solo escribirla ya suponía un enorme alivio.

Al día siguiente él, en el comedor, ni se dignó mirarla. Incluso dio la impresión de que la evitaba, ostensiblemente. Y eso le dolió mucho. ¿Acaso temía él haber despertado en ella algún sentimiento impropio y quería sacarla de su error? ¿Era esta su forma de pedirle que mantuviera las distancias?

Durante todas las clases, Ruth notó el corazón tan oprimido que apenas pudo mantenerse de pie. Mientras enseñaba, oía su voz como si procediera de fuera. Por mucho que intentara distraerse, la asaltaban ráfagas de sensaciones: la visión de la cara expectante de Thomas, sonriéndole, tendiéndole la mano.

En la clase de matemáticas una súbita visión de sus ojos hizo que diera un respingo y perdiera la concentración. Estaba loca: él no pensaba en ella, ni siquiera por un instante. Los niños asistieron perplejos al repentino silencio, pero ella recobró la compostura enseguida y prosiguió con el tema.

Las cosas no fueron más fáciles en días sucesivos. Ella intentaba pasar a solas el mayor tiempo posible, porque el cuerpo le temblaba sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Pensó: debo irme antes de explotar y contar la verdad. Pero una parte de ella aún quería terminar la carta para Thomas, aún quería decirle lo mucho que le importaba. A la salida de clase, se sentaba en la cama de su habitación y copiaba la carta una y otra vez, esforzándose por dejar constancia de sus sentimientos sobre el papel.

Durante tres días no modificó la carta. Se limitó a leerla. En esos días tomó una decisión: debía irse antes de que su conducta rebasara lo permisible. Dijo a la señora Ashton y al señor Stewart que estaba buscando trabajo en St. Albans, para así estar más cerca de sus padres. Ellos lo comprendieron, por supuesto, aunque lamentaban la partida de una profesora tan dotada y dispuesta como ella: ambos se lo dijeron.

Tuvieron que pasar un día o dos antes de que Elizabeth recordara mencionárselo a Thomas durante la cena. Él hizo cuanto pudo por aparentar indiferencia, pero la noticia fue como un mazazo. Ruth se marchaba... a finales de esa semana. ¿Qué haría él, qué podía hacer?

La había perdido. La había echado de allí con el poema, la había acosado cuando lo único que había pretendido era acariciarla y abrazarla. ¿Cómo podía haber sido tan idiota, si la única esperanza que lo mantenía vivo radicaba en verla todos los días? Se hundió en la miseria y pasó la noche en vela, preguntándose qué podía decirle, cómo expresarle su amor. Notaba todos sus nervios en tensión.

Coincidió con ella a la hora de comer, al día siguiente, y se entretuvo para salir al mismo tiempo.

—He oído que nos deja. —La miró a los ojos.

—Sí.

—Lo lamento mucho.

Él no desvió la mirada, la clavó en su rostro, en aquel rostro diáfano. Ella tuvo que agarrarse las manos para que el temblor no la delatara. ¿Era infelicidad lo que veía en sus ojos? ¿Pesar, incluso?

—Mi padre no se encuentra muy bien y he pensado que le ayudaría si yo trabajara más cerca de casa.

—¿Volverá con nosotros o se marcha para siempre?

—Creo que es mejor que empiece de cero en otra parte.

—La echaremos mucho de menos. —Hizo una pausa, levantó la cabeza—. La echaré de menos.

—Yo también los extrañaré a todos... —Ella no pudo añadir nada más, aunque su semblante parecía indicar otra cosa. Se marchó a dar su siguiente clase.

Thomas la vio alejarse, luego se desplazó lentamente hacia su estudio.

El corazón le latía desbocado, le aterraba la idea de no volver a tener un encuentro con ella antes de su partida. Pero ¿qué podía decirle? A pesar de sus fantasías, no tenía nada que ofrecerle.

Se quedó en el estudio, a solas, atormentado por sus propios temores y frustraciones. Había estado muerto por dentro durante años, y ahora que por fin había encontrado a alguien a quien amar se le negaba la posibilidad de expresar sus sentimientos. Siempre había querido dar amor, era su mayor ilusión, pero en cambio había logrado ahuyentar a Ruth. Ella se iba, tardaría poco en desaparecer de su vida, no volvería a verla...

Ignoraba cómo enfrentarse a una vida sin ella.

Esa tarde, ya libre de clases, Ruth se encerró en su habitación. Seguía turbada, pero a ese sentimiento se le había añadido otro distinto. Ahora tenía la certeza de que Thomas lamentaba su partida. El dolor que había leído en sus ojos mientras hablaban era inconfundible. Incluso aunque fuera solo un leve afecto, el cariño de un amigo o un maestro, no cabía duda de que sentía algo por ella.

Así que decidió entregarle la carta. Tal vez eso le intranquilizara, pero ella confiaba en que también él era capaz de comprender la naturaleza del amor y podía, por tanto, apiadarse de la profundidad de sus emociones. La releyó dos veces, hasta que, exhausta, se dio cuenta de que era incapaz de mirarla de nuevo. Entonces metió las hojas sin firmar en un sobre y lo cerró.

Al día siguiente, con las maletas listas, bajó a dar las últimas clases de la mañana. El autobús hacia York salía después de comer; luego tomaría el último tren hacia su casa.

Tenía la carta preparada y el hecho de haber tomado una decisión la tranquilizó. Pero debía entregársela en persona: nunca podría ponerla en manos de otro. Ella sabía cuál era el horario de Thomas; sabía, pues, que tenía una hora libre justo después de la comida. Confiaba en encontrarlo a solas, en su estudio.

Cuando llegó el momento, ella llamó a la puerta, temblando. Llevaba la carta en la mano.

—¡Adelante!

A Thomas se le iluminó la cara al verla.

—Vengo a despedirme.

—Gracias —murmuró él—, muchas gracias. Me habría entristecido mucho no poder...

—Tengo una carta para usted —dijo ella.

—¿Una carta?

—Bueno, es solo... —Se le secó la garganta.

—Oh, Ruth.

Él la miró con unos ojos que lo decían todo, pero ella era incapaz de levantar la cabeza. Abrumada por la timidez, por una mezcla de miedo y esperanza, solo pudo reunir valor para darle la carta. Él la cogió.

—¿Puedo leerla ahora? —preguntó él.

—Sí, por favor —dijo ella. Pero dio media vuelta y se marchó.

—¡Gracias! —dijo él. Ella ya se había ido.

La puerta seguía entreabierta cuando él rasgó el sobre y desdobló la hoja de papel:

Querido Thomas:

Me aterra darte esta carta, porque sé que es un abuso por mi parte. Pero no sabía cómo irme de Ashton Park sin despedirme de ti como es debido.

Por si te interesa, quería decirte que te amo. Nadie antes me había emocionado de una forma tan profunda: has cambiado mi vida y te quiero tal y como eres. Por tu amplitud de miras. Por tu generosidad y cortesía. Por tu mente despierta. Por tu sentido de la justicia y decidido optimismo, y por tu amabilidad: todo en ti despierta mi amor.

Nunca he amado una cara más de lo que amo la tuya; la veo por todas partes. Todo lo que me emociona me recuerda a ti.

Sé que mis sentimientos son impropios, pero me temo que nada puede detenerlos. No obstante, no deseo entrometerme en tu vida más allá de esta carta... por eso me marché, antes de que mis sentimientos se revelen de una forma que pueda incomodarte.

Después de todo este tiempo el amor que siento por ti ha echado raíces. Cortarlo ahora sería amputarme el alma, no hay fuerza humana que pueda desvanecer el cariño, y aunque tal vez no vuelva a verte, siempre estarás conmigo.

Antes de irme, solo quería decirte... que te amo con todo mi corazón, ahora y siempre. Quiero agradecerte la inmensa alegría que me has dado solo con pensar en ti... y te deseo todo lo mejor.

Minutos después de haber abierto la carta, el corazón de Thomas había desechado todos los temores. Esas palabras escritas satisfacían de manera inequívoca todos sus anhelos.

La carta era más sincera, más profunda de lo que había esperado nunca. Pero al mismo tiempo Thomas estaba asombrado de que ella hubiera malinterpretado sus sentimientos de forma tan completa. ¿Cómo podía haberse equivocado al mirarlo a los ojos?

En ese momento era como un reloj al que se le ha dado excesiva cuerda y está a punto de romperse. ¿Y si se marchaba antes de que pudiera responderle? Salió del estudio, recorrió el pasillo y llegó al Marble Hall. Dos niñas aprovechaban la hora de descanso que había después de la comida para jugar al bádminton: Anna Sands y Mary Heaney.

—¡Anna! —La llamó él con suavidad. Ella se acercó—. Anna, debo ver a la señorita Weir antes de que se marche. ¿Ha pasado por aquí cargada con las maletas?

—No, señor.

—¿Podrías ir a buscarla? No tengo ni idea de dónde puede estar, pero es muy

urgente que hable con ella.

Al notar el nerviosismo que expresaba el semblante del señor Ashton, Anna soltó la raqueta y salió corriendo.

—Anna...

—¿Diga, señor? —Ella se volvió.

—Por favor, no pares hasta encontrarla. Estaré en el estudio.

—Sí, señor.

Él sonrió, y el corazón de la niña se llenó de orgullo. Cumplir con un encargo del señor Ashton, hacer algo especial por él... eso siempre la alegraba. Fue corriendo a la sala de profesores, pero no había ni rastro de la señorita Weir. Pasó por la cocina, y salió a las clases, donde los niños empezaban a llegar para las clases de la tarde.

—¿Dónde está la señorita Weir? —gritó ella, casi sin aliento.

—Ya no nos da clase —dijo un niño.

—Se ha ido a su casa —añadió otra niña, segura de sus palabras.

—¿Has probado en su cuarto? —gritó un chico, pero Anna ya se había ido: subió la escalera a todo correr, por miedo a no llegar a tiempo.

Jadeante, llegó al piso superior de la gran casa, donde se hallaba el dormitorio de Ruth. Llamó a su puerta con fuerza.

Se abrió la puerta: era la señorita Weir, que aún estaba metiendo en la maleta los últimos libros.

—Me envía el señor Ashton y dice que es muy urgente, que debe verla antes de que se vaya...

Mientras seguía a la niña hacia la planta baja, a Ruth le daba vueltas la cabeza y el corazón le latía a toda prisa.

Anna estaba encantada de haber podido cumplir con lo que le habían pedido. Habría deseado acompañar a la señorita Weir hasta la misma puerta del estudio del señor Ashton para así poder disfrutar de su agradecimiento, pero al oír el timbre que marcaba el inicio de las clases tuvo que ir a reunirse con su grupo.

Ruth se quedó sola ante la puerta del estudio de Thomas. Unos niños pasaron corriendo por su lado camino de clase y ella tuvo que esforzarse para oír su voz.

—¡Adelante!

Entró en la estancia, más nerviosa de lo que había estado en toda su vida. Cerró la puerta y se volvió hacia él.

Ahí estaba, avanzando en la silla de ruedas hacia la puerta.

—Gracias por la carta, pero me has malinterpretado completamente...

Él recuperó el aliento y la miró a los ojos.

—... Te amo desde hace mucho tiempo, pero creí que no era correspondido.

Incapaz de hablar, ella buscó su mano y al cogerla el corazón le dio un vuelco. Se arrodilló a su lado y hundió la cara en su hombro; sus cuerpos se fundieron en un abrazo. Tras rodearla con sus brazos, él le acarició el pelo y la miró fijamente a los ojos. Sus miradas revelaban toda la ternura, todo el deseo que habían ocultado hasta

entonces. Cuando por fin se besaron, sus rostros estaban tan cerca que podían ver las pestañas del otro, la textura de su piel: cada uno de esos detalles era una nueva y sorprendente maravilla.

—Te amo —dijo Ruth. Era lo único en que podía pensar, la única frase que podía decir, por primera vez.

—¿Cómo pudiste dudar de que yo también te amaba? —dijo él, esbozando una sonrisa. Te amo, podía gritarlo en voz tan alta que partiera las nubes: cualquier dolor que hubiera sufrido se disipó en ese momento. La sostuvo en sus brazos e inspiró profundamente—. Creí que te había perdido. No me dejes. Por favor, no me dejes.

Una de las pinches de cocina de Ashton era una chica de mejillas lozanas llamada Sarah, de Newcastle. Tras muchos meses en el colegio, se había hartado de vivir alejada del bullicio de la ciudad y rodeada de docenas de críos, así que había optado por aceptar un empleo en una fábrica de municiones y se había despedido. Se buscó a una chica del pueblo para reemplazarla, que, al ser de allí, dormía en su propia casa, con lo que la habitación del ala oeste asignada a Sarah quedó libre.

Los niños pasaban horas explorando la gran casa y buscando comida. Anna y Beth echaron un vistazo al que había sido el cuarto de Sarah. El lugar estaba vacío, a excepción de una silla, una cama individual sin hacer y un viejo armario.

Anna abrió el armario, cuya puerta cedió con un crujido y, para su alegría, encontró una caja de galletas Huntley & Palmer. La abrieron al instante. Aún quedaba una capa entera de galletas que no estaban reblandecidas. Anna y Beth cogieron tres cada una y luego devolvieron la caja al armario; salieron corriendo al jardín a disfrutar del festín.

Nadie las había visto. Era su secreto. Siempre que tuvieran hambre, podían ir a la antigua habitación de Sarah y matar el gusanillo con unas cuantas galletas.

Una tarde de otoño, mientras la mayoría de los niños estaba en el jardín, Anna decidió hacer una visita al armario de las galletas. Cerró la puerta de la habitación y buscó la caja, y luego se sentó en el armario abierto dispuesta a comerse las últimas que quedaban sin saber muy bien si debía dejar alguna para Beth.

De repente oyó un ruido, de manera que se apresuró a cerrar la caja. Los pasos se acercaban. Se metió en el armario y cerró la puerta. No consiguió encajarla del todo, quedó un resquicio abierto, pero se acurrucó a un lado.

Alguien entró en el cuarto y cerró la puerta con llave. A través del resquicio de la puerta del armario, Anna distinguió la silla de ruedas del señor Ashton, y a la señorita Weir, que la empujaba. Después ambos se dirigieron hacia el otro lado de la cama, desapareciendo de su campo visual. Anna ya no pudo ver nada más. Solo oír.

La sangre se le agolpaba en los oídos con tanta fuerza que la niña temió que pudieran oírla. Quería salir y pedir disculpas por comerse las galletas, pero habían cerrado la puerta con llave. Tendría que permanecer escondida y asegurarse de no toser. Aterrada, contuvo la respiración.

Fue entonces cuando hasta ella llegaron murmullos suaves, suspiros, respiraciones aceleradas, crujidos de cama: sonidos que apenas podía interpretar, pero que al mismo tiempo intuía que eran un secreto.

Anna se quedó sentada dentro del armario, temblando, con la cabeza apoyada en las manos. Nunca antes había sentido una vergüenza igual. No quería escuchar todo

eso, quería gritar, y se le habían dormido las piernas. Pero se mantuvo encerrada, tensa, acurrucada como una bolita, esperando a que terminara todo.

Levantó un poco la cabeza y por la ranura captó el detalle de unos hombros desnudos apoyados en la cama. Se apresuró a desviar la mirada, pero los extraños sonidos, una clase de gemidos que nunca antes había oído, prosiguieron sin tregua.

Durante al menos veinte minutos más se quedó quieta, sintiéndose débil, mareada, enferma, atrapada. Pero luego todo terminó. Los amantes se vistieron, sin hablar demasiado. Oyó abrirse la puerta, los oyó salir.

Anna esperó en silencio, sin atreverse a realizar movimiento alguno. Hasta que, por fin, se escabulló fuera del armario y huyó. Corrió por el pasillo y salió a los jardines, recorrió los bancos de hierba y se dirigió sin detenerse hasta su lugar favorito, junto a los álamos. Los árboles, mecidos por la brisa, le proporcionaron ese sosiego más profundo y más tranquilo que solo emana de la naturaleza, y no de los hombres.

¿El señor Ashton y la señorita Weir? ¿Cómo podía ser? No se atrevería a contar a nadie lo que había oído.

Para Thomas y Ruth ese fue solo un encuentro más de entre los muchos y apasionados momentos íntimos a los que se veían abocados. Porque para ambos, cada nuevo día traía consigo la esperanza de acariciar la piel del otro. Hasta el momento solo habían podido robar algunos ratos para estar juntos, siempre a plena luz, en aquel cuarto desmantelado... pero aun así se sentían como en el cielo.

Thomas se decía que, para dos personas que se han deseado en secreto durante tanto tiempo, no podía haber goce mayor que el roce de sus pieles, que recorrer los semblantes con los dedos, que el calor de un abrazo. Si sus relaciones con Elizabeth habían sido algo en lo que nunca llegó a implicarse del todo, ahora, con Ruth, se impregnaban de toda la pasión del verdadero anhelo. Se buscaban con los ojos, cada molécula de él se fundía con ella; desnudaban sus cuerpos hasta llegar al alma, ambos entrelazados en un impulso íntimo de amor mutuo.

El descubrimiento del cuarto vacío de la doncella, al que Ruth podía llevarlo sin problemas, había sido un regalo del cielo. Fue él quien se dio cuenta de que ese lugar podía ser su refugio y quien se lo había propuesto a Ruth.

Cuando llegaron a la habitación encontraron una llave en la cerradura, esperándolos. Thomas cerró la puerta por dentro.

El espacio entre ellos se llenó de electricidad. Era la primera vez que conseguían estar a solas, juntos, y el silencio zumbaba a su alrededor, como si alguien hubiera movido un diapasón en el aire. Ruth bajó las persianas y se volvió hacia Thomas. La intimidad empezó en aquel instante.

Siguieron haciendo el amor en aquella habitación siempre que les era posible; el tiempo solo servía para aumentar las ganas de ambos. Se acostaban en aquella vieja

cama individual y se palpaban, al principio con rubor. Hasta el día de la consumación. A partir de ahí su deseo se volvió franco y desinhibido.

Como él le había dicho que no podía tener hijos, nunca se preocuparon de tomar precauciones.

Roberta ponía mucho cuidado de que nadie se enterara de sus entradas y salidas con Billy en Londres. Su horario de trabajo variaba mucho: a veces hacía turno de mañana, otras trabajaba hasta la noche. Entretanto seguía manteniendo contacto con los padres de Lewis, por educación, y también los visitaba algún que otro domingo porque, en el fondo, les tenía cariño.

—Cuando vuelva Lewis, lo celebraremos —les dijo, y hablaba en serio; ardía en deseos de reanudar la vida familiar, de la que echaba de menos todos los rituales.

Pero de momento se distraía con Billy. Como todos los martes por la tarde, echó al correo una carta para su hija y luego se encaminó hasta Notting Hill, donde él la esperaba en el piso. Ella hizo una tortilla para los dos, con huevos que había reservado para la ocasión. Después hicieron el amor con languidez y se durmieron casi antes de haber terminado.

Pero Roberta despertó bruscamente antes de medianoche. A lo lejos se oía el familiar zumbido de bombarderos y sirenas.

—Tenemos que ir al refugio —dijo, zarandeando a Billy.

Él saltó de la cama y juntos bajaron al sótano del edificio. Billy no tardó en dormirse de nuevo en la cama plegable, pero Roberta estaba demasiado despejada. Tenía una entrevista con su jefe a primera hora de la mañana y quería llevar su mejor vestido, que estaba en casa colgado de una percha. Tendría que salir muy temprano de allí para poder ir a cambiarse.

A las dos de la madrugada aún no se había dormido y el bombardeo se apagaba. Cuando oyó la sirena que anunciaba el final del fuego, sacudió a Billy hasta despertarlo a medias, para decirle que se iba a casa a preparar la ropa del día siguiente. Luego salió a la oscuridad.

Estaba nublado y se oía un lejano rumor de fuego antiaéreo. Pero ningún bombardero alemán sobrevolaba Kensington.

Descendió por Notting Hill y se dirigió hacia Holland Road. ¿A qué venía ese nombre?, se preguntó. ¿Qué tenía con ver con Holanda? Con la de veces que había pasado por esa calle y nunca se había planteado su nombre...

De repente un avión solitario zumbó entre las nubes y, al momento, una bomba explotó a unas calles de distancia. La invadió el pánico. Buscando con la mirada el refugio más cercano, aceleró el paso.

Pasó otro avión, y otro más. Todos iban a algún otro lugar, pero la asustaban igualmente. No encontró ningún refugio mientras corría por la calle, pero pasó ante barandillas que disimulaban las entradas a los sótanos. Tendré que llamar a la puerta de un desconocido, se dijo.

Bajó unos escalones y llamó a la puerta de un sótano. No hubo respuesta. Los

aviones seguían sobrevolando la zona. «Por favor, por favor, déjenme entrar». Corrió hacia la siguiente casa, y luego hacia otra. Nadie respondía.

Justo llegaba a la puerta del sótano de la cuarta casa cuando percibió un estallido agudo sobre su cabeza, seguido de un estruendo ensordecedor.

Cuando volvió en sí no podía moverse, aunque tenía la cabeza libre y era capaz de girarla a ambos lados. Tardó unos minutos en percatarse de que no estaba malherida; solo notaba un dolor en el hombro.

Es un milagro que siga viva, pensó moviendo los dedos de los pies. Viva y de una pieza. Solo tengo que esperar a que alguien me saque de aquí.

—¡Socorro! —gritó. Lo repitió—: ¡Socorro!

Pero no hubo respuesta, ni oyó sonido alguno. Y gritar la hizo toser y atragantarse con el polvo. Estaba totalmente enterrada bajo el muro frontal del sótano de una casa.

Se dijo que en cualquier momento oiría gritos de ánimo, y que unos galantes bomberos la sacarían de los escombros y le ofrecerían una taza de té con leche. Pero las voces no llegaban. Se percató de que los coches de bomberos debían de estar por la zona de los almacenes del río. Unas cuantas bombas sueltas en Kensington difícilmente atraerían a los cuerpos de bomberos. Y la casa parecía desierta: los vecinos debían de creer que nadie corría peligro.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó hasta quedarse ronca, y con cada chillido tragaba más polvo e inhalaba más aire.

La claustrofobia empezó a ahogarla, junto con el terror de que podía morir cuando podía ser fácilmente rescatada.

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme!

Pensó en Billy, que estaría en el refugio justo al final de la calle. En Lewis, preparándose para otro día en el desierto occidental egipcio. Y en su hija, dormida en un colegio de Yorkshire. Todos ellos ajenos a lo que podían ser sus últimas horas en una calle cualquiera de Londres. No estaba lista para terminar... ¡El destino no podía ser tan cruel con ella!

Pasaron los minutos y un pánico creciente empezó a apoderarse de su cuerpo rígido. Le costaba respirar y tenía la cara empapada en sudor. Sentía náuseas, la cabeza le daba vueltas. ¿La encontraría alguien? Claro que sí. No tardaría en oír palas y hachas que retiraban los escombros. Debía esperar, solo debía esperar.

Pero el silencio era absoluto.

El terror iba y venía a ráfagas. ¿Volvería a ver a Anna? Su amada hija a la que había... abandonado. Podrían haber estado bailando en la calle, riéndose juntas... Pero Anna ya no podría disfrutar de todo eso...

Se preguntó si ese era el castigo que Dios había elegido para ella. Una punzada de arrepentimiento la hizo llorar, pero era inútil. Su egoísmo había arruinado la vida de su hija. Vio los ojos de Anna ante sí. Ya no tendría una madre para que le enseñara esos secretos de mujeres, o que elogiara su belleza cuando llegara el momento.

¿Cómo podía haberse separado de su hija? Debería haber ido a visitarla más a

menudo, o buscado algún trabajo y alojamiento fuera de Londres para las dos. Pero había renunciado a todo eso... ¿Y a cambio de qué? A cambio de un romance que le colmara los sentidos.

Siempre había pensado que habría tiempo para estar con Anna, y comer helado con ella en copas altas...

El aire se hacía más denso, ella se apagaba. A medida que la vida se le iba escapando, se tranquilizó. Le quedaba la esperanza de que Lewis regresara de la guerra y cuidara de su hija. Pensó en él con amor y rezó porque estuviera a salvo en Egipto. Terminó su vida consciente repitiendo todas las letanías que recordaba, rezando sin cesar, concentrando toda su fuerza en Anna, rogando a Dios que permitiera que el amor que sentía llegara hasta su hija a través de la noche.

Mientras tanto el aire se fue llenando de polvo, hasta que Roberta ya no pudo respirar. Tras cuatro horas atrapada bajo los escombros, la angustia terminó y su alma quedó libre.

Tuvieron que pasar varios días antes de que la encontraran, y para entonces su cuerpo había empezado a descomponerse. Encontraron sus papeles, húmedos pero intactos, en el bolsillo de la chaqueta. Fue su vecino, un cartero ya mayor, quien colaboró con la policía cuando esta llamó a su puerta.

El martes siguiente, Billy la esperó en el piso. Al principio se preocupó al ver que no aparecía, pero luego se durmió, convencido de que debía de haber cambiado de turno. Al día siguiente trató de llamarla a la BBC, donde le dieron la terrible noticia.

Cuando la señorita Weir fue a buscar a Anna a los jardines y le pidió que la acompañara al estudio del señor Ashton, lo primero que pensó la niña era que se había metido en algún lío. Notó un vacío en el estómago al preguntarse si, después de todo, alguien la habría visto en el armario con la caja de galletas. Pero la señorita Weir no parecía enfadada. Apoyó una mano en su hombro y la llevó hacia el interior de la casa.

Tras la pesada puerta del estudio, Thomas esperaba la llegada de Anna con el corazón encogido. Ruth le había dicho que la impresión de la noticia sería menor si se le daba en la tranquilidad y privacidad del estudio. Pero era una niña tan alegre... ojalá pudiera prolongar su ignorancia.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo en su tono más suave. Apareció la niña, expectante, nerviosa. Vio que estaba temblando y recordó sus propios miedos escolares: al director, a los azotes—. No te preocupes —dijo enseguida—, no has hecho nada malo, Anna.

Él movió la mano, como si tomara impulso para decir algo, pero las palabras se resistían a salir. Anna pensó que su propio corazón sonaba con más fuerza que el reloj que había sobre la mesa.

—Debo darte una noticia muy difícil, y vas a tener que ser muy valiente.

Thomas se oía a sí mismo recurriendo a clichés. ¿Se lo digo poco a poco?, pensó, ¿o quizá sea mejor ir al grano y acabar cuanto antes?

La niña parecía desconcertada, distante... casi como si no estuviera allí. Una oleada de ternura se apoderó de él.

—Eres una niña muy especial, querida, quiero que lo tengas presente. Has sido dotada con muchas cualidades y tienes por delante toda una vida que sin duda será... maravillosa. Debes cuidarte, y creer en ti misma.

Anna estaba emocionada y nerviosa a partes iguales. Se sentía al tiempo abrumada e importante. ¿Acaso planeaba concederle una beca?

—Pero... pero me temo que... —Él bajó la cabeza, solo durante un instante.

Mi padre ha muerto, pensó Anna, y sintió una súbita opresión en el pecho. Mi padre ha muerto en el desierto.

Él levantó la vista.

—Tu madre ha fallecido en un ataque aéreo...

Mi madre. Mi madre ha muerto.

Anna se quedó tan atónita que por unos momentos le faltó el aliento, como si alguien la hubiera golpeado con fuerza en los pulmones.

—Oh —musitó. La sorpresa se reflejó en su cara de niña.

El señor Ashton la observó con ojos serios y amables... pero tuvo la impresión de

que ella no podía verlo bien, como si estuviera al otro lado de una ventana de cristales gruesos y empañados.

—Oh, no —dijo ella, y empezó a temblar, apretando manos, tensando rodillas: todo su cuerpo parecía presa de una agitación incontenible.

—Lo siento mucho, Anna —dijo él—. No sabes cuánto lo siento.

Ella no se sentía como si su madre hubiera muerto. Era inmune al significado de esas palabras. La noticia la atravesó, y su cuerpo se limitó a actuar de manera instintiva, tensándose para no derrumbarse; contuvo las lágrimas, solo para demostrar su valor.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—¿Qué?

—¿Cómo sabe que ha muerto?

Él titubeó.

—Encontraron su documentación.

—¿Dónde? —Necesitaba saberlo; quería detalles, una explicación.

—La hallaron... enterrada bajo los restos de un edificio. Probablemente iba de camino a casa a la salida del trabajo.

—¿Cree que sufrió?

—Estoy seguro de que no... Debió de morir instantáneamente, sin darse cuenta.

Anna seguía inmóvil, temblando, sin apenas comprender la información. Al menos, el señor Ashton estaba sentado. Ella, en cambio, parecía hallarse al borde de un precipicio: no sabía qué hacer, ni qué decir, ni dónde posar las manos o los ojos. Notó que a su cara asomaba una sonrisa y tuvo miedo de echarse a reír.

Reprimió el impulso con un estremecimiento. El señor Ashton le tendió un pañuelo —un pañuelo grande y blanco, cuidadosamente planchado— y ella se lo acercó a la cara. Se dejó caer en una silla y ocultó la cara en el pañuelo para que el señor Ashton no viera que reía en lugar de llorar. Notó que él se acercaba y luego sintió una mano que se apoyaba en su hombro. Con ese leve roce, la extraña hilaridad se transformó en lágrimas; se encontró sollozando acompasadamente con el pañuelo en la cara.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Él mantuvo la mano firme sobre su hombro hasta que las lágrimas empezaron a agotarse; ella seguía ocultando su semblante detrás del pañuelo.

¿Qué se le dice a una niña que acaba de perder a su madre? No se le ocurría nada, ni una palabra.

—¿Prefieres quedarte un rato aquí? Esta tarde no tienes que ir a clase...

Sus palabras la hicieron pensar en esos versos que repetían cuando saltaban a la comba: «No hay latín, no hay francés, no hay que sentarse en el pupitre otra vez». Al menos me saltaré la clase de mates, se dijo.

—Ya estoy bien —murmuró. Hizo un intento de mirar al señor Ashton, con la esperanza de que no le volvieran las ganas de reír—. Prefiero irme.

—¿Estás segura?

—Sí, gracias —dijo ella al tiempo que se levantaba de la silla.

La sonrisa educada de la niña lo conmovió: ¿las buenas maneras la obligaban a darle las gracias por informarla de la muerte de su madre?

—Recuerda que si necesitas algo solo tienes que pedírmelo...

Ella ansiaba salir de esa estancia. ¿Acaso debía retenerla, no dejar que se fuera, darle una galleta o algo así? Ella le devolvió el pañuelo.

—Quédatelo... por favor —dijo él.

Ella dio un paso atrás, en un intento por salir de una vez de allí; balbuceó un gracias por el pañuelo, que llevaba en la mano, hecho una bola.

Tuvo suerte de no cruzarse con nadie cuando salía al jardín. Escapó hacia el bosque. Aunque le costaba respirar, corrió sin parar hasta que llegó a su aislado refugio entre los álamos. Se acurrucó allí, sola, y recobró el aliento mientras doblaba con esmero el pañuelo.

Luego se limitó a quedarse allí, temblando de risa. Sin saber por qué.

Anna abandonó el bosque a la hora del té. Se le hacía un mundo enfrentarse a las miradas inquisitivas de los demás niños. Entró en el comedor, consciente de que a esas horas todos estarían al tanto de la noticia.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Katy Todd.

—En el bosque.

—Te has perdido la clase de mates. Quebrados.

—Lo sé. No me salen los quebrados.

—¿Quieres que te ayude? —intervino otro niño.

—Yo también podría explicártelos —añadió otro.

Ayuda con los quebrados. Mi madre ha muerto.

Veía en las caras ávidas de los otros niños esa fascinación morbosa por saber cómo reaccionaba alguien al perder a su madre. Por un lado sabía que había ganado una extraña importancia ante sus ojos: era como una aristócrata de la pena. Pero al mismo tiempo se sentía expuesta, tímida. Por suerte, apareció la señorita Weir y la rescató.

—¿Te apetece venir a coger unos tomates conmigo? La cocinera me ha pedido que le lleve unos cuantos.

Anna fue con ella sin dudarlo.

Emprendieron el camino hacia el otro invernadero Victoriano. La señorita Weir andaba despacio, y el lento paseo serenó a la niña.

—¿Sabías que los Ashton fueron de las primeras familias de Inglaterra que cultivaron hortalizas y frutas en invernaderos?

—¿Cómo fue eso?

—Tenían un jardinero avanzado a su tiempo. Les proporcionaba naranjas, higos y

uvas. Y los caballeros siempre llevaban claveles en los ojales en esa época.

—Pero ahora recogemos tomates...

—Bueno, no creo que la cocinera necesite claveles para nada, Anna...

Anna se relajó al oír la risa de la señorita Weir. Llegaron al invernadero, donde reinaba un denso bochorno y un hedor a fruta pasada. Anna cogió los tomates y la maestra los colocó en la cesta y cerró la desvencijada puerta cuando ambas hubieron salido.

El camino hacia la casa era cuesta arriba y ambas lo recorrieron en silencio. Pero cuando doblaban el último recodo, la señorita Weir se volvió hacia Anna y posó en ella su mirada, serena y amable.

—Si alguna vez necesitas hablar de tu madre, puedes acudir a mí, Anna. No olvides que estamos a tu lado...

Anna se conmovió de gratitud ante la mirada de la maestra, y por un momento despertó sus sentimientos más profundos: sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, las contuvo con decisión y reemprendieron el camino, durante el cual la señorita Weir fue mostrándole flores en las que Anna nunca se había fijado.

No fue hasta tres noches después, cuando ya todos los niños se habían acostumbrado a la noticia y ya no susurraban a sus espaldas, cuando por fin rompió a llorar en la cama mientras se esforzaba por recordar la cara de su madre.

No conseguía recordar las últimas palabras que se habían dicho. ¿No se había limitado a llorar durante la despedida? Me habría gustado decirte tantas cosas..., pensó.

Anna nunca sabría si su madre había recibido su última carta. Peor aún, no conseguía acordarse de dónde había guardado la más reciente que había llegado desde Londres. La había leído un par de veces, pero apenas se acordaba de lo que decía. Algo de una nueva orquesta que tocaba en la BBC, preguntas sobre si el fantástico tiempo primaveral había llegado también a Yorkshire. ¿Eso era todo?

No le he dicho adiós, pensó. No volveré a verla. Ni le enviaré el dibujo que he hecho en la clase de arte.

No se atrevió a preguntar a los profesores por el funeral, porque supuso que si lo hubiera ellos se lo dirían. ¿Qué diría su padre? ¿Viajaría desde África para asistir?

Se pasó días buscando la última carta de su madre, pero no estaba en la taquilla, ni en el pupitre, ni en ninguno de los sitios donde se le ocurrió mirar. Los revisaba todas las mañanas. Pero no la encontró.

En su lugar, como recuerdo de esa pérdida, llevaba a todas partes el pañuelo blanco del señor Ashton.

Tal y como temía, Thomas a veces pronunciaba el nombre de Ruth en sueños. Durante mucho tiempo, Elizabeth había estado demasiado ebria para darse cuenta de nada, pero una noche lo oyó. Eso la desconcertó, y empezó a vigilarlos.

Nunca se le había ocurrido que Thomas pudiera sentir algo por otra mujer. Pero, al observarlo, notó que emanaba de él una íntima satisfacción, que cuando conversaba con Ruth a la hora de comer se mostraba cálido y animado. Que ambos se esforzaban por rehuir la mirada del otro.

¿Era solo amistad lo que existía entre ellos? Ruth parecía una chica tan remilgada y formal que a Elizabeth le costaba creer que se atreviera a coquetear con su marido.

Pero su curiosidad ya se había despertado. Empezó a buscar a Thomas por las noches, en la cama, y este le respondió con prontitud y pasión; pero también notó que cerraba los ojos mientras hacían el amor, y se preguntó si el deseo nacía de pensar en otro cuerpo, en otra mujer.

Observó a la joven maestra. Ruth era anticuada, sosa, sin ningún encanto aparente. ¿Cómo podía atraer a Thomas? Pero una parte de Elizabeth sentía celos, porque era consciente de que Ruth era inteligente. Le costaba admitir que los hombres pudieran sentirse atraídos por la inteligencia femenina... y sin embargo resultaba obvio que Thomas disfrutaba de esas solemnes charlas intelectuales que mantenía con la joven maestra.

Un día, a la hora de comer, no pudo evitar elogiar a Ruth por el vulgar vestido que llevaba.

—Es perfecto para ti —le dijo.

Ruth palideció al percibir la malicia del comentario. Thomas ni se percató del insulto.

Tras la depresión que había seguido a la marcha de Pawel, Elizabeth había empezado a revivir. Había vuelto a asumir la organización de la escuela y la tarea la estimulaba. Pero se mostraba impaciente y mordaz con cualquiera que la irritara; proyectaba una arrogancia teñida de amargura que ahuyentaba tanto a profesores como al personal de la casa. A los niños les ahorraba el sarcasmo y a veces incluso bromeaba con ellos durante los recreos, pero estos le tenían un poco de miedo, ya que sabían que su humor variaba, que podía ensombrecerse sin motivo aparente; en esas ocasiones, ella daba media vuelta y se marchaba.

Thomas temía los arranques violentos de su esposa, que a veces surgían, por pura frustración, durante una de las discusiones que ambos tenían en el dormitorio. Otras veces estallaban de repente tras un largo período de resentido silencio: estampaba contra el suelo un frasco de perfume o un plato de porcelana, solo por ganas de

romper algo, incapaz de contener su tendencia al dramatismo. Luego se alejaba como si aquello no hubiera sido obra suya, dejando atrás los fragmentos de cristal o de loza diseminados por el suelo.

Tal vez fuera el precario equilibrio que sostenía su matrimonio lo que la provocaba, o tal vez el temor de que Ashton Park quedara vacío de niños en fecha próxima. En el otoño de 1942, el conflicto bélico parecía haber dado un nuevo vuelco: los aliados habían vencido en El Alamein, y el ejército de Hitler sufría incontables bajas en el frente ruso, sobrepasado por las fuerzas aparentemente ilimitadas de Stalin.

Pero seguía habiendo frecuentes víctimas en Inglaterra, lo que hacía que los evacuados siguieran en Ashton. En enero los periódicos informaron de la tragedia acaecida en un colegio cerca de Londres que fue bombardeado mientras las niñas veían una representación de *El sueño de una noche de verano*. La escuela se derrumbó bajo un impacto directo, y murieron veinticuatro colegialas y cuatro maestras. Los padres trabajaron con denuedo durante toda la noche, al lado de los cuerpos de defensa, para recuperar los cadáveres de las niñas. «Charles Alford, un soldado de permiso, llegó al colegio y se encontró con el cadáver de su hijita de cuatro años, Brenda, sacado de entre los escombros», leyó Thomas, afectado por esas malogradas vidas infantiles.

En Ashton las bombas no eran nunca mucho más que un eco lejano, pero también sucedían desgracias domésticas. Un sábado por la mañana, dos chicos jugaban al bádminton en el Marble Hall cuando en uno de los lanzamientos la pelota fue a dar contra el cable de la lámpara: el impacto fue el toque de gracia a un cable que llevaba cien años de silenciosa desintegración. Se oyó un crujido que no auguraba nada bueno; los chicos se quedaron inmóviles durante un instante antes de salir corriendo para huir de la enorme lámpara, que se vino abajo y se estrelló contra el suelo de mármol. El sonido de cristales rotos retumbó por toda la casa.

Thomas lo oyó y se apresuró a ir a ver qué había pasado. Los niños, atónitos, se hallaban en un extremo del salón, contemplando el mar de vidrios rotos. Había fragmentos de cristal por todas partes. Vio que Elizabeth aparecía por el otro lado, seguida de Ruth.

Elizabeth tomó el mando y pidió escobas y cubos. Desde la galería superior, Anna y los otros contemplaron los trozos que brillaban en el suelo. El esqueleto de la lámpara yacía inerte, y sus prismas proyectaban luces de colores en una demostración de magia absurda. El vidrio crujía bajo las pisadas y rascaba el suelo al ser recogido.

Durante varios meses los niños siguieron encontrando diminutos fragmentos de vidrio en cualquier rincón de la casa, que habían viajado en las suelas de sus zapatos.

La lámpara rota afectó al estado de ánimo de Ruth: se lo tomó como un mal presagio. ¿Cuánto tiempo podían ella y Thomas seguir siendo amantes antes de que se

desmoronara el precario equilibrio de su relación? Temía a Elizabeth y a sus frías miradas de soslayo.

Tonterías, argüía Thomas: el accidente de la lámpara había que atribuirlo a un simple cable viejo. Pero también él estaba impaciente por hallar una salida. No albergaba el menor deseo de seguir ocultando a Ruth, de relegarla para siempre al papel de amante, pero necesitaba estar seguro de que ella quería de verdad estar con él. ¿La consumación había marcado el final de un encaprichamiento apasionado o el inicio de un estadio más profundo? Con el paso de los meses, él tenía la sensación de que cada vez estaban más cerca el uno del otro.

Pero le seguía preocupando la diferencia de edad, y también su invalidez. Era consciente de que ella algún día querría tener hijos, y de que lo que debía hacer él era apartarse, no permitir que ella se quedara a su lado por obligación. Y, sin embargo, al mismo tiempo albergaba la esperanza de que un amor tan extraño e inesperado pudiera implicar una unión más intensa y dar frutos inesperados. O al menos eso intentaba decirse.

Un día la vio pasear por el jardín desde la ventana de la biblioteca. Su paso era ágil, alegre, liberado, como si se hubiera quitado una pesada carga de los hombros.

Ruth aún no le había dicho que ese mes no había tenido el período. Al principio no le dio importancia: podía tratarse de un simple retraso. Pero con el transcurso de los días notó que los pechos le crecían un poco. Y la menstruación no llegó.

En su siguiente encuentro él la encontró inquieta; al instante creció en él el temor de que pensara abandonarle. Ella percibió sus temores, así que no pudo contenerse y lo soltó todo: llevaba un mes de retraso; podía estar embarazada.

Ella clavó su mirada ansiosa en la cara de Thomas, pero solo vio una sombra espontánea de felicidad en esos rasgos.

—Es la noticia más maravillosa que podía recibir...

—Creí que te preocuparía el escándalo.

—¿De verdad piensas que a alguien que ha deseado tener un hijo durante tanto tiempo puede importarle algo así? Es un milagro: un hijo, tuyo. Es más de lo que podía imaginar —añadió él, absolutamente feliz.

Si él podía darle hijos, podrían estar juntos. Era así de simple. La abrazó y por primera vez se dijo que tenía un futuro que ofrecerle: ahora podía ser suya. Casi no creía en tanta buena suerte, pensó mientras la cubría de besos.

Ruth fue al hospital de York, donde confirmaron el embarazo. A partir de ese momento a Thomas le asaltó la urgencia de ser un hombre libre, antes de que el embarazo empezara a notarse. Pero temía la inevitable conversación que debía mantener con Elizabeth. La ensayó cientos de veces y nada parecía adecuado. Fue aplazando ese momento, un día tras otro, hasta que ya no pudo postergarlo más.

Una tarde de la primavera de 1943, le pidió a su esposa que se reuniera con él en el estudio. Ella supo que se trataba de algo grave en cuanto entró en la estancia y él le dijo que cerrara la puerta. Thomas se desplazó hacia ella e intentó mirarla a la cara.

—Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—Adelante —repuso ella, impaciente.

—He retrasado esta conversación para no hacer daño a nadie. Pero, Elizabeth... creo que ha llegado el momento de que... nos separemos.

—¿Qué estás diciendo?

—Quiero que nos separemos.

—¿Por qué?

—Porque nuestro matrimonio se ha agotado, ha llegado al final... Y ahora aún nos queda tiempo para empezar de nuevo, para encontrar a otra persona.

—¿A qué viene todo esto?

—Solo creo que ha llegado el momento de que nos enfrentemos a nuestras diferencias.

—No estás siendo sincero. Lo que pasa es que tú quieres ser libre. No yo.

—¿Estás segura de eso?

—Lo estoy.

—Te liberarías de la carga que represento para ti.

—Eso no son más que excusas, Thomas.

Ella esperó su respuesta, pero cuando vio que esta no llegaba, siguió insistiendo.

—Hay otra persona, ¿no? Vamos, dílo.

Él se sorprendió al ver que lo sabía.

—¿Y qué pasa si la hay?

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo miras a tu maestrilla? Es patética.

Él pasó por alto la provocación y resistió la tentación de sacar a colación el nombre de Pawel. Solo quería conseguir su libertad, y que ambos conservaran la mayor dignidad posible.

—Cualesquiera que sean las circunstancias, te estoy pidiendo el divorcio.

—Pues yo no quiero dártelo.

—¿Por qué?

—Porque eres mi marido y te quiero. —Lo dijo en un tono cargado de sarcasmo, pero él supo que, en cierto sentido, era verdad.

—Entonces te pido tu ayuda —repuso él—. No somos felices, ninguno de los dos.

—¿Vas a decirme que estás enamorado? ¡Como si ella fuera a corresponderte! La gente se reirá de vosotros. Thomas Ashton el tullido y su niña.

—Me gustaría dejar a Ruth al margen de todo esto.

—¿Ruth? ¿Ya la llamas Ruth? ¿Has intentado besarla? —Ella se rio.

—Elizabeth, por favor...

—¿No ves que te está tomando el pelo? Ella querrá a un hombre de su edad, que le dé hijos, no a un inválido de mediana edad con una esposa vengativa a sus espaldas.

Elizabeth había adoptado un tono apremiante. Por un momento, la despreció.

—Tendrá hijos —murmuró él.

Elizabeth clavó sus ojos en él.

—¿Tendrá hijos? —preguntó—. ¿Qué significa eso? ¿Tendrá hijos? ¡Dímelo! ¿Está embarazada? ¿Lo está? ¿Lo está?

Thomas sostuvo su mirada. Entrecerró los ojos.

—Sí —dijo, y al instante vio que una oleada de sorpresa y dolor invadía los rasgos de Elizabeth. Se arrepintió de su brusquedad de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Elizabeth se tambaleó, como si un nervio frágil se hubiera quebrado en su interior. La relación con su marido, con su casa, con su vida, había quedado amputada de un plumazo. Él tendría un heredero—. Estas cosas pasan —dijo Thomas en tono conciliador, refugiándose en los tópicos.

—Yo quería un hijo.

Por un momento él sintió la inmensidad de su dolor. No eran celos de Ruth, ni siquiera de él, sino más bien el anhelo frustrado de la maternidad.

—Lo siento, Elizabeth. Lo siento mucho.

Ella rompió a llorar. Thomas aguardó a que pararan las lágrimas, pero pasaron los minutos y ella siguió sin mirarlo.

Sabía que estaba mal, pero no le quedaba paciencia. No quería hacerla sufrir, y al mismo tiempo quería verse liberado cuanto antes. Ella levantó la vista y por fin los ojos de ambos se cruzaron.

—No —dijo ella—. No, no te dejaré marchar. —Y con esas palabras salió del estudio.

Thomas permaneció donde estaba; se dijo que ese había sido solo el primer asalto. Pensó que debía reunir valor y volver a hablarlo en cuanto ella se hubiera tranquilizado.

No le había dicho a Ruth que esa tarde hablaría con Elizabeth, pero habían quedado más tarde: debía advertirle que se mantuviera lejos de su esposa.

Thomas no podía imaginar que Elizabeth estaba sumergida en un odio tan intenso que una fuerza maligna parecía haberse apoderado de ella. Aguardó con impaciencia a que Ruth terminara la clase de la tarde; la encontró en la sala de profesores y, sin la menor dilación, le pidió que la acompañara al pueblo.

—Tenemos que recoger un envío de sábanas nuevas —dijo Elizabeth. Dio media vuelta, como si no precisara respuesta. Su semblante era glacial, y la joven la siguió, sumisa y desconcertada.

Subieron al coche. La rabia de Elizabeth era tal que ni siquiera podía mirar a Ruth. Embarazada. Esa chica llevaba en su vientre al hijo de Thomas. La idea le daba náuseas.

Dio marcha atrás y luego giró el volante para tomar el camino que atravesaba la verja. La grava crujía bajo las ruedas. Ruth notó su amargura y el pánico se adueñó de ella. ¿Qué sabría la señora Ashton?

Elizabeth hundió el pie sobre el acelerador y el coche ganó velocidad mientras avanzaba por la larga avenida blanca. No dijo nada, pero agarró con fuerza el volante, con la vista puesta en los postes que marcaban los cercados para el ganado. Aceleró.

En el mismo instante en que pisaba el pedal hasta el fondo, Elizabeth se arrepintió de su acción, pero para entonces la velocidad ya le había hecho perder el control del vehículo. Ruth lo vio venir, pero el terror la había dejado muda. Frena, por favor. Frena. Los árboles volaban a su paso, el cielo corría hacia ella, y el coche se empotró contra uno de los postes de hierro forjado. El choque lanzó a Elizabeth hacia delante, partiéndole el cuello y la vida. Ruth salió despedida, y el cristal del parabrisas le desgarró la cara. Ella y el hijo que esperaba murieron en el impacto contra el pavimento de hormigón.

Thomas oyó el choque desde la casa y tuvo el presagio de que era un reflejo de la violencia de Elizabeth. Cuando llegó al Marble Hall, vio que varias personas corrían por la avenida. Durante lo que le pareció una eternidad permaneció a la espera de noticias. Ansiaba desesperadamente ver aparecer a Ruth. Se dijo que debía de estar en su cuarto, ajena al estruendo. Que enviaría a una de las niñas a buscarla.

Fue el señor Stewart quien regresó primero, lívido, y le dijo que el coche de Elizabeth había sufrido un accidente: que su esposa estaba muerta.

Casi de pasada, añadió que Ruth Weir también iba en el coche.

—¿Se encuentra bien? —balbuceó Thomas, súbitamente aterrado.

—Me temo que... también ha muerto.

A Thomas se le encogió el corazón, se quedó sin aire. Levantó la vista, nublada por el dolor.

—Debo verlas —musitó—. ¿Me acompañas hasta allí?

Así pues, Jock Stewart empujó la silla de Thomas por la avenida, con las ruedas chirriando sobre la superficie empedrada, hasta los postes que había a medio camino: los dos cadáveres habían sido colocados sobre la hierba. El coche era un amasijo de hierros torcidos y cristales rotos. Alguien había cubierto los cuerpos con mantas. Thomas pidió verlos y alguien destapó el cuerpo de su esposa.

Elizabeth presentaba un moretón en la mandíbula y el cabello se le había soltado, pero sus ojos estaban cerrados, acabados, distantes. Como si durmiera.

Él notó el escozor de las lágrimas en sus ojos, porque era el otro cuerpo el que ansiaba ver.

—¿Puedo ver a Ruth? —Dijo su nombre. No podía llamarla señorita Weir. Tenía que usar su nombre.

Alguien empujó la silla de ruedas y luego apartó la manta que cubría el cuerpo de Ruth. Su cara estaba magullada e hinchada. No había expresión, solo un rostro destrozado: la luz de sus ojos se había extinguido. ¿Dónde estaba ese espíritu que él había amado tanto?

Todo su cuerpo se estremeció en un aullido interno de dolor. No debería haber sido ella. ¿Cómo podía haber sucedido? Y el niño que crecía en sus entrañas... el hijo

de ambos, que lo habría redimido de todas las penas de su vida, ahora también perdido: muerto para ambos.

Permaneció encogido en la silla, en la calzada de Ashton Park. Su amor había muerto, y solo él tenía la culpa. No sentía nada por Elizabeth: ni rabia, ni amargura, solo un espacio vacío. Toda su capacidad de sentir se concentraba en el dolor por esa joven mujer que seguiría viva si él no se hubiera cruzado en su camino.

Nunca debería haber permitido que me amaras, pensó él. Estarías viva, libre para seguir con tu vida.

Lo dejaron allí, con la cara oculta entre las manos.

Anocheció. Thomas pidió que lo dejaran solo en su estudio, y no hizo acto de presencia en la capilla, ni en el comedor. Stewart intentó llevarle algo de comer, pero estaba demasiado afectado para probar bocado. La funeraria se había llevado los cadáveres y por la mañana tendrían que discutir los detalles de los entierros. Thomas los echó a todos hasta entonces.

Sobre las nueve, cuando los niños ya estaban acostados, Thomas fue al salón y se sentó al piano.

Rodeado por la noche, tocó con dedos agarrotados... Chopin, Schubert. Pero durante gran parte del tiempo se limitó a permanecer sentado, abrumado por su pérdida, bebiendo de la botella de *whisky* que había llevado consigo.

Sentado en la penumbra, percibía un atisbo de luz que procedía del Marble Hall. A ratos se adormecía, pero despertaba enseguida y sus dedos volvían a las teclas. El *whisky* se acababa. Estaba medio borracho.

Bien entrada la noche se abrió la puerta del salón, y en ella apareció una niña bañada por el resplandor del vestíbulo. Era Anna Sands. Temblaba. Dio un paso adelante, casi sin atreverse a seguir.

—Hola.

—¿No deberías estar en la cama?

—No puedo dormir.

—Yo tampoco.

Ella se acercó y se acurrucó a sus pies. Permanecieron en silencio... hasta que Anna se echó a llorar.

—Lo siento mucho —musitó la niña.

Thomas apenas tenía fuerzas para nada, pero recordó que la madre de esa niña también había muerto hacía poco tiempo y se sintió conmovido, a pesar de su propio dolor.

—No te preocupes —dijo él, tendiéndole la mano en la penumbra.

La niña cogió su mano al instante, se dio impulso para levantarse y se echó sobre su regazo, hundiendo la cara en su hombro. Los brazos de Thomas, que al principio yacían sin saber qué hacer, acabaron rodeándola para consolarla. Abrazados, vivieron

unos silenciosos momentos de pena compartida.

Nada se dijo. La niña lloró en silencio: por su madre, por su maestra. Incluso por la señora Ashton.

El contacto con otro ser vivo hizo que algo se quebrara en Thomas y sus ojos se llenaron también de lágrimas. Siguieron mucho rato así, aferrándose el uno al otro en la oscuridad. Levemente ebrio, Thomas tuvo la sensación de que esa niña podía leerle el pensamiento.

—La amaba, ¿lo sabes? —murmuró él. Anna no dijo nada: agotada, exhausta del llanto, se hundió más aún contra el hombro de Thomas—. La amaba como nunca había amado a nadie —prosiguió él—. No sé si puedo vivir sin ella.

En la oscuridad, en el silencio, él notó que la respiración de la niña iba sosegándose, notó que se dormía. El sereno ritmo de su respiración hizo que también él se durmiera.

Eran las tres de la madrugada cuando Thomas despertó, desazonado y dolorido. La niña seguía acurrucada sobre sus rodillas. La despertó, nervioso. De repente le preocupaba que alguien cotilleara en la habitación de Ruth.

—Anna, Anna, tienes que hacerme un favor —le pidió en voz baja—. Ve a su cuarto y busca cartas, diarios, cualquier cosa personal que ella pudiera tener.

¿Acaso me he vuelto loco?, se preguntó.

—¿A la habitación de quién? —dijo Anna, desorientada y medio dormida.

—A la de la señorita Weir, tu maestra.

Anna se había despertado desconcertada, pero era lo bastante lista como para disimular. Saltó de su regazo y fue casi corriendo hasta la planta superior, en medio de la noche, sin saber muy bien qué debía buscar.

Sin aliento y algo mareada, llegó al cuarto de la señorita Weir. Cerró la puerta con cuidado antes de encender la luz. El brillo la espabiló al instante. La habitación estaba muy ordenada.

Abrió los cajones y encontró ropa, pañuelos, ropa interior doblada. Miró en los libros de los estantes, pulcramente colocados. Pero no encontró carta alguna.

Luego se le ocurrió levantar el colchón. Y allí, entre los muelles del somier, vio un montón de papeles metidos en un libro. Lo sacó. Todas las cartas habían sido escritas por el señor Ashton. Las cogió, cerró el libro y lo colocó en el estante.

Abajo, Thomas la esperaba en la oscuridad, donde ella lo había dejado. Anna le entregó los papeles y vio cómo se le iluminaban los ojos. La noche se desvanecía ya, y ambos contemplaron la cara del otro, dos máscaras pálidas.

—Estaban debajo del colchón —dijo ella en voz muy baja.

—Gracias —dijo él—, muchas gracias, Anna. Ahora vete a la cama. Y que esto sea un secreto. —Susurraba en una estancia vacía. Anna asintió, sonriendo. Le había ayudado. No era solo una niña más, otra huérfana: era la preferida del señor Ashton. Tenían un secreto, y ella se lo guardaría para siempre.

Anna se echó en su cama y se durmió al instante. Cuando el timbre la despertó,

apenas supo si aquella extraña noche había sido real o solo un sueño. Mientras hacía cola en el lavamanos, se sintió satisfecha, casi gozosa, como si flotara entre fantasmas. Había perdido a su madre... y ahora la señorita Weir y la señora Ashton también habían muerto.

Sin embargo, los muertos parecían seguir vivos en la cabeza: se podía hablar con ellos. Descendió la escalera hacia el comedor, y los ruidos de su alrededor resonaron en sus oídos, como si salieran de su propia mente.

Pasó la mañana cansada y mareada, pero algo la hizo regresar al pulcro silencio de la habitación de la señorita Weir. Después de comer, se escabulló hacia allí y cogió el libro que había encontrado escondido debajo del colchón. Era un manoseado libro de poesía de color azul escrito por Alfred, lord Tennyson, con tapas de tela y hojas de papel fino y frágil. Vio algo escrito: «Ruth Weir, Oxford 1938». Anna se guardó el libro en el abrigo y lo llevó a su habitación, donde lo escondió entre los muelles de acero de su propio somier, debajo del colchón.

En los meses que siguieron a los funerales, Thomas se distanció de los demás adultos de Ashton Park. Nadie sabía lo que pasaba en su interior. Apenas conseguía balbucear más que comentarios corteses: se refugió de nuevo en esa rígida timidez que había constituido desde siempre su máscara diplomática.

Al mismo tiempo, un vínculo tácito fue creciendo entre él y Anna. La muerte de la madre de la niña le había dado una especie de papel paternal en su vida, que él aceptó de buena gana. Solía llamarla a su mesa al final de la clase para aclararle algún tema, o a veces la animaba a hojear los libros que tenía en el estudio. Ninguno de los dos mencionó nunca aquella extraña noche de penas compartidas, pero esa complicidad se dejaba entrever en su nueva relación. Ella siempre se mostraba respetuosa, sin tomarse ninguna familiaridad con él, y lo mismo hacía Thomas.

Thomas escogía libros para que los leyera y elogiaba sus comentarios cuando se los devolvía y le daba su opinión sobre ellos. Era una relación de consuelo, paternal y tierna, de tutor y pupila, de la que ambos sacaban algo. Tal vez sin darse cuenta, Anna fue ganando cierta seguridad emocional por el hecho de sentirse elegida. Thomas, por su parte, encontró en ella a alguien en quien depositar su amabilidad innata.

Era un vínculo del que ambos llegaron a depender sin ser conscientes de ello. De manera que cuando la situación de Anna cambió de repente y llegó el momento de su partida de Ashton, la noticia supuso un duro golpe para ambos.

A finales del verano de 1943, ella recibió una carta de su padre, que seguía en África. Le aseguraba que estaba sano y salvo, aunque una herida en la pierna izquierda provocada por la explosión de una mina bajo el *jeep* en el que viajaba había significado su retirada del frente: volvería a Londres, donde aceptaría un empleo como encargado de mantenimiento de un instituto.

«Ahora que los bombardeos se han extinguido, quiero llevarte a casa conmigo», escribió.

Anna estaba tan emocionada que al principio ni siquiera se planteó que Ashton fuera ahora su hogar, ni que echaría de menos a sus amigos y maestros. Y, sobre todo, al señor Ashton.

A medida que se acercaba el día de la partida, ella no podía pensar en nada más que en su habitación de casa, y en todos los regalos que le traería su padre. Tenía doce años, y llevaba cuatro sin verlo. Añoraba la vida en familia y la posibilidad de hablar sobre su madre.

Pero el día antes de que su padre fuera a buscarla, la invadió un súbito arrebato de tristeza mientras estaba en la clase de lengua del señor Ashton. Respondió a una

pregunta, y él la miró con una ternura tal que por un instante ella se sintió culpable por abandonarlo. A pesar de que no era su verdadero padre, él se había portado como un padre con ella. Notó un intrincado nudo en su estómago.

Al día siguiente, esa melancolía quedó mitigada por una añoranza peculiar que le oprimía el corazón. Anheló y pesar se mezclaron durante las largas horas de espera en el Marble Hall. Miró por la ventana: no había ni rastro de su padre. Al final, optó por sentarse en el suelo con un libro, sintiéndose enferma por dentro.

Justo después de comer oyó el ruido de la gran puerta al abrirse, y una alegría sin par se apoderó de ella al ver a su padre. Él cojeaba un poco, y su rostro era más delgado y viejo de lo que recordaba. Corrió a sus brazos para que supiera que era ella.

—¡Papá!

—¡Anna, mi niña!

Él estiró los brazos: unos brazos familiares en los que podía refugiarse. La contempló con emoción, moviendo la cabeza, maravillado al ver lo mucho que había crecido. La levantó en volandas y la hizo girar en el aire; ella se dejó llevar, invadida por el júbilo, mientras la sala daba vueltas a su alrededor. Cuando la dejó en el suelo, se notó mareada, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—Este es el Marble Hall —dijo ella. Adoptó un tono solemne mientras le enseñaba toda la casa. Aparecieron otros niños, que se pararon a conocer a su padre. Ella apretaba su mano con firmeza: era solo suyo.

Lewis apenas podía contener las lágrimas.

La maleta de Anna estaba lista; era la misma con la que había llegado en 1939. Pese a hallarse en una especie de trance feliz, Anna sabía que la buena educación marcaba unos pasos que había que seguir: había gente de quien debía despedirse. De sus amigas, Beth y Mary, a quienes abrazó a la vez, prometiendo escribirles pronto. Del señor Stewart, inescrutable pero amistoso, que le dio la mano y dijo a su padre que ella era una de las alumnas más prometedoras. De la señora Robson, el ama de llaves, que le dio un cariñoso abrazo.

Pero quedaba el señor Ashton. Anna lo buscó: esperaba que su padre, tan educado y serio, le causara una buena impresión. Sin embargo, al llegar a la puerta del estudio la atravesó una punzada de tristeza al pensar que era la última vez que veía a su maestro, que estaba a punto de desaparecer de su vida para siempre.

Se abrió la puerta y el señor Ashton los invitó a entrar. Fue encantador y amable con Lewis, que al principio se quedó un poco desconcertado por el papel que ese caballero inválido había desempeñado en la vida de su hija. Anna se mantenía muy erguida, su padre lo notó, atenta pero levemente intranquila. El señor Ashton, por su parte, la elogió de manera muy especial.

—Debe estar orgulloso de su hija, señor Sands.

—Por supuesto. Muchas gracias por haber cuidado de ella: es evidente que lo han hecho muy bien.

—Ha sido un placer: Anna es una de nuestras mejores alumnas. Solo espero que

siga con sus estudios, porque si así lo hace puede llegar muy lejos. Me atrevo a decir que podría ir a la universidad que quisiera.

—¿De verdad?

—Sin ninguna duda.

Lewis se volvió hacia su hija, que resplandecía de orgullo y satisfacción. También el señor Ashton se dirigió a ella, con la mano extendida.

—Adiós, querida —le dijo.

Anna dio un paso adelante, sus ojos muy abiertos reflejaban la ansiedad del amor. Le estrechó la mano y posó la mirada en el semblante cálido y sonriente de ese hombre que se había ganado un lugar en su corazón y en su alma sin que ella se diera cuenta.

—Adiós, señor —balbuceó ella.

—Ha sido un privilegio tenerte aquí —dijo él, acariciando la cara de la niña con una sonrisa. Sus ojos rezumaban ternura.

Ninguno de los dos pudo pensar en algo más significativo que decir, aunque el apretón de manos, firme y profundo, tocó el corazón de ambos.

Lewis volvió a dar las gracias al señor Ashton; luego, acompañado por su hija, emprendió el largo viaje a casa.

Anna no volvió la cabeza al alejarse de la casa, pero se mostró silenciosa y pensativa.

Thomas se desplazó hacia su mesa y siguió corrigiendo los cuadernos de ejercicios. Se preguntó qué sería de Anna Sands, y le deseó lo mejor. Una niña encantadora, se dijo.

Varios evacuados habían vuelto ya a sus casas sin que otros los reemplazaran. La amenaza alemana se extinguía, los aliados ganaban terreno. Pero él no deseaba que Ashton Park se vaciara de niños. Se le ocurrió que tal vez podía transformar la casa en un colegio de manera permanente.

Este era ahora su único consuelo: el sonido de los niños correteando por el lugar.

Lewis y Anna hicieron lo posible por habituarse a su nueva vida en Fulham. La casa estaba cubierta de polvo y de suciedad, y la primera noche se limitaron a acostarse sin prestar atención al miserable estado del lugar. Pero eso les dio precisamente la oportunidad de realizar una tarea juntos, y al día siguiente fregaron, limpiaron y barrieron hasta que la casa volvió a parecerse al hogar de antaño.

Lewis se vino abajo en varias ocasiones durante ese día al pensar en su esposa muerta, pero no dejó que Anna lo viera. Una tarde, entró en el cuarto de Anna y la encontró hecha un ovillo en la cama, abrazada a su osito y sollozando abrazada a un retrato de su madre. Él se sentó a su lado y la acarició, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—No deberías haber pasado por todo esto —le dijo—. Lo siento tanto. No imaginas cuánto lo siento.

Entonces, mientras Anna lloraba en sus brazos, se le ocurrió que su propio dolor por la pérdida de Roberta no era nada comparado con el pesar que sentía porque Anna se hubiera quedado sin su madre. La gente de Ashton Park la había tratado bien, pero eso no era suficiente; su hija había estado sola durante demasiado tiempo. Deseó consolar a Anna, ayudarla, pero sabía que a quien de verdad necesitaba la niña era a su madre. Y los años de infancia que le habían robado.

Lewis era un hombre paciente y organizado. Buscó el colegio que quedaba más cerca y matriculó en él a Anna. Luego empezó a trabajar en un instituto de Wimbledon, con horario flexible para así poder estar a su lado cuando volviera de la escuela. Lavaba la ropa de ambos y se ocupaba de la casa; se levantaba antes para preparar el desayuno de los dos.

Amaba a su hija. Ocuparse de los aspectos prácticos de su vida era su forma de demostrarlo.

Anna estaba sorprendida por los sentimientos que la embargaban. El dolor por la ausencia de su madre renació debido al extraño silencio que reinaba en la casa, la ausencia de conversaciones y de risas. Su padre era amable, pero parco en palabras.

Pero lo que no había podido sospechar era lo mucho que echaría de menos Ashton Park, y sin embargo así era. Escribió cartas a sus amigas, ansiosa de recibir noticias, pero se dio cuenta de que las breves respuestas de estas no la satisfacían. Solo poco a poco admitió para sus adentros que lo que quería leer eran noticias sobre el señor Ashton. Porque era a él a quien echaba de menos.

Sabía sin lugar a dudas que él le había cobrado afecto, que incluso la había mimado un poco. Pero ahora que ya no estaba allí, solo podía pensar que otra niña ocuparía su puesto de favorita. Y la idea iba acompañada de una punzada de celos.

Lewis llegó a casa una tarde y la encontró sentada en la cocina: era la viva imagen de la melancolía. Le preguntó qué le pasaba, pero ella se negó a decirlo: no podía revelar sus sentimientos a nadie, y menos aún a su padre. De manera que él asumió, como siempre, que había que achacar esa tristeza a su incapacidad como padre y la falta de una figura materna en la vida de Anna.

Un domingo por la mañana, Anna decidió que no había nada malo en escribir al señor Ashton: si él no quería contestar, no lo haría. Pasó tres días redactando la carta una y otra vez, luego la echó al correo y se dedicó a esperar respuesta.

Esta llegó a su debido tiempo. Era breve, educada pero simpática, y llena de bromas sobre las travesuras de un nuevo perro que tenían en la escuela llamado Harold. La firma decía: «Afectuosamente». Anna respondió con una descripción de su casa, de su nuevo colegio y añadió muchas frases cariñosas hacia su padre. Utilizó la misma despedida al final de la carta, «afectuosamente», siguiendo el ejemplo de su maestro. La respuesta llegó diez días más tarde, esta vez con una carta más larga, centrada en las grietas que había deducido del alegre relato de Anna sobre su vida escolar: sobre todo, enfatizaba que debía estar segura de sus propias capacidades y proseguir con la lectura. La firmaba diciendo «con todo mi amor». Anna se pasó varios días leyendo y releendo la carta solo para intentar dilucidar si ese amor era en serio o se trataba de una frase hecha.

Pero no la contestó, porque no sabía qué decir; tampoco se la mostró a su padre. Era una carta cariñosa pero definitiva: no había nada más que él pudiera decirle, ni indicaba el menor deseo de recibir respuesta. De manera que ella apreció la carta, pero se la tomó como el final firmado de su relación con el señor Ashton. A partir de ese momento se limitó a pensar en él, albergando el consuelo secreto de que quizá él siguiera preocupándose por ella, a pesar de que no se vieran nunca más.

Su nueva vida familiar iba tomando forma y empezaba a sentirse más cómoda con su padre. Este le relataba historias de sus meses en el desierto occidental, donde hacía tanto calor que podían freírse huevos en las capotas de los *jeeps*; donde el horizonte parecía eterno y las noches eran como telas de terciopelo bordadas de mil estrellas. Le contaba que nunca olvidaría el viaje por la carretera de la costa, ni el día que descendió a una ardiente playa de arena con un mar tan azul y tan claro que le había hecho gritar de júbilo.

Le ahorraba las partes más desagradables. Conducir viejos convoyes por kilómetros de parajes desérticos, sin saber en qué momento podía estallar una mina y hacerte volar por los aires. Los encuentros con tanques abandonados y cadáveres cubiertos de moscas. El joven soldado alemán al que había visto muerto junto a un *jeep* bombardeado, con la foto de un bebé sonriente en la mano. El día en que su propio *jeep* había volcado en una duna, dejándolo aullando de dolor y con una pierna magullada.

Todo eso parecía pertenecer a otro mundo. Estaban en Londres, una ciudad cambiante: muchos edificios y personas habían desaparecido sin dejar rastro.

En el verano de 1944, cuando Hitler lanzó las letales bombas V1, Lewis se planteó la posibilidad de volver a enviar a Anna fuera de la ciudad, pero ella le rogó que le permitiera quedarse. No más separaciones familiares. De manera que se refugiaron en el sótano de la casa y siguieron con su nueva vida. Desayunaban juntos y luego cada uno partía a cumplir con sus responsabilidades; se reencontraban al anochecer y escuchaban la radio.

Una vez al año, padre e hija acudían a la tumba de Roberta, en Putney Vale, para llevarle flores. Permanecían allí con expresión solemne durante unos minutos, sentados en el silencioso cementerio. A veces Anna no podía evitar las lágrimas al ver el nombre de su madre en la lápida.

Algunas personas solían decirle a Anna, con buena intención, que su madre seguía con ella a pesar de haber muerto, como una estrella en el cielo. Pero siempre que elevaba la vista hacia el cielo nocturno lo único que veía era un espacio vacío: una inmensidad que eliminaba la menor esperanza de contacto o cercanía. Eras tú y el universo: resultaba imposible realizar la menor conexión. Todos esos himnos escolares que hablaban de constelaciones cantantes o de la música de las esferas significaban bien poco para ella entonces. Solo había un espacio oscuro y frío, interminable, rasgado por los aterradores zumbidos de las bombas de Hitler.

Pero hasta estas se esfumaron, por fin sustituidas por el repiqueteo de las campanas de las iglesias de Londres que anunciaban alegremente la caída de Berlín. La guerra terminó, y Anna, como millones de personas más en todo el mundo, siguió adelante con su vida.

En abril de 1945, *lady Norton* partió de la embajada británica en Berna y cruzó por Suiza hasta la frontera alemana: se dirigía al campo de concentración conocido como Dachau. Conducía un camión cargado con medicinas conseguidas en varias empresas farmacéuticas suizas. Cerca de Munich, tuvo que esforzarse para encontrar gasolina, pero no le costó mucho persuadir a unos soldados estadounidenses de que le llenaran el depósito.

El año anterior, refugiados judíos habían escapado a Suiza llevando consigo sorprendentes noticias sobre unos campos alemanes diseñados para llevar a cabo un genocidio sistemático. Con esa información habían acudido a su esposo en la embajada, quien había enviado urgentes despachos a Londres en los que proponía que, como mínimo, los aviones aliados destruyeran las vías de tren que iban a esos campos. Pero la respuesta fue que, a pesar de que Churchill simpatizaba con el informe de Norton, los comandantes de las fuerzas aéreas habían desestimado la idea arguyendo que no podían permitirse más bajas entre los soldados.

Peter había compartido la frustración de su marido ante la pasividad de los aliados, pero con la rendición alemana llegó la oportunidad de facilitar ayuda a esos campos, cuya existencia seguía siendo un rumor. Tras haber vivido la guerra en el extraño consuelo que suponía una Suiza neutral, ella se preparó para ver lo que había estado sucediendo al otro lado de la frontera.

Dos horas antes de que llegara a Dachau, el campo había sido tomado por los primeros soldados estadounidenses, quienes reaccionaron con una ronda de apresuradas ejecuciones que más tarde se hicieron célebres. Al parecer, los jóvenes estadounidenses habían quedado tan horrorizados con sus hallazgos que cargaron sus armas y acabaron con la vida de más de trescientos guardias de las SS. Cuando Peter llegó en el camión, el lugar era un absoluto caos.

A pesar de los rumores que había oído sobre esos campos, nada podía prepararla para el impacto de la realidad. Un hedor insoportable flotaba desde la estación del ferrocarril, donde se había improvisado una tumba masiva, llena de cadáveres en descomposición, cuyas extremidades esqueléticas yacían formando ángulos extraños. Después, al cruzar las verjas, tuvo la primera y horrenda visión de esas figuras consumidas que caminaban hacia ella con pasos vacilantes, seres entre la vida y la muerte.

Peter se concentró en su tarea: descargó las provisiones con imperturbable energía e intentó ser útil, pero el horror del lugar no tardó en superarla. Era un vertedero maloliente lleno de muertos, y aquellos esqueletos andantes de ojos hundidos que se aferraban a la vida ya no parecían seres humanos. Los que como ella intentaban ayudarlos quedaron estupefactos, horrorizados por la inimaginable crueldad que se

había infligido a aquellos prisioneros.

Pero no fue la brutalidad de los alemanes lo que causó la mayor impresión sobre Peter, sino la capacidad de sufrimiento de sus víctimas. Por fin, la superó el dolor agónico de una madre que, al borde de la muerte, seguía acariciando a su hijito, ya un esqueleto, muerto desde hacía tiempo.

Para escapar de la fría mano de esa mujer, Peter se refugió en la cabina del camión: necesitaba un momento para recobrar la serenidad. Pero al quedarse sola no pudo contener las lágrimas. Lloró porque habían llegado tarde para ayudar a esas montañas de muertos que yacían a sus pies, desgraciados por los que nadie había movido un dedo. Lloró de rabia porque nadie había prestado atención a los informes de su marido. Lloró porque no le quedaba ya fe que pudiera dar forma o sentido a las calamidades de ese lugar.

Había vivido la vida inmersa en el arte, pero ni todo el arte del mundo podría redimir la desolación que veía allí. Era el dolor y la angustia en su máxima expresión, más allá de cualquier esperanza.

Se secó las lágrimas y respiró hondo; fue hacia la parte trasera del camión para sacar otra caja de medicamentos. Poco a poco, fue haciendo cuanto pudo en nombre de aquellos que quizá podrían recobrase. Algo es mejor que nada: era lo único en lo que podía pensar.

Tres días después, agotadas ya las provisiones, atendidos todos los supervivientes y enterrados los cadáveres, emprendió el viaje hacia la embajada en Berna, regresando a la pulcra y aséptica existencia que allí se consideraba vida.

Intentó contarle a su marido lo que había visto, pero no consiguió transmitirle la verdad de lo que había sentido.

Con el paso de los meses, ella y su marido empezaron a recomponer las piezas de la rutina que había marcado su vida antes de la guerra, y ella recuperó el entusiasmo que la caracterizaba. Pero de vez en cuando el olor de aquel campo volvía a asaltarla. Y por un momento volvía a sentir lo que le había dicho ese lugar, lo que le había contado sobre la ilimitada capacidad del hombre para sufrir. Y la sobrecogía entonces la idea de que ese dolor inenarrable pudiera afectar a alguien en cualquier otro momento, y de que su propio optimismo fuera una máscara de esperanzas fallidas, un espejismo que la protegía del verdadero horror.

Regreso a la vieja casa

1946-2006

Poco después de la guerra, cuando se abrieron los baúles de la embajada británica en Varsovia, alguien dio con varios cuadros de Peter Norton que habían quedado atrás en su precipitada huida de los nazis en 1939. Había entre ellos lienzos de Kandinsky, Klee, Duchamp y Ernst, todos parte de la colección que Peter había exhibido antes de la guerra en la London Gallery.

—Dejad que se queden en Polonia, para sus galerías de arte: los pobres lo han perdido todo —insistió ella con su habitual generosidad.

Ella y su marido se habían mudado de nuevo hacía poco, después de que se les adjudicara otro destino, Grecia, donde una guerra civil devastaba un país que ya había sido machacado por los nazis. Pero en 1948, el flujo continuado de dólares americanos del Plan Marshall insufló nuevos aires en su economía y permitió a los Norton disfrutar de su vida en la Atenas de posguerra.

Peter continuó apoyando la causa del arte moderno, aunque su entusiasmo por los artistas de nuevas tendencias no siempre encajaba con los solemnes eventos de la vida diplomática. Una Navidad escondió a dos pintores, John Craxton y Lucían Freud, en el garaje de la embajada, para mantenerlos fuera de la vista de su marido, sir Clifford, hasta que el general Montgomery los descubrió durante su estancia allí.

Más aceptable a ojos de su esposo fue la gran exposición de la obra de Henry Moore en Atenas, que ella organizó junto con el artista en 1951 y que recibió cobertura internacional. Norton también se enorgullecía del rápido cariño que los griegos le habían cobrado a su esposa gracias a las infatigables labores caritativas de esta; durante la guerra civil realizó numerosos viajes a las montañas, con mulas cargadas de paquetes de víveres y ropa destinados a los campos de huérfanos y refugiados, a los que la contienda había dejado sin hogar. En reconocimiento por sus incansables esfuerzos para extinguir la pobreza de los pueblos griegos, se le concedió el título de ciudadana de honor de Atenas, «una rara distinción», como decía Norton a los amigos que los visitaban.

Después de que los Norton se retiraran definitivamente a Chelsea, Peter continuó buscando y apoyando a los nuevos talentos, y financió los primeros pasos de carreras de numerosos pintores, entre ellos Francis Bacon e Yves Klein, y de muchos otros cuya obra se ha perdido en el tiempo.

También pasaba mucho tiempo en París, a la caza de artistas de vanguardia franceses, y fue en la *Rive Gauche*, en 1955, cuando se encontró por casualidad con Pawel Bielinski en una fiesta. Él le explicó que había vivido allí desde el final de la guerra y que formaba parte de un grupo de artistas y escritores judíos, entre los que se hallaban Avigdor Arikha y Paul Celan.

A la mañana siguiente, Peter subió la interminable escalera que llevaba al estudio

de Pawel y allí, apoyados contra las paredes, vio varios cuadros que mostraban a una mujer desnuda de largos cabellos, que se reflejaba en un tríptico de espejos.

—Me enteré de la muerte de Elizabeth —dijo él, previendo que ella reconociera a la modelo que había inspirado los cuadros—. ¿Cómo está Thomas?

Peter se encogió de hombros y dijo que no era fácil saber cómo estaba Thomas de verdad: era un hombre muy reservado, excesivamente cortés. Pero parecía encontrarse bien. Ashton Park se había convertido definitivamente en un colegio y Thomas seguía enseñando en él.

—Y creo que debe de ser un profesor magnífico —añadió ella, para ser positiva.

—Recuerdo que tenía mucha paciencia —repuso Pawel.

Peter no insistió en el tema, pero compró uno de los cuadros de Elizabeth. Y cuando regresó a su casa en Chelsea lo colgó en el estudio.

Su marido reconoció a la mujer al instante, y el hecho lo conmovió a pesar de que nunca había tenido una gran opinión de Elizabeth.

—Déjalo ahí —dijo—, para que nos recuerde el pasado.

Nunca mencionaron el cuadro a Thomas, ya que no sabían cómo se lo tomaría.

En realidad tampoco lo veían demasiado; ni ellos ni ninguno de sus viejos amigos, porque Thomas volvió a Londres en contadas ocasiones después de la guerra. La casa de Regent's Park había quedado medio destruida durante el Blitz, y al ver que no podía hacer frente al coste de las reformas había optado por venderla a un constructor en 1946.

A medida que fue envejeciendo, Thomas solo se sentía cómodo en Yorkshire, y por tanto se instaló allí con carácter permanente. Siguió enseñando en Ashton Park, que fue convertido en un internado femenino poco después de la guerra.

Cada mes de septiembre observaba al nuevo grupo de niñas de ocho años que entraba en el Marble Hall, con sus pecas, sus coletas y sus baúles... De ahí salían cuatro años después transformadas en jovencitas reflexivas que inclinaban la cabeza a un lado y fruncían levemente el ceño antes de contestar a una pregunta.

Su vida estaba rodeada de niños, nuevas generaciones que se sucedían año tras año y eran capaces de sorprenderlo... pero de vez en cuando Thomas se paraba a pensar en qué habría sido de esos primeros niños, aquellos que habían vivido la guerra evacuados en su casa. Muchos de ellos se habían desvanecido de su memoria, como huellas en la arena.

Londres, 1957

Anna Sands entró en el vestíbulo de un hotel anónimo, en Holborn. Una lámpara de bronce proyectaba un reflejo inquietante en las paredes de un neutro color verde, y ella percibió a medias su brillo sobre el suelo de madera, destellos de luz que le entorpecían el paso.

Su acompañante tenía treinta años más que ella, y eso se notaba: le clareaba el pelo, era grueso y su barba estaba llena de canas. Se habían conocido tres semanas antes en la Feria del Libro de Frankfurt, donde habían coincidido en una estridente fiesta que se celebraba en el bar de un hotel de decoración barroca. El lugar estaba abarrotado de editores, todos provistos de vasos de vino y fumando sin parar, y cuando un colega los presentó ella tuvo que repetir su nombre dos veces debido al ruido. Él era el director comercial de una de las editoriales más importantes, un hombre seguro de sí mismo y decididamente serio, mientras que ella era editora *junior* en una pequeña editorial que publicaba ficción literaria.

Al principio ella le dirigió la palabra por simple educación y apenas prestó atención a sus preguntas. Él era un hombre maduro, cuyo cuerpo acusaba los años de alcohol y tabaco. Ella tenía veintiséis años y la piel tersa, su rostro tenía un aire infantil pero su cuerpo era el de una mujer.

Ella estaba a punto de irse cuando él insistió en invitarla a una copa. Al darle el vaso, ella distinguió un atisbo de ternura en sus ojos y él la llamó «querida». Esa era siempre la palabra mágica, el primer paso.

Diez días después él la llamó a su despacho para invitarla a comer en un restaurante italiano situado en las inmediaciones del Museo Británico. Ocuparon una mesa en un rincón y jugaron con la comida mientras hablaban de las novelas de Graham Greene y de la comprensión que estas demostraban de los amores extraños.

Él llevaba veinticinco años casado; ella, tres. Anna notó que la atenta observación a que la sometía le resultaba excitante. Cuando él hizo el gesto de acariciarle la mano, ella tuvo miedo de levantar los ojos por si se le llenaban de lágrimas.

Él ya había escogido el hotel, que quedaba a poca distancia del restaurante. Llovía y la acera resbalaba; los transeúntes caminaban con los cuellos de los abrigos levantados y las cabezas gachas. Ellos dos compartieron un paraguas, él la guiaba.

No pudo evitar sentirse algo azorada cuando se registraron y la pulcra recepcionista intentó eludir su mirada. Anna tuvo ganas de decir: soy una mujer decente y educada, con un marido en casa. Pero sabía que tampoco quería irse. Él parecía estar a sus anchas con el proceso.

Llegaron a la habitación y se encerraron en ella.

Estaban juntos y a solas por primera vez. Era algo con lo que ambos habían fantaseado, desde el momento en que ella aceptó la invitación para comer.

Él se quitó la chaqueta y le sonrió de un modo que era irónico y procaz, aunque a la vez tierno y vulnerable. Se miraron a los ojos mientras acercaban sus labios. Luego él la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Ella le deshizo el nudo de la corbata y, al desabrocharle la camisa, vio el vello gris de su pecho. Apoyó la cabeza y notó en él un estremecimiento de placer ante su entrega.

La visión de sus senos desnudos fue un momento especial para él; ella era consciente de que la ropa escondía el verdadero tamaño de sus pechos. «¡Quién lo iba a decir!», exclamó él, y ella se hundió de nuevo en sus brazos, en un momentáneo arranque de pudor, hasta que él la condujo a la cama y empezó a hacerle el amor.

Más tarde, mientras se vestían, ambos se preguntaban si habría una segunda vez. Al separarse, los ojos de él la miraron con amable sentimentalismo y le dijo que era encantadora.

Ella no tenía paraguas, así que llegó a la oficina con el cabello mojado por la lluvia. Era tarde, muy tarde, y se inventó un encuentro fortuito con un agente para satisfacer la curiosidad de un colega. No pudo concentrarse en ninguno de los manuscritos que debía leer.

A la salida del trabajo, mientras iba en metro hacia su casa, donde la esperaba su marido, Anna se sentó e intentó controlar los temblores que asaltaban su cuerpo. ¿A qué obedecía esa vena transgresora?, se preguntaba para sus adentros. Estaba asustada, al borde de la histeria, y no conseguía dilucidar por qué sentía esa necesidad de contacto íntimo con hombres lo bastante viejos para ser su padre.

Amaba a su marido, Jamie, que era moreno y atractivo, un hombre de éxito en todos los sentidos: espontáneo, sociable, y con un trabajo creativo como productor de radio. Derrochaba vitalidad y juventud en todo momento: ya fuera cuando corría para coger el autobús o cuando intentaba sonsacarle algo a una secretaria, había en él siempre un gesto, una sonrisa, un aire seductor que cautivaba a cualquiera que estuviera cerca.

Llevaban dos años intentando tener un hijo. El médico les había dicho que no había ningún problema, que debían echarle paciencia y relajarse, y que los niños ya llegarían.

Pero Anna temía que fuera culpa suya. En la intimidad del dormitorio conyugal, ella era consciente de que su marido la deseaba y, sin embargo, no podía responderle con la misma intensidad. Ella no podía entender el porqué; ninguno de los dos había abordado nunca el tema.

Y sin embargo, esa noche, mientras su joven marido le hacía el amor, ella se entregó a él, pero solo porque cerró los ojos e imaginó al maduro director comercial, de cara arrugada y cuerpo descuidado, de mirada tierna.

—Te quiero, cielo —dijo Jamie después, en la intimidad del lecho. Y le acarició

la parte interior del muslo, una zona que le encantaba tocar.

—Yo también te quiero —repuso ella. Y el verbo querer desató un estremecimiento de perplejidad y de culpa que fue directo a su útero.

Londres, 1964

Los niños habían llegado por fin. Anna tenía ya un hijo y una hija. De viernes a lunes, ella se quedaba en la casa de Bayswater y se dedicaba a jugar con sus niños, a tender los pañales en la barra de la ducha y a pasear con ellos por Hyde Park. Pero los otros días de la semana seguía trabajando en la antigua editorial del West End.

En esos días, ella salía de la estación de metro de Oxford Circus y caminaba por el Soho a sabiendas de que podía considerarse afortunada, de que la vida le sonreía... O al menos eso diría cualquiera que la viera caminar por la calle, vestida con falda, botas y un impermeable de colores. Allí estaba ella, una mujer en la flor de la vida, madre y esposa de un hombre que trabajaba en la BBC, que iba hacia el trabajo con una cara de satisfacción que podría engañar a quien se cruzara con ella.

Poco antes de las nueve y media llegaba al edificio georgiano donde estaba la editorial, una firma literaria fundada por un inmigrante vienés. Su trabajo consistía en descubrir voces nuevas para el público. Todos los miércoles se celebraba un consejo editorial en el que se discutían los últimos manuscritos.

Pero en las últimas semanas algo raro le había estado pasando a Anna: era incapaz de leer. Su mesa rebosaba de manuscritos intactos mientras ella se esforzaba por superar el bloqueo mental. Llevaba una semana mirando las mismas montañas de papel y llorando a escondidas. Salía a dar un paseo para esconder las lágrimas y regresaba de nuevo a la mesa, a ese montón de novelas por leer, para enfrentarse de nuevo a su ceguera lectora.

Era como si le hubieran amputado el vínculo entre palabra y significado, hasta que lo único que veía eran pulcras líneas de marcas negras. Solo tinta, formas de tinta. Se sentaba a su mesa y enganchaba un clip con otro, sin saber cómo salir de ese estado. Al poco tiempo, la apatía se fue extendiendo a toda su vida.

—No me escuchas —le recriminó su hija, mientras Anna, acurrucada en la escalera de casa y con la vista fija en la pared, se daba cuenta de que ni siquiera había oído la pregunta. En lugar de jugar con sus hijos, se limitaba a sentarse a observarlos. Se le acumulaba la colada.

Cuando Jamie llegaba a casa, ella se ponía a hacer la cena, como una autómatas, y mientras cenaban la voz de su marido le llegaba como si procediera de una emisora de radio con interferencias.

Seguía cepillándose los dientes, haciendo el desayuno y llevando a los niños a la guardería. Metía dinero en la máquina para comprar el billete de metro y oía el tintineo de las monedas al caer. Realizaba esas rutinas cotidianas para no perder la

cordura, pero en su interior estaba muy lejos, en un lugar silencioso y sin gravedad, donde lo único que hacía era flotar y mirar.

Empezó a ver las cosas como si estuviera en trance: los contornos y colores se le difuminaban. El mundo le llegaba en forma de detalles inconexos. Gotas de lluvia sobre la capota de un coche, un chicle en la acera, un cabello blanco en el abrigo de un caballero, sus propias manos rojas y agarrotadas del frío. A veces el mundo parecía romperse en pedazos ante sus ojos, convertirse en una tormenta de fragmentos que no llegaban a encajar.

Seguía habiendo momentos en que las caras de sus hijos le llegaban al corazón. ¿Cómo no iba a reaccionar a aquellas manitas que la buscaban, a aquella corriente eléctrica de amor que notaba en cuanto entraba por la puerta y ellos corrían a recibirla? Pero a veces no podía evitar sentirse abrumada por las exigencias que leía en esos ojos: temía decepcionarlos.

No podía dormir. Las noches la aterraban, porque la oscuridad solo servía para incrementar su claustrofobia. Estaba atrapada en su propia mente, prisionera de un eterno bucle de repeticiones, y esas horas muertas parecían eternizarse mientras ella intentaba quedarse quieta, visualizar círculos o echar mano de cualquier truco que pudiera apagar esa conciencia incansable. Pero no lograba parar ese calidoscopio de imágenes que poblaban su cerebro.

Pensamientos de amor. De su fracaso a la hora de amar a su marido. ¿Podía en realidad amar a alguien, o tan siquiera desearlo? Permanecía tendida, despierta, mientras Jamie parecía profundamente dormido a su lado. Jamie, que era su marido y solía encontrarla atractiva, amarla incluso. ¿Cómo podía fracasar un matrimonio como el suyo?

Durante el noviazgo acostumbraban pasear por el parque, a compartir miradas cómplices en pequeños restaurantes italianos. Se habían reído juntos en el teatro, y habían hecho cola para los conciertos del Prom, compartiendo todos los rituales de las parejas enamoradas. Y ella había pensado: pues esto es, tiene que ser esto. Basándose en el deseo que él sentía, en su urgencia, se dijo que eso debía de ser amor. Él la había escogido, así que ella se dejó llevar con la esperanza de que sus sentimientos enterrados salieran pronto a la luz.

Pero una parte de ella siempre le había tenido una pizca de miedo. Lo observaba mientras caminaban por la calle y de repente la asaltaba un pensamiento: Jamie es demasiado bueno para mí, demasiado guapo, demasiado perfecto. A veces intentaba confiar en la solidez de la relación, pero en otras se sentía como una impostora a punto de ser descubierta; tenía la sensación de que algún día Jamie la miraría y pensaría, ¿qué hago yo con una mujer como esta?

Al menos el matrimonio había sido bendecido con hijos. Algunos días, cuando iba a despertar a los niños, no podía soportar arrancarlos de su sueño y se quedaba observando sus caritas dormidas: los brazos de Joe abrazados a la almohada, su boca ligeramente abierta; la quietud de los párpados de Amy y el mechón de cabello rubio

que le caía sobre la oreja. Y luego contemplaba la maravilla de sus ojos al despertar, aquel amor absoluto que se desprendía de sus expresiones, la seguridad de que ahí estaba su madre y lo mucho que dependían de ella.

¿Por qué me vengo abajo?, se preguntaba. Con tanto que agradecer en su vida — sus hijos, su marido, su trabajo—, debería ser feliz. Pero era como si el peso de una pena enterrada sacudiera todos los cimientos de sus defensas, construidas con esmero, arrastrándola hacia sus propias arenas movedizas.

Pensaba en los niños de manera obsesiva, y en la inquebrantable y total devoción que ella aún profesaba hacia su madre. Recordaba con cariño su último día juntas en Londres, cuando fueron de compras y tomaron un helado en aquella cafetería situada en la azotea de unos grandes almacenes. Pero ¿la separación durante la guerra había sido una necesidad o más bien una elección por parte de su madre? Ciertamente que hubo cartas, alegres pero infrecuentes, y una sola visita antes de su muerte. No podía evitar culpar a su madre por dejarla sola. ¿Por qué no había optado por esconderla en un refugio?

¿Acaso la pérdida de una madre a muy tierna edad quebraba el valor de amar? ¿Lo arrancaba de cuajo? Esos eran los pensamientos que turbaban a Anna. Quizá había resistido durante demasiado tiempo el dolor que padeció en la infancia, ocultándolo en una caja, pero no conseguía dilucidar por qué todo este pasado volvía ahora con fuerza para desasosigarla. Era una extraña muestra de autocompasión, una pena retrospectiva: a ella no la habían amado de la misma forma en que amaba a sus hijos. Pero al mismo tiempo se sentía culpable de que su infelicidad llegara a afectar a Joe y a Amy.

El sueño la vencía sobre las seis y despertaba, exhausta, cuando el despertador sonó a las siete. Debía ocuparse de vestir a los niños, llevarlos a la guardería sin perder la sonrisa y dirigirse al trabajo después de darle un beso a su marido.

—Esta noche llegaré tarde —dijo él.

—Oh —dijo ella, con la esperanza de que no fuera demasiado obvio que sabía cuál era la causa de ese retraso.

—Se representa una obra nueva de un autor al que quizá le encarguemos algo. Te habría dicho que vinieras, pero los niños detestan que salgamos los dos...

—No pasa nada, ve tú —dijo ella.

Más tarde, cuando él volvía a casa después de hacer el amor con una colaboradora de la BBC, encontraba a su esposa derrumbada sobre la mesa de la cocina, con una botella vacía de vino al lado. La llevaba a la cama, escuchando sus disculpas: «Lo siento, lo siento, lo siento».

A ella no parecía importarle que Jamie tuviera una amante. Pero ¿por qué no le importaba? No tenía sentido. Empezó a beber todas las noches, después de acostar a los niños. Cuando Jamie no la veía. El vino le proporcionaba un amable olvido, pero luego despertaba a las tres de la madrugada y el insomnio volvía a apoderarse de ella.

Un día, a la hora del almuerzo, fue a dar un paseo por Oxford Street y se

descubrió frente a la Broadcasting House, que había sido el segundo hogar de su madre durante la guerra. Más allá del tráfico y el humo de Marylebone Road, se hallaba Regent's Park, con sus cuidados jardines y senderos vacíos.

Pero el súbito silencio del parque solo sirvió para aguzar su nerviosismo. A pesar de que apenas se fijaba en nada, tenía la sensación de ver todas y cada una de las hojas de los árboles, y todas las venas que había en ellas. Como si fueran las de su mano y su cuello. El cielo era claro, infinito, y creyó sentir el peso de las estrellas aunque era solo la tarde. Todo estaba ahí, abrumándola: las constelaciones cantando, su pulso que latía sin parar, las hojas de los árboles gritando para que les prestara atención. Basta, basta, basta, basta.

Cerró los ojos y se tapó los oídos; se dejó caer al suelo, a la sombra de un castaño, donde la hierba era escasa y yacían medio enterradas las cáscaras de castañas. Allí sentada, dobló las piernas y rompió a llorar: su cuerpo se convulsionaba, tenía la cara apoyada en las rodillas.

Un médico jubilado, un hombre muy delgado que sufría una leve artritis, estaba paseando al perro por el parque y la vio allí.

—¿Puedo ayudarla?

Ella levantó la vista.

—No, gracias. —Volvió a ocultar su rostro sobre las rodillas.

Él se sentó en un banco cercano y lanzó un palo para que el labrador fuera a por él. Anna notó que él seguía allí y levantó la cabeza de nuevo.

—¿Está segura de que no necesita ayuda? —preguntó él. Luego se levantó y le ofreció un pañuelo blanco, cuidadosamente doblado.

Fue en ese momento cuando asaltó a Anna ese dolor que estaba profundamente sepultado y que se remontaba a veinte años atrás: el pañuelo blanco que le dieron a una niña que no podía llorar; el pañuelo del señor Ashton, para que derramara en él sus lágrimas el día en que supo que había perdido a su madre.

Miró al desconocido y vio una cara llena de arrugas, un cabello canoso, unos ojos oscuros y serios.

—Gracias —musitó ella.

—Quédeselo... Espero que le sirva de algo —dijo él, desviando la mirada—. En casa tengo un cajón lleno.

Luego se fue tras su perro y la saludó con el brazo sin volverse.

La dejó doblando el pañuelo. Luego, Anna recobró la compostura y empezó a caminar por el parque, por los senderos, las zonas de juego.

Algo en ella cambió en cuanto dejó que el recuerdo de Thomas Ashton saliera a la superficie; se dio cuenta de que había estado siempre allí, oculto en su interior. Hacía más de veinte años que no lo veía: ya debía de tener más de sesenta. Pero empezó a admitir que había una parte de ella que seguía sintiéndose atraída por él, por ridículo que eso pareciera. Que nadie más podía llenar el hueco de su corazón porque ese hueco tenía una forma definida desde que se separó de él hacía ya tantos años.

Ni siquiera sabía si aún estaba vivo, ni si querría verla. Pero se dijo que al menos podía intentar ir a visitarlo. Y en los días que siguieron empezó a examinar todo su pasado a la luz de esa revelación, de esos sentimientos sumergidos que albergaba hacia él.

Recordó lo mucho que había estudiado para conseguir una plaza en Oxford. ¿Fue para satisfacer las esperanzas que él había depositado en ella? Había llegado a la universidad provista de una bicicleta verde y una maleta llena de ropa nueva, lista para el amor. Pero nadie parecía interesarle. A finales del primer año había perdido la virginidad con un chico muy delgado y amable que la había conquistado hablando de Albert Camus y *El extranjero*. Sin embargo, ella no había podido sentirse a gusto con él, y la relación se había acabado enseguida.

Le había costado mucho establecer cualquier clase de vínculo con chicos jóvenes. Incluso cuando conoció a Jamie y se casó con él, su propia ausencia de deseo le había extrañado. A pesar de que lo encontraba atractivo, se sentía muy lejos de él. Anhelaba ser abrazada, pero Jamie no podía darle el abrazo que ella quería: era más bien su amigo, su igual; le proponía una relación fraternal y asexual. De manera que cuando hacían el amor, ella cerraba los ojos y buscaba otras imágenes que encendieran su deseo.

En algún rincón de esas imágenes siempre había estado la sombra de Thomas Ashton. No conseguía borrar aquella mirada cariñosa, y una parte de ella quería imaginarlo como a un amante. Eran pensamientos prohibidos, incluso en la privacidad de su propia mente. Y, sin embargo, ella había adivinado la fuerza de los sentimientos de él hacia la señorita Weir, y seguía teniendo la sensación de que nadie podía igualarlo en ternura, pasión y lealtad hacia la persona amada.

Aquella impresión infantil regresó a ella con intensidad. Pero ¿había sentido él un afecto especial por ella o eso había sido solo fruto de su imaginación de niña?

Volvió a pensar en la noche de la muerte de la señorita Weir, cuando él le pidió que le hiciera aquel favor inesperado: ir a buscar sus cartas, su secreto.

Era como si el extraño abrazo que se dieron esa noche hubiera penetrado en su inconsciente. Recordaba haber estado sentada en sus rodillas, llorando en silencio sobre su pecho. Aún podía notar el tacto húmedo de las lágrimas en su camisa de cuadros. Él la había rodeado con sus brazos y la había consolado con palabras dulces y suaves. «Querida», la había llamado. Su pecho era lo bastante grande como para soportar su temblor, y ella se había sentido totalmente arropada y reconfortada por aquel cuerpo de adulto. Cuando levantó la vista hacia su pálido semblante, que resaltaba en la oscuridad, supo que lo conocía más a fondo de lo que conocería a nadie. Su mirada la había atravesado hasta el corazón.

Sentía que ese momento había poseído una intimidad auténtica. En los meses que siguieron, ese vínculo físico había estado allí siempre que se veían; nunca mencionado, nunca reconocido, pero existente.

Empezó a preguntarse si había llegado a superarlo. Se decía que en cada abrazo

recibido había intentado volver a sentir aquella mirada tierna que había visto en sus ojos. Quizá para él no había sido más que una expresión de desesperanza, en la que solo veía a la hija que nunca tuvo. Pero para ella se había tratado de una mirada de amor que le había acariciado el alma y la había dejado prendida de Ashton Park, de aquel verano de 1943.

Al llegar a casa buscó los objetos de esa época de su vida, que estaban enterrados en el fondo de un cajón del escritorio. El pañuelo blanco, con las iniciales T. A. A. Las dos cartas, formales y corteses, que le había escrito. El libro de poemas de Tennyson que ella había cogido del cuarto de la señorita Weir.

Obedeciendo a un impulso, llamó a información y consiguió el número de teléfono del administrador de Ashton Park. Un hombre de mediana edad contestó a su llamada y la informó de que el señor Ashton estaba vivo y de que gozaba de buena salud, pero que se había trasladado a una casa más apropiada dentro de la misma finca. Le dio la dirección y ella se la leyó en voz alta para comprobar que había anotado correctamente el distrito postal.

Luego se sentó, una esposa y madre de treinta y tres años, y escribió una carta educada a su antiguo maestro, con la esperanza de que este pudiera proporcionarle alguna clase de ayuda.

Ashton Park, 1964

Era una plácida tarde de primavera y Thomas Ashton estaba sentado a su mesa, como de costumbre.

—Adelante —dijo cuando alguien llamó a la puerta. A las cuatro en punto de cada día su ama de llaves aparecía con la bandeja del té y galletas de jengibre. Él nunca se comía las galletas, pero eso no la disuadía de ponerlas. Por si acaso.

El ama de llaves llevaba con él seis años. Durante los dos primeros, él siempre la había llamado «señora Smithie», hasta que un día ella le había dicho que la llamara Mary. Él se mostraba siempre educado y considerado con ella, que a su vez lo consideraba el caballero perfecto, aunque un poco reservado.

Mary había observado con atención todas las fotos antiguas, la foto enmarcada de la boda, y otras de él con su esposa. Pero aún sabía solo fragmentos de su pasado: que había sobrevivido a la polio cuando era joven y había perdido a su esposa en un accidente de automóvil durante la guerra; que había vivido solo desde entonces y que había preferido abandonar la casa grande, Ashton Park, después de que un incendio hubiera destrozado una de sus alas.

Había oído rumores de la gente del pueblo sobre la noche en que Ashton Park estuvo a punto de ser pasto de las llamas. Se atribuyó el fuego a un cortocircuito ocurrido en una de las habitaciones del servicio. La gente de la casa fue evacuada sin problemas, pero los valiosos objetos corrían peligro. La noticia se propagó por el pueblo y los habitantes se apresuraron a acudir a la larga avenida a prestar su ayuda, hasta la madrugada. Una cadena de hombres se iba pasando enseres y cuadros, y poniéndolos a salvo en el jardín, donde Thomas, sentado en su silla de ruedas, contemplaba el fuego y el humo que salían de su casa. Por suerte, los bomberos llegaron a tiempo de atajar el incendio, y los daños quedaron reducidos a una sola de las alas de la casa.

Pero entonces salió a la luz que Ashton House no contaba con un seguro apropiado, y la restauración del ala este resultaba mucho más cara de lo previsto. Al parecer, el señor Ashton había perdido las ganas de vivir en la gran casa a partir de ese momento, y por ello había cedido Ashton Park a una enérgica directora que estableció en ella un internado femenino.

Se había trasladado a una casita que había en el parque. Algunos de los mejores muebles de Ashton habían ido con él, pero no acababan de encajar: su nueva casa parecía abarrotada, demasiado llena de elegantes mesas, cómodas y escritorios que claramente pertenecían a un espacio más grande. Cuando acudió a solicitar el empleo

de ama de llaves, Mary Smithie se sintió algo nerviosa por los retratos familiares que colgaban de las paredes y empequeñecían a quienes los miraban. Pero también le impresionó la amabilidad y educación del señor Ashton. «Es un filósofo —dijo a sus amigas—, nunca se muestra crítico, ni exigente». Durante varios años él había seguido enseñando latín y lengua en el colegio de Ashton House, pero se había jubilado hacía poco y pasaba la mayoría de los días en su estudio trabajando en una traducción de las *Geórgicas* de Virgilio. De vez en cuando recibía visitas procedentes de Londres, «viejas amistades de mi época en el Ministerio de Asuntos Exteriores», según explicó a la señora Smithie, como Clifford Norton y su vital esposa Peter, «quienes escaparon de la invasión nazi en Varsovia en 1939», o lord Vansittart, que era alto y ancho de espaldas, y siempre se ponía frente a la chimenea con las piernas algo abiertas: «el único hombre que habría podido evitar la guerra, si alguien le hubiera hecho caso».

La señora Smithie se alegraba de que él no estuviera totalmente solo. Llevaba una vida solitaria, sí, pero al menos contaba con unos cuantos buenos amigos. Y si él era infeliz o estaba deprimido, ella no lo apreció nunca.

El reloj dio las cuatro mientras ella depositaba en la mesa la bandeja con el té. Él levantó la vista para darle las gracias, pero ella notó que no tenía ganas de hablar y salió de la estancia enseguida.

Cerró la puerta sin saber el significado que ese día tenía para Thomas: el aniversario del día en que había perdido a su esposa, a su amante y al hijo que esta esperaba. «Veintiún años sin ti —escribió en su diario— y sigo recordándote». Los años habían pasado, semana tras semana, hora tras hora, y Thomas aún despertaba pensando en Ruth: aún hablaba con ella y se preguntaba qué habría opinado de las cosas que veía, de las personas a las que conocía.

No podía olvidarla. Su recuerdo resonaba en la vacía concha de su vida actual, como el eco de un mar lejano.

Tenía sesenta y cuatro años, y todavía veía a Ruth tal y como era el día de su muerte. A veces intentaba imaginar cómo sería ahora: madre, con la figura más llena, con las primeras huellas de la vejez. Le habría gustado verlo, distinguir cada arruga de su cara. Marcas del tiempo que habrían pasado juntos.

Nadie había imaginado nunca la verdadera naturaleza de su pérdida; nunca había compartido su dolor. Aquellos que trabajaban para él se preguntaban sobre la desgracia de la polio, sin duda, o sobre la tragedia que había supuesto la muerte de su esposa, pero nadie sabía nada de su inagotable amor por la joven maestra que llevaba a su hijo en las entrañas. Quizá creían que echaba de menos a Elizabeth, pero lo cierto era que esta se había esfumado de su corazón, dejándolo solo con la culpa de no haberla liberado, de no haberle permitido emprender una nueva vida antes de que fuera demasiado tarde para todos.

Nunca creyó que el accidente de Elizabeth hubiera sido algo inevitable. Estaba seguro de que se había tratado de un arrebató de ira, un impulso momentáneo

provocado por los celos y la furia. Si ella hubiera dejado pasar un par de días, habría encontrado otras formas menos irreparables de hacerle daño. Incluso tal vez los habría dejado en paz, con estilo. No, había sido culpa del propio orgullo de Thomas: su alardeo del embarazo de Ruth delante de la mujer a quien más podía herir esto la había abocado a la violencia.

Una culpa resignada era lo único que le quedaba de Elizabeth. La ternura que aún poseía en su interior era solo para Ruth: una ternura tan aguda que a veces lo abrumaba. Mientras trabajaba, a menudo creía notar su presencia sutil a su espalda, cerniéndose sobre él, colándose en silencio en el ritmo de su respiración. Hasta que se detenía, permanecía inmóvil y volvía la cabeza a ver qué había allí.

Pero no había nada. Polvo y aire.

Y, sin embargo, la presentía asomada sobre su hombro, apoyada en su brazo, alojada en su alma. Se decía que el dolor debería haberse extinguido ya, pero a veces, cuando despertaba por la mañana, la sensación de que ella estaba allí era tan real que extendía la mano en su busca.

Otras veces se cuestionaba sobre su salud mental. Allí estaba, un viejo tullido en un húmedo caserón de Yorkshire, que soñaba todos los días con una mujer muerta. Incapaz de pasar página, incapaz de incorporar a nadie a su vida... ni siquiera a su círculo íntimo. Cualquier conversación sobre Ruth solo banalizaría su recuerdo y el elixir que su presencia vertía en su corazón.

Se había acostumbrado a su doble vida. Estaba la educada superficie del día a día, en el que se ocupaba de los asuntos de la finca, y luego su existencia secreta con Ruth. Sus recuerdos de todo lo que ella había dicho, que su mente evocaba una y otra vez para descubrir en ellos las ascuas de emociones aún no extinguidas. La visión de su rostro cuando se besaban, la tenue curva de sus senos, el cabello que le cubría las mejillas, el roce de su piel.

El dolor no remitía, pero a veces él lo disfrutaba. Se cernía sobre él, como un fantasma leal. El rumor del viento en la ventana, la súbita caída de un pétalo desde un jarrón, el último destello del crepúsculo... todo le hablaba de la extraña tierra de sombras en que se había convertido su corazón.

«¡Estrellas! ¡Estrellas! ¡A su lado todos los ojos son carbones muertos!».

Él aún veía sus ojos: a veces se le aparecían y lo atravesaban, como el grito del recuerdo de *El cuento de invierno*.

No tenía ninguna foto para recordarla, solo el consuelo de su única carta. Adoraba su letra. Fluía hacia delante, levemente curva sobre sí misma, y reflejaba su inteligencia y pasión, aunque también su timidez, su carácter afectuoso. Era ella: todo lo que le quedaba de ella. Después de que cada una de esas palabras hubiera pasado a su mente y a su corazón, era la letra lo que conseguía conmoverlo. Había abierto la carta tantas veces que ahora estaba amarillenta, gastada por el roce de sus dedos.

La tenía delante mientras escribía en su cuaderno, sus ojos recorrían de vez en cuando la forma familiar de sus letras. Pero una parte de él estaba adormecida, y las

palabras no conseguían despertar nuevas emociones: ese día era solo una carta muerta, sin vida.

Oyó que llamaban a la puerta, y apareció Mary para retirar la bandeja. Le entregó un rígido sobre blanco.

—Ha llegado con el correo de la tarde, señor.

Era una carta personal, escrita en una letra que no reconoció. La dejó sobre la mesa y esperó a quedarse solo. Debía de tratarse de algún colega académico. A veces recibía cartas de otros traductores de lenguas clásicas, con aportaciones de nuevas versiones de una palabra o una frase.

Mary cerró la puerta. Él cogió el sobre y lo abrió.

Querido señor Ashton:

Han pasado muchos años desde que nos conocimos, de manera que no me sorprendería que no me recordara. Mi nombre es Anna Sands y llegué a su casa durante la evacuación de Londres de 1939. Disfruté mucho de mi estancia en Ashton Park, y le estoy muy agradecida por la educación que recibí allí. Después me licencié en Oxford y ahora trabajo como editora de ficción. Resulta un trabajo agradable que puedo compaginar con mi vida familiar: estoy casada y tengo dos hijos.

Últimamente he estado evocando los años de la guerra con un cariño especial. En particular, he recordado su amabilidad y lo buen profesor que era. Iré a York en abril y me preguntaba si le importaría que le hiciera una visita. Eso sería maravilloso para mí, aunque entiendo que no le apetezca recibir a antiguos alumnos. Estoy segura de que deben de llegarle muchas cartas como esta.

Pero si no le importa y me permite visitarlo, comuníquemelo a la dirección que consta arriba, o en Fremantle 2104.

Sinceramente suya,

Anna Sands

Thomas la recordó al instante: la niña cuya madre había muerto en el Blitz. Una imagen de ella acudió a su mente: su sonrisa de dientes separados, siempre lista para intervenir en clase. La carta lo llenó de alegría y se apresuró a contestar con una efusión impropia de él.

Mi querida Anna:

Por supuesto que te recuerdo. Ha sido un gran placer tener noticias tuyas y estaría encantado de que vinieras a verme durante

tu próximo viaje a York. Me alegro de saber que has estudiado en Oxford, donde también yo cursé mis estudios, y de que has formado una familia. Espero seguir recibiendo noticias tuyas.

El té se sirve a las cuatro todos los días, de manera que solo tienes que decirme la fecha en que te iría bien venir.

Sinceramente tuyo,

Thomas Ashton

Se realizaron varias llamadas, siempre a través del ama de llaves, ya que al parecer a Anna le daba reparo hablar directamente con él. La fecha quedó fijada para el 25 de abril.

Ashton Park, 1964

En el día señalado, Anna recorrió el camino hacia la casa donde vivía Thomas. Condujo el coche hasta una casa de estilo georgiano, simple y cuadrada, que quizá antaño hubiera sido el alojamiento de los encargados. Era amplia, pero se parecía poco a la casa donde él vivía antes. Los parterres de flores que había frente a la fachada se veían descuidados.

Aparcó y revisó el aspecto de su cara y su cabello en el espejo retrovisor. Cuando llamó al timbre, la recibió un ama de llaves de rostro imperturbable.

Se descubrió tensa en el vestíbulo vacío. Advirtió que se hallaba, sin lugar a dudas, en la casa de un hombre soltero —no había en ella el menor rastro de vida familiar—, y, por decirlo de alguna manera, carente de amor. Las ventanas del vestíbulo presentaban la suciedad acumulada de varias estaciones y una pila informe de periódicos se amontonaba frente a la chimenea, como si el lugar fuera manejado por inercia.

Anna esperó allí, intentando respirar hondo y habituarse al obvio declive que había experimentado la vida de Thomas.

Se abrió otra puerta y de repente lo vio allí, avanzando en la silla de ruedas con el brazo derecho extendido; su cara era acogedora, sonriente, expectante.

—¡Anna! ¡Qué contento estoy de verte!

Encantada y aliviada, comprobó que parecía el mismo. Más viejo, pero el mismo. Sus tobillos se habían engordado un poco; los hombros se veían algo más hundidos y el estómago una pizca más grande. Pero su semblante... poseía la nitidez de antaño. Quizá resultaba más imponente, surcado de arrugas, el cabello aún peinado hacia atrás pero salpicado de hebras grises. Tal y como recordaba, esos ojos dejaban entrever su alma.

Anna quedó invadida al instante de una sensación de amor hacia él. Allí estaba el hombre que había llevado en la cabeza, en el corazón, en el alma; el único hombre que podía tocar ese vacío que había en su interior.

Thomas se inclinó hacia delante, tal vez esperando un beso, pero ella se mostró torpe y nerviosa, y él optó por transformar el gesto en un firme apretón de manos.

—Estás muy distinta, pero te he reconocido enseguida —dijo él, esbozando una sonrisa enigmática. Con un gesto de galantería propio de él, retiró la mano—. No te veía desde que tenías... ¿Qué? ¿Once, doce años? En fin, estás estupenda.

—Yo también me alegro mucho de verle —dijo ella—. No ha cambiado nada.

—Oh, vamos —repuso él, irónico. Luego dio la vuelta a la silla con un experto giro de la mano—. El té está servido. Acompañame.

Ella no sabía si debía empujar la silla, pero él se movía con una destreza tal que se limitó a seguirlo.

Llegaron a una estancia decorada en un verde desvaído... aunque ella prestaba poca atención al lugar: tenía la vista puesta en Thomas. Intercambiaron varios comentarios corteses y se sentaron; se inició entonces la pantomima del té, que Anna se ofreció a servir. Ella lo llamaba «señor Ashton» y él hizo un gesto con la mano.

—Por favor, tutéame: llámame Thomas.

Las tazas de té tenían un reborde dorado y una estaba un poco desportillada. A Anna le temblaba la mano mientras sostenía la tetera. Temió que su torpeza acabara provocando un estropicio.

Pero consiguió llevar a cabo la tarea sin contratiempos, y una vez estuvieron ambos servidos, ella se sentó. Se miraron.

Thomas vio a una mujer que poseía una inusual juventud: un semblante radiante y sin sombra de arrugas, como si hubiera quedado detenido en una especie de preadolescencia, bonito aunque un poco inquietante... Había algo temeroso o distante en esos ojos.

—Me alegro tanto de verte... —dijo ella, tartamudeando al darse cuenta de lo banal que era la frase.

—Ha sido un detalle por tu parte venir a visitarme —dijo él. Posó los ojos en los de ella, y por un momento, el corazón de Anna dio un vuelco.

Ella sacó fotos de sus hijos, que llevaba en un pequeño álbum en el bolso. Agachada a su lado, más cerca de él que antes, vio cómo él observaba las caras de sus hijos, preguntaba sus nombres y sus edades, y se esforzaba por encontrar algo especial que decir de ellos. Se paró ante una foto de su hija.

—Es tu vivo retrato —le dijo, levantando la vista, como si quisiera corroborar la afirmación. Ella guardó el álbum y volvió a coger la taza. Se sentó de nuevo.

Él estaba en silencio. Anna se removió en la silla, miró hacia la taza.

No hay nada que decir. ¿Hay algo entre nosotros?, pensó ella. ¿Un hilo invisible, quizá?

—¿La administración de la finca te ocupa mucho tiempo?

—Tengo la suerte de contar con un encargado fantástico, el señor Reynolds. Es un hombre muy capaz y siente un apasionado apego por el lugar. Desempeña un trabajo magnífico.

—¿Y la casa?

—Sigue siendo un colegio. Un internado para niñas de bastante prestigio. Ahora tienen un gimnasio de verdad, e incluso una pequeña piscina.

—Es una casa maravillosa para los niños...

—¿Lo crees de verdad? Me alegro mucho de que guardes esos recuerdos de tu estancia allí.

Él le sonrió con una calidez sin barreras y ella tuvo ganas de decir: «Llevo toda mi vida adulta buscándote, buscando esa mirada que vi en tus ojos».

—¿Por las mañanas da el sol en esta habitación?

—Sí, y este año hemos disfrutado de un invierno muy soleado.

—Estas ventanas georgianas deben de ofrecer todo un escenario de luz.

—Lo has expresado a la perfección.

Ella solo quería extender la mano y acariciar la de él... pero en su lugar seguían anclados en una conversación formal, hablando de las últimas grabaciones de Schubert que Thomas había comprado y de las nuevas novelas que Anna iba a publicar.

¿Se reduciría todo a esto? ¿A una taza de té y unos pastelillos con un hombre mayor y educado?

Ella deseaba sacarlo de esa reserva, hacer saltar algún resorte que evocara aquel instante de intimidad que habían compartido. Despacio, metió la mano en su bolso y sacó de él el libro azul de poemas de la señorita Weir.

—¿Te acuerdas de esa noche... cuando fui a buscar las cartas?

—Sí —dijo él—, por supuesto. —Por primera vez en toda la tarde, su rostro reveló algo de sí mismo.

—Bueno, nunca te lo dije, pero encontré las cartas guardadas en un libro de poemas de Tennyson, y luego volví a buscarlo. Solo para tener un recuerdo de... la señorita Weir. Y te lo he traído hoy, por si significa algo para ti. Hay una nota suya dentro.

La noticia supuso para él un gran sobresalto: casi le temblaban las manos cuando cogió el libro.

Pasó los dedos por las secas y viejas páginas; en el centro del libro había una única hoja doblada de papel amarillento. Thomas la abrió; apoyada en el doblez, había una flor seca. Un nomeolvides, de pétalos azulados y diminutos aplastados como las alas de una mariposa, junto con una nota casi ilegible por los años:

18 de junio de 1941

Un nomeolvides para recordarte.

Piensa en lo que has significado para mí...

Se quedó sin aliento. Fue la letra la causante, aquellos trazos de tinta que conjuraban el rostro de Ruth, sus ojos, su espíritu. Como un fantasma salido de entre las páginas de un libro. Un mensaje para él, escrito hacía más de veinte años. Se agitó en la silla y dijo con voz débil:

—Gracias. Muchas gracias, de verdad. Significa mucho para mí.

Tenía la vista fija en la hoja de papel, sin poder apartarla. Su semblante revelaba una gran emoción.

Anna lo contemplaba poseída por una creciente sensación de desasosiego, devorada por unos celos ardientes que la rasgaban por dentro. ¿Cómo podía haberse

mantenido ajena a la profundidad de sus sentimientos? Ella había estado en sus clases de poesía. Había llevado sus cartas. Los había oído desde el armario.

¿Cómo pudo pensar que todo se habría pasado ya... solo porque la señorita Weir llevaba muchos años muerta? Él temblaba solo por un pedazo de papel que ella había tenido en su poder durante todos esos años... Y todo lo que ella deseaba era que él le tendiera la mano.

Por fin levantó la vista. Ella se quitaba una imaginaria mota de polvo de la falda, solo para tener la mano ocupada. Pero se percató de su mirada y se la devolvió.

En ese momento, Thomas percibió que no era el único que vivía encerrado con sus propios fantasmas. Tuvo una profunda sensación de que Anna necesitaba algo más, que había venido para ser algo más que un mero trámite que despertara la imagen de Ruth.

—Muchas gracias por esto, querida. Te lo agradezco de todo corazón. Pero... ¿hay algo más de lo que quisieras hablarme? —preguntó con amabilidad, los ojos clavados en su cara.

—Sí —musitó ella.

—Dime.

Él esperó; desvió la mirada, paciente. Ella movió las manos, las levantó en el aire como si necesitara darse impulso para hablar.

—Quería verte porque he pensado mucho en ti durante estos años...

Se quedó muda, inclinó la cabeza. Luego las palabras se derramaron.

—Todavía albergo... sentimientos hacia ti. Creo que... quizá me enamoré de ti cuando era niña y he llevado tu recuerdo conmigo durante todo este tiempo. Me he acercado a desconocidos deseando que fueran tú. Porque siempre lo he amado todo de ti, el más mínimo detalle...

Thomas se descubrió mirándola fijamente. ¿Había estado alimentando esos sentimientos a pesar del tiempo que llevaban sin tan siquiera verse? No lo demostró, pero la idea le resultaba inquietante.

—Todo eso sucedió hace mucho tiempo —repuso él, midiendo sus palabras—. Ahora eres una mujer preciosa, con un marido, e hijos...

El cumplido emocionó a Anna: nunca se había considerado preciosa, pero al oírlo de sus labios, deseó que lo pensara de verdad.

Envalentonada, pensó en esas cartas que él le había escrito años atrás. En cómo las había conservado durante años. Había dormido con ellas debajo de la almohada, hasta que el papel casi se había roto.

—Cuando me escribiste y firmaste la carta diciendo «con todo mi amor», pasé muchas noches pensando en si esa frase significaba algo... o era solo tu forma de despedirte en todas las cartas.

—Estoy seguro de que lo escribí de corazón... aunque en el sentido más... paternal —respondió él con cuidado. Pero ella quería más—. Recuerdo que quería ayudarte —prosiguió—. Tú estabas destrozada por la muerte de tu madre.

Necesitabas a alguien... que estuviera por ti.

—Sí —dijo ella, casi sin darle tiempo a terminar la frase.

Él la miró entonces y vio a una mujer en lugar de la delgada niña pecosa que había conocido. Pero sus ojos parecían anclados en el pasado: era una mirada penetrante que pedía, inexplicablemente, estar cerca de él.

Ella esperó, deseando que él dijera algo más, que se abriera. Quería que la mirara a los ojos y le dijera: «He pensado en ti todos estos años, y he esperado el momento para decirte lo mucho que te quise». Pero no lo hizo, claro que no. Él se replegaba en sí mismo, mientras ella se hundía en sus arenas movedizas.

—Aquella noche, la noche en que fui a buscar las cartas... me dormí sobre tu regazo... y aún recuerdo la ternura que vi en tu cara al despertar...

Ella quería decirle que llevaba buscando esa mirada desde entonces, pero ya no pudo hablar. Se estremeció y, por fin, rompió a llorar.

Incómodo, él se quedó en silencio. Pero a medida que continuaban las lágrimas, se agitó en él un recuerdo lejano de la niña que había llorado en sus brazos tantos años atrás.

Creyó recordar haberla mirado a los ojos aquella noche horrible. ¿En qué pensaba? En la mujer que había amado y perdido, en el niño que no había llegado a nacer... Y sin embargo debió de ser aquel momento el que causó en Anna esa gran impresión.

En cierto sentido el dolor de aquella joven lo conmovía, se filtraba a través de los gruesos muros de sus propias penas. Avanzó en la silla de ruedas y la miró a los ojos, mientras ella elevaba la cara hacia él. Luego abrió los brazos y ella se dejó caer sobre su pecho. La envolvió con su abrazo durante unos instantes... hasta que ella volvió a levantar la cabeza.

Él distinguió la pureza de su amor, y la miró embargado por una ternura que desconocía poseer aún. Thomas no le había dado nada, y no obstante... Los largos años de espera de esa mujer habían conseguido despertar algo en él.

—Significaste algo para mí —dijo él. Incluso mientras hablaba no sabía con certeza si se dirigía a ella o al fantasma de Ruth, resucitado esa extraña tarde a través de un pedazo de papel y de los ojos llenos de amor de otra mujer—. Significaste mucho para mí y me quedé muy triste cuando te marchaste. He pensado a menudo en ti. Y estoy muy, muy contento de volver a verte.

Existen muchas clases de consumación en este mundo. Anna se dio cuenta de ello más tarde. Podía ser una carta, una charla, o incluso una simple mirada. Él se limitó a decir las palabras que ella quería oír. Y luego le dio un suave beso en la mejilla.

Regresó a Londres convencida de que por fin había cerrado una especie de puerta. La suya era ahora una relación definible, con límites establecidos: había llegado a donde podía llegar con Thomas. Ahora tocaba olvidarse de él.

En los meses que siguieron a la inesperada visita de Anna, Thomas se preguntó muchas veces si debería haberle dicho lo importante que había sido para él. Pero decidió que no podía, porque era consciente de que había sido el mensaje de Ruth lo que lo había rejuvenecido y no Anna.

«Piensa en lo que has significado para mí...».

No se cansaba de mirar la nota de Ruth. Era como si su paciencia hubiera sido recompensada con una señal. «Un nomeolvides para recordarte».

Su recuerdo lo sustentaba. Más de veinte años después de su muerte, había vuelto a sus manos en forma de trozo de papel, devolviéndolo al presente. Y por una extraña alquimia, empezó a verse de un modo distinto, como alguien conectado a la vida a través del amor.

No se olvidó de Anna. Le sorprendía y desconcertaba haber existido sin saberlo en el corazón o la mente de alguien durante tanto tiempo, pero se sentía conmovido y honrado de que ella hubiera hecho acopio del valor necesario para hablar con él; había sido su visita lo que había desencadenado su inesperada reconciliación con la vida.

Mantuvo una cortés correspondencia con Anna. Felicitaciones por Navidad y atentas lecturas de las novelas que ella le enviaba de vez en cuando, acompañadas de cartas de agradecimiento. Más aún, empezó a incluirla en sus oraciones dominicales en la iglesia del pueblo. A veces se preguntaba si debería haber hecho algo más por ella, pero en el fondo sabía que cualquier acto hubiera resultado inapropiado: era poco lo que podía ofrecerle, además de plegarias desde la distancia. Pero esperaba que, de algún modo, su cariño llegara hasta ella.

«Un aliento de vida es mejor que nada». Thomas recordaba haberse concentrado en ese mantra cuando estaba en el hospital recuperándose de la polio, hacía ya cuarenta años. En esos momentos había querido creerlo, pero con la edad lo sintió de verdad. Todas las mañanas se alegraba de ver el cielo. Y con cada primavera volvía a sorprenderse con el cerezo en flor que veía desde la ventana, cuyos brotes, de un pálido color malva, eran siempre más suaves y abundantes de lo que creía recordar.

Los años no mitigaron la fuerza de sus sentimientos hacia Ruth. Cada vez que un rayo de sol se filtraba entre las nubes o el viento sacudía los árboles, allí estaba su cara, incluso en la lluvia. Y esa contemplación facilitó el paso de los días, hasta el final.

«Es un hombre tan sereno», solía comentar Mary Smithie a su marido. Recordaba que se había mostrado reticente a dejarlo solo la Navidad anterior a su muerte. Ella debía ir a ver a su anciana madre, que vivía en Harrogate, no muy lejos, pero le preocupaba que se encontrara solo en un día como aquel; le propuso, por tanto, que

fuera a casa de alguno de sus amigos a pasar el día.

—Mary, por favor —dijo él en tono amable—, no tiene usted que preocuparse por mí.

—¿Está seguro de que no se está haciendo el valiente, señor?

—Estoy más que seguro.

—Pero la Navidad es época de celebraciones, de reunirse con otras personas...

—Aquí no me falta de nada. Váyase tranquila, por favor.

Mary recordaba que no la había convencido del todo, y que lo había mirado con la duda dibujada en la cara. Y fue entonces cuando confió en ella, por primera vez después de tantos años juntos.

—Deje que le cuente mi secreto, Mary —dijo él, inclinando la cabeza—. Hace muchos años conocí a una mujer maravillosa, a la mujer de mi vida, y ella me amó. Nos amábamos y lo sabíamos. ¿Acaso no es eso lo que quiere todo el mundo, Mary? ¿El amor correspondido? Su recuerdo aún me sostiene, todos los días. De manera que usted puede considerarme un viejo decrépito... pero en mi interior mi corazón aún baila, como suele decirse.

Ella supo que lo decía en serio. Ese era pues el secreto de sus ojos, de esa alegría íntima que se apreciaba en ellos: había vivido un verdadero amor con su esposa. Notó que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y tuvo que pellizcarse la mano para contenerlas antes de retirarse.

Thomas conservó un lugar especial en el corazón de Anna, pero durante muchos años su presencia allí fue latente. Hasta que una mañana vio su nombre en las necrológicas del *Times*, y sintió una oleada de desolación.

El obituario anunciaba el fallecimiento de Thomas Arthur Ashton «tras una breve enfermedad» el 29 de diciembre de 1979. La Navidad aún flotaba en el aire, y los periódicos estaban llenos de cuestionarios sobre Año Nuevo, así que solo dos publicaban necrológicas. Ambos incluían inadecuadas referencias a su carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores, retazos de información que emocionaron y entristecieron a Anna a partes iguales: se dio cuenta de lo poco que sabía de su vida. Se destacaban sus servicios como joven diplomático en el «grupo de antiapaciguadores de *sir* Robert Vansittart» en la década de los años treinta. En *The Telegraph* se le describía como un distinguido clasicista y el último exponente de una clase de caballero inglés, aunque el redactor no explicaba bien el porqué. Se mencionaba el colegio de Ashton Park y también a su esposa.

... Él y su adorada esposa Elizabeth no tuvieron hijos, pero cuando estalló la guerra abrieron las puertas de Ashton Park a un grupo de evacuados. Elizabeth sufrió una trágica muerte en un accidente de automóvil, pero su marido quiso seguir adelante con la tarea emprendida por su esposa, y terminada la guerra Ashton se convirtió en un internado femenino. Las alumnas guardan buenos recuerdos de su excepcional labor docente, y él siempre se mostró muy orgulloso de la escuela...

Anna leyó los obituarios varias veces antes de guardarlos en un cajón. ¿Quién había escrito esas ficciones convencionales sobre él? Nada en ellas se hacía eco de su espíritu.

La definitiva exclusión de su vida supuso para ella un duro golpe, aunque hacia el final su contacto se había reducido a felicitaciones navideñas. Ni siquiera sabía la fecha del entierro, ni se mencionaba la celebración de algún oficio religioso en su memoria. No sabía a quién dirigirse, pero se dijo, con cierto dolor, que algún miembro de la familia más próximo a él se ocuparía de los funerales.

Lo que Anna no podía saber era que no existía tal familia. No había hijos, ni hermanos o hermanas, ni sobrinos o sobrinas. Solo amigos educados. *Sir* Clifford Norton había acabado en una silla de ruedas después de haberse fracturado ambas

caderas: su frágil estado de salud lo atemorizaba, así que decidió quedarse en su casa de Chelsea, deseando que otros asistieran al funeral de Thomas. Se pasó el día pensando en cómo aquel viejo amigo se había ido desvaneciendo del todo de su vida. Su esposa, Peter, había fallecido años atrás por culpa de las complicaciones derivadas de una mala caída en el aeropuerto de Orly. Después de su muerte, Norton apenas salió de su hogar de Carlyle Square.

De manera que fue el ama de llaves de Thomas, la señora Smithie, quien se encargó de que su fallecimiento recibiera el respeto debido. Fue ella quien fue a verlo al hospital cuando enfermó de neumonía. Y cuando el médico llamó para informar de su muerte, fue ella quien lloró por él y se preocupó de las coronas de flores. Ordenó los papeles de su despacho y abrió las cartas que seguían llegando. Guardó la pluma y el tintero, pero luego se los llevó a casa como recuerdo del hombre a quien había visto enfrascado en sus traducciones durante casi veinte años.

Dos meses después del funeral, la hija del primo hermano de Thomas llegó de Sudáfrica para hacerse cargo de la herencia. La señora De Groot se había criado en Ciudad del Cabo, y su visita a Ashton Park suponía su primer viaje a Europa. Sus hijos lamentaron su viaje y le rogaron que no tardara en volver.

—Serán solo diez días —les prometió en el aeropuerto.

Llegó a York una tarde húmeda y le costó encontrar un taxi que la llevara hasta Ashton Park. El taxista la dejó al otro lado de la verja del parque, de manera que tuvo que recorrer a pie lo que bajo la lluvia se le antojó un camino eterno. Cuando por fin llegó a la puerta principal, estaba cansada y empapada.

El señor Tyler, encargado de la casa desde hacía tiempo, se hallaba allí para abrirle la puerta, pero era un hombre demasiado tímido para darle la mano o mirarla a los ojos. Siguiendo a ese guía silencioso, la señora De Groot realizó una visita rápida por toda la casa. Empezaron por el vestíbulo de piedra y recorrieron los corredores embaldosados que conducían a aulas vacías. Cuando se detuvieron en los lavabos del viejo colegio, ella se sorprendió al ver lo viejas que eran las tuberías.

Después subieron a la segunda planta, pasaron frente a dormitorios desiertos con camas de hierro y colchones de lana sucios. Había lavamanos, antiguas jofainas y cortinas arrugadas, colgadas de anillas rotas, que caían formando caprichosos ángulos. El pensionado para niñas había cerrado sus puertas después de que las matrículas fueran descendiendo con los años, pero sus huellas seguían presentes en todo el lugar.

La sensación de vacío invadía toda la casa. Con la caída de la noche, la señora De Groot se estremeció al sentir la presencia del pasado en aquellos muros. El lugar olía a fantasmas y a historia perdida, y los polvorientos retratos de esos primos desconocidos la ponían nerviosa.

Bajo la cruda luz blanca de la cocina conoció a la esposa del señor Tyler, una

mujer rolliza, de semblante alegre aunque estropeado por unos dientes muy manchados. La señora Tyler había preparado una cena sencilla a base de salchichas para que la señora De Groot la tomara en la vieja salita, donde se había encendido un fuego para la ocasión. Luego la acompañaron al antiguo dormitorio de los Ashton.

Había una cama con cuatro columnas y una cómoda carcomida provista de un tríptico de espejos. Los Tyler no le dijeron a quién había pertenecido la habitación y ella no lo preguntó. Pero cuando despertó por la mañana, aterida de frío, decidió regresar a casa lo antes posible, a las piscinas, el sol y las higiénicas tuberías de Constantia.

Se sentía como una impostora en ese lugar. Era una casa inviable, eso lo advirtió enseguida, y temía el malestar que podía provocar en su matrimonio. De manera que cuando llegaron los abogados de ojos brillantes pertenecientes al National Trust, aceptó de buena gana cederles Ashton Park a cambio de no abonar los impuestos de sucesión. Prolongó el viaje durante otros diez días, intentando mostrarse rápida y decidida en la tarea de librarse de esa casa en ruinas y del mal tiempo. Se reunió con abogados y expertos asesores de Christie's, y firmó tantos papeles como pudo para despojar la casa de sus bienes más valiosos, mientras dejaba el edificio y sus recuerdos en manos de la fundación.

Cuando por fin conoció a la temible señora Smithie y revisó los efectos personales que Thomas Ashton conservaba en la casita del parque, empezó a tener una visión más sentimental de los Ashton. Vio una foto de Thomas y su rostro la conmovió. La señora Smithie comentó —o, mejor dicho, aseveró— que había sido un distinguido hombre de letras cuya colección de libros debía ocupar el lugar que le correspondía en la biblioteca de Ashton Park. La señora De Groot, impresionada por esa resuelta devoción del ama de llaves hacia su antiguo patrón, dio órdenes a los abogados de que siguieran las instrucciones de la señora Smithie y devolvieran a la casa los libros, retratos y muebles que ella les indicara. Justificó aquel cambio de opinión diciendo que debía mantenerse intacta la historia de los Ashton para el National Trust.

Después, la señora De Groot regresó a su hogar y no volvió a la finca en varios años. Cuando lo hizo, Ashton Park había sido restaurada, declarada casa de estilo eduardiano y abierta al público. Todo un orgullo para Yorkshire y un triunfo para el National Trust.

A principios de 2006, Anna Sands creyó ver a su madre en la televisión. Estaba viendo un documental sobre el Blitz, que comenzaba con tranquilas imágenes del Londres de antes de la guerra —hombres con bombín que se apresuraban a ir al trabajo, señoras paseando cochecitos de bebé por los parques—, pero de repente esas escenas en blanco y negro daban paso a otras en color que mostraban la ciudad durante la guerra, y fue entonces cuando creyó ver a su madre, caminando por la calle vestida con un bonete y zapatos de tacón alto.

La visión fue tan fugaz que Anna se preguntó si se había tratado de una ilusión. Su madre había aparecido unos segundos, como en un sueño, durante una toma general de unos edificios en llamas. Al día siguiente, Anna llamó a la BBC para pedir información sobre la grabación. Durante semanas hubo innumerables llamadas e intercambios de mensajes, hasta que por fin se encontró en un edificio anexo al Imperial War Museum, con una petición por escrito que la autorizaba a realizar un visionado privado. Un archivero muy parlanchín, cargado con un rollo de película de 16 mm, la condujo a una sala de proyecciones.

—Es una de nuestras cintas más populares —le dijo—: la única grabación en color del Blitz. La rodó una mujer, con una simple Bolex casi de juguete, de manera que el resultado es un poco raro: muestra un Londres borroso, como si la ciudad apareciera en un sueño.

Puso la cinta en la bobina de un ruidoso proyector que tenía una pantalla pequeña. Anna se sentó y vio tomas al azar de Londres durante la guerra, capturadas en los vibrantes y puros colores de las viejas películas. Gente que paseaba y sonreía a la cámara. Obreros tomando el té y comiendo sándwiches, todos tranquilamente ajenos al fondo de edificios destruidos y calles agujereadas. Durante unos diez minutos Anna no vio más que a extraños hasta que, de repente, la vio a ella: era su madre, andando por una calle desierta, ridículamente arreglada con sombrero y traje chaqueta en aquel entorno lleno de escombros. Anna profirió un grito. El joven paró la máquina y rebobinó la cinta.

La imagen duraba nueve segundos. Eso era todo. Una toma de su madre andando por la calle que se cortaba bruscamente para dar paso a otra escena.

El archivero se llamaba Robin. Le enseñó cómo rebobinar la cinta y luego la dejó para que viera a su madre las veces que quisiera mientras él iba a hacer una llamada telefónica.

—Está fuera de las normas —le dijo—, pero creo que necesita tiempo para estar a solas.

Anna puso la escena repetidas veces y observó el paseo de su madre, aquella

mujer que parecía libre de cualquier preocupación. Era sorprendentemente reconocible, aunque la cámara no la tomaba de cara. ¿De verdad era ella?

Habían pasado más de sesenta años desde que Anna la vio por última vez. Allí estaba ella, una anciana que contemplaba a su madre en la flor de la vida. Pero mientras proyectaba la escena una y otra vez, el espíritu de su madre empezó a alejarse. Como si al tener a Roberta allí, más allá del control que ejercía su propia imaginación, la hubiera liberado.

Su madre había tenido una vida propia, eso era todo. Era Roberta Sands, que se alejaba caminando de todos ellos para hacer sus cosas, hasta que el azar la convirtió en una de las muchas víctimas de la guerra.

Anna había esperado muchos años para despedirse de su madre. Cuando era niña no hubo entierro, y la presencia de su madre siguió cerniéndose sobre ella como un observador imaginario durante su vida. A veces se sentía culpable. Pero ahora comprendía que su madre había sido una persona independiente, que caminaba por la calle para dirigirse a encuentros de los que Anna nada sabía. Ahora podía pasar esa página. Tal vez lo lograra cuando la sorpresa se hubiera mitigado.

Pasaron varios meses antes de que Anna recuperara la tranquilidad. Ya se había retirado del mundo editorial y vivía sola, pero recibía frecuentes visitas de sus hijos y nietos.

Su matrimonio había terminado muchos años atrás.

—Yo quería compartir mi vida contigo —le había dicho Jamie cuando se separaron—, pero tú no te uniste al camino. Siempre estabas en otro lugar.

Era cierto; tras la visita a Thomas Ashton, Anna se había ido alejando poco a poco de su marido. Nunca había intentado hablarle de ese amor extraño y retrospectivo que había sentido por su maestro. Jamie la habría tomado por loca.

Que la abandonara había sido un alivio en cierto sentido. Pudo disfrutar de sus hijos sin preocuparse más de sus carencias como esposa. Con Jamie, siempre se había sentido una impostora emocional... y a lo largo de los años, siempre que lo veía, no podía dejar de pensar en lo guapo que era, sorprendida de haber estado con un hombre así. Jamie, por su parte, siempre achacó el fracaso de su matrimonio a la desgraciada infancia de Anna durante la guerra.

Después del divorcio, ella y sus hijos se habían instalado en una vieja casa georgiana en Clerkenwell, y ella había iniciado un largo proceso de restauración: reparó las instalaciones, pulió las cornisas, cambió las chimeneas y las persianas. Incluso arrancó el papel de las paredes y descubrió debajo capas y capas de distintos papeles, que se remontaban al original, estilo regencia.

—Es como pasar las páginas de la historia de la casa, revelar su pasado y liberar a sus fantasmas —explicaba ella a las visitas curiosas. Sus hijos la consideraban un poco excéntrica, pero también disfrutaban de sus excursiones en busca de antigüedades.

Tras una infancia sin el calor de un hogar, Anna había encontrado tanto consuelo

en la maternidad que nunca se preocupó mucho por encontrar otra pareja. Tenía amigos, y eso le bastaba.

En la actualidad había reducido la vida a sus ingredientes esenciales: lectura, música y una casa sencilla. Y los tres pequeños libros de poesía que había escrito a lo largo de los años, sus esmeradas reflexiones sobre la vida. Libros que habían cosechado buenas críticas en su momento, pero que ya no se editaban. Sin embargo, en los últimos tiempos, incluso el impulso para encontrar palabras la había abandonado: esa era la medida de su plácida autosuficiencia. Tal vez fuera un poco solitaria, pero en los días buenos sabía cómo valorar la belleza que había en las cosas cotidianas. Algo, se decía a veces, que había aprendido de Thomas Ashton.

Un domingo a la hora del almuerzo, justo después de su setenta y cinco cumpleaños, uno de sus nietos le preguntó si había sido rica cuando era joven. La pregunta la desconcertó.

—¿A qué viene eso?

—A que escribiste un poema sobre una casa de largos pasillos, así que debiste criarte en una gran casa —dijo él.

Ella sonrió y le explicó que había vivido en una finca en el campo durante la guerra.

—Esa era la casa de largos pasillos, pero no me pertenecía.

La asaltó el recuerdo de sus correrías por aquel parque bañado por el sol. Más tarde, ya a solas en su casa, buscó el poema y lo leyó para sus adentros antes de acostarse.

Retorno a la vieja casa

*Regresemos a la vieja casa,
aquella que un día conocimos.
La puerta familiar,
las habitaciones ventiladas,
la luz de las escaleras,
siguen en el fondo de tu mente.*

*Y si ya no es tan alta
como la casa que conociste,
y te parece menos brillante, y más vacía,
no tienes por qué darle la espalda;
porque un lugar es también un tiempo,
y ahora que eres mayor,
hace mucho que has perdido
tu propio pasado.*

*Regresemos a la vieja casa
aquella que un día conocimos,
aunque ahora pertenezca a un extraño,
aunque sus ventanas sean agujeros ciegos,
y los largos y anodinos pasillos
hayan olvidado los viejos tiempos.*

La vieja casa: la última estrofa era significativa. A pesar de que Anna ya era vieja, en el fondo seguía siendo una niña que correteaba por los largos pasillos de la casa Ashton. Recordaba el exterior de la casa como si fuera la maqueta de un arquitecto: la veía entera, como si fuera una fotografía tomada desde lejos. Y, sin embargo, el interior se le antojaba un espacio interminable, con intrincados pasillos y altas escalinatas, descansillos extraños e inmensos cuartos vacíos.

Había estado en muchos lugares a lo largo de su vida, pero en el fondo seguía llevando la huella de Ashton Park: la larga avenida blanca, los gastados muros de arenisca, la vista matutina de la solitaria campiña. A veces, sentada en una habitación, se sumergía en los eternos y sombríos corredores de Ashton y en el ruido de los niños que jugaban en el jardín. Era su refugio, pensó mientras cerraba el libro.

A la mañana siguiente despertó temprano, acompañada por el rumor de una lluvia suave, un rítmico latido que la hizo caer en una especie de estado de ensoñación. El ruido se filtró en su interior, devolviéndola a los viejos tiempos, a lugares perdidos, a días lluviosos de otra época. De nuevo se halló en el paisaje de su infancia, contemplando aquel amplio cielo y los campos de un verde grisáceo: Ashton, bajo los últimos vestigios de la luz del crepúsculo. Toda inquietud quedó sofocada por la infinita serenidad del lugar: su soledad, sus onduladas pendientes. Esa luz del cielo que destilaba una bondad única.

Pero a pesar de que se veía caminando sobre la hierba, el sueño empezó a desdibujarse. Se esforzó por aferrarse a la línea del horizonte, pero esta se mostraba esquiva, como una melodía cada vez más tenue... hasta desaparecer por completo. Volvió en sí con un intenso pesar que le oprimía el pecho, por no estar corriendo por esos campos, cruzando el bosque, bajando hacia el río. El paisaje se apagaba, la luz agonizaba... Aquel sueño privado se había desvanecido dejando un humo silencioso e incoloro.

Permaneció tendida en la cama, totalmente despierta ya, aún afectada por la intensidad de su sueño. Habían pasado muchos años desde que regresó a Ashton Park, y no obstante el lugar se negaba a abandonarla. La asaltó un fuerte deseo de ver de nuevo la casa de su infancia, ya que así la recordaba aunque ella hubiera sido solo una visitante temporal. Debía volver.

Así pues, al día siguiente tomó uno de los primeros trenes hacia York, donde la estación aún conservaba aquel andén curvado que recordaba, y desde allí cogió un

autobús que iba directo al pueblo de Ashton.

Titubeó al encontrarse frente a las verjas del parque. Allí estaba, su sitio, su pasado, ahora abierto al público, con una caseta donde los visitantes debían comprar la entrada solo para acceder al parque.

Pero la curiosidad y la emoción ya se habían apoderado de ella. Pagó la entrada, que le daba derecho a visitar «casa y jardín», y emprendió el camino por la avenida. Era una señora de setenta y cinco años, artrítica y de andar pesado, que avanzaba despacio para no fatigarse.

Pasó ante los mismos árboles, bajo el mismo cielo. Reconoció también los cardos del borde de la avenida. El aroma a ajo silvestre. El tronco podrido de un roble caído al que se había subido de niña, tantos años atrás.

Al doblar el recodo la casa apareció ante sus ojos, con sus alas curvas. Se detuvo para observar aquella fachada impertérrita y una oleada de tristeza la inundó. ¿A qué venía eso? ¿Era la nostalgia típica de la vejez por la infancia perdida? No habría sabido decirlo.

El león y el unicornio seguían firmes sobre los postes, más sucios de lo que los recordaba. Y más pequeños. Sus rostros inexpresivos la dejaban fuera del pasado común: las piedras no tenían recuerdos. En esos momentos ella se veía invadida por una mezcla de añoranza y emoción, aunque no pudo dilucidar si estaba contenta o triste. Lo único que sabía era que el lugar agitaba antiguos posos de emoción que flotaban en su corazón.

Se volvió hacia la planicie que subía levemente hacia la casa, una vista que de niña la había llenado de esperanza. Evocó sus primeras semanas allí, aquel otoño en Ashton Park: enormes robles de hojas doradas, luz cobriza que acariciaba sus manos y despertaba sentimientos nuevos.

Ese día el cielo, blanquecino y sereno, mitigaba los matices típicos de octubre. En las próximas semanas, con la llegada del invierno, ella también acusaría las frías mareas del año que agonizaba. Pero de momento no había la menor señal de ello. Había llegado a tiempo de disfrutar de Ashton Park en todo su sobrio esplendor otoñal... Entonces, ¿por qué se sentía tan distante a esa escena que tenía ante sus ojos?

*... Pero hay un árbol —de entre todos, uno—,
un solo campo de todos los que he visto,
y ambos me hablan de algo que se ha perdido...*

Quizá la vida fuera una larga historia de separación, como decía Wordsworth. De personas, de lugares, del pasado que ya nunca podías alcanzar a pesar de haberlo vivido.

Pero aún no había renunciado a las esperanzas sobre ese lugar. Se encaminó a la casa y subió la escalera hacia las altas puertas de caoba, que aún crujían al abrirse.

Entró en el Marble Hall: recordó haber estado allí, esperando la llegada de su padre, muchos años atrás. Y todas las horas en que jugó al bádminton sobre aquel suelo de escaques, con la música que Thomas tocaba al piano sonando de fondo.

Ahora había una señora que vendía postales en una mesita y proporcionaba información sobre los detalles clásicos de la casa.

—En la cúpula pueden ver a Apolo tocando la lira, y grifos sobre las chimeneas de piedra...

Anna se plantó en el centro del Marble Hall. Hasta ella llegaron voces, ecos del pasado, Hillary Trevor llamando a los niños que tenían correo, rodeada por una multitud de caras que esperaban noticias de casa... Maltby. Bailey. Peet. Rothery. Todd. Russell. Y ahí era donde solían colocar el árbol de Navidad; recordaba haber colgado las bolas y todo el placer que traían entonces las fiestas navideñas, esa felicidad sin complicaciones que está reservada a los niños... Tyler. Dixon. Burnham. Peake.

Se dirigió a la escalera de piedra, pasando ante la puerta de los aposentos de Thomas. ¿Hay alguien ahí? El lugar estaba lleno de fantasmas del pasado, de olvidados, de muertos. De recuerdos de Thomas y de la luz invernal de sus ojos.

—Disculpe, señora... —Un caballero vestido con una americana de lana la detuvo y le explicó que no podía deambular por su cuenta, sino que debía seguir la visita guiada. De manera que se unió a un grupo y vio el comedor, el salón y todos aquellos rincones familiares ahora redecorados al estilo eduardiano: todo parecía tan distinto a la improvisada escuela que hubo en su día, con sus pupitres y dormitorios comunes...

Pero cuando llegaron a la biblioteca respiró aliviada al encontrarla idéntica; seguía siendo la misma sala con una galería superior llena de libros antiguos.

—El difunto Thomas Ashton era un experto en lenguas clásicas y realizó numerosas traducciones de gran calidad —decía el guía con tanto entusiasmo como merecía esa información—. Su colección de obras en griego y latín se conserva en la galería superior.

Anna levantó la vista hacia donde señalaba el guía, y le vino a la memoria el día en que Thomas le había mostrado la puerta secreta. Poseída por un atisbo de rebeldía, dejó que el grupo siguiera sin ella y se quedó rezagada.

Encontró la manecilla oculta y comprobó que el crujido de la puerta era el mismo que recordaba. Allí estaba ella, una vieja que se escabullía por esos empinados escalones de la biblioteca para encontrar... ¿qué? Lo ignoraba. Pero se plantó delante de los libros de Thomas y acarició los lomos con su mano arrugada.

Sus dedos se detuvieron en un libro fino que sobresalía un poco. El corazón le dio un vuelco al reconocerlo al instante: era el libro de Tennyson que había pertenecido a Ruth Weir, aquel que ella le había entregado a Thomas tantos años atrás. Extrajo el libro del estante y lo abrió. Allí seguían la hoja doblada y la flor seca. Pero había otra carta... escrita por Thomas.

Nadie miraba, de manera que guardó el libro en su bolso. Luego descendió la escalera y salió al jardín con el corazón en un puño.

Se paró un instante frente al reloj de sol del jardín de las rosas, extrañamente satisfecha de haber recuperado el libro de Ruth Weir. Buscando un rincón tranquilo donde sentarse, caminó hasta un banco que había debajo del haya roja, aquel árbol que había sido plantado, según le había dicho Thomas, en honor de su bautismo. Se sentó con cautela en el banco antes de abrir el libro. Ahí estaba la nueva carta, escrita por Thomas. Estaba fechada en el mismo año en que ella había ido a verlo. Pero el sobre iba dirigido a Ruth. Una carta sin enviar dirigida a una mujer muerta.

Mayo, 1964

Queridísima mía:

De las muchas personas con las que nos cruzamos a lo largo de nuestra vida, es extraño que tantos de nosotros nos encontremos ligados a una de ellas en particular. Una vez hemos visto esa cara, se apodera de nuestro corazón una angustia involuntaria que no tiene remedio. Todas las maravillas del mundo toman forma en esa persona, y a partir de ahí ya no hay salvación, porque esa clase de amor no termina, o cuando menos no hasta la muerte.

Para los afortunados, ese amor es correspondido. Pero a muchos otros, en todas partes, en cualquier parte, les espera una interminable y dolorosa tristeza para la que no existe alivio. El amor incurable es el amor nivelador. Y, sin embargo, creo de verdad que este amor agrisado es infinitamente mejor que la desesperación que invade a aquellos que tienen el corazón seco.

Tú eres la mujer a la que amé, Ruth. No he podido tenerte durante todos estos años, pero me consuela pensar que disfrutamos de nuestro momento juntos; fue extraordinario y de él conservo un maravilloso recuerdo.

Hoy ha sido un día hermoso. La luz del atardecer ha dotado a los árboles de un verde tan radiante que se percibía la vida en cada una de sus hojas. La visión me ha llenado de una extraña alegría; sentado junto a la ventana, mi espíritu ha vagado hacia los campos hasta comprender la maravillosa verdad: que todo estaba iluminado por la luz que tú me diste un día. Tal vez ya no estés, pero al darme tu amor me abriste los ojos al milagro cotidiano del mundo que me rodea. En los días buenos aún te veo por todas partes. Es un regalo inestimable, por el cual te doy las gracias, amada mía.

Al leer esas palabras, Anna notó un pinchazo en el corazón por el que la vida parecía escapársele. Intentó recuperarse; se meció con suavidad en el banco, respirando profundamente.

Era una carta abrumadora. La expresión de un amor absoluto, nada menos, el amor que Thomas había albergado por Ruth Weir durante todos esos años. El amor que ella había presenciado a hurtadillas desde el armario, pero que nunca había conocido en persona.

¿Qué era ese dolor que la atravesaba? ¿Celos? ¿Admiración? Esa carta revelaba la clase de amor que ella había añorado siempre, pero pertenecía a otra persona, a una época muerta, inalcanzable. Y ella siempre había estado, y siempre estaría ya, fuera de ese amor.

Años atrás había sido testigo de un amor incondicional. Y lo que leía ahora en la carta de Thomas, tantos años después, era la infinita paciencia de su amor.

El amor lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo. El amor nunca termina...

Las palabras de los Corintios acudieron a su memoria, pero en ellas reconoció también su propia devoción. El de Thomas fue un amor perdido. El de ella había sido un amor nunca conocido del todo. Incluso después de que hubiera pasado tanto tiempo desde la muerte de Ruth, ella notaba la grandeza del amor en esa carta: él era capaz de hallar la paz en las simples hojas de un árbol. Pero ella era ajena a todo eso; podía ir a Ashton Park, contemplar los jardines de su luminosa infancia, y ver solo una vida que estaba fuera de su alcance.

¿Cómo podía hallarse allí, después de tantos años, aún enamorada de alguien que llevaba mucho tiempo muerto? ¿Cómo le había sucedido eso? Después de todas las personas que había llegado a conocer, de todos los lugares en los que había estado. ¿No había existido nadie capaz de tocarle el corazón, de borrar de un plumazo su devoción por ese hombre al que había conocido cuando era niña? Pero la realidad era esa: ahí estaba, en Ashton Park, aún presa de su primer amor, aún inmersa en el recuerdo de sus ojos.

Le dolía el cuerpo y le faltaba el aire, como si una enredadera le aprisionara el corazón. Rompió a llorar; eran los ojos secos de la vejez que derramaban las últimas lágrimas... hasta agotarlas todas. Sus sollozos se calmaron, su respiración se volvió más profunda, más calmada.

Bajó la vista hacia esa carta que nunca había sido enviada. La luz del amor. Pasados tantos años de la muerte de Ruth, aún había para él momentos en que podía volver a trazar las formas de su maravillosa experiencia. ¿No había sido así también para ella? Le habría gustado decirle a Thomas que pasear por la calle y ver edificios, árboles y personas, o el más nimio detalle de cualquier cosa, había constituido para ella una experiencia mágica y cotidiana gracias al amor que él había encendido en

ella tanto tiempo atrás.

Su vida pasó ante sus ojos, en forma de destellos brillantes: momentos de ternura, de alegría... su madre bailando con ella, o el regreso de su hija después de su primer día de colegio, esa mirada cargada de dependencia y de amor que había visto en ella.

Tal vez bastara con haber amado a Thomas. Tal vez bastara solo con haber amado: solo con haber visto el mundo, haberlo experimentado a través de los ojos del amor.

Anna jadeaba un poco, sentía los latidos del corazón. Pero entonces, al pasear la mirada por el parque, este pareció florecer ante ella una vez más, como por arte de magia. Era solo una ilusión, lo sabía, pero allí estaba Ashton Park, rebosante de belleza ante sus ojos...

Más tarde, cuando la encontraron muerta en el banco, nadie supo quién era ni por qué estaba allí, ni si ese súbito ataque que la había postrado bajo el haya roja tenía algún significado especial.

Uno de los guías, Rufus, estaba terminando su turno cuando un visitante entró en el salón y dio la voz de alarma.

Él nunca había visto a una persona muerta, pero en cuanto estuvo frente a aquella anciana, su cuerpo inerte le resultó inconfundible. Llamó a su jefe para comunicárselo.

—La encontró un turista. Dice que la había visto antes en el jardín de rosas. Sí, en ese momento parecía estar bien.

Rufus contempló el semblante lívido de su jefe mientras ambos esperaban la llegada de la ambulancia. Pero se avergonzó al descubrirse mirando la hora de reajo, preocupado por no llegar tarde a la cita que tenía esa noche. Dedicó un pensamiento rápido a la familia de aquella pobre mujer, pero enseguida pasó a preguntarse qué camisa se pondría para la cita, incluso mientras el cadáver era trasladado a la ambulancia. Se dijo que, al fin y al cabo, esa buena señora ya había vivido mucho.

Una hora más tarde relató la inesperada escena a su novia, durante la cena.

—Una anciana que había venido de visita ha sufrido un infarto —dijo, y no volvió a pensar en ella.

Hacía ya un buen rato que se había ido la ambulancia cuando el guardia inició la última ronda a la casa Ashton antes de que fuera de noche. Cerró las ventanas y las puertas que daban al jardín después de comprobar que no hubiera nadie deambulando por los pasillos. Los últimos rayos del sol de la tarde iluminaban en vano los espejos antiguos del salón, pero cuando el guardia bajó las persianas de madera y cerró la puerta, apagó también cualquier atisbo de luz.

El silencio y la oscuridad fueron apoderándose entonces de aquellas estancias

vacías, hasta que la casa quedó absolutamente inmóvil, como una fotografía, lista para recibir a los visitantes del día siguiente.

Agradecimientos

Hace algunos años mi padre me entregó una pila de papeles que habían pertenecido a un primo de la familia, un diplomático llamado *sir* Clifford Norton. Resultó extraño leer sus cartas y los informes de la embajada de Varsovia, escritos justo antes y poco después de la invasión nazi de 1939. En esa misma época, visité una hermosa casa de Cornualles que estaba abierta al público. El recorrido guiado incluía un conmovedor archivo de niños que habían vivido en la casa durante la Segunda Guerra Mundial.

La lectura de los diarios de mi primo y esas fotos de los evacuados despertaron algo en mí. Me sorprendí al pensar en las inesperadas repercusiones de la guerra, que llegaron hasta esas imponentes fincas inglesas donde fueron a parar esos niños desconcertados, que en muchos casos estuvieron años sin volver a ver a sus padres.

Clifford Norton y su esposa «Peter» (su confuso apodo) son los únicos personajes reales de esta novela; permanecen en los márgenes de la historia, pero actúan como coro ocasional de ese mundo que se extiende más allá de los muros de Ashton Park. Esa pareja tuvo la habilidad de hallarse presente en algunos de los momentos más decisivos de la historia del siglo xx. Clifford era un licenciado en clásicas de Oxford que sobrevivió a las trincheras en Gallipoli y más tarde se unió al Ministerio de Asuntos Exteriores. Durante la década de los años treinta, fue secretario de *sir* Robert Vansittart, el carismático director del ministerio, cuyos persistentes esfuerzos por destacar la amenaza que representaba la figura de Hitler fueron sistemáticamente ignorados y desechados, primero por Baldwin y más adelante por Chamberlain. Norton fue una de las figuras centrales del grupo de «antiapaciguadores» de Vansittart, y cuando fue destinado a Varsovia hizo todo lo que estuvo en su mano para que su gobierno apoyara a los polacos. Como embajador en Suiza durante la guerra, fue Norton quien informó a Churchill de esos campos de la muerte, aunque sus ruegos de que se bombardearan las vías que llegaban a esos campos fueron desoídos. Pero su servicio más efectivo llegaría después de la guerra, en sus años como embajador británico en Atenas; allí, al reconocer que la guerra civil en Grecia podía abrir una puerta a la expansión soviética, y que Gran Bretaña era incapaz de prestar al país la ayuda debida, tuvo un papel decisivo y persuadió a los estadounidenses de que intervinieran en Europa con la doctrina Truman. Su necrológica le describió como un diplomático sencillo pero tenaz, que consiguió que el Plan Marshall llegara a Europa.

Su esposa Peter fue un personaje más vistoso, una mujer de contagiosa energía y vitalidad. Cuando era una joven agente de publicidad, cayó bajo el hechizo del grupo de la Bauhaus y llegó a ser colaboradora e íntima amiga de Gropius, Klee y Kandinsky. Durante los años treinta, simpatizó con los surrealistas, y en 1936 abrió la

que sería considerada la primera galería de arte vanguardista de Gran Bretaña (la London Gallery), junto con Roland Penrose. Era una firme convencida del poder del arte para cambiar la vida de las personas, y su galería de Cork Street se convirtió rápidamente en el centro neurálgico del arte moderno en Londres. Cuando los Norton fueron enviados a Varsovia, Peter cedió la galería a Penrose y a E. L. T. Mesens, pero siguió apoyando a artistas emergentes durante toda su vida y fue miembro fundador de la ICA. Un archivo de sus documentos se encuentra ahora en la Tate.

Peter también fue célebre por su incansable labor humanitaria. Condujo camiones provistos de ayuda por toda Europa, y tras la invasión nazi de Polonia adoptó como propia la causa de los refugiados polacos y estableció para ellos un campo en Escocia. Durante la guerra civil griega, fue condecorada por sus inagotables esfuerzos para ayudar a las víctimas de la contienda, en especial a los huérfanos. Abundan las anécdotas que dan fe de la generosidad de Peter.

Entre los papeles de Peter Norton había varios testimonios de refugiados polacos, de los que saqué algunos detalles que me ayudaron a narrar el episodio de la huida de Pawel de Polonia.

Estoy muy agradecida a los amigos que me han animado a lo largo de los diversos momentos de escritura de esta novela, en especial a Katy Emck y Stephen Wall, quienes en un alarde de paciencia leyeron varios borradores. Quiero mencionar también a Anna Webber, Elisabetta Minervini, Alessandro Gallenzi, Mike Stocks y a todo el equipo de Alma. Y, cómo no, brindar mi más sincero agradecimiento a Tim, Lucy y Daisy.



Rosie Alison (1964) es una escritora inglesa. Creció en Yorkshire y estudió en Oxford. Ha trabajado como directora de documentales para la televisión y como productora de cine.

Su primera novela, *Un lugar en el que nunca he estado* (*The very thought of you*), quedó finalista del prestigioso Premio Orange en 2010.

Lleva años dedicada a la producción de documentales y películas de ficción, entre las que destaca la adaptación cinematográfica de *El niño del pijama de rayas*. La productora Heyday, de la que Alison es Directora de Desarrollo, se ha encargado también de la serie de películas sobre Harry Potter.

Está casada, tiene dos hijas y vive en Londres.